Tony Tulathimutte

Rechazo



AdN

Tony Tulathimutte

Rechazo

Traducido del inglés por Manuel Cuesta

AdN

Para Jenny, Alice y Anthony

Índice

El feminista
Fotos
Ahegao o Balada de la represión sexual
Nuestro superfuturo
El personaje clave
Dieciséis metáforas
Re: *Rechazo*

Agradecimientos
Créditos

«Pero más estimamos a aquellos que nos rechazan por indignos, pues nos añaden otra vida: construyen un paraíso ante nosotros con el cual no habíamos soñado, confiriéndonos así nuevos poderes que surgen de los recovecos del espíritu, e instándonos a nuevas e inauditas gestas».

RALPH WALDO EMERSON

El feminista

Si le preguntas a qué instituto fue, le gusta presumir de que el suyo era, en realidad, un centro solo para chicas. Cosa que de algún modo es cierta: él era uno de los cinco alumnos varones de un colegio privado que había pasado a ser mixto justo antes de que él llegara. La gente siempre contesta: «Menuda suerte, ¿no? Te pondrías las botas…». Cosa que a él le irrita, porque da a entender que las mujeres solo saldrían con él si tuvieran pocas opciones y también porque él, en el instituto, no salió con nadie. (Cuando estaba en el penúltimo curso se enamoró de él una chica de dos cursos menos, pero a él no le atraía su sinuosa complexión y se sintió legitimado para rechazarla, como tantas veces lo habían rechazado a él).

Aun así, el colegio le inculcó, si no los valores feministas, por lo menos el *valor* de los valores feministas. Allí se consideraba *cool* —o en cualquier caso, no era nada anómalo— identificarse como asexual. Y aunque él no lo hizo, suponía que aquella era una etiqueta preferible a la de «virgen». Sus amistades, casi siempre chicas, le decían que daba gusto lo atento y confiable que era, para ser un chico. Agradeció, por lo demás, que le informasen de que es mejor no decir «hembra» al referirse a la especie humana; de que el sexismo también perjudica a los hombres —aunque obviamente jamás en la medida en que perjudica a las mujeres—, y de que ciertos hombres se hacen pasar por feministas para pillar cacho. Cuando se graduó, se sentía un poco encogido por no haber besado a nadie nunca. Todo el mundo sabía, sin embargo, que eso de salir con chicas empezaba en serio en la universidad, donde nadie estaría al tanto de sus antecedentes.

Pero en la universidad se encuentra con el extraño sistema de los códigos y las maneras que rigen el flirteo, cuyos mensajes subtextuales le son tan perceptibles como la radiación ultravioleta. Que en el instituto le hablaran de positividad corporal y de normas de género y de la construcción cultural de la belleza lo había llevado a creer que los adultos no están obsesionados con el aspecto externo, lo cual resulta ser falso incluso entre sus nuevas amistades femeninas, que se quejan de lo superficiales que son los hombres. Ahora que ha cobrado conciencia de sí mismo, se da cuenta de que no puede competir conforme a los estándares convencionales de estatura, peso, vigor, lo que sea. ¿Cómo iba a poder atraer a nadie con esos hombros estrechos?

Las mujeres con las que intenta salir le ofrecen ser, en cambio, sus amigas. De ahí que la mayoría de sus amistades sean, una vez más, mujeres. No pasa nada: están en su derecho y, de todos modos, hay un montón de relaciones que empiezan siendo platónicas. (Sobre todo si el tío tiene los hombros estrechos…). Pero no tarda en surgir un patrón. La primera vez, cuando está a punto de irse de la habitación de su amiga —en la residencia universitaria de ella—, se sorprende a sí mismo diciéndole que oye, esto igual es un disparate —y ella puede, faltaría más, decir que no—, pero él se siente atraído por ella y, bueno, pues que si en algún momento querría a lo mejor salir con él… en plan *salir*. (Y se lo dice con voz distendida, normal). Ella suelta un «Vaya…» y se pone a decir que no tenía *ni idea* de que él sintiera eso, y que no quiere arriesgarse a estropear la relación tan bonita que tienen dándole mayor importancia a *ese tema:* que ella cree que lo mejor será que sigan siendo solo…, y él se apresura a asegurarle que es una opción válida —absolutamente válida, de hecho—, que él sabe que la amistad no es ningún estatus inferior y que perdón por la ocurrencia, qué bochorno…

«¿Verdad que sí?», contesta ella. «De todas formas, eso de ligar y de "salir" está muy sobrevalorado y no tiene sentido en la universidad». Y añade que ella sabe que él sabe que encontrará

quien le merezca, porque es un chico maravilloso; pero maravilloso *de verdad,* superconsiderado, inteligentísimo, no como esos machirulos de gorra ladeada que se apuntan a hermandades estudiantiles —aunque eso él ya lo sabe y no hace falta que ella se lo diga—, y eso es algo que ella valora un montón. Él entonces le da las gracias por hablarle así de abiertamente, porque eso demuestra que lo respeta. Y que no se preocupe, que lo ha entendido.

Vaya si lo ha entendido: casi le da un soponcio. Pero sabe que su rechazadora solo estaba intentando no herir sus sentimientos, porque los hombres con frecuencia reaccionan mal ante rechazos rotundos. Conque acepta las condolencias de la chica y aun las reformula hasta dejarla convencida de que se va a sobreponer. «¡Ah! ¡Menudo pagafantas estoy hecho!», dice sacudiendo los puños hacia el cielorraso; y ambos ríen y se abrazan y él vuelve caminando a su residencia universitaria al amanecer.

Se mete en la cama y suspira. Tiene claro que él ha sido en todo momento respetuoso, pero los halagos de la chica solo sirven para recordarle que ninguna de sus supuestas virtudes resulta lo bastante atractiva como para valerle una oportunidad (lo que vuelve tales virtudes fútiles). Sospecha también que han sido unos elogios… exagerados. Exagerados y un poco… ¿condescendientes? Por ejemplo, si ella no considerara la amistad un estatus inferior, no habría dicho que quería que siguieran siendo *solo* amigos. Convenciéndolo a él de que se rechazara a sí mismo, ¿estaba simplemente sacándose de encima su propia culpa? Lo reconcome constatar esa asimetría, que ya conoce bien. Una vez más, es él quien tiene que aceptar, perdonar, aguantar, fingir que no está herido, fingir que ha dejado de esperar: todo ese trabajo emocional extenuante para preservar su propia dignidad y mitigar la culpa de ella… y también porque él no quiere estropear sus posibilidades de salir con ella en el futuro, ya que ella tiene derecho, después de todo, a cambiar de opinión.

Aun así, él respeta la decisión que ella ha tomado. Se levanta de la cama —siente la necesidad de comunicarse con ella y hacerle

saber su posición— y escribe un largo correo electrónico *post mortem* en el que reconstruye cuanto había ocurrido desde el comienzo, asegurándole que él es consciente de que a nadie se le puede reprochar que no se sienta atraído por alguien e insistiendo —por si no hubiera quedado claro— en que sí, que él *está* interesado en ella, pero no es uno de esos falsos feministas que van por ahí poniendo a caldo a las mujeres que no consiguen follarse, conque perdón por mandarle un correo tan prolijo y tan cansino; nada más lejos de su intención que hacerla a ella responsable de su apuro: él lo único que quiere es no dejarse nada en el tintero. Le da a enviar.

Una hora más tarde, le manda un segundo correo: que si por favor le puede explicar un poco, solamente por curiosidad, *por qué* lo ha rechazado; que a él le ayudaría mucho saber eso. Y que si no habrá sido porque tiene los hombros estrechos, que eso a lo mejor supone una línea roja para ella. (Porque eso es algo que él no puede evitar, como ella sabe). O que igual ha sido alguna cosa concreta que él haya hecho o haya dicho. Porque en tal caso podrían tratar el tema, resolver cualquier posible malentendido. Él, de todas formas, se va a sobreponer; confía en que todo esté en orden, y, si ella cambia de opinión en algún momento, sabe dónde encontrarlo.

Teniendo en cuenta el esfuerzo enorme que ha hecho por mostrarse vulnerable, se le antoja injusto —por no decir «grosero»— que ella al cabo de un día no le haya respondido. Con el temor de que tal vez sencillamente no lo haga, le escribe un tercer correo dejando claro que en modo alguno está obligada a contestar, aunque, si quiere hacerlo, a él le encantará conocer su perspectiva. Lo invade cierto enojo cuando ella nuevamente no responde, si bien se alegra de haberle dado esa opción. Al menos ha dicho todo lo que tenía que decir…

El mismo esquema exacto se repite cuatro o cinco veces con mujeres distintas. Luego, cuando refiere tales episodios —cosa que hace con tono ligero— a sus otras amistades femeninas, estas le aseguran que es un chico interesante, inteligente, atento, bien parecido… (Nunca dicen, sin embargo, «Estás bueno»). Le dicen que

él no tiene ninguna tara. «Es rarísimo que no tengas novia», dicen intentando confortarlo con optimismo; como si fueran, por su experiencia romántica, expertas en la falta de experiencia romántica de él. Pero ellas resulta que no tienen experiencia en *no tener* experiencia… Él supone que incluso las malas relaciones son mejores que la ausencia de relaciones, pues lo preparan a uno para relaciones futuras. Y el desamor es algo romántico y decoroso, mientras que el rechazo simplemente lo convierte a uno en un fracasado. Salvo que las maltrataran, lo peor que podría pasarles sería verse en la situación de él…

Pero él no quiere compasión; él quiere no *necesitar* compasión. Todas sus amistades femeninas lo han rechazado en algún momento, aunque no siempre de manera explícita. Es más frecuente que, estando con ellas en algún lugar público, alguien de repente lo tome por el novio de la chica en cuestión, cosa que a él le proporciona un instante de dicha celestial hasta que ella ríe, hace una pedorreta y exclama: «Madre mía… Tú verás… Qué disparate… Eso sería como *incesto*…». Pero él recibe esos insultos noblemente y luego, para consolarse, se masturba pensando que practica sexo incestuoso con ellas. A veces deja caer a sus amigas que por qué no le organizan citas con otras amigas suyas; pero ellas, por algún motivo, nunca terminan de animarse…

Decide que tiene que haber otras formas de distinguirse y resultar atractivo. Se centra en destacar académicamente en su grado de Estudios de Género, diciéndose que el estatus y el intelecto aumentarán su encanto. Pero igual que sucedía en el instituto, ni siquiera con los poquísimos varones que estudian ese grado se fijan en él, mientras que fuera de clase siguen siendo los tipos ricos, apuestos y de hombros anchos los que se llevan toda la atención.

Pero es que resulta que hasta los tíos horrorosos y feos pillan cacho… Sus amigas siguen saliendo con esos individuos de caras salpicadas de cráteres, modales zafios y poca higiene: mangarranes sin talento que se identifican por sus aficiones y gustos, reptiles salidos; unos guarros controladores y violentos. Hasta el compañero

de habitación, homosexual, que tuvo el primer año, había tenido una novia en el instituto (antes de salir del armario). Y vale, igual todos esos tíos merecían recibir amor. Pero está claro que no más que él… En una fiesta en un piso, una amiga suya empieza a contar que la noche antes había vuelto a casa con un tío que le dijo que él únicamente quería dormir a su lado… y luego, hacia la una de la madrugada, la chica despertó y se lo encontró resollando mientras le eyaculaba en el muslo. Cuando le preguntó qué demonios hacía, el tipo contestó que lo había «arrebatado la pasión animal pura» y que «no pudo evitarlo»… y ella todavía le dejó que se quedara. «En fin, que dentro de tres años probablemente estemos casados…», dice poniendo los ojos en blanco.

Él está a punto de insistirle en que no debería devaluarse a sí misma recurriendo al sarcasmo para suprimir el trauma, en que apenas la acaban de violar y no tendría que haber salido la noche inmediatamente posterior…, y se queda pasmado al constatar que todo el mundo —también ella— empieza a reírse. Él hace otro tanto, diciéndose que debe de tratarse de alguna parte catártica del proceso de curación. (Si bien a él se le antoja un caso claro de agresión sexual…). Más desconcertante todavía encuentra el hecho de que él, a esa chica, la hubiera invitado a salir anteriormente. Según eso, ¿un auténtico *violador* resulta más atractivo que él? Sigue callado cuando otra amiga dice: «Los hombres son una mierda». Y sí, de acuerdo: él entiende que se refieren al patriarcado y no a él en particular. Pero ¿por qué iba esa chica a decir eso teniéndolo a él *delante de sus narices,* salvo que él no contara como hombre para ellas? No queriendo parecer frágil ni impugnarles la opinión ni centrar la conversación en sí mismo, dice: «Uf, ya te digo. Somos una mierda *total*» y guarda el incidente de esa chica en un copioso archivo de injusticias, a modo de seguro o cobertura que poder exhibir como prueba de lo imperfecto de sus principios en el supuesto de que intentaran, en el futuro, reprocharle alguna cosa a él. También reflexiona para sus adentros que, si van a seguir saliendo con tíos gilipollas, pues qué esperan.

Luego, tras meditar a conciencia para asegurarse de que su preocupación por su amiga traumatizada es legítima, le escribe al móvil:

> oye, ya sabes dónde estoy si necesitas hablar de lo que pasó, o simplemente ver telebasura juntos :) ¡cuando y donde tú quieras!

(Ella no responde).

Arrastrando su virginidad como un cadáver —cumplidos ya los veintitantos—, ve cierta cantidad de porno: porno orientado a la dominación, lo cual probablemente se deba al sexismo interiorizado, aunque él ha leído que el porno es un ámbito seguro y salubre para explorar la perversión, que la sexualidad ni se elige ni es nada de lo que avergonzarse (sobre todo si las productoras respetan los derechos laborales y aplican protocolos de cuidado físico y emocional poscoito). Sus amigas lo ven igual. Él no menciona que busca actrices que se parezcan a ellas, cosa a juicio de él inocua y aceptable siempre y cuando visualice el material pornográfico de manera crítica, distinguiendo la fantasía de la realidad y sin perder la sensibilidad para con las intérpretes.

Pero más le preocupa perder la sensibilidad *física,* pues no utiliza lubricante porque entonces sus compañeros de piso lo oirían. Termina prefiriendo la intensidad de ese método «seco», pero siente que la fricción le está erosionando de algún modo la psique y también es posible que le esté entumeciendo los nervios del pene. Resuelve quitarse ese hábito poniéndose un condón para masturbarse, y ahí se pregunta de qué otras formas habrá desbarajustado su persona el roce (o la *falta* de roce). Ha leído sobre ese estudio en el que a unas crías de mono las privaban de contacto físico suave y resulta que crecían trastornadas y enclenques. Le cuesta creer que la castidad se asociara en otro tiempo a la pureza, cuando es un sentimiento de putrefacción: la sangre que se le oscurece, la saliva que se le enturbia con pus; él mismo que se vuelve, cada día, más leproso y más fétido… Pero

¿qué pasa con aquellas venerables figuras vírgenes tipo Newton, Dickinson, Kant? No: su virginidad era algo voluntario, querido. Ellos pensaban que eso hacía que Dios los amara.

Un día, a la hora de comer, dos de sus compañeros de trabajo varones le empiezan a dar consejos —sin que él se lo haya pedido— sobre cómo ligar, aprovechando la ocasión para presumir de sus hazañas sexuales. Le dicen que es demasiado sincero y obsequioso, que le falta agresividad. («La mierda esa del amigo, del pagafantas», dicen sin ironía). «Lo más importante es que no seas un puto maricón. Has de ser un reto para ellas, un rompecabezas que deben resolver. Así es como funciona el cerebro de las chicas: es la evolución…». Le explican, con un nivel de detalle grotesco, cómo debe mirar a los ojos y tocar el pelo a las chicas. «Aprende quiromancia», le dicen. «A las guarrillas les encanta que les lean la mano…».

Entonces le preguntan que cómo hace él para entrarle a una chica. Él dice que primero pregunta. «Espera. ¿Tú les *preguntas* si las puedes besar? Pero macho…», le dice uno riéndose y dándole una palmada en la espalda, «eso no se *pregunta*…». Él entonces los abronca harto quisquillosamente, recalcando que el consentimiento es algo innegociable y que incluso si están de guasa —o *sobre todo* si están de guasa—, lo que están diciendo es cultura de la violación pura y dura.

«Bueno, pero ¿qué te legitima a ti para hablar en nombre de todas las mujeres?», le dice uno sonriendo en plan sabiondo. «Tú también eres un tío. ¿Por qué ibas tú a saber mejor que nosotros lo que prefieren las mujeres? Sobre todo teniendo en cuenta que es con nosotros con quienes salen…».

Él para nada está hablando en nombre de todas las mujeres, dice —sin tener muy claro qué va a responder, pero convencido de que tiene algo que decir—; él lo que está haciendo es… hablar, en calidad de hombre, *contra* unos hombres que están hablando contra las mujeres.

«Pues nada, adelante», replica su compañero riendo. «Pregúntales a tus *amigas* qué piensan ellas…».

Escribe un largo correo electrónico denunciando a esos dos compañeros a Recursos Humanos y, más tarde, esa misma noche, llama a su amigue agénero de la residencia universitaria autogestionada, una persona QPoC con quien siempre ha tenido buena relación (en parte porque nunca se ha sentido atraído por elle). Le repite lo que dijeron sus compañeros de trabajo, poniendo voz de merluzo al interpretar el diálogo. Su amigue dice: «Menudos tíos asquerosos», y le hace jurar que él no va a convertirse nunca en un capullo manipulador, a lo que añade que esa figura del amigo pagafantas es un cuento chino sexista que permite a los fracasados —«A fracasados como ¿por ejemplo?», se pregunta él— culpar a las mujeres de su falta de atractivo.

Él se muestra de acuerdo. Luego pregunta si no es verdad que hay tíos que simplemente carecen de carisma o atracción y son, por tanto, más proclives a que las chicas los releguen a esa categoría de amigo.

«Puede ser», dice elle.

Y él le pregunta si los jueguecitos manipuladores funcionan.

«Claro, a veces», dice su amigue. «Por eso son tan frecuentes. Pero nunca llevan a nada bueno…».

«¿Nunca?», pregunta él.

«Bueno, vale, es un tema la hostia de complicado. Hay gente chapada a la antigua, o que confunde el maltrato con el cariño… Pero eso no significa que debamos *fomentar* la manipulación».

Y él le pregunta si es un error pedir permiso para besar a alguien.

«Depende más de cómo lo preguntes…».

Y él le pregunta si elle personalmente lo preferiría.

«No. Pero yo no soy todas las mujeres. Yo ni siquiera soy mujer…».

Y él le pregunta si elle cree que la mayoría de las mujeres lo preferirían.

«Quién sabe… Cada mujer es distinta y las cosas están cambiando siempre… Mira, realmente no entiendo qué esperas que te diga. Te repito que yo *no soy* una mujer».

Y él contesta que claro, que eso lo tiene presente. Pero que para él es importante, sobre todo en su condición de varón blanco heterosexual cisgénero, evitar endosar a una mujer la carga de educarlo a él sobre las experiencias de las mujeres, y que por eso es maravilloso tener amigues de otros géneros.

Su amigue dice: «Sí, supongo…».

Y él le agradece que le haya cogido el teléfono a esas horas de la noche.

A pesar del ambiguo consejo de su amigue QPoC, decide que tener más experiencias aumentará sus probabilidades. De modo que recurre a las aplicaciones de citas, eliminando de sus fotos sus hombros estrechos y pensándose muy bien el texto de presentación:

> Me identifico con el pronombre «él» (pero encantado, si hace falta, con el «ella» o con el «elle»). Ni una broma con el tema del consentimiento. Superfán del aborto. Me encantan los libros, la cocina tailandesa, tomarme una copa de *vinho verde* en mi terraza, las conversaciones que nunca terminan… ¿y he dicho ya los libros? 😊 Lo normal será encontrarme rondando por las librerías y panaderías de nuestra insigne villa, salvo que esté desmantelando el heteropatriarcado supremacista masculino imperialista. Aunque también puedo decir tranquilamente: «¡Qué demonios!» y quedarnos en casa para hacer un maratón de pelis de Agnès Varda, con el correspondiente debate después… ¿y a lo mejor algún morreo? 😉 Me preparo *siempre* mi propia comida —¡gracias, Mamá!—, conque te haré un *brunch* de aúpa. Las mujeres trans son mujeres (obvio). Abiertísimo a todas las razas, etnicidades y tipos de cuerpo…, pero NO a todas las edades. Me va el formato GGG recíproco.

Sospecha que en algunas partes puede parecer un poco flipado, pero prefiere la franqueza y la sinceridad antes que andar haciéndose el misterioso. ¿Y qué mujer razonable no iba a sentirse atraída por un aliado feminista declarado? Envía mensajes

enjundiosos y gramaticales; por ejemplo, un enlace a un artículo de *Psychology Today* sobre el enamoramiento, seguido del siguiente comentario:

> Un tema fascinante… Me interesan muchísimo las interconexiones entre la psicología y el amor. Encantado de hablar del asunto en el sitio público que tú prefieras…

Los pocos *matches* que así consigue no le acaban valiendo sino otros tantos rechazos: tres postergan la cita indefinidamente y luego le hacen *ghosting;* otras tres no se presentan. Una se marcha mientras él está en el baño…

Comprende que, con las aplicaciones de citas, uno tiene que elegir entre el fraude y la clase de honestidad que no puede competir con el fraude. Pero entonces se pregunta si no será una idea sexista pensar que las mujeres no saben lo que les conviene: una idea informada por el mezquino resentimiento de él… Afligido por tal paradoja e incapaz de dormir, escribe al móvil a su amigue QPoC pidiéndole que por favor le diga la verdad: ¿lleva todo ese tiempo siendo, en el fondo, un guarro? ¿No será que él es…, no será que él es un *machirulo* y que por tanto se *merece* haber estado sin novia los últimos treinta años?

Su amigue le responde: «OK, pero ¿realmente puedes contar los primeros dieciséis años?». Luego añade que *debería* sentirse raro por albergar esos escrúpulos, pero que él no ha hecho nada y que uno que fuese de verdad un guarro probablemente no se atormentaría hasta ese punto pensando si es un guarro, buenas noches.

Él entonces contesta que vale, pero que, si lo que demuestra que no es un guarro es el hecho de que se atormente pensando que igual es un guarro, ¿no sería precisamente si dejara de preocuparse por la posibilidad de ser un guarro cuando se convertiría en un guarro?

Su amigue QPoC no responde. Él sigue inquieto, aunque lo alivia que alguien que en su día se identificó como fémina lo haya

exculpado.

Se refugia en el trabajo. Mientras que antes salía solamente con la esperanza de conocer a alguien, ahora se queda en casa para no tener que ver a nadie: ni a las parejas haciéndose zalamerías, ni a las intocables féminas, ni a los tíos de hombros anchos. (Incluso una ráfaga fugaz de olor de crema de aloe vera en una piel de mujer le hace sentir estructuralmente tocado y tiritando por dentro). Y cuando sale a sitios públicos evita mirar a la cara a fémina alguna, convenciéndose a sí mismo de que eso es ser respetuoso y para nada un guarro…, pero sabiendo en el sótano sombrío de su mente que lo hace en realidad porque, si es guapa, entonces la imagen de la cara de ella y la pregunta de cómo podría haberse presentado él y la vida tan bonita que podrían haber tenido juntos, todo eso lo va a mortificar durante días.

A los treinta y un años tiene relaciones sexuales. Un día se encuentra en una red social a la chica —a la mujer— que rechazó en el instituto. Ha mejorado muchísimo: su complexión ha dejado de ser sinuosa y a él le gusta que en todas las fotos lleve falda con mallas, además de una rebeca oscura fina encima de una blusa —un uniforme personal que sugiere fidelidad a los principios que se van descubriendo—, pero le desagrada la manera en que el cabello rojo teñido se embute en un minúsculo rodete que diríase el muñón carnoso del rabo cortado de un *pitbull.* (Aunque eso se puede arreglar). Ve que viven en la misma ciudad y le manda un mensaje sugiriendo un encuentro.

Ella llega cuarenta minutos tarde, cosa que él pasa por alto sin tomárselo a mal porque sabe que al tiempo de las mujeres se le descuentan las presiones del acicalamiento femenino. Están un cuarto de hora poniéndose al día y la conversación es trivial, aunque agradable y prometedora. Él insiste en invitar a las copas y bromea con que no lo hace por caballerosidad, sino a modo de reparación por el sexismo. Pero en seguida se arrepiente porque ella, al tercer whisky con *ginger-ale* —él sigue con el primero—, empieza a divagar sobre cierto pavo que la dejó hace siglos, tras lo cual bromea sobre

el trastorno alimentario que padece. Cada par de minutos se le acalambra el rostro como si estuviera a punto de llorar…, y entonces vuelve a la normalidad extrañamente. La blusa se le desbarata y, cuando un tipo que juega al billar a su lado acerca el taco a su cara, ella le tira de un manotazo el taco al suelo.

¿Se merece él, una persona solitaria, a alguien inestable? Va a tener que rechazarla otra vez, como en el instituto… ¿Qué va a decirle? ¿Que no quiere hacerle perder el tiempo? ¿Que cree que es una chica increíble, pero que no siente ningún chispazo? No habiéndose apenas visto en posición de rechazar a alguien más, se siente fatal por tener que infligirle a ella ese dolor que él ha sentido tantas veces.

Horas después todavía no ha encontrado una manera lo bastante compasiva de decírselo, y entonces, saliendo del bar, decide que en realidad también podría darle un beso de buenas noches —simplemente por probar la experiencia— y luego desengañarla con delicadeza escribiéndole al móvil. Le pregunta si la puede besar.

Ella dice: «Eh… No».

Él pregunta que por qué no.

«¿Cómo que "por qué no"?», dice ella. «Pues porque no quiero. ¿Quién cojones pregunta que *por qué no?* Gilipollas de los cojones…».

A él se le ocurre que igual lo está poniendo a prueba. Le pregunta si lo está poniendo a prueba. Ella esta vez le propina un empujón con ambas manos y lo manda al suelo y, en lugar de chillar, sonríe como un títere de calcetín y dice: «¡No me lo puedo creer! Llevas *hombreras*…».

Por un momento él se plantea, mientras se levanta, devolverle el empujón (aunque no tan fuerte como lo ha hecho ella, pues no sería justo). Pero antes de que pueda hacer nada, ella se está partiendo, se está *tronchando* literalmente de risa y, cuando se serena, dice con una indolencia pasmosa: «Vale, espera. Perdona, macho. No pretendía empujarte tan fuerte. Yo alucino, ¿esto está pasando de verdad?».

El sexo es decepcionante: los gemidos y contorsiones de ella se le antojan forzados y enojosamente «sucios»; y cuando intenta mirarla a los ojos en la postura del misionero —para establecer un vínculo—, ella los cierra. Algo le impide llegar al orgasmo —¿tal vez los nervios entumecidos de su pene?—, hasta que ella se termina impacientando y se lo quita de encima. Él lo acepta, aunque no haya terminado; su bochornosa frustración se ve solo mitigada por el hecho de que se ha liberado de su virginidad… y por la perspectiva de contárselo a todo el mundo. Para tranquilizarla, en el sentido de que la impericia sexual de él no ha sido culpa de ella, le dice que es bonita. Ella espera casi diez segundos y responde: «Eh… Tienes una mente curiosa».

Tras este episodio desarrolla pensamientos autolesivos, los cuales se ven agudizados por su conciencia de que el rechazo, el aislamiento y la frustración no son nada comparados con la opresión institucional e histórica. Él sabe que su tristeza es un síntoma de su condición privilegiada, por lo que ni al privilegio de su tristeza tiene derecho.

A los treinta y pocos años se siente demasiado joven para tirar la toalla, pero demasiado viejo para adaptarse. Su independencia se ha osificado en un estilo de vida de soledad ansiada y defendida. Es incapaz de imaginarse tener que compartir su cama cada noche, no poder leer —o despertarse o irse de una fiesta— cuando le dé la gana. No, eso ya no es simple soledad. La soledad está bien. La reclusión forzosa no. Hacer viajes y ver películas y asistir a eventos, todo eso se antoja vano sin alguien a cuyo lado experimentarlo; conque la sensación es que su vida no podrá evolucionar —ni habrá empezado, de hecho, verdaderamente— hasta que no encuentre a alguien que corresponda a su amor.

Y a medida que ha ido cumpliendo años, ¿ha ido haciéndose más honda su intimidad con sus amistades femeninas? Esas amigas —que siempre sostenían que el amor romántico estaba sobrevalorado, que decían que era la amistad lo que al cabo importaba— ¿le proporcionaban una alternativa al amor romántico?

No. Después de tantos años explicándoles qué había por debajo de cada ruptura —y de cada problema laboral motivado por cuestiones de género—, enviándoles unos regalos y unos memes amabilísimos, prestándoles dinero para fianzas de alquileres, haciéndoles fotos para sus perfiles de aplicaciones de citas, asegurándoles que ellas eran superguapas cuando las fotos les parecían horrorosas y estando a su lado cuando discutían con sus novios, después de tantas cosas, esas amigas suyas han terminado, todas ellas, yéndose a vivir con sus compañeros, casándose y procreando. Aunque sean desdichadas, al menos están viviendo unas vidas reales, con parejas que las priorizan a ellas por encima de todo. Últimamente las ve una vez al mes, a lo sumo, y eso que las conoce desde hace mucho más tiempo que sus propios maridos. Todas han dejado de invitarlo a cenas porque «era un plan de parejas y te habría parecido horrible», cosa que, aun siendo cierta, no dejaba de ser excluyente ni de tener su base en esa institución hegemónica y retrógrada de la monogamia… Repara en que esas amistades femeninas han completado, por fin, el largo proceso de rechazo del que lo han hecho objeto, en que su vida está llena, aunque no haya tenido novia nunca, de exnovias: de amigas sin derecho a roce. Pero resulta que no puede quejarse de sus amigas a sus amistades. Sus compañeros de trabajo varones le tomarían el pelo… o fingirían que lo compadecen, pero pensarían para sus adentros que menudo maricón. Y sus amigas podrían pensar que las está incluyendo a ellas en el mismo reproche de manera pasivo-agresiva… y también que menudo maricón.

Como ahora cualquier rechazo lo deja paralizado semanas por la furia, ya no hace por salir con chicas. Lo exasperan sus amigas casadas, sus amigas que están contentas de estar solteras, sus amigas que son solteras a pesar suyo, pero tienen relaciones sexuales esporádicas, y sus propios padres cuando cuestionan con delicadeza su sexualidad. Lo exasperan también las grotescas fijaciones que le han entrado de pronto últimamente, tipo: si siempre ha utilizado sin excepción condones y *la epidermis de su*

pene no ha entrado en contacto nunca con *la membrana mucosa de una vagina* —si jamás ha *eyaculado en un canal del parto*—, ¿eso técnicamente significa que sigue siendo virgen? ¿El posible entumecimiento de los nervios de su pene tal vez haya generado un círculo vicioso de «síndrome del agarre mortal», añadiendo un obstáculo más al amor? ¿Le estaban bajando los niveles de testosterona de tanto masturbarse, agudizándose por ello la estrechez de sus hombros? ¿Y eso les da a las mujeres la impresión de que tiene el pene pequeño, como *estadísticamente no es el caso?*

Lo único que está haciendo es compartir algunas de esas quejas tan legítimas en un pícnic, una tarde, cuando su amigue agénero QPoC le dice que por qué no llama a aquella chica del instituto con la que perdió la virginidad. Él contesta que el hecho de que quiera estar en una relación no significa que deba conformarse con una sociópata.

«Mira, estás moviendo la portería de sitio, que es lo que haces siempre», contesta su amigue agénero QPoC. «Tienes muy fácil sentir lástima por ti mismo, si no paras de redefinir el rechazo. Rehúsas la compasión, pero la ansías tanto que no vas a reconocer lo mucho que te esfuerzas por provocarla».

Él le dice que está siendo simplista, aunque sabe que lo que le ha planteado es algo bastante matizado y concreto, algo que a él ni se le había pasado por la cabeza. Pero ya no puede retirar lo que ha dicho.

«¿Que estoy siendo "simplista"?», dice elle. «No: *cansade* es lo que estoy. Sí, cansade», continúa desde detrás de sus gafas de sol (blandiendo su mimosa). «Ya sé que tú te consideras un rechazado; que eso sería, digamos, tu "marca": una especie de sufrimiento sin precedentes que te confiere una sabiduría divina secreta. Pues verás: todo ese lloriqueo interminable de alta frecuencia, eso sí que es "simplista"».

Él aprieta los labios fuerte —la cabeza la siente como un bombo de lotería repleto de bolas dando vueltas— mientras su amigue, tras hacer una pausa para darle una calada a un porro, prosigue

diciendo: «Porque vamos a ver, ¿tú qué cojones quieres? Siempre te están pasando cosas jodidas. Nadie sabe por qué. Tal vez nunca te hayas esforzado de verdad por entender cuál era el problema porque creías que tú estabas exento. Pero te niegas a cambiar y te quedas *atónito* al ver que nada cambia. Sigues haciendo todos esos favores que nadie te pide, tomándote todas esas molestias, y, como solo estás dispuesto a que te recompensen con amor o con sexo, siempre te sientes estafado. Y no es que con eso disfrutes, pero sí que disfrutas martilleando a otra gente con ello: ese es tu gran desahogo. Es tremendo hasta qué punto tú tienes siempre razón y nadie nunca lo ha tenido peor que tú. Nadie es tan puro ni ha sufrido tantas injusticias… ¡Atención todo el mundo! ¡Aquí tenéis al Respetador de las Mujeres! ¡Aquí está, ni más ni menos, el último hombre con principios! ¿Y sabes por qué necesitas eso? Pues porque tienes que convencerte a ti mismo de que estás siendo rechazado por tu virtud, y no por ser un coñazo de tío. Porque en eso has convertido tu aislamiento: en una especie de collar ceremonial de mártir. Y todes nosotres», añade mirando al resto de los asistentes al pícnic, «tenemos que quedarnos aquí sentades y ratificar tu feminismo. Y si no te damos coba en tu autocompasión, somos unes insensibles y cómplices de no sé qué conspiración global diabólica que está impidiendo que tú folles. Si sí que te damos coba, resulta, sin embargo, que somos "insinceres" porque ningune de nosotres se va a encargar personalmente de echarte un polvo. ¿Tengo razón? ¿Tengo razón, señoras? Que levante la mano quien diga que tengo razón».

Las manos de tres mujeres se disparan como impulsadas por resortes. Les siguen, más despacio, las del resto.

Su amigue QPoC se las muestra como diciendo: «¿Ves?».

«Mira, tío, ya no sé qué más decir excepto: "¡Putos cisheteros!". Yo de verdad que ya no puedo soportar vuestras mierdas. Siento mucho que tengas la polla triste o lo que coño te pase. Chúpatela un poquito, niño amargado, y a otra cosa, mariposa».

Estupendo. Cojonudo. El ejemplo más claro hasta la fecha de cómo hasta sus amistades lo despachan con argumentos falaces por pura flojera intelectual. Como él rechaza el consuelo fácil de seguirle el juego al paradigma patriarcal opresor, ellas prefieren decir que se está saboteando a sí mismo en lugar de pararse *un segundo* a calibrar, con espíritu crítico, los soplapollescos prejuicios sociales que amargan la vida a los varones de hombros estrechos (unos prejuicios que vienen dados por esa misma masculinidad tóxica que ellas supuestamente aborrecen). Él no tiene ese lujo que ellas sí de tener entretenidas peripecias eróticas recientes; por eso se aburren de él (a pesar de que escuchar sus problemas es, de lejos, más fácil que vivirlos en carne propia…). Él los problemas *de ellas* los escucha *constantemente.*

Vitrificado por la cólera, contesta a su amigue QPoC que elle se permite minimizar los problemas de él porque tener los hombros estrechos no figura en el Registro Oficial de Traumas Politizados. ¿Le está diciendo que no puede expresar sus sentimientos porque hay cosas peores? Por esa regla de tres, él podría decir que las estúpidas ansias de elle por salir con mujeres bi carecen de importancia al no ser elle detenide en redadas y lanzade al vacío desde azoteas como sí lo son las personas *queer* en Siria, por poner un caso. Pero resulta que él jamás le diría eso a su amigue QPoC. Él a elle le *escucharía.*

«Yo flipo contigo. ¿En serio quieres seguir por ahí?», le advierte elle quitándose las gafas de sol. «Y por cierto: yo no soy tu "amigue QPoC"».

«¿Tú estás de coña o qué cojones te pasa?», grita él (sin tener claro si su propia exasperación es simulada o real). «Has sido *tú* quien ha llevado el asunto por ahí, tú lo has llevado al terreno de la identidad. Yo lo único que estoy haciendo es reflejar *literal, exactamente el mismo* sentimiento que tú. Así que no me vengas con evasivas y no vayas a pensar que ponerte en modo rapapolvo te da la razón. Y estas mimosas las traje yo, por cierto».

Le quita de la mano la bebida a su amigue. Todo el mundo se sobresalta. El amigo de su amigue QPoC —un varón mucho más

corpulento y de hombros anchos— se pone en pie y le dice: «Bueno, tronco, hora de marcharse». Es un atropello a cualquier tipo de razón que lo esté expulsando a él de un pícnic, por el pecado de airear opiniones de buena fe, el tontopollas ese macho alfa que alardea de deltoides hinchados. Ese era el aliado varón que ellas preferían, no el intelectual que las cuestiona como a iguales en un diálogo abierto, sino el mostrenco ese hortera *crossfitiano.* Están todas encantadas de esconderse detrás del patriarcado cuando les conviene… Agarra su bolsa de tela de LEE A MÁS MUJERES y se va.

De camino a casa busca, con dedos temblorosos, el móvil para bloquear en redes sociales a su borrache amigue QPoC… y ve que elle, entre tanto, ha escrito:

> Lena Gundam @madonnaharaway
> mal esos hombres que van por ahí cacareando su feminismo pero en realidad se juntan con mujeres buscando la ventaja del poder de género buuuuuuu

Ve que el mensaje ya supera el centenar de *likes* y sigue recibiendo. Una de las mujeres que estaba en el pícnic contestó «sí joder ya te digo», y hasta eso tuvo treinta y seis *likes*… La imagen de cien desconocidos leyendo esa mezquina acusación carente de base y alineándose instintivamente con la persona *queer* de color sin tener ni idea de qué había pasado lo lleva a bloquear en masa a todo el mundo que no se pusiera de su parte en el pícnic.

Replica con este mensaje…

> 🛑 BASTA 🛑 de opresión ¡¡¡YA!!! @escucha_y_evoluciona
> mal esas personas *woke* y *queer* de escaparate que supuestamente se preocupan por la igualdad pero en realidad lo que les pone es humillar a aliados varones comprometidos que están intentando ayudar y por tanto castigarlos y marginarlos por defender fervientemente los pilares básicos del feminismo actual buuuuuuu

… pero lo borra porque no encuentra el modo de hacer que suene bien, lo cual es injusto, pues el planteamiento es válido.

Ahora sería patético seguir frecuentando a esas personas. Mantener amistades no les cuesta nada a sus amigas, pero él tiene que estar todo el rato pendiente y alimentando el vínculo (cosa que ellas no habían reconocido nunca). Ellas están felices de parasitar la perspicacia y la generosidad de él, pero en el momento en que él se atreve a cuestionar sus opiniones —o a albergar hacia ellas sentimientos genuinos—, parece que su atracción fuera algún tipo de bocado repugnante que él hubiera estado intentando, con embustes, hacerles tragar.

Sin embargo, conforme avanza la caída libre en la treintena, más difícil le va resultando hacer nuevas amistades. Si se queda en casa, se angustia porque así no conoce gente; si sale, la noche se la pasa en cualquier bar o recital de poesía o inauguración de exposición de arte deprimente, recorriendo el lugar con la mirada en busca de mujeres solas —a las cuales al cabo nunca tiene el coraje de abordar—, y termina volviendo a casa solo, hecho polvo y con pensamientos lúgubres, para enfrentarse a la visión de su cama vacía, la cual está más vacía incluso una vez él se mete en ella, donde yace despierto experimentando punzadas de soledad cuya sensación es de estar siendo apuñalado a través de una almohada suavísima. Perdió la virginidad hace ya tanto tiempo que siente como si le hubiera crecido nuevamente…

En una de esas largas noches se descorre un feo telón en su cabeza: es lo bastante viejo como para saber que las relaciones no garantizan la felicidad, que el dolor de él viene dado por una fantasía patriarcal penosamente elaborada durante décadas sobre el amor y el sexo como fundamentos de la realización de la persona, pero siente, así y todo, que él no puede ser feliz hasta que ese dolor remita y que ese dolor no va a remitir hasta que él tenga una experiencia amorosa que por fin lo desengañe. Cuando usa aplicaciones de citas, constata que cada vez lo atraen menos las mujeres del rango de edad apropiado, cosa que al principio le

preocupa porque él, cuando era más joven, solía ridiculizar las relaciones en que había diferencia de edad. Tal escrúpulo, no obstante, en seguida es impugnado por la indignación: ¿por qué iba a haber tenido todo el mundo la oportunidad de salir con veinteañeras y él no? Se dice que a lo mejor podría salir *temporalmente* con algunas mujeres más jóvenes —las cuales se beneficiarían una barbaridad de la riqueza y de la experiencia vital de él— y luego «ponerse al día» y «saltar» a mujeres de edad adecuada sin tener mala conciencia. Para atraer a esas mujeres más jóvenes, se somete a una dieta cetogénica, se apunta a clases de improvisación y consolida su reputación en el trabajo (aunque hace ya mucho tiempo que perdió el interés por ese tema; fue al darse cuenta de que así no aumentaban, como por ensalmo, sus probabilidades de ligar). Ninguna de esas medidas funciona.

Más o menos por esa época empieza a sentir que se queda sin aliento, como si le oprimiera los pulmones una especie de corsé. El vientre lo tiene tenso e hinchado como un balón de baloncesto, orina con frecuencia, el corazón le zangolotea y se le dispara, le cuesta tragar. Rara vez llega a tener una erección completa: su método «seco» habitual ha perdido su eficacia y los juguetes masturbatorios para hombres no sirven. Cuando logra eyacular, el asunto se le cae como si de un dispensador de jabón líquido con sensor de aproximación se tratara. (Hasta a sí mismo se ha acabado consiguiendo aburrir sexualmente…). Un día, en el trabajo, mientras espera a que el microondas termine de calentar una empanada de queso y champiñones, de pronto se le escapa cierta cantidad de pis.

El médico de atención primaria le prescribe una analítica de sangre y lo remite al urólogo, quien le hace una ecografía y le diagnostica un espasmo del elevador (probablemente relacionado con el estrés). Indagando en las causas de tal dolencia, averigua que la soledad también puede manifestarse psicosomáticamente como ansiedad, acortándote incluso la vida. Lee asimismo —en entradas de blogs dedicadas al tema de la perpetuación cromosómica— que los niños llevan vestigios del ADN de todas las

parejas sexuales de sus madres en su propio ADN. Conque es cierto —y eso confirma sospechas que él ni siquiera sabía que albergaba— que las parejas sexuales importan *biológicamente,* que dejan huella.

Tales hallazgos le hacen tomar medidas. Se apunta al gimnasio —donde se centra en fortalecer los deltoides con series y series de encogimientos de hombros y elevaciones laterales— y luego toma sulfato de zinc, lisina y arginina para incrementar el volumen seminal; epimedio y extracto de pepitas de calabaza para la libido, y cabergolina para reducir el periodo refractario bajando el nivel de prolactina. Consigue que le receten testosterona y nandrolona inyectables para tratar el hipogonadismo y mejorar el tono muscular pélvico. Después, somatotropina. Después, trembolona. El objetivo es recuperar, en la eyaculación, la «parábola». Cuando, pasados ya tres meses, ve pocos cambios —salvo unos arrebatos de furia inexplicables y una limpieza posmasturbatoria más larga—, empieza a donar semen con regularidad —para dar a sus gametos una probabilidad de propagarse superior a cero—, y también empieza a usar una bomba peniana hasta acabar provocándose daños vasculares y hacer que su falo parezca un manatí muerto. (Si va a estar aletargado y sin uso, por lo menos que sea grande…).

Sabe que está enfermo y necesita ayuda. Quiere creer, desesperadamente, que su vida no está rota y que puede procurarle todavía satisfacciones. Cada segundo contiene el lento burbujeo de la muerte celular: telómeros perdiendo sus pares de bases de dos en dos cual mecha prendida. Él contempla a todos los organismos del mundo natural tener relaciones sexuales constantemente como si tal cosa. Perros callejeros. Mosquitos. Dientes de león. Levaduras. En el trabajo, cuando no está pensando «Esto es todo para lo que sirvo», piensa: «Debería matarme». Pero entonces se imagina a sus antiguas amigas enterándose de su muerte y dándoles igual (o hasta riéndose…). Para ellas no sería algo trágico: ellas no lo necesitaban tanto a él como él las necesitaba a ellas (o simplemente no lo necesitaban…). Ese pensamiento enloquecedor lo mantiene aciagamente vivo.

Durante un tiempo intenta pagar por sexo, con la esperanza de que tener más experiencia le confiera aplomo. Y aunque es un gran defensor de los derechos de las trabajadoras sexuales, así y todo lo exaspera deber pagar por algo que alguien, en algún lugar, tendría que ofrecer con entusiasmo, gratis… Ni siquiera del sexo en sí disfruta, de tan cargado como le viene de expectativas (y por ser la premisa de un resultado decepcionante tan intensa). Para terminar, se imagina, silenciosamente, que ella está embarazada y que su esperma, más poderoso, está matando al embrión del otro hombre, sustituyéndolo por el de él. Da buenas propinas.

Un día, después de haber cumplido los cuarenta, hace una excursión desde su piso —cosa rara— para visitar su antiguo restaurante favorito, en un barrio de moda en el cual vivió diez años antes: la clase de bistró italiano de postín donde hay albóndigas, pero no sirven espaguetis. El vestíbulo está hasta arriba y hay cincuenta minutos de espera. Antes, aquel era un sitio que nunca se abarrotaba, un lugar tranquilo en el que leer sin sentirse solo. Ahora está atestado de parejas que colonizan, con sus vástagos, un espacio más; que se recrean en el triunfalismo del amor en lugar de ponerse ante los ojos ese daño tan real que su prejuicio y su superioridad provocan y también —las cosas como son— los *privilegios* de los que disfrutan.

Espera en el calor bochornoso de la acera hasta que dicen su nombre, y, en la entrada, una flota de cochecitos está saliendo del restaurante por el angosto zaguán. Él se pega a la pared de plástico para dejar pasar a dos, tres, cuatro cochecitos… e intenta entrar en el restaurante, cuando se acerca una quinta mujer que va empujando un carro enorme de tres ruedas con neumáticos todoterreno y un recién nacido de mirada adusta apretujado en su interior. Él supone que lo va a dejar pasar, pero ella resulta que empuja, abriéndola, la puerta del recibidor y él siente y oye un «crac», mira hacia abajo —a sus sandalias de piel— y ve que tiene la uña del dedo gordo doblada hacia arriba en un ángulo inverosímil; dice: «¡Ayayay!». Ella, lejos de disculparse, mira a su marido en plan

«¿Qué te parece el gañán este?», y el marido le dice a él: «A ver, colega. Ella no va a poder *pasar,* como tú no *recules*».

«Vuestra conveniencia no tiene prioridad sobre la mía», le replica él al padre. «Tengo tanto derecho como vosotros a estar aquí. Y además me habéis estropeado el dedo…». Pero el padre, en lugar de responder, lo manda de un empujón en el hombro a la acera, violando nuevamente su autonomía física.

Siendo él una persona comedida y poco dada a la cólera, no dice nada (aunque en su pecho se está produciendo una reacción en cadena de furia…). Los cochecitos están llegando ya al final de la manzana —van ocupando todo el ancho de la acera—, y él, entonces, renqueando primero y corriendo a toda velocidad después, los alcanza y, sin ningún cuidado —con el pie de la uña rota—, descarga un justificado patadón contra el lateral del chasis de uno de los carritos. La madre consigue agarrarlo antes de que vuelque… y él propina otra salvaje patada y sale disparado, por entre el tráfico, en dirección a la acera opuesta. Los gritos de ellos pierden nitidez cuando él dobla la esquina en su galope cojitranco, y se asegura de que lo oigan reírse.

En casa, con las piernas temblándole y ardiéndole, se saca, haciendo muecas de dolor, la media uña rota ensangrentada del dedo gordo del pie. La herida parece una granada cortada y él le aplica cuidadosamente alcohol, añadiendo daño al daño; practicando el dolor, dentro de él, un orificio por el cual se escapa más risa llorosa. Siente, claro, cierta culpa por lo que ha hecho, pero no puede negar que es una sensación realmente *fantástica,* la de arruinarles la velada a unos gilipollas tiránicos que disfrutaban deshumanizando a inocentes varones célibes de hombros estrechos. Un pequeño susto rápido sin mayores consecuencias. Y además, era él quien había sufrido un perjuicio. Lo único que lo turba es que sabe que nadie aprobaría lo que ha hecho…

Pasan más años, todos parecidos. Cuando va al baño, hay algo que no marcha bien; al final no se trataba de un espasmo del elevador… El médico le insiste en que lo que tiene no es ninguna

condena a muerte, pero va a requerir importantes cambios inmediatos en su estilo de vida. El diagnóstico le despeja la mente como una ventana continuamente abierta. Por fin ha sucedido: lo han matado. Poca diferencia habría si estuviera ya muerto. Ahora es seguro que no va a conseguir nunca lo único que siempre deseó. Y todo porque internalizó y aceptó su condición de indeseado, porque languideció demasiado tiempo en consolaciones mendaces, porque cayó en el engaño de sentir compasión por quienes nunca habían de compadecerlo a él. Ya no hay remedio…

Nunca ha querido planteárselo, pero él puede afirmar, con su experiencia vivida —que tanto le ha costado adquirir— y con la cruda autoridad de su condición de paria, que las mujeres están, en conjunto, simplemente… equivocadas: que o bien ellas le han fallado al feminismo, o bien el feminismo les ha fallado a ellas. Sí, es complicado. Y no, no cabe echar la culpa a ninguna mujer en concreto. Pero resulta incontestable que, en general, una parte *mayoritaria* de las mujeres alimentan exactamente el mismo tipo de dobles raseros que el feminismo perseguía eliminar, y se abandonan a un narcisista complejo de víctima en virtud del cual soportan —cuando no buscan activamente— la misoginia más chunga en sus parejas románticas, contando, en cambio, con hombres de conciencia para el trabajo emocional arduo. En las comunidades que acaba de descubrir de varones de hombros estrechos, encuentra experiencias vividas que se alinean de manera casi unánime con la suya (concretamente en los comentarios de blogs como *El Agnado Empírico* y *Racionalmente Grosero,* o en foros como *La Venganza de Séneca* y *HEMA* [= Hombros Estrechos / Mentes Abiertas], donde encuentra provocativas opiniones de innegable trascendencia heroicamente expuestas sin temor a las previsibles reacciones indignadas). Por fin ha encontrado hombres dispuestos a afirmar sin ambages que los varones feministas de hombros estrechos constituyen, en verdad, el *más* oprimido de todos los grupos subalternos, teniendo en cuenta que ellos quedan excluidos tanto del privilegio masculino como de la solidaridad femenina, lo que

supone una marginación mucho peor que las debidas a la raza o al género, los cuales son meros constructos, a diferencia de lo que sucede con el hecho *material* de los hombros estrechos. De esos otros hombres él puede fiarse de un modo en que de nadie más podría: ellos son las únicas personas del mundo que se toman en serio el sufrimiento de él y reconocen que él no es su responsable. Aunque discrepa en muchas de las heterodoxas posturas que tales hombres defienden en temas como la morfología mandibular o la edad del consentimiento, es precisamente esa pluralidad de perspectivas lo que confirma que no se trata de un problema exclusivo suyo: se trata de un problema sistémico.

Ahora que prácticamente está confinado en su cama, una noche anda revisando los foros de *HEMA* —cuyo moderador es él— y, mientras se dedica a señalar en fotografías de celebridades masculinas —con círculos rojos— esos reveladores pliegues que provocan en el arranque de las mangas de los trajes las hombreras, repara en que hay un hilo que está atrayendo un montón de reacciones. Se trata del típico intruso que ha estado troleando las discusiones de *HEMA* con mensajes incendiarios. Ya había pasado otras veces, pero nunca hasta ese extremo:

> coldshoulder02
> Usuario sin registrar
> Ubicación: Columbia Británica
> Edad: 23
> Posts: 1
> Poder de reputación: 0
>
> he descubierto este foro y me dejáis completamente acojonado. pero ni siquiera por la misoginia ni por esa jerga como de trabajo escolar que usáis para ocultarla. no, lo que es increíble es que yo soy, palabra, *uno de vosotros*. tengo veintitrés años y soy virgen, nunca he tenido novia y ni siquiera he salido con ninguna chica, me dedico básicamente a jugar en plan SoloQ al League y trabajo en Staples. he terminado llegando a este sitio porque el mío es un auténtico caso de HE, joder tengo forma de paraguas

cerrado, y siempre me preguntaba si eso hacía sentir inseguros también a otros tíos. hago ejercicio a veces pero tampoco es que me vuelva loco con eso ni nada y me gustaría ser más corpulento. me hacen gracia los chistes racistas/sexistas y luego tengo remordimientos. o sea, probablemente como vosotros.

entonces llego aquí y ALUCINO. ¿qué ha pasado, muchachos? no puedo mentir y decir que no le agrade a uno encontrar a otros tíos con HE, pero es que este sitio es como mirar a un espejo maldito en el que cuanto más lo miras más feo te vuelves, pero es una cosa tremenda que vosotros sigáis mirando. llamadme caballero andante o tocapelotas o rojeras o la subnormalidad que sea que os llamaran a vosotros en clase de gimnasia en el colegio cuando teníais doce años. yo prefiero morir virgen y en mis cabales, que tragarme semejante galimatías.

no sé tal vez tenga que ver más con la experiencia que yo he tenido, tal vez sea porque a mí se me han ocurrido algunos remedios que a mí me funcionan, o porque yo tengo mujeres en mi vida (me crie con cuatro hermanas). no estoy diciendo que yo sea mejor que ninguno de vosotros, si lo hiciera me convertiría en lo mismo que vosotros. entonces resulta que las mujeres o bien os rechazan, o bien no actúan al 100 % como vosotros queréis (hay una palabra para eso y es «esclavitud»). pero la realidad es que nadie os está haciendo daño ni os está robando nada. habéis encadenado a vuestra angustia psicosexual vuestra autoestima y la culpa la tienen, de algún modo, las mujeres. por muy injusta que la situación os parezca, lo que estáis haciendo es EMPEORARLA. ojalá os desconectéis de esto y encontréis la paz.

Va haciendo *scroll* hacia abajo y recorre el subsiguiente linchamiento: ve al usuario *seehawk1488* subir memes de tíos escuálidos —etiquetados como «el tocapelotas que empezó este hilo»— levantando pesas de un kilogramo; lee el comentario del usuario *michaelJ_fux* que reza «humanoide femenino deja de chillar vete a tomar por culo». Cuando el hilo acaba, tiene el cuero cabelludo empapado y hormigueante. Siente esa misma hipervisibilidad ruborizada y retraída, esa vergüenza purificadora que solía experimentar cuando su amigue QPoC lo abroncaba o cuando

leía literatura feminista que le diagnosticaba los privilegios de que sin darse cuenta disfrutaba y le corregía las pifias. Se recuerda diciéndose a sí mismo que si una persona ajena podía describir con tal exactitud —sin ni siquiera conocerlo— lo que él había pensado, esa persona tendría sin duda razón y él habría de escucharla. Ahora él quiere hacer lo propio por ese desconocido de internet, cuya familiar y tonificante convicción —que la experiencia no ha puesto en entredicho— lo inunda de nostalgia. Resulta doloroso ver a ese pobre pardillo en el error, como él mismo lo estuvo, cual perro que se lanza a correr… y a punto está de chocar contra el límite de la correa. El resto de los usuarios se meten con el recién llegado porque eso es menos doloroso que admitir lo familiar que les resulta. Él se siente responsable, aunque ya sea demasiado tarde en su propio caso, de hacer que ese joven abra los ojos a la realidad.

«Puede que creas que nos entiendes», escribe en el foro, «pero yo llevo siendo tú mucho más tiempo que tú mismo. Quiero hablarte de la realidad de haber vivido cuatro décadas de dolor virtuoso silente y no ver nunca reconocida tu humanidad y tu deseabilidad. No es que yo no haya hecho el esfuerzo intelectual de empatizar con el mayor espectro posible de perspectivas femeninas. He leído a Sanger y a Friedan y a MacKinnon y a Dworkin y a Firestone y a Faludi y a Winterson y a Butler y a Solanas y a Schulman y textos de contracubierta y a Greer. Las entiendo —como ellas tal vez entiendan el punto de vista del patriarcado y de los beneficiarios de este—, pero ¿qué ha leído alguna de ellas para entendernos a nosotros? Nosotros, de hecho, ¿acaso *figuramos* en algún sitio? Durante toda mi vida no he sido otra cosa sino útil para las mujeres, abnegado hasta el punto de que, cuando muera, todo mi ser se evaporará sin dejar rastro, sin nadie ya que sepa lo que he tenido que soportar sin ningún tipo de apoyo. Piensa en todas las veces que has estado enfermo sin alguien que te traiga un caldito. En esas noches que te despiertas en la oscuridad lleno de miedo sin alguien con quien hablar. Cada cama solitaria. Cada condón caducado. Esas parejas que ves por doquier riendo y yéndose a casa y follando en todas las

posturas imaginables…, tú nunca vas a ser eso. *Tú nunca vas a ser eso.* Por eso te equivocas cuando dices que no nos han robado nada: nos han robado nuestras vidas, nuestra felicidad. Nuestro futuro y sus habitantes. Tú nunca vas a tener una mujer y nunca vas a tener un hijo… Puede que sea el patriarcado quien haya inculcado a las mujeres esas putas preferencias suyas de locos, pero las mujeres, en cuanto agentes morales absolutamente iguales a los hombres, no son menos responsables de dichas preferencias, y no seré yo quien las infantilice afirmando lo contrario. Yo he cumplido mi parte con creces: he luchado activamente contra la misoginia tanto en el mundo como dentro de mí mismo; he apoquinado cada mes para la organización de planificación familiar Planned Parenthood, y me he manifestado y he repartido propaganda y he recaudado fondos y he colgado cosas en redes sociales por los derechos de las mujeres. Estoy abierto al compromiso, tengo dinero, he triunfado profesionalmente, no soy feo —de hecho, merecería un notable alto clarísimo desde el cuello para arriba y desde las tetillas para abajo—, tengo un pene de quince centímetros largos desde la base visible, una concentración de espermatozoides y una motilidad seminal altas, una inclinación cantal positiva de siete grados —y una anchura biacromial de treinta y siete centímetros—, una auténtica escalera de color de atributos óptimos para una relación estable, NUNCA JAMÁS he dicho guarradas por la calle —ni he hecho luz de gas, ni he interrumpido, ni he hecho *mansplaining*— a ninguna chica, y me he tomado cada rechazo con filosofía sin apoyo social alguno. Nada de gastos compartidos, ni de bromas que nadie más entiende, ni de apelativos cariñosos, ni de confesiones íntimas… (Ningún tipo de recuerdo romántico entrañable, básicamente). Ni el más mínimo atisbo de la dicha de un amor arrebatado sin mácula de hiel; sin noticias de algún amor ingenuo que no conozca traición; tampoco de un acompañamiento cómplice capaz de sortear los escollos del odio y de la tentación; alguien que se despierte acurrucado contra tu codo; alguien con quien probar restaurantes nuevos o hacerse selfis o viajar; por no hablar de las comodidades,

la estabilidad y las ventajas tributarias de las que disfrutan los individuos conyugales, y eso sumado a tener que soportar el único auténtico *estigma* que sigue existiendo en la actualidad, el único que te confiere *menos* dignidad si hablas de él abiertamente: la SOLTERÍA. Nunca me he quejado, he puesto pegas o he acosado a alguien en todos estos años (da igual cuán cruel o insensible fuera el rechazo). Yo les daba, si acaso, la posibilidad de rechazarme y hasta consideraba que hacerlo era mi deber, lo cual es, bien mirado, tanto más retorcido cuanto que ellas nos convencían para que normalizáramos y aceptáramos eso, para que nos hiciéramos cómplices de nuestra propia opresión al fingir que aquello no estaba sucediendo o no importaba (o que, si sí estaba sucediendo y sí importaba, entonces resulta que te lo merecías). Así es: son *ELLAS* las que te están haciendo luz de gas *A TI*. Y todo para absolverse a sí mismas de culpa… al insignificante precio de nuestras vidas. Porque nosotros estamos hechos para arrepentirnos de los pecados de los hombres peores mientras esos mismos hombres recogen los frutos de nuestras atenciones y de nuestro consejo. Y se nos quitan incluso las ganas de hablar del tema, pues han construido una astuta trampa, un freno de emergencia retórico por cuya virtud, si intentas defenderlas, ellas te dicen: "¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?", y, si no dices nada, entonces te dicen que "el silencio es violencia". Acusados desde que nacemos, amarrados para siempre al ecúleo de las disculpas, sin recibir jamás perdón ni —menos todavía— premio alguno: ¿ves cómo han hecho nuestra existencia imposible? Y eso después de todo lo que hemos sacrificado por ellas; yo habría muerto por ellas si me lo hubiesen pedido, habría lanzado mi cuerpo sangrante contra las barricadas del patriarcado y ellas me habrían dejado hacerlo, aceptando con indiferencia mi muerte como algo que les fuera debido, sin un ápice de culpa al meterse en la cama y casarse con mis matadores. Ese es el gran timo, su gran mentira. Llegados a este punto, mi soltería —y la tuya— no pueden atribuirse a la coyuntura o a la mala suerte, sino solo a la injusticia. Como solían decir precisamente mis numerosas,

mis *numerosísimas* amigas: yo no tengo ninguna tara; cualquier mujer habría tenido suerte de haber dado conmigo. Yo lo único que he pedido ha sido esa misma modesta reciprocidad amorosa de la que todos los otros hombres por doquier disfrutan (chovinistas, embusteros, adictos, narcisistas, maltratadores, violadores y deficientes mentales incluidos). Nunca se me ocurriría exigir ningún trato especial por profesar, como profeso, un feminismo genuino, desinteresado, de principios; y ciertamente no es *necesario* que ninguna mujer *específica* se sienta atraída por nosotros. Ahora bien, el hecho de que no se haya sentido atraída por nosotros *ninguna* —ninguna entre *miles de millones*—, eso es una prueba de un fallo estructural, de una *abrogación masiva del contrato social* por parte de legiones de traicioneros y esquivos cubos de fermentación soltadores de risitas. Yo he estado siempre, siempre, a disposición de las mujeres. ¿Han estado ellas a nuestra disposición alguna vez? ¿Cómo van a poder reparar, después de décadas de una implacable negativa, este androcidio silencioso, la calamidad de nuestros futuros abortados?».

No recibe respuesta. El desconocido probablemente ni viera su mensaje. Examinando lo que ha escrito —repasándolo con ojo critiquísimo en términos de lógica y de tono—, no encuentra ningún error. Cierra el portátil y recorre con la vista su alcoba, tenuemente iluminada: humidificador, botes de medicinas, pesas que ya no puede levantar, papelera junto a la cama (repleta de pañuelos de papel que son buñuelos de gargajos y lefa). Con la boca apretada en una mueca sombría, se inspecciona el pene, que no es solo que esté flácido y cadavéricamente amoratado de tanto bombeo, sino que además ha adquirido una especie de molesta urticaria solar —que no es urticaria solar— desde que optó por empezar a masturbarse con un guante rugoso de fontanero para, por lo menos, sentir algo. Simplemente no puede volver a suceder todo ese «no suceder nada». Esa inexistencia que está hecha de palabras, esa lectura y procesado y discusión y registro y participación en las redes con que él había intentado entender los centenares de voces de mujeres que

luego se encargaba de estimular y amplificar —para al final oír que aquellas voces se estaban burlando de él—, toda esa *escucha:* un vano esfuerzo constitutivo de una vida vana. Las palabras, comprende, no tienen sustancia por sí mismas: sirven únicamente para poner de relieve los actos. Tener razón ha llevado su propio premio en sí, y eso no es ningún premio. Ahora debe, con el mísero lapso de vida que todavía tenga, centrarse en actuar, tirar fuerte de ese cuchillo de sierra de la virtud que él llegó a creer, de tanto tiempo como lo tuvo atascado en el pecho, que era parte de su persona. Tiene que impedir, antes de morirse, que vuelva a no suceder nada…

Unas semanas después, tras varias intentonas interrumpidas, está de pie en el vestíbulo de su antiguo restaurante favorito cuando entra, detrás de él, una mujer (una joven bajita de veintialgo con un vestido amarillo suelto de volantitos fruncidos y las clavículas ligeramente quemadas por el sol). Él se hace a un lado para sujetarle la puerta y ella le da las gracias. Él entonces, a pesar de su determinación, le devuelve la sonrisa y asiente cortésmente ante ese pequeño desquite final… para acto seguido ponerse el pasamontañas, destrabar de sus hombros estrechos la mochila y entrar detrás de la chica en el restaurante.

Fotos

El amor es algo mutuo, lo que implica que Alison no ha conocido el amor. El que fuera su novio tres años en el instituto resultó ser gay. Y ella le hizo reconocer, después de mucho presionarlo, que nunca se había sentido atraído por ella. En la universidad salió con un tío comparativamente popular que, cuando rompieron, volvió al grupo de amigos comunes en su contra, dejando en ella una desconfianza lo mismo hacia los amores que hacia las amistades (por no hablar de hacia sí misma). Desde entonces no ha tenido sino rollos aislados, aunque a ella le entran de las típicas maneras denigratorias: hombres cualesquiera que le ordenan por la calle que sonría… y que la llaman «puta» si no lo hace. Las bandejas de entrada de sus perfiles de aplicaciones de ligar terminaban llenas de pollas al aire. Ella solía pensar que la razón de que fuera proclive a tal clase de malas atenciones era que ella misma era, de algún modo, intrínsecamente «mala». Luego se dio cuenta de que no era solo que fuesen los hombres quienes eran malos, sino que la clave de la maldad de los hombres estaba en la capacidad que tenían de convencerla a ella de que era mala. Aunque eso no quiere decir que no sea mala, piensa a veces.

El amor no es ningún logro. No tenerlo, sin embargo, se antoja de algún modo una derrota…

Una noche de la época en que tiene veintimuchos, Alison va a ver a su casa a Neil, su mejor amigo. Neil es delgado, lector, objetivamente interesante: se construye sus propios muebles con madera reciclada y trabaja para una organización sin ánimo de lucro dedicada a la rehabilitación de pedófilos que se someten voluntariamente a la castración química. Ayuda a sus padres económicamente y su pequeño piso contiene plantas colgantes,

medio dormitorio —con un piano dentro—, el cual alquila ilegalmente a través de Airbnb para sacarse un extra, y aperos de labranza antiguos adornando las paredes. Han quedado para su ritual de cada mes: él le prepara a ella sus macarrones con queso favoritos —al horno con costra de *panko* y salsa picante Crystal— y ella le corta a él el pelo mientras ven *realities* en *streaming.* Este ritual lo iniciaron en la universidad, cuando él la estuvo ayudando a recobrarse del peor periodo de su trastorno alimentario (cosa que hizo descubriendo y preparando la única comida que ella no encontraba repugnante y esperando junto a ella cuando ya se la había tomado). Neil era la única persona que no la miraba ni con asco disimulado ni con delicadeza cursi, que la hacía sentir que su recuperación tenía sentido y valía la pena.

Están viendo *Acumuladores compulsivos* en el portátil de él —que han puesto en una silla—,y Alison ya ha visto ese episodio, conque dedica casi todo el rato a mirar cómo él se sobrecoge y sofoca gritos en las partes más terribles. (Ella siempre ha disfrutado reviviendo las cosas vicariamente, más que experimentándolas de forma directa). Falla la conexión y se interrumpe el *streaming.* «Joder, vaya mierda; perdona. Cuando estoy yo solo, nunca pasa…», dice Neil. «Ahora tengo que volver a iniciar sesión, me parece. Menuda putada…». Alison le dice que ha reaccionado como si tuviera disfunción eréctil, y él responde: «Mira quién habla: la del trastorno alimentario…». Ella ríe —él es la única persona a la cual permitiría semejante réplica—, y él masculla: «Da la casualidad de que yo no tengo *ningún* problema en esa zona…».

Ese último comentario —el extraño énfasis con que él lo pronuncia— a ella se le queda resonando en la cabeza. Mientras sigue cargándose el programa, Neil se inclina hacia delante para corregir el ángulo de la pantalla del portátil —como si eso fuera a mejorar la conexión—, y, cuando vuelve a retreparse, pone la mano en la rodilla de Alison…, pero con una extraña forma como de cangrejo en la que solo apoyan las puntas de los dedos. Mantiene ahí la mano sus buenos diez segundos hasta que vuelve a inclinarse

hacia delante —para darle a la barra espaciadora—, la mira a los ojos inquisitivo y se lanzan el uno contra el otro.

Él no es, físicamente, para nada su tipo y ella nunca ha pensado que estuviese bueno… hasta ahora, hasta el momento en que advierte que él piensa que *ella* está buena. Los besos resultan bastante bien; contribuyen mucho la espontaneidad y el morbo de besar con lengua a un amigo íntimo. Ambos ríen nerviosamente más de lo que a ella le habría gustado, y él se demora en exceso chupándole los pezones (hasta el punto de que ella piensa, conscientemente, en un bebé *agarrándose a la teta*). Pero entonces la dinámica cambia: ella ha dejado de ser Mamá, él es Papá —y la levanta y zarandea con una facilidad estremecedora—, y hete aquí que tiene, como ella lleva tiempo sospechando —basándose en el tamaño de sus orejas y de su nariz—, un pollón gigantesco de esos que hacen época, curvado a la manera privativa de las pollas verdaderamente enormes: las que son como si pudieran permitirse —por ir sobradas— tomar el camino más largo. Ella tiene un orgasmo tan fuerte que la *endereza.*

Cuando ella se ha bajado al pilón entre asalto y asalto, Neil le dice desde arriba: «Oye, ¿te parece patético si hago una foto?». Parte de su mente da un respingo y ella, a lo primero, no dice nada, pero ha enviado desnudos a tíos mucho peores… Lo cierto es que se antoja halagador que él quiera un recuerdo —puede incluso ayudarla a reconciliarse con su físico y ponerla cachonda—, y tampoco es que pretenda presentarse a ningunas elecciones públicas. Conque le dice que vale —siempre y cuando le mande una copia a ella— y posa cuan seximente puede junto al soberbio pollonzaco. Él se pone bizco y pega la barbilla al pecho —arrugando la papada— mientras sostiene el teléfono junto a su rostro para entrar en el cuadro cuanto pueda… y el *flash* de la cámara tarda en apagarse un tiempo insoportablemente largo.

Holgazaneando después en la cama, ella se va acoplando a los espacios negativos de Neil —la espalda contra el pecho, la nariz contra el cuello— despreocupada y recogidita como un martini en su

vaso. Dice: «Ha estado bien», y él forma, a modo de no contestación, una tonta u con la lengua y pregunta: «¿Quieres que me quede hablándote hasta que te duermas? A mi ex le gustaba que hiciera eso…».

A ella no la entusiasma que él haya mencionado a su ex, pero está bien que la coloque en ese rol y se queda frita oyéndolo susurrar sobre caminatas que hacía con su padre antes de que el hombre muriera. «Así es como se supone que ha de ser el amor», piensa Alison. Solo enturbia levemente su gozo la constatación de que es algo que lleva toda la vida perdiéndose…

Cuando, por la mañana, Neil despierta y se encuentra con los huevos escalfados y la tostada que ella ha hecho, lo primero que dice es que a ver, que no es que se arrepienta de lo de la noche anterior, pero que tampoco quiere que parezca que está buscando nada serio. Y ella piensa que vale, que está siendo proactivamente franco —considerado, de hecho— y que eso no significa el final de nada, que ella puede afrontar un juego largo. Conque hace girar sus puños contra sus pómulos —en plan mohín de bebé llorador— y se ríe y le dice que ella, de todas formas, está fuera de su alcance. Desayunan y cotillean sobre amigos de la universidad, y, cuando la acompaña a la puerta, ella se dispone a darle un pico y él la agarra de la cintura y le sacude un beso que le causa cosquillas en las plantas de los pies.

Ella inmediatamente informa de lo ocurrido a su chat grupal: unas amigas de unas prácticas que hizo en una revista femenina hace años y con las cuales no se ha vuelto casi a ver, pero habla un montón de veces cada día a través de ese chat. Todas son más jóvenes que ella y muchas accedieron, tras graduarse, a atractivos puestos en plantilla. La envidia que eso le produce queda atemperada por el hecho de que ella es, técnicamente, una más del grupo —aunque ahora trabaje de administrativa para una editorial de libros de texto—, conque acaso puedan ayudarla a dar con un curro mejor algún día… En ellas ha encontrado algo así como la camarilla a la que siempre quiso pertenecer, no la panda *popular* —la

panda de los que «molan»—, sino la panda satélite —más pequeña— que se cachondea de la panda popular; un grupo solidario de puertas para adentro y aterrador de puertas para afuera… El chat grupal se llamó primero «chicos.chat» y, luego, «Línea de Atención a Víctimas de Citas Catastróficas». Después pasó a llamarse «Todos los Maderos son Chicos» y, más recientemente, «¡¡¡llevaba SANDALIAS en la CAMA!!!».

Tiene que ir pasando, como de costumbre, por un montón de mensajes para ponerse al día antes de poder intervenir:

Sarah
sí fue una de esas citas paseo diurno público

Anjali
así te ahorras el dinero de las copas y del espray de pimienta

Sarah
ya te digo
entonces resulta que pasamos junto a una bandera del orgullo que había en la ventana de una tienda
y el tipo señala la bandera y dice palabras textuales «no sé… a mí eso… como que me raya»

Edwina
🌈👉🤔

Sarah
ah se me olvidaba deciros que se llamaba nada menos que Yelmer jajaja

Tala
PERDONAAAA? YELMER????

Anjali
en busca de la COLA de Yelmer jeje

Sarah
la verdad es que luego en un banco del parque me peí delante de él 🤷🏻‍♂️

uno de esos pedos que te tiras sentada y que se te deslizan hacia arriba por entre los muslos haciendo que los labios del coño aplaudan

el mejor sexo que he tenido en meses

Anjali

SOCORRO!!!!

Tala

jajaja qué fuerte

Sarah

culpa mía por no hacer caso de las banderas rojas, su perfil decía que sus intereses eran «vender queso y el entrenamiento anal»

Na'amah

yo he venido aquí a entrenar culos o a vender queso… y el queso se me ha acabado

Anjali

pues a propósito de pavos que señalan cosas: con el que quedé por tinder la semana pasada me preguntó que cómo de grandes tenía yo las tetas… y coge el tío y me las señala

Edwina

Ah sí, he oído hablar del inspector del cuerpo femenino

Sarah cambió el nombre de este chat a
«respetadores del cuerpo femenino»
Hoy 11:18

Anjali

y luego resulta que el muy cabrón tenía los pies 👏 más sucios 👏 QUE LA HOSTIA!!!! 👏

igual es algo de la peña blanca o cómo es esto, me lo puede alguien por favor explicar

aun después de ducharse las plantas seguían negras en plan betún

estaban tipo… CURADAS como una sartén de hierro colado

Edwina
Tócate el coño

Sarah
pa mear y no echar gota

Tala

un momento: ojo al «después de ducharse» 🤦♀️
eso quiere decir que echaste un polvo

Anjali
😳😈😈😈

Sarah
me mueroooo!!!!
y me da envidia 😭 yo quiero ✈️ el modo maruja
a quién le tengo que comer la polla para comerme una polla por aquí

Tú
jajaja. Me troncho, majas.
Pero atención que traigo novedades.
¡Me acabo de liar con mi amigo íntimo Neil! 😳

Anjali
pedazo de guarrona!!!!
es el chico que acabas de subir? es supermono 👀

Edwina
Manos cuadradas y grandes, buena vena en el brazo, me encanta
estoy poniéndome bastante cachonda así de pronto

Na'amah
irrumpe destrozando el tragaluz, encaramada a una escala de cuerda que pende de un helicóptero: estoy AQUÍ
han puesto a alguna a cuatro o qué???? rebobino para enterarme
vale vale sí le damos nuestra aprobación

parece un tío que lee Architectural Digest pero que te echa el asunto en la lengua si hace falta

madre mía además tiene buen gusto para los jerséis, un jersey calentito de pescador es una cosa estupenda

sabíais que a los pescadores se los tejían sus esposas para poder identificar los cuerpos de sus maridos cuando la marea los arrastraba hasta la orilla

Sarah

pues yo tengo aquí una cosa hasta la cual bien podría arrastrar la marea el cuerpo de ese pavo

Edwina

Me encanta el pelo ondulado corto en un chaval blanco la verdad

Sarah

entérate de a qué hora y dónde exactamente nació necesito mirar una cosa 👀

me da que es un tío rico

me da que es rollo «mis padres tienen una casa de verano en Cape Cod que es más antigua que Estados Unidos»

decías que se llamaba neil? pues como que parece más un «Clayton»

o un «Cooper»

Anjali

el coop que come como un neil 🍲

Tala

las gafas desde luego son de tío de familia con pasta

y ese es su piso? en serioooo???? estoy a mil ಥ_ಥ

me ponen SUPERCALIENTE los hombres que saben decorar espacios pequeños

Na’amah

si el piso es pequeño la polla parece más grande

Sarah

AAAAH ME VA A DAR ALGOOOO!!!!

oye me encanta este plan que nos traemos de ay mira qué gusto tan fino que tiene con los jerséis y con los marcos acrílicos, pero yo voy con vuestro permiso a indagar en los intereses profesionales y en el estado de las finanzas de este caballero

cambiando de tema a los tíos se les pone morcillona cuando ven un par de naranjas demasiado juntas ❗😭

Tala cambió el nombre de este chat a
«tú con naranja encantado yo chupar a ti banana»
Hoy 11:25

Na'amah

la fama de los chicos judíos no es precisamente de calzar pollones

Anjali

nada como follarse a un amigo de mucho tiempo las cosas como son

añejo cual vino de postín

me permito proponer a la señora esta polla de 1983, una añada bastante húmeda si no me falla la memoria

Sarah

trae una lona, las tres primeras filas van a terminar MOJADAS

le señalaste la polla preguntándole que cómo de grande la tenía?

Edwina

👉🍆

hay que decir que para los tíos sus pollas significan lo que para nosotras nuestro cuerpo entero ❗

Tú

Jejeje. El chico tiene su toque, claramente.

A ver cómo evoluciona el asunto… 🤞

Tala

síííí estoy supercontenta por ti reinona ノ◐ヮ◐)ノ*:·✧

Justo cuando el afrodisiaco del consenso femenino le está haciendo parecer más atractivo todavía, Neil le manda al móvil la foto de la mamada. Ella sale con la frente quemada por el *flash* y sus patas de gallo parecen, por la alta definición, película transparente que envolviera un queso blando. Los ojos los tiene rosas —aparte de entornados como si fuese medio lerda—, y por el modo en que sujeta la polla se diría que quisiera arrancarla de cuajo. Cuesta imaginarse a ningún tío cascándose una paja con tal foto, pero ella no se arrepiente de habérsela hecho: es la prueba de que el vínculo se ha oficializado y, si resulta que le gusta saliendo así, entonces tiene que gustarle de verdad…

Durante las semanas inmediatamente posteriores, Alison evita mencionarle el revolcón para no parecer ansiosa. Lo más que se permite es ir bajando hasta el final del *timeline* de cada red social de él —hasta llegar a la primera publicación— y comentar con un «¿?», lo cual es algo inocuo y divertido… También le manda selfis nocturnos, fotos con mucho grano, ambiguos desnudos de la zona de su cuerpo comprendida entre las clavículas y la sutil sonrisa sabedora que esbozan sus labios. Acompaña tales selfis con sendos «¿qué haces?», a los cuales él responde siempre en términos frustrantemente nítidos, tipo «pues por fin encuentro un hueco para ver la primera temporada de *True Detective*». Ella vuelve, de todas formas, a tomar la píldora…

La siguiente vez que quedan para la cena y el corte de pelo mensuales, él le da un abrazo extralargo al recibirla en su casa…, pero no ese morreo que ella estaba esperando. Ella se asegura de no comer en exceso y se las apaña, entre medias, para darle en el brazo un cariñoso apretón y alborotarle los rizos del flequillo. Cuando se han instalado en el sofá y están mirando al portátil de él, ella aguarda a que falle la conexión y, cuando eso ocurre, deja primero que pase una ráfaga deliciosa de silencio. Entonces le pregunta si piensa machacarle las lumbares otra vez.

Él se muerde el labio superior, se pone de repente muy serio y le dice que no cree que sea una buena idea, que ella a él le importa

muchísimo y que le parece verdaderamente mona, adorable y divertida…, pero que él no está ahora en un momento de poder plantearse ninguna relación. (Ella sabe, sin embargo, que han pasado ya dos años desde la última que tuvo…). Dice que es natural si todo ese tema provoca alguna clase de sentimiento enojoso y que a lo mejor es razonable tomarse un periodo digamos que de enfriamiento. Oyendo lo cual, ella siente una tensión en las clavículas. La diplomática franqueza con que la ha rechazado forma parte, así y todo, del atractivo global de él y significa que no la detesta.

Le responde que bueno, que vale, que tiene sentido…, si eso es lo que él quiere. Que está bien que se lo haya dicho y que sí, que lo del enfriamiento, eh…, pues que de acuerdo: sin problema por su parte. Hace el gesto de okey con el pulgar y aguarda a que él conteste. Entonces se da cuenta de que él se refiere a un enfriamiento que empieza… *desde ya.* Mientras ella se pone los zapatos, él le dice que si quiere llevarse las sobras a casa.

En el Uber se mancha de pintalabios los nudillos mientras se atiborra de macarrones con queso. ¿Qué la había asustado? ¿Qué hay de malo en dejar las cosas abiertas? ¿Por qué había zanjado el asunto de una forma tan rotunda? Ella tampoco es que le hubiese entrado a saco… Se le antoja un castigo innecesario que ni siquiera se preste a acostarse con ella de vez en cuando, siendo eso algo a lo que ella está totalmente dispuesta, algo que ella sabe gestionar: lo que ella viene gestionando siempre… Según parece, no está lo bastante buena como para follársela dos veces, pero su amistad significaba lo bastante poco como para arriesgarla follándosela una vez.

Tú

Así que ahora me siento estúpida por dejarle hacer fotos.

Puede que eso fuera lo único que buscaba desde el principio. Quién sabe…

Quién coño sabe.

Parece que consiguió cuanto quería.

Tala
ay cari
ahora le odiamos verdad que sí?
el típico venus en sagitario

Edwina
Mira lo que te digo QUE SE VAYA A TOMAR POR CULO
hazle que active la ubicación del móvil
métele la polla y los huevos en hidrógeno líquido y ESTÁLLASELOS

Sarah
sale y vuelve con la bata de laboratorio y las gafas de seguridad
sale y vuelve arrastrando un mazo gigantesco

Tú
Madre mía, ja ja. Gracias. Tampoco hay necesidad de todo eso.
Os quiero, majas.

Tala
<3
pues resulta que el tío está en el grupo de amigos del compañero de piso de mi novio y parecía majo la única vez que lo vi
pero claro ahora a la cárcel con él ಠ_ಠ

Anjali
bueno sí de hecho ahora que ya no pasa nada por decirlo… a mí como que el tipo me parecía sospechoso jeje
no dijiste que trabajaba con pedófilos? realmente a quién se le ocurre dedicarse a una cosa así
ese tío es un blando y un mediocre

Sarah
y además ni siquiera es tan alto verdad?
y tú estás mucho más buena o no?

Na’amah
doy fe

Tala

confirmado una tía supersexi 

los pómulos ✔

el culo ✔

todo sin excepción ✔✔✔

Por más que aprecie el apoyo de las chicas, el bandazo que han dado de pronto en su opinión sobre Neil implica que hay un punto deshonesto o bien en el apoyo que ahora le brindan, o bien en el apoyo que antes le brindaban…, o bien en ambos. Tampoco cree que piensen de verdad que es atractiva. Desde la universidad ha ganado unos cuantos kilos que no puede justificar en términos de sana recuperación, y, no habiendo encontrado todavía el corte de pelo adecuado en que enmarcar su nueva cara, recurre por defecto a flequillos que le van demasiado largos o demasiado cortos (según el día). Las chicas del chat grupal, teniendo en cuenta que son mucho más jóvenes —también que están mucho más buenas—, le están dispensando un trato —sospecha— condescendiente; o en el mejor de los casos ven en ella a la típica guapa cohibida a quien no tiene sentido envidiar, al no suponer ninguna amenaza para las mujeres y pasar inadvertida para los hombres. De todas formas, no conocen a Neil lo suficiente como para odiarlo de manera auténtica. Y ella no quiere, a pesar de su enfado, entregarse por completo a la hiel (en atención a la improbable posibilidad de que terminen juntos en el futuro…).

Sea como sea:

Tú

Ja ja. Gracias de nuevo, majas. Necesitaba algo así.

Sarah

de nada cari :~)

sinceramente los chicos no se toman nunca el sexo como un compromiso así que tú tampoco deberías

basta de perder el tiempo con morenitos del montón únicamente porque les cuelgue un coso

Edwina

Estamos ante un ejemplo de falacia del COSO irrecuperable ❗

Anjali

*falocia 👎

Na’amah
cien por cien de acuerdo! no te comas la olla ni un instante dale puerta y punto
a ti cari que te pongan cuanto antes a cuatro y a él que le follen

Sarah
y pase lo que pase no le escribas 🙅‍♂️
podrías hacerle incluso un bloqueo blando

Anjali
síííií borrón y cuenta nueva
son les reines que NO se autosabotean les que aquí nos molan
claramente no es sano quedarse atrapada

Tú
A ver, obviamente no lo hago pensando en mi saluf, jajaja.
*Salud.

Edwina
Saluf

Anjali
saluf

Sarah
esta perraca ha dicho saluf

Na’amah ha llamado a esta conversación
«una cuestión de saluf»
Hoy 3:49

Edwina
Jajaja

Anjali
jajaja

La amistad parece que ha experimentado un quedo deterioro con su desatinada reconfiguración. Neil deja de escribirle al móvil y ella pasa noches enteras patrullando, en estado de fuga, en las redes sociales de él, pensando en cómo el rechazo de que la ha hecho objeto para preservar la amistad de ambos ha sido, precisamente, lo que ha terminado con esa amistad, en cómo esta era antes un feliz acuerdo voluntario… y ahora ha pasado a ser algo con lo que ella está obligada a conformarse. (Y a conformarse, y a conformarse…). Neil consigue dejar atrás todo el tema sintiéndose sabio y maduro, ante lo que ella, salvo que quiera terminar con las manos vacías —o si pretende evitar por lo menos que la desprecie por loca, posesiva y *borderline*—, no puede sino seguirle el juego. Lo más cercano a un reproche directo que llega a hacerle es colgar de pronto en sus redes algún críptico verso de alguna canción. Son versos que él vería, si fuera y buscara en cada caso el inmediatamente posterior, que hablaban, en realidad, de él. (Y quedaría, con suerte, devastado…).

Al cabo de tres meses, Neil empieza a darles *likes* a las publicaciones de ella otra vez, lo que acaba derivando en intercambios de memes —sin texto añadido— hasta que él la interpela con un gélido «qué tal te ha ido, tía». Ella está, a pesar de cómo lo dejaron, patéticamente contenta por saber de él (aunque también enfadada consigo misma por sentirse perdonada cuando sabe que no ha hecho nada malo).

Cuando finalmente quedan para ponerse al día tomando un café, la conversación resulta tensa y demasiado educada: eluden abordar abiertamente el episodio que hacía falta poner sobre la mesa en primer lugar. Alison cobra conciencia de que ella no está en condiciones de contar nada nuevo de su vida que no implique, de algún modo, intentar superar lo de él. Tampoco hay mención alguna de los sentimientos de él hacia ella, aunque es lo único de lo que ella querría hablar. Pero ese tema no puede sacarlo sin que parezca que está obsesionada…

Su desencanto está a punto de hacerla olvidarse de él y seguir adelante… hasta que la siguiente vez que quedan —la idea es cenar en un gastropub que a Neil le gusta porque no tiene televisores y sí una gramola llena de cedés piratas—, él llega tarde y con una chica asiática menudita que está cañón. «Espero que no te importe que haya traído a una amiga. Esta es Cece», le dice. «Estábamos simplemente pasando el rato y se nos hizo tarde. Pensé que en algún momento os tendríais que conocer, siendo las dos unas tías tan guais».

Alison ve lo que está haciendo: traerse a su nueva novia a modo de prueba, para asegurarse de que no le sienta mal. (Es una vileza absoluta por su parte aparecer con un ligue sin darle a ella siquiera la oportunidad de vestirse mejor…). Extiende la mano y Cece se le acerca con los brazos completamente abiertos, en plan superachuchón, con sus quince centímetros visibles de abdomen irradiando confianza en su soberbio torso. Escogen un compartimento en que sentarse —cosa que Neil instintivamente prefiere hacer junto a Cece—, y Alison se disculpa para ir al baño y cotillear un poco en el móvil sobre ella. Por sus redes sociales parece irritantemente meritoria (desde la perspectiva de un tío): delgada con unas tetas estupendas y un balsámico lustre como de que llevara siempre cinco minutos haciendo pilates, y con varias amigas, además, que están todas también buenísimas —cada una a su manera—, más una vida por supuesto lo bastante satisfactoria para no necesitar ni siquiera la validación del atractivo físico: viajando con

frecuencia —siendo, por tanto, rica—, trabajando en una profesión creativa bien pagada —diseño de paisaje— que no supone ninguna amenaza para la de Neil, y estando dentro de la franja de edad adecuada… *por los pelos.* En su publicación más reciente, Cece tiene en las manos a su gato esfinge —un gato sin pelo— y un letrero escrito a mano que dice FIN DE LA BRUTALIDAD PERRICIAL . Acompaña a la imagen un vehemente alegato de tres párrafos que termina con una lista de senadores a los que llamar. Es la cosa más insoportable que Alison ha visto en su vida… hasta que ve la siguiente foto, que muestra a Cece en un sofá vistiendo mallas y una exigua camiseta de tirantes con sujetador negro debajo —libre el abdomen de pliegues y protuberancias aun en posición encorvada hacia delante— y sujetando un pantagruélico platón de *seven-layer nachos,* con los ojazos abiertísimos en sexi aspaviento de alarma fingida y acompañando a la foto el siguiente texto:

> atracón de nachos con modelito neglishé  >>>> glamur SIEMPRE. aquí con mi jueguecito gastro sin complejos!!

Incluso prescindiendo de la pifia tanto ortográfica como conceptual de Cece en su empleo del término *négligé,* más chirriante resulta aún que finja que podría experimentar algún tipo de vergüenza, que no está alardeando de ese mismo glamur que simula desdeñar —del glamur de conseguir cualquier cosa sin sacrificio— y que no sabe *exactamente* qué efecto tiene eso en los hombres. Concretamente en Neil, al cual sin duda hará sentir muy *cool* por estar saliendo con una chica asiática tan pequeñita y mona… Ha de ser tan divertido retozar en la cama con ella…

La espiral de autocompasión que sigue es previsible y desconcertante. (Acaso porque esa guarra de Cece es tan tan *obvia*…). Alison antes pensaba que los gustos de Neil eran más sofisticados y que eso explicaba por qué se preocupaba por ella, por qué se habían liado aquella vez. Ahora tiene la sensación de que él sencillamente ha puesto el listón más alto…

Para hacer ver que ella no está incómoda —y para castigarse a sí misma—, Alison vuelve al reservado y soporta una hora de conversación. Cece se pone en plan de hacerse amiga suya y le dice que si ha visto ese *reality* sobre personas que quieren estar seguras de que no van a casarse con ellas para conseguir la tarjeta de residencia permanente. Alison claro que lo ha visto —de hecho, ha visto todas las secuelas de ese programa—, pero, queriendo parecer más lista que Cece, finge que no, ante lo que Cece le resume una temporada entera cuyo relato remata con una cobarde justificación: «En fin, que es una cosa la mar de tonta, pero me gusta». «No», piensa Alison. «Es una cosa la mar de tonta *y* te gusta».

Cuando por fin les sirven, Cece básicamente se dedica a ir cambiando la comida de sitio por el plato: hace una montaña del (único) bocado *enorme* que le da al sándwich de pescado de su amigo, le da la vuelta a la mitad superior del panecillo —para cubrir más superficie— y se queja de que las patatas están reblandecidas, para así no tener que comérselas. A Alison, saber que comparte con Cece tal clase de ardides no la hace sentir más empatía hacia ella.

Proyectando una camaradería imperturbable, continúa pidiendo rondas para la mesa (aun después de haber dicho Neil y Cece que ellos ya han bebido bastante). Cuando resulta que no se quieren tomar la última, Alison se bebe, una detrás de otra, las tres copas. (Tampoco es que puedan impedírselo…). Ahora es incapaz de dejar de sonreír y, llegado cierto punto, siente que es el momento ideal para sacar a colación el hecho de que ella y Neil una vez se liaron; lo dice simplemente para que Cece lo sepa, para que esté tranquila sabiendo que ese tema es agua pasada y que tiene tan poquísima importancia que pueden hacer al respecto cuantos chistes quieran. Solo que no logra decirlo con un tono, digamos, elegante: no tendría que haber mencionado esa querencia de él por chupar los pezones, ni que tiene todo el sentido del mundo que salga con una filipina porque le gustan oscuritas, si bien sus padres renegarían de él si se le ocurriera salir con una negra o con una hispana. Sí, Alison puede afirmar —por el modo en que Cece no para de decir «¡Oh!» y por

cómo Neil está tironeando de los cordones de la capucha de su sudadera— que no tendría que haber dicho esas cosas…

«Hey, *hey»,* dice Neil. «Para el carro. Cece y yo ni siquiera somos… ya sabes qué. Sabía que tenías que sacar alguna vaina en esta onda, que no podías comportarte con normalidad. A la mierda. Vámonos». Se levanta y su princesita asiática lo sigue, susurrándole algo que lo hace reír cuando salen del bar.

Esa noche ella se siente, desplomándose en la cama, lo mismo que un martini *sin* su vaso, como el charco que forma un veneno derramado en cualquier parte, al tuntún. A la mañana siguiente tiene tanta resaca que debe sentarse en el borde de la bañera mientras se lava los dientes. La cagada matutina resulta como un lanzamiento espacial en varias fases, tan ruidosa e intensa y huracanada que, para recobrarse después físicamente, se da una ducha de un cuarto de hora y se compra unas sábanas de lino blanco por internet. Recorriendo las pestañas del navegador, se encuentra el correo electrónico de Neil que más o menos se esperaba:

> Mira, yo no quiero que todo se envenene después de lo de anoche y, por eso, siento que es importante decirte que me disculpo si el hecho de que llevara a mi amiga te cogió con el pie cambiado. Pero lo del final fue una puta locura totalmente innecesaria. Fuiste tú quien hiciste que resultara así. Yo siento que he marcado mis límites clarísimamente. Y tú te mostraste de acuerdo. Y ahora te estás comportando como si yo estuviese engañándote. Y resulta que sin motivo… Cece y yo, repito, NO ESTAMOS SALIENDO. Y no veo por qué no ibas a creer en mi palabra si te digo eso.

Alison se encorva. La pantalla tiembla. La contención y la suavidad del lenguaje diríase que hacen patente la pobre opinión que él tiene de ella. Ahora bien, ¿verdaderamente es ella la única responsable aquí? Fue él quien hizo lo que provocó que la actuación de ella fuese una «puta locura»… ¿Por qué iba a ser él quien dictara los términos de la rendición? ¿Por qué iba ella a aceptar tales términos?

El correo continúa un poco más y termina con que…

> …nos conocemos desde hace mucho tiempo, y si una cosa tengo clara, es que siempre consigues convencerte de que, cuando te portas mal, o bien te haces daño solamente, o bien estás justificada para hacer daño a otros siempre y cuando tú también sufras. No me parece que sea injusto decir que tienes la costumbre de tolerar pasivamente situaciones lamentables —o hasta de provocar que la gente las genere— para luego poder convertir tu tristeza en un arma. De hecho, has llegado a *bromear* sobre el modo en que efectivamente lo haces. Yo lo he visto superclaro: el regocijo que experimentas cuando hablas de lo malísimos que han sido contigo los hombres. Y ahora parece que has decidido convertirme a mí en uno de ellos… Supongo que piensas que eso es lo que te hace simpática, o que lo necesitas para dar realce a lo que de otra forma sería insatisfacción sin más. Tú quieres arrastrar a la gente al barro contigo. Y cuando el tiro te sale por la culata —porque al final el tiro termina saliéndote por la culata—, entonces te repliegas en tu búnker de victimismo. Es una suerte que Cece tenga sentido del humor: hablé con ella y te perdona —y eso que no tenía por qué hacerlo—, pero no hizo nada para merecer semejante trato y, si tal trato continúa, yo no sé qué va a pasar contigo y conmigo. P. D.: De cara al futuro, Cece es coreana, no filipina (es algo muy disparatado que te diera por decir, así porque sí, que es filipina, sinceramente). N.

¡Pero qué maravilla! ¡Fíjate! ¡Claro que sí! Ahora resulta que estar en una situación lamentable *se elige*… La culpa la tiene ella por *tolerar* la situación lamentable, y no él por *provocarla*… Coño, pues si ella es efectivamente tal desastre y tiene que montar un cristo sí o sí, ¿cómo se le pasa a él por la cabeza presentársela a Cece? Lo que es una puta locura es que él utilice cosas que ella le había confiado en el pasado —en un espíritu de autocrítica— *contra* ella… y dar a entender que ella es racista simplemente por señalar el notorio fetichismo racista *y* sexista *de él:* pretender que es eso por lo que está enfadado —por el «racismo»—, cuando lo único que está haciendo es buscar excusas para vilipendiarla a ella. ¡DIOS!

Antes, Alison tal vez habría aceptado parte de la responsabilidad; ese correo electrónico la convence de que tenía razón desde el principio. Su ira incinera todo el cariño que le tenía —pero no la obsesión— y le deja un esqueleto de cólera calcinado. Ahora que ya recibió su empujoncito en el ego —su casquete de una noche con foto de recuerdo para hacerse gayolas durante el resto de su vida—, nada más práctico que prescindir de ella tachándola de zorra desequilibrada, mientras que ella lo único que puede hacer es fantasear sobre una relación que nadie está en condiciones de demostrar que no habría sido buena. Él consigue cuanto quería y ella se queda sin nada. Con menos que nada. Porque está obligada a elegir entre el respeto a sí misma y la paz mental, pero ninguna de ambas cosas puede darse sin la otra. Conque se trata de elegir entre nada y nada.

Entonces resulta que ella se pasó. Pues muy bien. Lo único que le importa es cómo hacer que él también tenga su parte de responsabilidad. ¿Poniéndole ante los ojos lo que ella le echa en cara? No, eso parecería quisquilloso y reactivo… ¿Podría responderle con un simple «jajaja»? Tal sarcasmo le daría una excusa para cortar su amistad por lo sano con un esfuerzo igual de ínfimo, y él probablemente sintiera más alivio que culpa… ¿Ignorarlo, quizá? Se la vería herida, débil, manipuladora… Además, su ausencia solo supondría un castigo si ella le importara. No caben represalias si a él las cosas le están yendo así de bien. Ella lo único que puede hacer es dar ineficaces manotazos iracundos, como un gato que intenta atrapar un láser.

Sea como sea —decide Alison—, no va a actuar con mezquindad. Pero no porque no sea mezquina, sino porque ella aspira, en el peor de los casos, a una disculpa mutua. Se queda hasta tarde redactando su respuesta, escribiendo que ella… de verdad que lo siente —punto y seguido— y que ella no va a mentir y a fingir que no pensaba nada de lo que dijo, pero que es consciente de que aquello fue inapropiado, que ella a todas luces no ha calibrado bien la cantidad de miserias suyas propias que tiene pendiente gestionar,

lo cual guarda solo en parte relación con él, que ha sido siempre un buen amigo y no merece ningún sinsabor por dejar claro cuáles son sus límites e intentar que las cosas no se envenenen entre ellos, ¿le hará el favor de trasladar sus disculpas? Aunque él no está en deuda con ella —no le debe a ella su amistad—, ella igualmente la apreciaría, si él se la ofrece.

Con ese correo electrónico mierdero y melindroso pretende dejarlo sin el más mínimo reproche que poder hacerle a ella; aunque puede que eso sea lo que está diciéndose a sí misma y que en realidad esté incurriendo en su penoso complejo de buena chica que quiere agradar a la gente (aunque ella estaría, bien mirado, *encantada* de agradar… en el ámbito de confianza de una relación, claro).

Espera, juiciosa, hasta la mañana siguiente; relee el correo, suaviza más todavía el tono y le da a enviar. Tres minutos después, Neil responde:

> ok. sin problema 👍🏻

¡Mierda *puta!* ¡Era una trampa! No era él quien había sucumbido a la psicología inversa de ella: era *ella* quien había sucumbido a la psicología *normal* de él… De haber sabido que contestaría así, le habría hecho morder el polvo como se merecía; pero dar ahora marcha atrás solo serviría para confirmarle esa imagen de persona deshonesta e intrigante que tenía de ella. Cosa que ella no era… excepto con él.

> Tú
>
> Me refiero a que por qué iba él a molestarse en mantener esa fachada de amistad.
>
> ¡No contestéis a eso! Ya lo sé: es obvio. Porque cuanto más abierto y directo y obsequioso finja ser, tanto más podrá convencerse a sí mismo de que soy yo quien se pasó de la raya. En plan que yo soy la típica zorra que está como una regadera, y él el típico casco azul ecuánime que intenta desescalar un conflicto.

Porque los hombres, más allá de cómo actúen luego, ese sentido abstracto que ellos tienen de su propia integridad lo anteponen, literalmente, a cualquier otra cosa; sobre todo a las relaciones no sexuales con mujeres.
Pero resulta que nuestra relación SÍ QUE FUE sexual en determinado momento. Y él se está comportando como si eso no contara. A veces me pregunto si, viéndose ante el umbral de una relación, se echó atrás porque sabía que perdería la ventaja de una dinámica unilateral. Así consigue alimentar su ego sin esfuerzo: eludiendo esa ardua labor que conlleva el mantenimiento de una relación.
Y como tuvo la astucia de anticipárseme patologizando cualesquiera sentimientos negativos que yo pudiera albergar —acusándome de «convertir mi tristeza en un arma»—, ni siquiera puedo expresar alguna de estas legítimas frustraciones con él, lo cual impide que tengamos una auténtica amistad.
Conque estoy atrapada en el INFIERNO.
En fin, no sé, qué horror…

Na'amah
sí cielo es espantoso
vamos a respirar y a centrarnos

Tú
Y no puedo sacarme de la cabeza ese absoluto DESCARO de restregarme por las narices a su nueva novia asiática niñita lampiña.
A la cual supongo que en rigor no cabe reprochar nada, pero todas sabemos qué buscan los hombres ahí.

Anjali
oye afloja un poco eh

Tú
En serio que aquello ya fue lo que faltaba. Y la niña queriendo hacer como que es mi amiga, sentándose ahí en plan «¡Anda, coño! ¡Así que tú eres el viejo putón rollizo! Pues nada oye, encantada de conocerte pedazo de ZORRA gordaca blanca».

Tala

bueno pero digo yo que el hecho de que ella sea una hermana asiática no tiene nada que ver

Tú

Pues claro que no, faltaría más. Eso es lo tremendo del caso: que fue él quien llevó la discusión a ese terreno. Fue él quien intentó presentar las cosas como si a mí lo que me incomodara fuese la raza de ella.

Cuando resulta que yo —porque vosotras a mí me conocéis—, yo para nada estaba en ese plan ni mucho menos. Perdonad si ha sonado así, no me estaba expresando debidamente. Los mensajes de texto a veces suenan como con un tono recio. Soy consciente de que me estoy encrespando un poco, soy consciente.

Anjali

:/

vaya parece que has sido realmente dura contigo misma cari

igual podrías reservar un rato específico para el runrún

tipo media hora al día como muchísimo

a mí por lo menos me funciona, uso esta app de meditación

Edwina

Hey guarri dale puerta a ese tío, se está cachondeando de ti en tu cara

Tendrá su punto y lo que sea pero mira es un auténtico coñazo al carajo con él

Tala

concuerdo a tope con anjali y edwina, a mí dejar la priva y los pitis también me ayudó

empezaba a sentir como que estaba siempre medio griposa

vas a terapia cari?

Tú

Qué va. Estuve yendo, eso sí. Nueve años, de hecho.

Y perdonad, ya sé que por aquí somos proterapia. Supongo que yo también, en principio. Pero en mi caso simplemente no funcionó.

Sentarme en una silla y estar tres cuartos de hora rajando. Llorar por las mismas movidas por las que estoy, de todas formas, llorando siempre ya.

En realidad solamente sirvió para dar a mis problemas nuevos nombres. Y eso no hizo sino más fácil estar dándoles vueltas todo el rato.
Probé con un montón de terapeutas, además. Fueron seis. Ninguno terminó de convencerme. Ninguno se enteraba.
Anduve cambiando hasta dar por fin con mi terapeuta…, y el tipo empezó a tener ganas ni más ni menos que de salir conmigo, cosa que claramente no ayudó.
El último tenía siempre una vena del ojo rota, y eso a mí me distraía una barbaridad. Él decía que era por la medicación anticoagulante que tomaba. Yo entonces me entristecía… Y aparte le gustaba decir cojudeces tipo «Vamos simplemente a sentarnos aquí y a respirar el mismo aire».
Aunque es verdad que me puso a tomar vitamina D. Cosa que ayudaría, digo yo.
No sé. De todos modos, ya no puedo permitirme ir a terapia… Ninguna de las que valen la pena las cubre mi seguro. JAJAJA.
Pero siento haberme extendido tanto. Gracias por dejar que me desahogue. Mi antiguo loquero me decía que soy una «procesadora externa», que debe de ser la forma de llamarte en jerga psicológica «bocazas»…

Sarah
únete a las pibis de los calcetines antideslizantes en la sala lexapro 20 mg lo más de lo más no te lo pierdas

Na'amah
y que lo digas, combo lexapro wellbutrin + terapia
te recoloca la cabeza en un plis, a mí en serio que me cambió la vida
las chicas se están poniendo anímicamente estables

Tala
|————————|
| SEROTONINA |
|————————|
(__/) ||
(•人•) ||
/ づ

Tú
Por qué iba a necesitar antidepresivos. Ya resulto aburrida.
Ja ja.

Sarah
¿?

Tú
Espera, no quería decir que vosotras seáis aburridas, Sarah y Na'amah!!!
Me refería solamente a mí misma. JAJAJA.
¡¡¡No estaba refiriéndome a vosotras!!!

Sarah

tranqui no pasa nada 👍🏻

Edwina
Mi supertruco = lámpara de fototerapia todo el año. Mano de santo en serio

Anjali
pues la que me hace a mí la cera dice que las inyecciones de ketamina la sacaron de la depresión como en seis semanas
es una pastaca 💸 pero podría merecer la pena

Sarah
a mí me salvó la vida el rocódromo cubierto si te digo la verdad
no te puedes seguir comiendo el tarro si estás agotada
te puedo mandar un pase de invitada para una semana si quieres! yo me saco un beneficio por recomendación 🤑 ❗

Tala
oh vaya y podría ir yo con ese pase de invitada?
yo querer ʕ?◐_◐??

Edwina
Pues de puta madre

Re: la ketamina igual teníamos que buscar algún tipo de cabaña y tomarla juntas? Yo me encargo de llevar las tiras reactivas y demás parafernalia

Tú
Pero sinceramente lo que más me toca el coño es que el tío está a todas luces MINTIENDO cuando dice que no sale con esa chica asiática…
Es absolutamente su tipo. (O sea, menudita, modosa). Porque yo no soy imbécil.
Y él sabe que yo no soy imbécil…, ¿creo? Y no se molestaría en mentir sobre eso si no supiera, de alguna forma, que tenía algo por lo que sentirse culpable.
Conque está reconociendo tácitamente que ha actuado mal.
Pero ¿cómo le recrimino una cosa así? ¿Debería recriminárselo, de hecho?
Yo la verdad… QUÉ HORROR.

Edwina
Nena por dios afloja

Anjali
ay cielo
tú lo que ahora necesitas es una polla bien fresca
no uses aplicaciones de conocer gente, usa aplicaciones de follar
pide un rabo a domicilio igual que pides una pizza

Tala
^^^ deja que la salchicha te cure
trátate bien a ti misma cari >_<

Tras terminar con Neil —sin que él se entere—, los meses que siguen se antojan un lento ahogamiento no mortal. Cualquier emoción distinta de la ira y del remordimiento se le embota. Se tiñe el pelo de color rojo piruleta y nada cambia. Aunque ligar es la última de las prioridades de Alison, hace caso al chat grupal y recurre a las aplicaciones. Durante un tiempo experimenta con la no monogamia ética, que por lo menos era algo —aunque sus partidarios más ruidosos parecen gente bastante pánfila— distinto

de las parejas convencionales, a las cuales ella ha terminado despreciando. Pero en la práctica se encuentra un calvario de selfis de gimnasio, de selfis pescando, de selfis recortados para ocultar la alopecia… Aparte de que las relaciones son tan breves que rara vez se solapan, lo cual supone que ella ni siquiera es, en rigor, poliamorosa. Se ha metido simplemente en una kilométrica rayuela de folladas a cuál más sórdida, en un interminable sainete de mal sexo con papis divorciados y DJ, con sociopáticos plastas que o bien terminan en plan celoso y dependiente o jamás le preguntan nada sobre ella misma; con hombres de más de cincuenta —y por lo demás guapos— que le escriben por privado cosas rollo «Hola, Alison. Qué estilazo tienes. Mike»; con galanes que en el último segundo, de pronto le preguntan si pueden correrse en sus pies, a continuación se quedan dormidos y ella acaba caminando como un pato —sobre los talones— dejando un reguerillo de lefa hasta el baño…

Empieza a consignar sus fiascos en la aplicación de apuntes, un catálogo de dislates:

— olía como un bebé

— decía «en rigor» demasiado

— decía «mmm» cada vez que se llevaba algo de comida a la boca

— quería averiguar todas las canciones con shazam

— siempre le entraba hipo cuando se la estaba chupando

— se dejaba puestas las férulas Invisalign para comerme el coño

— decía «okey makey»

— se echaba unas gotas de líquido de vapear de piña directamente en la lengua

— me ponía de vuelta y media por no haber leído nada de Deleuze, y luego insistía en que los condones «duelen»

— come pavo relleno todas las semanas y no solo en Acción de Gracias

Llegado un punto se da cuenta de que en realidad no quiere recordar tales cosas, conque pasa a consignar sus ligues en la lista de contactos del móvil. Don Estornudos. El de los GIF. Don Chándal. Mr Gamer. Toalla Playera. Médico Vegano Cabreado. Perro Feo.

Y luego está El Feminista, un tío por el que se pilló brevemente cuando iba al instituto y a quien vuelve a encontrarse cuando ambos se ponen a escribir comentarios airados a una estúpida publicación de Facebook sobre que las mujeres no saben programar. Aquel chico que en su día le gustó no es que se haya convertido precisamente en un adonis. Pero ella, cuando la invita a salir, tampoco tiene motivos para negarse.

La cita es catastrófica. El tipo es de una deferencia tan pusilánime y va tan sumamente atildado en su chaquetita, con su camiseta estampada y sus Vans a juego y sus pantalones de tela vaquera cruda con orillo… Tiene esa especie de alopecia lenticular cuyas zonas ralas solamente se ven desde un ángulo. A diferencia de casi todos los tíos, él sí que le pregunta cosas sobre ella misma. Pero son las preguntas más sosas del mundo, las que uno haría para calibrar un polígrafo: a qué te dedicas, dónde has vivido, qué has estado leyendo últimamente… Ella solo se fija en él para recopilar observaciones crueles que compartir en el chat grupal después. Cuando él termina describiendo su trabajo en una *startup* dedicada a la atención médica para mujeres de rentas bajas, ella le mira los dientes, que también relucen demasiado (como si acabaran de pulirlos). Probablemente lleve carillas dentales.

«Quiero decir que es *superagradable* salir con una mujer de mi edad», dice. «Así te olvidas de cualquier posible desequilibrio debido a los años. Me refiero por ejemplo a que, aunque haya una diferencia nada más que de cuatro, pues eso al final es como si alguien que estuviera terminando ya el bachillerato saliese con alguien de *secundaria…* Pero cuidado, que no es que yo quiera controlar con quién pueden salir las mujeres. Lo que digo es que a los pavos mayores habría que regularlos igual que se regulan los cigarrillos, ¿no crees? O sea, que puedas salir con ellos si quieres,

pero que lleven una advertencia enorme de las autoridades sanitarias que diga PROBABLEMENTE SE ESTÉ APROVECHANDO DE TI, ¿no crees? A mí me parece que los hombres que salen con mujeres más jóvenes tendrían que pagar un impuesto que se destinara a combatir la brecha salarial… Pero me encantaría saber qué piensas tú».

No es que ella discrepe, pero el modo en que él formula tales opiniones —buscando continuamente la aprobación de ella— la hace querer discrepar. Es un tipo claramente defectuoso, comparado con Neil (quien, aunque ya no esté en su vida, le sigue sirviendo igual de estándar).

No tiene intención de irse a casa con ese tío hasta que, después del tercer whisky con *ginger-ale,* empieza a hablar de lo hinchada que va a estar al día siguiente, lo cual termina de algún modo orientando la conversación hacia su trastorno alimentario… y luego hacia su situación con Neil. La atención que El Feminista le dispensa activa en ella algún tipo de luz con sensor de movimiento. El Feminista, aunque ha estado riéndose de todo lo que ella decía —tuviera o no gracia—, resulta que es la clase de tío que solo se involucra plenamente cuando ella empieza a hablar de su dolor, que va llevando las conversaciones sutilmente hacia eso porque así tiene la oportunidad de demostrar empatía (que no es lo mismo que empatizar). Guarda, por fortuna, silencio (salvo por un «Madre mía» y un «Tuvo que ser duro»). Ella se está mostrando auténtica, sabe que en cierto modo está siendo indulgente con él y odia eso. Cuando el taco de billar de un desconocido se acerca demasiado a su cara, lo tira de un manotazo al suelo.

A pesar de esos gestos tan punkis, termina de alguna forma yéndose a casa con él. Y lo único que recuerda es que pensaba: «Por fin me veo en el papel de quien se compadece. Para variar…».

Tras diez minutos haciendo palanca con las uñas —de pie en la acera junto a una farmacia— para abrir la cajita que encierra una píldora del día después, decide dejar en suspenso el tema de las citas. Ella sabe que el sexo sin compromiso no es nada

intrínsecamente degradante y que cualquier estigma al respecto es algo retrógrado y aburrido, conque más enojoso aún resulta que sus propias experiencias no estén haciéndole ganar aplomo, sino convenciéndola de que ha de estar haciendo las cosas mal y de que es una persona de algún modo deficiente; de lo contrario, no se descubriría de pronto a sí misma resucitando esa vergüenza de ser el putón que pensaba haber sofocado intelectualmente en la universidad.

Ella lo único que quiere es una dádiva creíble de amor y admiración por parte de un hombre que no sea horroroso y que la encuentre interesante y atractiva y buena, que la encuentre buena y atractiva *porque* es interesante. Nada más. A los niños y al matrimonio les ha cogido demasiada manía como para codiciarlos, y, desde que tuvieron que sacarle de la pierna una larva de mosca azul tras un viaje que hizo con el instituto a Tanzania, su miedo a los parásitos se hizo extensivo al embarazo. Le molesta tener que implicarse tanto en las bodas de todas sus primas y compañeras de trabajo y antiguas amigas de la carrera; siente que su vida es una búsqueda interminable de vestidos claritos y discretos. Cada brindis que tiene que escribir y cada regalo de la lista que pagar y cada billete de avión que reservar y cada *boy* que contratar y cada *escape room* que resolver y cada manicura que programar y cada estilista al que sufrir y cada foto de grupo para la cual decir «patata» y cada fórmula nupcial escrita por el propio contrayente tras la cual aplaudir —cada bebé que bañar y bodi que tejer y mago de cumpleaños al que dar propina y bautizo que fingir que se toma en serio—, todas y cada una de esas ocasiones erosionan el correspondiente fino estrato irrecuperable del esmalte de su paciencia. A lo largo de los años se había gastado cinco mil dólares en tales eventos, tirando a la baja. Optar por no ir la haría parecer insolidaria y roñosa; pero cada vez que ella las invitaba a cualquier cosa que para ella era importante —en general, sencillas fiestas de cumpleaños en bares—, ellas siempre apelaban a sus novios o al cuidado de los niños para no tener que ir. Aquella era su licencia incuestionable.

Inicia un letargo de meses en el cual apenas sale de casa sino para trabajar. Súbitas ráfagas de soledad le debilitan las manos hasta el punto de que una vez se queda atrapada en el baño unos minutos, incapaz de girar la pesada manivela de latón de la puerta. Se le empiezan a llenar de moretones las piernas por una torpeza que es producto de su nueva falta de disposición a manejar debidamente el cuerpo, y como no se toma la molestia de apartar la cuerdecilla del tampón para mear, se pasa todo el día con la cuerdecilla mojada. Ya no tiene ganas de salir; la invade el sentimiento paradójico de que todo el mundo la odia y nadie la toma en cuenta (como si fuese un producto no dañado, si no pasado de fecha). Acostada en su cama por la noche —cuando tan honda es la quietud que puede oír su propio metabolismo—, filos y puntas de lamentación le hieren a mansalva el pecho por dentro. Para no olvidar nunca ese dolor, se hace algunas fotos llorando, sacándose lo más doliente e inflamada posible a fin de que jamás su yo futuro pueda traicionarla negando que ella fuera así de desgraciada un día. (Eso suponiendo que las cosas vuelvan en algún momento a mejorar…). «Mi vida ha sido recluida en este margen asfixiante minúsculo», piensa. Si algo tenía que alejarla del camino habitual tan salvajemente, que fuera algo, por lo menos, entretenido o que la hiciera parecer una persona de mundo (ser adicta a alguna droga, tener un acosador…). Y eso entonces redunda en ese tema que ella tiene consigo de que nadie la quiere —ni va a quererla nunca— porque no es buena ni especial —así de sencillo—, y podría haber sido especial, pero no tiene la pasión innata o lo que sea que haga falta para resultarle deseable a alguien a quien ella deseara (o a nadie, aunque solo sea, razonablemente alto…).

Rancio miedo infinito tedioso ajeno al amor. Pero no miedo a la muerte, ni siquiera: ruin temor a hacerse vieja y cada vez menos gustable. Aunque tiene vagas intenciones de volverse sana en algún momento —como cuando unos años antes se hizo pescetariana—, a mediodía se come el mismo reblandecido *gyro* en el puesto de comida halal que hay pegado a su oficina, en vez ir al sitio de

ensaladas saludables de dos manzanas más allá; y para cenar se aprieta una tortilla de harina fría con rodajas de pavo y *mozzarella* rallada y un chorrito de mayonesa: todos los ingredientes del mismo color que ella y enrollados en un odioso consolador que se introduce en la boca sin apenas masticar. Tenga el ánimo que tenga, para beber parece que hay motivo siempre: o bien porque es un caso perdido y entonces qué más da, o bien porque va a ayudarla a dormir y así podrá supuestamente salir a correr al otro día (lo cual luego nunca hace por la resaca…). De todas formas, ya el mero pensamiento de hacer ejercicio la enfada: la idea de sufrir deliberadamente para recuperar la línea, después de todo el tiempo y toda la energía que ha echado a los perros dedicándoselos a ese fracasado…, o, mejor dicho, a la *idea* de ese fracasado y a una emoción ni por asomo tan nutricia como el amor. Le saca de quicio que los caprichos de las mujeres se presenten como cosas inmorales y egoístas —que si el chocolate es algo pecaminoso, que si las revistas femeninas son basura, que si la narrativa *chick lit* es un placer culpable—, pero luego resulta que las alternativas teóricamente sanas —ir de compras, hacer yoga, cuidar el cutis— son cosas denigrantes en su intento de hacer pasar por autocuidado el consumismo y la vanidad, y además suelen ser exactamente igual de egoístas e inmorales.

No es de extrañar, así las cosas, que encuentre consuelo en la simplicidad del odio. Qué sensación tan reconfortante, odiar a Neil… Qué fantasía tan jugosa, la de que no solo es posible concentrar en un único tío imbécil absolutamente toda la injusticia del mundo, sino que además odiar silenciosamente a ese tío —inventar formas de hacerle la puñeta, reclutar a otros para tal empresa—, eso va a traer al mundo más justicia…

Su trabajo de oficina le provoca un espasmo crónico en el cuello que le hace ahogar un grito cada vez que debe hacer algún esfuerzo y que le impide girar la cabeza hacia la izquierda. El quiropráctico al que acude —un hombre entrado en años— le aplica estímulos eléctricos y compresas térmicas durante un cuarto de hora. Luego

saca un artilugio semejante a un abrecartas, lo lubrica y le practica una dolorosísima liberación miofascial. «"Cuello de soldado" llamábamos antes a esto», dice el hombre restregándole el cacharro cual estrígil por cuello y hombros. «Aunque ahora la gente joven lo llamáis *tech neck* (menuda brecha generacional…). Recórcholis, parece que estuviera haciéndole un masaje a un yunque… Ya te tiene que gustar el móvil ese…». Cuando acaba, los capilares rotos trazan por la piel de ella un mapa púrpura de su dolor. El hombre le recomienda un cuello ortopédico. Ella no puede permitírselo; le pregunta si no hay otras opciones más baratas y él contesta: «Cómo no. Que te hagas uno tú misma en casa. Lo único que necesitas es una toalla doblada y una cuerda lo bastante larga como para rodearte el cuello».

Se sorprende a sí misma con un hipo que se transforma en un turbión de sollozos, secándose el desaliñado rostro en el papel que cubre la camilla (demasiado ceroso para absorber la humedad). El viejo quiropráctico se apresura a desenrollar más papel.

El incidente parece que desencadena una incontinencia de llanto. Le ocurre por doquier: en la cola de la farmacia —mientras espera para que le despachen su receta de hidrocortisona—, cuando se equivoca dos veces con la clave en el cajero, viendo en el baño del trabajo un vídeo sobre perros beagle de laboratorio que pisaban hierba por primera vez, cuando ve su radiografía en el dentista… («No está tan *tan* mal», le dice este, «pero está mal. Tendrías que comprarte un cepillo más blando»). Llora tanto que la hinchazón del rostro se le vuelve permanente. Se figura que, en su interior, una amargura que se va calcificando va ocupando el sitio de todo el flujo emocional que está perdiendo (como una alubia que estuviera desecándose…).

Dedica muchas horas infaustas —con el cuello sujeto por una bolsa de calor— a navegar por internet rondando a Neil. Aunque sabe que eso a ella no tendría que importarle —y que él naturalmente mentía desde el minuto uno—, ve que ahora él y Cece están saliendo de manera oficial. Él va colgando las típicas fotos:

Cece con vaqueros cortísimos y parte superior de bikini en el parque, con un espacio entre los muslos —con las piernas estiradas y juntas— del tamaño de un trozo de pizza; Cece en el museo itinerante del helado, en una cena con juego de rol de descubrir al asesino, en una bolera-discoteca… Y en todas las fotos con la misma sonrisa sabedora y con la barbilla ligeramente levantada en el mismo ángulo altanero ensayadísimo. Y cada foto proclama: «Fijaos bien. Esta es mi novia. ¿Habéis visto cuán perfecta es? ¿Y habéis visto cuánto la valoro y, por ende, la merezco?».

La única manera de competir con Cece sin ponerla a parir abiertamente es, comprende Alison, superarla de forma silenciosa. Hasta esas complicaciones que últimamente han tenido, Neil había sido siempre una fuente fiable de *likes,* y Alison sabe que el algoritmo va a enseñarle a él cualquier cosa que ella publique. Así que va a ser misteriosa e intelectual e inalcanzable, con la esperanza de hacer ver a Neil lo superficial que es Cece y lo ávida de atención que está comparada con ella. Cómo exactamente pueda alguien expresar todo eso en una foto no está claro. Lógicamente, no va a colgar una foto de sí misma leyendo un puto *libro,* pues el subtexto de cualquier cosa que alguien cuelgue en redes sociales es una expresión de cómo esa persona quiere que los demás la vean, y que alguien quiera que los demás lo vean leyendo es una cosa tan cutre que se pone colorada nada más pensarlo. Tampoco cabe mostrarse cocinando o comiendo, obviamente… Pero ¿qué otros intereses tiene ella?

Queriendo que no parezca un selfi, pone el teléfono —verticalmente— en equilibrio en una balda de la estantería. Pero así está demasiado alto y no puede inclinarlo hacia abajo, mientras que el ángulo contrapicado que consigue colocando el móvil en la mesita de noche resulta poco favorecedor. Ninguna foto sale mínimamente «apologética». No era tanto que fuese plana de pecho u obesa, sino más bien desproporcionada —muslo-tobillo, cintura-culo, hombro-teta— en partes de su cuerpo que ella sabe que ni matándose de hambre lograría enmendar. Por no hablar de sus

mofletes, cuyas profundas arrugas de cuando sonríe le bajaban hasta la mandíbula como si fuese su cara la del muñeco de un ventrílocuo o la hubiesen maquillado para interpretar en el teatro a una anciana. Y luego el tema de los dientes. Y las orejas. Y el pelo.

Tras consultar los perfiles de sus amigas en busca de ideas —lo que no hace sino desmoralizarla—, claudica y decide rescatar alguna vieja foto que nunca haya publicado. El pelo lo tenía de un color distinto entonces, conque, si alguien da por sentado que la foto es reciente, pues allá él. Le hace mal ir recorriendo su álbum de fotos, que contiene muchas imágenes de Neil y varias de ella misma que sacó de hacer capturas de pantalla del *timeline* de él. Selecciona una que le gusta de cinco años antes: junto a un bar con un top de segunda mano con cordones y vaqueros rotos y un cigarrillo sin encender entre los dientes. Tras buscar el punto óptimo en las barras de ajuste de brillo y temperatura, se da cuenta de que ha tardado cuarenta minutos, conque acompaña la foto de un «fumando » y cierra la *app,* asqueada.

Recibe los *likes* de rigor de la gente de costumbre —sin noticias de Neil—, y cuando ve que solo tiene un comentario de su madrastra —«¡cómo me alegro de verte con buena salud! besos desde casa»—, lo borra.

En la creatividad, en la dignidad, en la reputación: no en el discurso de las imágenes. Ahí es donde ella puede realmente competir. Lo que le hace falta es alguna *cosa.* Todo el mundo que conoce tiene alguna *cosa* y ella no. Ella antes pensaba que crearse una marca personal sería, en su caso, rebajarse. Pensaba, mejor dicho, que su marca personal consistía en no tener ninguna marca y que cualquier persona *cool* vería en ello autenticidad. Últimamente, sin embargo, viendo su confianza en su condición de persona no aburrida desestabilizada, ha empezado a preguntarse si no le convendría adoptar una mascota. ¿No se haría así, de paso, menos debilitante la soledad? Consciente de sus factores de riesgo para convertirse en la típica señora con gatos, se dice que un pájaro probablemente cueste menos y tenga un mantenimiento más

sencillo, y tampoco debe de requerir demasiado tiempo (aunque lo que a ella le sobra es tiempo…). Un día ve en su *feed* un vídeo de un cuervo hablando y piensa: «¡Qué guay!». No sabía que *de verdad* pudieran hablar… Le gusta que sean capaces de guardar rencor. Es justo el tipo de cosa que haría su yo ideal: tener de repente un cuervo. Y el hecho de que sea ilegal no lo hace sino más interesante. Por fin encuentra un vendedor en internet que le manda un vídeo de un rechoncho córvido africano de cuello blanco —criado en cautividad— que tiene una carúncula ondulada semejante a una barbita y está chascando el pico y silbando y diciendo, con una voz sorprendentemente varonil: «Hola. Hola. Hola. Eres guapa. Eres guapa. Hola. Estate quieto. Eres guapa». Conque cancela, para pagar el cuervo, un viaje que había programado para ir a ver a su familia en vacaciones y se raspa seis horas de coche —saliendo del estado en el que vive— para ir a recogerlo, siente por primera vez en años la emoción de una aventura de esas que le amplían a una el horizonte.

El cuervo, al que llama Potorro, resulta ser un demonio desgarrador de carne y tiene, donde iría la cara, un cuchillo. A ella la mordisquea y la araña cada vez que se le acerca, mientras que su tamaño es claramente excesivo para las apretadas dimensiones de su apartamento —arrambla con las tazas cuando se pone a caminar con las alas extendidas—, y aparte huele a sábanas de hospital cagadas. Demasiado tarde averigua Alison que los cuervos son básicamente carnívoros, por lo que debe alimentarlo con gusanos de la cera y grillos y comprar por internet crías de rata que guarda en un táper en el congelador (las cuales una vez a la semana separa del mazacote principal en aberrantes trozos y luego oye crepitar ruidosamente en el microondas). En un mes, Potorro adquiere bizarros comportamientos propios de un cautivo, sacándole al edredón de ella el relleno, balanceándose hacia arriba y hacia abajo y abalanzándose contra su jaula y arrancándose sus propias plumas nuevas ensangrentadas (da igual cuántas veces ella accione el *clicker* de adiestramiento). Se pasa la noche hablando —aunque lo

meta en la jaula, la cubra y la lleve a la cocina— con el vocabulario nuevo que ha adquirido: «Hola. Hola, chica. Ay. Ay. Ay. Capullo. Estate quieto. A la mierda. Eres lo peor de lo peor. De lo peor. Krrrrr. Krrrrr. Estate quieto. Lo peor de lo peor. ¿Quieres agua? Coño, qué frío. Capullo».

Hasta eso podría dar ella por bueno si Potorro fuese en algún momento a darle —después de todos los excrementos y todas las plumas y todas las acuosas ratas calentadas en el microondas— algún tipo de indicación de que la quiere. El animal, sin embargo, despliega defensivamente sus alas siempre que ella se aproxima y únicamente se calma cuando ella se aleja. Cuidándolo como lo cuida, puede llegar a vivir cuarenta años… Reconoce ante sí misma que detesta a ese pájaro de los huevos, debería haber cogido un gato, los gatos claramente son mejores.

Cuando el año se acerca a su fin, su estado depresivo la aburre tanto que la enfada, y, lo que es peor, el enfado la vuelve anodina, incapaz de ningún tipo de ironía, ligereza o distancia crítica. Cuando estaba en la universidad leía, por puro gusto, textos teóricos y novelas de inteligentes autoras británicas de mediados del siglo xx; en el instituto había traducido partes de la *Eneida* y había tenido algunas ideas para ensayos sobre por qué la autoficción es mala. Ahora leer le hace sentirse sola —y en cualquier caso le distraerían el golpeteo y el picoteo de Potorro—, conque escucha *podcasts* dedicados al amor y a la adicción al sexo. Su favorito lo presenta un budista blanco de poderosa voz que entona mantras sobre un fondo de mullidos sintetizadores.

«Sientes como que no puedes existir sin amor», dice el budista. «Estás enganchada a la perspectiva de encontrar amor nuevo como si de una gema enterrada en las profundidades se tratara, a la perspectiva de limpiar esa gema y encontrarte a ti misma reflejada en sus facetas rutilantes. Dicen que es imposible querer a otra persona sin quererse a una misma. Y acaso sea cierto. Pero eso es dar por hecho el "una misma": el *yo* de una, que no es sino la idea que, de sí misma, una tiene. Sin ese *yo,* no hay nada que amar.

Visualízate a ti misma como un vaso de agua tan lleno… que diríase vacío. Sé un canto rodado, cambiante y cambiado por la corriente…, pero indiferente a ella. (Sé también el río). Imagínate a ti misma como un ruido que no sale de ninguna parte, como el acto de olvidar, como el espacio mismo…».

El principal resultado de todo lo cual es que Alison se pregunta si no tendría que empezar un *podcast* ella —¿tal vez uno sobre tener en casa un cuervo?—, aunque lo único que se contesta a sí misma es «No se te ocurra». Pero ella es igual de lista y de carismática que la mayoría de los presentadores de *podcasts* (o al menos eso pensaba antes…). Y además lo puede producir desde casa y hasta ganar dinero. Entonces piensa en la montonera de patéticos *podcasts* realizados por personas como ella para personas como ella, con los mismos gustos y la misma visión del mundo y las mismas ansias de reconocimiento —con el mismo afán también de mercantilizar las emisiones—, variando solo el grado de desfachatez, el acabado y la repercusión… y siempre provocando el efecto de hacer sentir a los oyentes aún más solos. Las suscripciones a *podcasts* son una medida numérica de la soledad, piensa Alison. Cada quien escucha la voz que le hace sentir menos solo…, y las personas que están solas son las más fáciles de manipular.

Conque deja también los *podcasts* y ya solo le queda ponerse en *streaming* las nueve temporadas enteras de la versión estadounidense de *The Office,* y luego las nueve temporadas enteras otra vez —y luego otra vez—, esa melodía insoportable de la sintonía de la serie volviendo a salir siempre por los estridentes altavoces de su portátil hasta que la luz de la pantalla le deja la mente vacía. Se lleva la versión estadounidense de *The Office* al baño para así no tener que estar sola allí tampoco y no es capaz de conciliar el sueño si no tiene la serie sonando junto a ella con un cuarto del volumen, dándole caladitas al vapeador de cánnabis y aplicándose modorramente el vibrador mientras ve esa bazofia premasticada tan resultona y tan a temperatura ambiente —tan *American*—, esa dosis homeopática de comedia que, no obstante, consigue silenciar

maravillosamente cierto lóbulo del cerebro de ella que está hambriento de compañía, hasta que se queda dormida y se despierta encontrando tanto el vibrador como el portátil ya sin batería.

Una de esas noches, tratando de romper esas dinámicas autoconfortadoras —que la hacen odiarse a sí misma de manera íntimamente especial—, decide adaptar uno de los varios ejercicios que le propuso su antiguo terapeuta. El ejercicio original consistía en escribir una lista de cosas que le gustaran de su propia persona, pero ella lo que hace es una lista de cuanto le disgusta de Neil. Para empezar, la rechazó. Además no es *tan* estupendo en la cama —ni *tan* guapo— y es un poco desastre con el dinero. Una vez faltó a la fiesta de cumpleaños de ella, aunque luego le llevó una chupa *bomber* muy bonita para disculparse. Y también fue un poco absurdo aquello de ponerse a chuparle los pezones, ¿no? ¿Significa a lo mejor que tiene temas complicados con la figura de su madre? Pero es que a todos los tíos les pasa eso, bien mirado. Y otro tanto con la figura del padre. (Exactamente igual que a ella…). De hecho, repasando la lista, el problema no es solo que muchos de los ítems rijan lo mismo para ella, sino también que ninguno es, en realidad, *tan* malo. Conque la lista equivale a un inventario de la perdonable humanidad de él, recordándole a ella que el asunto podría haber funcionado… si ella hubiera sido una persona mejor. (Lo más doloroso es saber que la rechazó con motivo…).

Entonces se tiende en la cama y llora con los labios apretados… y se descubre sumergida en una fantasía de ella y Neil, años después, tumbados en la cama en plan cuchara a oscuras, con ella diciéndole —con una voz queda superdigna— lo desdichada que la hizo cuando la rechazó, lo sola que pensó que iba a estar para el resto de su vida. Y él entonces se tomaba aquello en serio y le decía: «Lo siento, no era capaz de ver lo que teníamos; de verdad que yo estuve todo ese tiempo simplemente asustado porque sabía lo bueno que podía ser lo nuestro y también lo destrozado que había de quedarme si no funcionaba. Pero al final resulta que *sí que*

funcionó y aquí estamos, y lamento tanto aquello… Voy a pasar el resto de mi vida resarciéndote». Y entonces la besaba en la parte de atrás del cuello y ella se volvía hacia él superdespacio —con los ojos abiertos en la oscuridad— y le decía que ella a él, en el fondo, nunca le había gustado y él entonces decía: «Tú sabes que eso no es verdad, Alison, eres la mejor persona que conozco, eres la única persona que siempre me ha importado, la persona más divertida y más lista que he conocido jamás y estás más buena y eres más *menudita* y más sexi que la contrarrehostia; yo simplemente sé que tú un día vas a ser un éxito tremendo y ahí estaré yo para apoyarte todo el rato, lo siento, lo siento, lo siento, perdóname», y entonces follaban. (En esa fantasía, ella es también la única mujer de la Tierra, conque él no podría dejarla aunque quisiera y, aunque fuese la peor, sería la mejor también).

La película termina ahí y ella vuelve a entrar en su propio cuerpo —otra vez en la cama—, siempre sola ya, hecha pedazos por lo infantil y egoísta que era su fantasía, además de imposible, pues ella sabía que nunca iba a conseguir que Neil la amara, como tampoco iba a recibir disculpa alguna de él, ni tampoco había siquiera de oír alguna de esas cosas bonitas de boca de nadie… porque ninguna de ellas era cierta.

Cierra fuerte los ojos y aprieta los puños contra las sienes, como si quisiera aplastar físicamente ese falso convencimiento de que Neil es, de alguna forma, más real que ningún otro ser humano —de que él es, de algún modo, el eje de la vida de ella y el único que puede «salvarla», constituyendo de hecho la opinión de él la valía toda de ella, puesto que él adquirió derechos de explotación exclusivos de la felicidad de ella en virtud de las irreplicables circunstancias en que ambos se conocieron—, cuando ella sabe, en el estrato de verdad más profundo, que él única y exclusivamente es… OTRO-PUTO-TÍO.

En tal abismo de insomnio saca el móvil y abre y cierra aplicaciones sin pensar —por el alivio de estar haciendo algo—, hasta que abre la *app* de las fotos y ve que, en la parte de arriba, hay una carpeta autogenerada que se titula «Hace un año». Es la

foto que Neil sacó de la mamada —la horrorosa cara esperanzada de ella junto al pálido vergaco de él—, y ella siente que semejante *antiversario* se le clava como una espada. (Saber que a esa altura exactamente del año anterior yacían juntos, en plan cuchara, en la cama de él…). Es terriblemente injusto que la única prueba existente de que alguien en algún momento la encontró atractiva estuviera mancillada por cuanto vino después; y que, durante todos esos meses posteriores, el tonto del culo ese —que a ella ya ni siquiera *le gusta*— fuese capaz, sin pensarlo o esforzarse ni un milisegundo, de hacerla sentir pequeña, frágil, fea, vulnerable y descartada. Y por muy desdichada que ella se vuelva —o por mucho que dirija su furia contra él—, él no va a sufrir ningún daño. (Él ni siquiera se va a enterar…).

Se dispone a borrar la foto, pero recuerda que es el único vestigio tangible de que aquello efectivamente sucedió. Conque opta por crear un álbum llamado «persona de mierda» —sin que esté claro si se refiere a él o a sí misma—, y allí coloca la foto, que revisita con frecuencia. Cada vez que la mira, la quiere borrar, pero no puede renunciar a la única cosa que la hace sentir algo cercano al amor.

El chat grupal planea hacer una quedada en vacaciones para comer, cada una tiene que llevar algún plato. Es la primera vez que coinciden todas desde aquellas prácticas donde se conocieron, y Alison insiste en que sea en su casa. Se pasa la mañana haraganeando, pero al final se espabila y rocía la cortina de la ducha y el alicatado del baño con lejía hasta que las manchas oscuras desaparecen. Ese pollo asado con suero de mantequilla tan molón que ha visto en internet hace saltar dos veces el detector de humo (de resultas de lo cual, Potorro empieza a graznar y a cagarse y a aletear por la casa). Cuando las chicas llegan, todas las ventanas están abiertas y hace un frío espantoso dentro. Na’amah, una amiga de Sarah a quien Alison nunca ha visto en persona, se presenta embarazada de nueve meses y acompañada de su hija de cinco años. Alison señala que ella ni siquiera sabía que Na’amah tuviera hijos, y Na’amah dice: «Uy, quita. Vibras de mami atribulada es *lo*

último que quiero traer al chat. Vosotras sois mi bote salvavidas… Como siga pensando en *La patrulla canina* me voy a convertir en uno de esos tarados que matan a sus familiares. Para esos coñazos ya tengo otro chat grupal…».

Na'amah se sobresalta cuando ve a Potorro encaramado en el reposabrazos del sofá y pregunta si no es peligroso tenerlo suelto con la niña. «Qué va, para nada», responde Alison (que en realidad no tiene ni idea y está decepcionada de que el cuervo no las haya impresionado más, amén de irritada porque den por hecho que ella va a tener el piso listo a prueba de niños sin que siquiera la hayan avisado). Cuando es obvio que Na'amah sigue albergando dudas, guarda a Potorro en su alcoba.

Se sientan a comer y queda claro que cualquier tipo de conversación adulta es imposible. Cada dos por tres, la niña de Na'amah escupe macarrones, se cae y llora…, o bien llora porque nadie mira su esmalte de uñas brillante lo bastante rápido; o mete, sino, la cara en la axila de Na'amah y masculla que no *quiere* macarrones, que ella *quiere* rodajas de mango, eso les obliga a todas a mirar y a decir monerías, lo que lleva a un pesado simposio sobre la educación infantil y las etapas de la adquisición del lenguaje y las tarifas aéreas para niños. Alison no logra ponerse al día con nadie, lo que le hace preguntarse si no será que las demás se ven con frecuencia sin ella y por eso no tienen necesidad de ponerse al día…

Finalmente, la niña necesita una siesta, conque Na'amah la tumba en el sofá y la conversación se anima. Ella escucha con interés mientras comentan la experiencia de Sarah en la segunda boda de su madre, y la reciente cita de Anjali con un famoso reportero de guerra alcohólico, y los esfuerzos de Na'amah por lograr mejores beneficios por maternidad en su trabajo. La angustia de Alison va a más cuando constata que ella no tiene nada nuevo que ofrecer, nada que no la hiciese parecer patética… De modo que se autoexcluye y deja de sentir curiosidad para sentirse primero intimidada y experimentar, después, aversión hacia sí misma: todas son mucho

más rápidas y divertidas y están más ocupadas, tan vivas siempre y conectadas sin esfuerzo y con unos problemas tan lícitos y encomiables…

Hacia el final de la comida, con el pollo nada más que testimonialmente probado por educación —porque resulta que está chamuscado *y* translúcidamente frío por dentro, las invitadas no paran de decir: «Déjalo reposar, terminará de asarse»—, Sarah se inclina hacia ella y le gesticula con la boca: «¿Todo en orden?», confirmando que la aflicción de Alison —una aflicción «matavibras»— es palpable. Alison se está planteando fingir una jaqueca para hacer que se vayan de su casa… cuando oye un grito procedente de la otra habitación: la niña ha abierto, buscando el baño, la puerta de la alcoba y ha soltado a Potorro. Na'amah, que se mueve muy rápido para estar así de embarazada, coge en brazos a su hija frenéticamente y se pone a confortarla en el sofá mientras Potorro, confundido, se dedica a aletear y a hacer fintas hacia todas.

«No os preocupéis, está *criado en cautividad;* le gusta la gente…», dice Alison, y se apresura a calmar a Potorro, a cuyo efecto arranca una tira del pollo frío para intentar atraerlo, lo que provoca que alguien diga: «¿Le estás dando de comer pollo a un pájaro…?». Finalmente consigue que Potorro se suba a su brazo y dice: «Mirad. Sabe hablar. Vais a ver. ¡Potorro! ¡Saluda! ¡Di "Hola"!», y el pájaro se abalanza y aprisiona en su pico el dedo índice de ella, le abre un buen tajo en la carne bajo el segundo nudillo. (Ella atisba, en el corte, un destello de hueso antes de que empiece a sangrar).

Volviendo de urgencias a las dos de la mañana con un turbante de vendajes en el dedo —cuyos nervios probablemente hayan sufrido, según el médico, daños irreversibles—, repara en una extraña sombra que hay en el sofá. Es una gran mancha con forma como de bolo de bolera invertido… justo donde estuvo sentada Na'amah. (Y no es sudor ni pis, porque entonces ya se habría evaporado). Ella sabe que es agua caliente para las manchas de comida y agua fría para las de proteínas, pero ¿a qué categoría pertenece el jugo de chocho? El vinagre, el detergente lavavajillas, el

zumo de limón y el bicarbonato sódico no hacen sino agrandar y oscurecer la mancha.

Tú
Bueno, majas.
Perdón a todas por la conmoción de anoche.
Tendría que haberos avisado sobre el pequeño Potorro.
Aunque ya os digo que no es peligroso. La gente tiene esa idea equivocada de los cuervos, es un gran malentendido. Y todo por ese estúpido poema… Solo son peligrosos si los tratas de cierta forma, claro. Ellos lo único que hacen es responder a las vibras que tú les transmites. Son como espejos.

Na'amah
está bien
la próxima vez podemos quedar en mi casa! tengo jardín trasero

Sarah
sí tranqui cari
perdona tú si tuvimos que pirarnos en el hospital, es que yo tenía que madrugar y pensé que a todas les vendría bien que las acercara
qué tal el dedo? tuvieron que darte puntos?

Tala
madre mía era un pájaro enorme
a mí me daba un poquillo de miedo si te digo la verdad
pero qué guay! seguro que es una cosa así como superagreste vivir con él ^_^

Tú
Pues estoy bien. Todo bien.
Salvo una cosa.
Na'amah, creo que me dejaste una mancha en el sofá.
Una mancha grande, me refiero.

Na'amah
ay coño no me digas 😣

qué mala pata he estado echándome aceite de onagra para intentar inducir el parto

me di cuenta de que tenía una buena mancha en el chichi cuando me fui, pero confiaba en que no hubiera calado hasta el sofá

me da muchísimo PALO!!! 😆 perdona tía

voy a tener que empezar a llevar conmigo a todas partes una de esas putas toallas culeras de nudista jajaja

Tú

He intentado quitar la mancha de todas las formas posibles. Detergente lavavajillas y agua caliente. Bicarbonato sódico. Quitamanchas instantáneo. El zumo de limón solo sirvió para ponerla marrón. No sale.

La limpieza a vapor costaría 199 $. Ya lo he mirado.

Na'amah

vaya

supongo que yo podría pagarte la limpieza a vapor?

como sabes me han estado dando por el culo en el trabajo así que igual no puedo tener la pasta hasta fin de mes

Edwina

Esto es absurdo, está a punto de tener un bebé y además la tienen sin cobrar por la huelga

Por qué no le das la vuelta al almohadón y ya está

Tú

Para empezar no puedo, porque ya les había dado la vuelta una vez. Este era el lado vuelto.

Pero es que, aunque pudiera, pues resulta que igual tampoco me haría mucha gracia, fíjate.

Me parece una pasada que yo tenga que fingir que una impronta aceitosa de chumino la mar de tocha en el sofá de mi salón es la cosa más normal del mundo. Como si yo no tuviera en absoluto por qué estar molesta y debiera asumir la responsabilidad de lo que hicisteis vosotras, majas.

Ese sofá es el único mueble que me he comprado nuevo en mi vida. Es de CB2.

Na’amah
vale, te propongo una cosa
yo te he puesto perdido el sofá de grasa de conejo y tú has puesto en peligro la vida de mi niña
estamos en paz, cómo lo ves?

Tú
Yo no he «puesto en peligro» a tu niña.
Eso es una exageración ridícula.
Yo había metido a mi cuervo en un sitio seguro y no representaba ninguna amenaza inminente. Si acaso, es culpa tuya por no decirme que ibas a traer a una niña. Y culpa de tu niña también por ponerse a abrir, a tontas y a locas, puertas que estaban cerradas.

Na’amah
mi niña tiene CINCO años
Cómo condones te atreves

Sarah
hey hey tías

Na’amah
*cojones

Sarah
vamos a aflojar un poco vale?

Tala
eso eso! vamos todas a tranquilizarnos
solo buenas vibras en este espacio porfa (˩ > <)˩
odio ser la típica zorra vulnerable pero es que este conflicto de verdad que me viene un poco mal para el tarro
yo ahora mismo en serio que no estoy en condiciones para gestionar esto
˚ ·(>﹏<)· ˚

Tú
Anda, vaya por Dios…

Cuánto lo siento si he generado un «conflicto» (*mensajes de texto) en tu «espacio» (*teléfono).
Fallo mío.

Tala
disculpa ಠ_ಠ

Tú
Tiene que ser fantástico eludir la responsabilidad envolviéndola en el lenguaje del autocuidado.
Y despachar como si tal cosa los problemas de los demás repitiendo simplemente la cantinela del «ve a terapia» una y otra vez, una y otra vez…
De hecho tendría que probarlo: suena mejor incluso que la propia terapia.

Sarah
oye oye oye tranquilita eh
tala y na'amah en realidad no han hecho nada malo

Anjali
hey putis qué pacha perdonad que estaba en una reunión!!
vaya vaya guarronzacas habéis estado ESCRIBIENDO!!! rebobino para enterarme 😬 ups

Sarah
y resulta que ella se ofreció a pagarte la limpieza a vapor
y tú digamos que pusistes a la cría en peligro de muerte y no fue sino por la gracia de dios que el pajarraco ese se te comió el dedo a ti

Anjali
no he dicho nada

Tú
Ja ja, qué maravilla. Qué maravilla, en serio.
Todas vosotras, majas. Menuda maravilla.
Todo este numerito vuestro tan mono así como de paja grupal misándrica es algo SUPERABURRIDO.

Ninguna de vosotras odia de verdad a los hombres. A vosotras lo que pasa es que os gusta comportaros como pobre gente oprimida y pisoteada. 💩

Despotricar de los hombres no es, para vosotras, sino una afección en plan lifestyle. Y ese es todo el fundamento de vuestra amistad, majas. Pensadlo un poco.

*Afectación.

Edwina
Mira nena estoy flipando contigo

Tú
Todo es rollo «puaj, los chicos, qué asco» hasta el momento, qué casualidad, en que tenéis ya el vestido nupcial de cuello barco y el par de perros labradoodle. Porque entonces empezáis a colgar en Facebook una puta mierda de memes para vuestros padres donde os quejáis de los ronquidos del pariente y del palo que os pegan por el IBI.

O de lo que cojones sea.

Aquí lo que pasa es que nadie tiene problemas reales 😒.

Esto es una pura sarta de cumplidos vacuos, un cartel de la validación.

O algo peor todavía. Porque hete aquí que vosotras, majas, consumís el sufrimiento de otra gente y os sentís, todas a una, superiores, benévolas y empáticas.

Edwina
«majas»
Eres de connecticut

Sarah
ha iniciado sesión el poli del chat grupal 😒

Na'amah
«aquí nadie tiene problemas reales» ok
veamos estoy embarazada, criando a una niña y manteniendo a mi familia con un único sueldo de un curro del sector de los medios de comunicación que podría perder el día menos pensado y además ni siquiera

me ofrece beneficios Y ADEMÁS hay ni más ni menos que una huelga en marcha en este momento

ahora vamos a hablar de tus problemas! cuáles son exactamente

que tu amigo no te contestaba a los mensajes desde que te pusiste en plan novia psicópata con él?

que no te ha llegado a tiempo para las vacaciones la almohada de novio de anime que pediste por internet?

Tú

Vamos a ver, Na'amah, ¿tú estás borracha o qué?

Acabas de colgar unas fotos con tu marido en Cabo San Lucas con el texto, copio y pego:

«Celebrando cinco años con este mamón que de vez en cuando me trae cerves frías 🦝».

O sea que vale, que lo hemos pillado, que estás con un pavo y que le encanta reírse, al bigardaco ese. Estoy impaciente por ver sus publicaciones en plan padrazo de niñas. O sea que no te cortes, dinos por vez milésima que el tipo no tiene periodo refractario.

Na'amah

sí querida, estoy con un pavo! porque no soy una arpía amargada

Sarah

vale Alison o sea lo hemos pillado puntúas los mensajes porque no quieres arriesgarte a parecer estúpida aunque eso te dé un aire amish

eres la típica zorra que lleva una camisetita debajo de un cuello en uve porque te aterra la idea de tener un grado de putismo siquiera estándar

y que sepas que cuando te echas iluminador parece que te ha dado un cuelgue de ansiolíticos en una cabina de rayos uva

Tú

Mira, Sarah, vete a tomar por el culo. En serio, cierra el pico.

No sabes, no te puedes imaginar cómo me intimida lo molona y cool que eres…

Anda bonita, sigue medio engañando a ese novio ficticio que tienes de tus búsquedas de folli-folli con ese otro tío de esas mismas búsquedas de folli-folli

ficticias.

Sarah
y además el tinte ese que te echas en el pelo te sienta como una patada en el coño y el flequillito ese que parece un código de barras te cubre como el 1 % de esa frente que tienes con forma de culo zorra
una frente arrugada con forma de pandero y que parece el logo de atari. no hay bótox suficiente en todo el MUNDO

Anjali
y además antiasiática, que no se nos olvide

Tala
chicas porfa
a ver, el chat grupal es lo único que hace que mi curro sea soportable (ˇ ⁀ ˇ)
yo digo que podríamos calmarnos un poquito todas
ahora mismo estoy haciéndole un sahumerio de salvia al móvil

Tú
Ay, no sabes cuánto siento que te aburras en el trabajo.
Fíjate tú qué pena que no sepas «gestionar esto» con todo ese tiempo libre…

Has cambiado el nombre de este chat a
«putas zorras falsas mierderas» Hoy 5:30

Sarah
ay mira la nena quiere que le hagan casito
podría alguien POR FAVOR cambiarle ya su pañalaco apestoso??
que te aproveche tu misoginia interiorizada gordi

Tú
¿ESTÁS
DE PUTA COÑA
O QUÉ ES ESTO?
AQUÍ SOIS VOSOTRAS LAS QUE ME ESTÁIS ATACANDO A MÍ.

YO NO HE INTERIORIZADO NADA.
SIMPLEMENTE OS DESPRECIO, CERDAS RUDIMENTARIAS.

Tala ha abandonado el chat

Na'amah
no tener el piso lleno de mierda de pájaro es «rudimentario»
ok

Sarah
os dais cuenta de que por esto empezamos el otro chat grupal
mira tía tú lo que eres es una hija de puta

Anjali
yo me piro vampiro 👋🏻

Anjali ha abandonado el chat

Edwina
Esto es triste y deprimente
Adiós

Sarah ha abandonado el chat
Na'amah ha abandonado el chat
Edwina ha abandonado el chat

Aunque lo ha bloqueado en todas las redes sociales, Alison ha seguido al corriente de las múltiples transformaciones que la vida de Neil ha conocido en los últimos dos años por los mensajes que los amigos comunes han ido colgando para felicitarlo: primero hubo un importante ascenso, pero justo después dejó el trabajo en aras de su sueño de ser fotógrafo de viajes, empezó una cuenta de Instagram conjunta y para colgar en ella esas fotos que son como planos subjetivos donde Cece lo lleva de la mano por las selvas tropicales de Borneo, por mercados de pescado de las Maldivas, aparece sosteniendo jarras de cerveza metálicas en *pubs* en ruinas de Budapest, jugando al escondite en un IKEA sueco, dejando juntos

un candado en la barandilla del puente parisino del Arzobispado… (¿Cómo es posible que puedan darle envidia unas experiencias que ella ni siquiera desea y que, de hecho, se avergonzaría de desear?). Sigue un temerario anuncio de embarazo —apenas transcurridas tres semanas desde la concepción— tras el cual cuelgan una ecografía. A Neil le está pasando de todo: está viviendo una vida real donde las relaciones van ganando profundidad y las circunstancias mejoran (la vida que ella debería haber vivido con él…). Ver el modo en que su propia vida verdaderamente está desarrollándose la hace sentir como un fantasma: sin posibilidad de ser tocada ni de provocar ningún cambio. (Salvo que los fantasmas no envejecen…).

Conque no le sorprende enterarse de que se van a casar. Recibe una invitación digital para el convite solamente —no para la ceremonia—, y en el espacio de la «Nota personal» se lee:

> La ceremonia es rollo círculo superíntimo, pero para mí significaría mucho que nos acompañaras en la fiesta de después. ¿Sin rencores? ¿Por los viejos tiempos?

La visión del mensaje le activa el reflejo nauseoso y se tapa la boca. Eso es, para él, ofrecer la pipa de la paz… De ninguna manera va a ir. Su ausencia sería la manera más limpia y digna de dejar clara su desaprobación sin necesidad de decir nada: una forma de rechazarlo, por fin, también a él. O a lo mejor es eso lo que él quiere: hacer que ella se desvanezca silenciosamente en su pasado, para poder encogerse de hombros y decir: «Bueno, yo la invité… Se conoce que se le hizo demasiado cuesta arriba. Es lo que hay…». Un desmadrado subidón de dopamina al ver el nombre de él —la idea de que *no la odia*— la hace pensar también, estúpidamente, que la invitación significa que él no ha terminado con ella y que a lo mejor la está invitando para disculparse por fin, lo que los devolvería a su antigua intimidad y, desde ahí, si el matrimonio un día empieza de pronto a hacer agua… No, no. Lo mejor a lo que puede aspirar es a un cierre, a la extinción final de la esperanza. Decide que puede ir… siempre y cuando no se lo ponga fácil.

Confirma su asistencia, convenciéndose de que comprar el regalo más barato de la lista —un soporte para tartas de cristal ahumado— es un acto de despecho y no racanería. Ir con un ligue sería prácticamente un tópico y el tiro le saldría probablemente por la culata (tampoco cree que pueda encontrar alguno lo bastante cañón para dar envidia). Se conforma con presentarse con un vestido con recortes —un vestido de putón, básicamente— que le hace parecer un tablero de *backgammon.* (La idea es deslustrar la ceremonia y atraer, de paso, a rollos potenciales).

Cuando finalmente llega a la encantadora granja idílica, se siente como un submarino a profundidad de implosión. Todavía no es la hora y merodea torpemente a cierta distancia —rodeada de velas de té y de caballetes que sin pudor exhiben, ampliadas, fotos previamente colgadas por la pareja en redes sociales— para observar la ceremonia a la que no la invitaron. Los brazos de Cece no están, a pesar de su preñez titánica, más gruesos. Con breves y tiernos votos seculares y una elegante ceremonia de unión de manos, los recién casados tartamudean entre lágrimas de felicidad. Alison habría llorado aunque no los odiara. Había sido buena, no le había armado ningún lío… y así terminaba: no había recompensa por ser una persona adulta madura que perdonaba y trabajaba en sí misma. Se frota, cuando se besan, la yema del dedo entumecido.

Neil está ocupado posando para fotos después de la ceremonia. Durante la cena, Alison está sentada en una mesa donde hay niños y provectos parientes lejanos moribundos. Él ni siquiera ha reparado en ella. No es hasta después de empezar el baile —la corbata de él ya está dando vueltas al son de Stevie Wonder— cuando ella se le acerca y le pide hablar. Él adopta una expresión solemne y la sigue en dirección a los sofisticados baños portátiles remolcables (con los jabones de manos Aesop).

Viéndolo con su esmoquin —con las mejillas coloradas y el pelo engominado y una barba perfecta—, ella tiene la sensación de que le va a crecer cola y va a empezar a menearla, y le viene el insano pensamiento de que igual todo ha sido un espejismo: de que él en

secreto la amaba durante todo ese tiempo y se disponía a demostrarlo, y de que esa será —si cierra y vuelve a abrir los ojos— la boda *de ella.* Prueba a hacerlo y resulta que no. El discurso que ha ensayado se transforma, en su mente, en un batiburrillo de incongruencias y ella se apresura a corregir, mirando el rostro expectante de él, las partes más mezquinas. Dice que se alegra por él y que no quiere volver a causarle problemas nunca. Dice que ella está bien, que lo único que quiere es algún tipo de cierre, pasar página —eso es todo—, y que, si él no la quiere en su vida, ella lo entiende y lo va a respetar.

«Pero tía… Si eso fue hace mil años… De verdad te lo digo: ¿cómo iba a estar enfadado, después de tanto tiempo? No pasa nada, no hay ningún problema… Anda, vamos a olvidarnos ya de eso. Venga, vamos a bailar…».

Oyendo lo cual, ella nota el maquillaje de su cara pesado y muerto. Aquello no siente que fuera hace mil años: siente que está siendo en *ese* mismo instante. Él la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la pista de baile, y ella puede percibir —sin mirar— cómo sonríe. Porque está a punto de dar todo por finiquitado, de olvidarse de todo, de salirse finalmente con la suya: de hacer de ella un polizón en el superyate de su vida. Ella tiene la sensación de que, si se deja arrastrar hasta la pista de baile, él habrá ganado oficialmente. Conque no se mueve. Lo que no hace sino que él tire de ella con más fuerza, esto la obliga a plantarse y hacer contrapeso en serio para resistírsele. Él dice: «Bueno, vale, como quieras. Intenta pasarlo bien».

Antes de que él se dé la vuelta, ella saca el único tema en el que sabe que lleva razón: que por qué le mintió y no le dijo que estaba saliendo con Cece. Que ahora vale, que ya no pasa nada, ya da igual; pero si él simplemente lo *reconociera* para que ella no tuviera que sentirse una loca…

«Perdona, pero eso yo de verdad que *en absoluto* lo recuerdo», dice Neil. «Y no creo que yo sea una persona que fuese a decir algo así. O no sé, igual no era oficial todavía y no quería gafarlo… Quiero

decir que, si te confundí, lo siento. Pero no puedo disculparme por algo que no creo que hiciera…».

Ella siente que los pulmones se le hinchan de furia y agitación, sabe que tiene el correo electrónico de él en el móvil y podría restregarle por las narices su mentira. Pero no lo hace. Ahora ya es indistinto que él mintiera o no: ningún reconocimiento va a explotar los globos dorados, ni a apagar las velas, ni a hacer añicos las copas de flauta; como tampoco volvería a Cece fea, ni a Alison interesante, ni resucitaría la (no) relación —en cualquier caso, ya muerta— que ella tuvo con Neil. De manera que desiste. Ese va a ser su regalo de bodas, de algún modo. (Un regalo que no se puede permitir…).

Alison dice que tiene una última cosa que pedirle: que si puede borrar la foto.

«¿Qué foto?».

«La foto que me hiciste», dice Alison. «*Aquella* foto». Neil sigue sin entender, conque ella tarda un buen rato en encontrarla en el móvil y enseñársela. Los ojos de él se ponen como platos y sus manos cubren la foto inmediatamente. «¡Joder! ¡La Virgen! Vale, ¿qué piensas hacer con esto? ¿Has venido en plan, digamos…?».

Ella le dice que no piensa hacer nada, que simplemente quiere que él borre la foto.

«Tú estás de guasa, ¿verdad? La borré *nada más* enviártela. Aquello era algo… de un solo uso. Quiero decir, ¿por qué razón iba a querer conservarla…? De verdad te lo digo: yo tampoco quiero que esa foto exista. Mira lo que vamos a hacer…». Y antes de que ella pueda reaccionar, borra la foto con un par de diestros toques. «Escucha: es mi puta noche de bodas. No me voy a ocupar de la jodienda esta hoy. Voy a pasármelo bien, voy a bailar con mi esposa. Así que tú…, no sé…, ve y cómete algo. Y no te agarres tal moña que no puedas volver conduciendo».

Alison se agarra una moña y vuelve conduciendo. Entra en su casa a trompicones, dando tumbos como si persiguiera la mitad superior de su cuerpo; pasa junto a su sofá manchado; sobresalta a Potorro —que huye aleteando— al pasar a la habitación y

desplomarse en la cama, se hace daño al caer sobre el vibrador (que tira a un lado). Por puro instinto, saca el teléfono para mirar el chat grupal (que sigue vacío). Respirando ruidosamente por la boca, escribe…

nadie sabrá jamás cómo me siento

nadie sabrá jamás cómo me siento

…y ve a las palabras dar vueltas y triplicarse por la pantalla. Lo vuelve a intentar:

por qué no os importa

por qué no os importa

La oleada de sollozos que espera va subiéndole por el estómago… y se disuelve. Por algún motivo no siente en el pecho la habitual y gratificante punzada de probo dolor. De pronto piensa: «Puede que esto sea un cierre. He ganado. Me he convertido en el canto rodado del río y en el ruido que no sale de ninguna parte». Pero la sensación no es de triunfo: es una sensación de nada. Se da cuenta de que se lleva dando cuenta de ello un rato. Pone a prueba ese embotamiento que acaba de descubrir con una serie de pensamientos dolorosos: que él probablemente borrara la foto no porque pudiese complicarle la vida, sino porque era fea; que él en ese momento estaría probablemente follándose a la novia (que llevaría el vestido nupcial puesto); que, salvo que ella siga dando problemas, él no tiene ningún motivo para volver a pensar en ella nunca más. Su corazón permanece ahora, donde antaño se le habría encogido, igual de indiferente que la yema de su dedo.

Al despertar por la mañana encontrará en la almohada un estarcido de maquillaje de su rostro y sentirá, en la parte trasera del cráneo, un fuerte pitido como de mosquito. Notará en los tobillos que una extraña corriente de aire recorre la vivienda y, cuando vaya a ver qué es, descubrirá que Potorro se ha escapado por la puerta,

que ella dejó de par en par. Y sentirá lo mismo: nada. Y pensará: «Igual resulta que no *soy* nada y que eso es lo mejor que puedo ofrecer a los demás —mi ausencia en sus vidas—, aunque nunca se van a dar cuenta ni me lo van a agradecer… Pero eso hará, de todas formas, sus vidas mejores». Al cabo de muchos años verá toda esta historia no como una tragedia, sino como el inicio de un terrible proceso de autocomprensión a cuyo término aceptó que, fuera o no fuera elección suya, no ser ni sentir nada fue lo único que hizo la vida posible.

Ahegao
o
Balada de la represión sexual

I. El año de los pies mojados

A Kant le lleva un año escribir el correo electrónico —de un solo párrafo— con el que hará el anuncio; tres semanas más recopilar las direcciones electrónicas de amigos, parientes y colegas a los que enviárselo conjuntamente, y tres *bourbons* darle a enviar. Lleva toda la vida imaginándose de un modo tan grotesco las consecuencias de salir del armario que no ha sido sino hace poco —a los treinta y un años— cuando ha dejado de venirse a sí mismo con cuentos de que él es bi o «flexible». Puede ver a su madre diciéndole, bañada en lágrimas, que no quiere volver a hablar con él jamás; se imagina desahuciado y muriendo solo en una casa de vecindad sin calefacción (aunque sabe que se trata de un destino improbable para un diseñador de *assets* de videojuegos que ha estudiado dos carreras…). Parte de él creyó, en otro tiempo, que, mientras sus querencias sexuales vivieran solo en su cabeza —y a veces en su ordenador—, no «contaban». Ahora lo sabe todo el mundo; su sexualidad existe en calidad de hecho público, más allá del control de él. Tras enviar el correo, apaga el teléfono y se pasa la noche vomitando por el estrés.

Pero la respuesta es unánimemente solidaria. Sus amistades contestan con todas las especies de emojis de corazones hasta entonces conocidas. Sus compañeros de trabajo se limitan a acusar recibo educadamente. («Qué bien. Me alegro un montón»). Su madre tampoco es que esté entusiasmada, porque habría preferido que la llamase primero a ella —aunque él se veía incapaz de hacer

aquello dos veces—, pero no está ni contrariada ni sorprendida. Probablemente facilitara las cosas el hecho de que acabara de legalizarse el matrimonio homosexual, así como que Bee —su hermane menor— ya hubiera salido del armario declarándose agénero. A sus padres básicamente les interesa saber si sigue con pensamiento de tener hijos y él les dice que sí. (Por darles, por lo menos, algo). Y Bee simplemente contesta: «No jodas menuda sorpresa me parto el culo ya no te acuerdas que compartíamos ordenador de peques o qué». Si tan obvio era, ¿por qué nadie se lo dijo? ¿A lo mejor todo el mundo quería respetar su proceso, o algo así? Más probable era que a nadie le importara. Sabían que él iba a estar solo en cualquier caso…

Todo resulta tan propicio y tan decepcionante que diríase que no ha cambiado nada. (O, mejor dicho, que lo que ha cambiado es todo excepto él). De algún modo desearía, perversamente, que la respuesta hubiese sido más dramática y adversa —para poner de relieve la importancia del cambio—, aunque sabe que no es eso lo que quiere *de verdad.* Como había ido moldeando su vida para compensar la falta de relaciones, nada lo apremia a ejercer su nueva libertad. Todo el mundo supondrá que está quedando con hombres… y resulta que está jugando a videojuegos y masturbándose más que nunca. Recordará aquella fase de su vida inmediatamente posterior a la salida del armario como *El año de los pies mojados,* pues lo pasó metiéndose en la ducha cada dos por tres para enjuagarse la polla y la barriga.

Más allá de la inercia y de la falta de confianza en sí mismo, el problema subyacente —y la razón principal por la que a Kant le llevó tanto tiempo salir del armario— es que también es un sádico. Eso él lo sabe desde antes incluso de saber que era homosexual. Desprecia su propia libido porque responde casi exclusivamente a la degradación. El origen de lo cual es bastante obvio: creció sin que nadie se fijara nunca en él —excepto en situaciones de bochorno público— y, por alguna oscura alquimia de acoso escolar, invisibilidad social y tabúes culturales superpuestos, desarrolló un estreñimiento

sexual cuya única válvula de escape es la fantasía de un sometimiento sin límites, atroz, cosificado y reforzado por el tipo hiperespecífico de porno que ha sido su consuelo durante toda su vida: las novelas visuales *yaoi,* el «vore» y el *mpreg,* y las versiones completas de juegos *erogē* de Illusion Soft —traducidos por fans— que consiguió a través de Hongfire y tuneó para sustituir a las mujeres por hombres. Todo lo cual apunta a un deseo de reubicar su propia abyección en otros hombres, de volverlos patéticos y ridículos —para poder sentirse poderoso y atractivo por comparación—, de hacerles sufrir los castigos que él, en los recovecos más profundos de su mente, teme merecer. Por muchas veces que se recuerde a sí mismo que existe una práctica ética del BDSM, no logra convencerse de que puedan deslindarse por completo fantasía y realidad. (Sobre todo de que él concretamente pueda deslindarlas). Todo el mundo conoce las potenciales maldades egoístas del sexo, y Kant siente que en cualquier momento podría írsele la situación de las manos y podría herir a alguien, humillarse a sí mismo y descubrir que su soledad y los malos tratos padecidos estaban justificados desde el primer momento…

Ya solo para poder probar y ejercer sus deseos, tendría que ser una persona totalmente distinta. Porque ¿quién tiene el deseo —y la paciencia— de que lo encule —y menos aún de que lo *someta*— un virgen inexpresivo que tiembla como un flan? Un amo tiene que ser alto, turbador, imponente: nadie quiere a un sádico que sea un pobre diablo, nadie ansía que lo domine un hombre más bajo que su frigorífico… La mera presencia de Kant en sus propias fantasías estropea la fantasía en cuestión: cuando se imagina a sí mismo practicando sexo, ve a un yorkie metiéndosela a un gran danés. Tiene esa clase de vello facial asiático áspero-ralo donde siempre sigue viéndose, debajo, la piel. Y su cuerpo…, bueno, pues claramente falla. Mide poco más de uno sesenta, la línea del nacimiento de su pelo parece un banco de arena fluvial y no tiene más ropa que un cajón de camisetas de webcómics apretujadas de cualquier manera y pantalones vaqueros Levi's 511 idénticos. Es

demasiado rechoncho para poder pasar por un buen *twink:* tiene pliegues asimétricos en el abdomen, marcado por años de postura encorvada ante consolas de videojuegos.

Cuando ha pasado un año y su sexualidad sigue siendo teórica, sospecha que debería «hacer currículum». «¡Las *apps!»,* dice todo el mundo. «¡Las *apps!».* Pero prueba con una y se le antoja una carnicería en pequeño: un infinito escaparate de cuartos traseros, lomos y salchichas. No tarda en adquirir una espantosa eficacia rechazando a hombres con base en fotos de cinco centímetros o en bíos de dos líneas: por tener los ojos demasiado juntos —o las encías grandes—, o bien por hacer kayak, creer en la astrología o afirmar que tienen «pelaje viril». Aunque le moleste constatar en sí mismo tal disposición quisquillosa injustificada, lo que de verdad lo inhibe es imaginarse a los hombres del otro lado mirando la expresión pasmada y seria de la foto de él… y burlándose. Aproximadamente uno de cada cincuenta perfiles lo dice sin ambages —«ni gordos ni afeminados ni asiáticos»—, y él encaja más o menos en cada una de esas tres categorías. (Otros sencillamente serían demasiado educados como para decirlo así sin más). Conque las aplicaciones solo sirven para ponerle ante los ojos seductoras fotos de hombres a los cuales él no puede atraer. Aun viendo a un tío lo bastante cañón como para tentarlo a enviarle un mensaje, se queda en blanco y no sabe qué escribirle… hasta que empiezan a ocurrírsele motivos para no escribirle nada.

De todas formas, sería hipócrita quejarse al respecto, ya que a él también lo atraen únicamente hombres altos, musculosos y varoniles de raza blanca o negra (más el típico hispano bien dotado, aquí y allá); su complicidad neutraliza su pretensión de considerarse un oprimido. Pero él se siente excluido igual, y, cuantos más perfiles mira, más se desespera y más claro se vuelve el problema. Se trata de una torre de vergüenzas superpuestas que se yergue tambaleante en su pecho… y que el más mínimo movimiento derribará fatalmente. Porque no es solo esa vergüenza de primer orden que representa la mirada heterosexual —bajo la cual la

autoestima de él se basaba en las normas sociales de ellos—, sino también esa vergüenza de segundo orden que es *querer* avenirse a dichas normas aun sabiendo que no es buena idea; y luego esa vergüenza de tercer orden que es saber que, aunque intentara avenirse a tales normas, de todos modos fracasaría; y luego esa vergüenza de cuarto orden que consiste en intentarlo así y todo… En su mente está siempre contestando no solo a los racistas y homófobos manifiestos, sino también a los progresistas heterosexuales que en secreto se sentían asqueados por el sexo gay; a los tíos asiáticos heterosexuales que tenían ojeriza a los tíos asiáticos homosexuales por reforzar el tópico del afeminamiento; a los homosexuales blancos que consideraban afeminados a los asiáticos. A lo mejor el deseo de complacer a ese grupo focal imaginario es una especie de afán de superación estereotípicamente asociado al asiático de clase media. O a lo mejor —piensa Kant— él es sencillamente una persona tarada…

Recibe, a su pesar, un mensaje de alguien que vive a quince kilómetros: un hombre robusto y bien afeitado —situable en algún punto del espectro griego-español-italiano— que hace, en todas las fotografías, un esfuerzo excesivo por parecer fogoso bajo la capucha de una sudadera Cornell negra que oculta el verdadero contorno de su cara. Su bío dice simplemente: «sumiso pasivo. más bien inexperto. nada de cháchara quedar directamente. podemos vernos aquí». Aunque no está claro si se refiere a que es nuevo en la aplicación o en el rol pasivo —¿puede incluso que en el tema de las citas?—, Kant comprende que estar con alguien igual de novato podría mitigar un poco la presión. (Y agradece poder prescindir del cortejo…). Le sudan tanto las manos que tiene que enjugárselas con la camiseta para que la pantalla táctil del móvil reconozca el contacto de sus dedos: «¡Gracias por el mensaje! Claro, ¿por qué no quedamos? Espero verte cuanto antes en la vida real…». Cuando aparca delante de la casa del hombre, en un suburbio invadido de maleza —a cuarenta minutos de donde vive él—, repara en ciertos detalles inquietantes: junto a un árbol del agreste jardín delantero,

se encuentra un tiovivo del alcalde McCheese (claramente expropiado del parque infantil de un McDonald's); hay una única luz encendida dentro de la casa y es azul. Kant llama a la puerta y es recibido por el hombre, que tiene los ojos rojos, lleva la misma capucha que en la foto del perfil y es exactamente tan alto como Kant. Su aspecto desastrado hace que Kant lamente haberse puesto corbata. (Kant decide que, si el hombre le pregunta, le dirá que venía del trabajo). El hombre no hace caso de la mano que Kant le tiende para estrechar la suya y, sin sonreír ni mirarle a los ojos, le indica que entre. Del suelo enmoquetado sube olor a agua sucia de cachimba y salmuera de aceitunas; la luz azul proviene de un descomunal televisor de pantalla plana en el cual se lee: SIN SEÑAL. «No tengo licor ni nada», dice el hombre. Y Kant responde —para dejarse agasajar— que un poco de agua estaría bien. El hombre coge del soporte para bebidas de su sillón reclinable un vaso de agua ya lleno —la luz azul de la pantalla permite ver manchas de dedos— y se lo tiende a Kant. Entonces dice: «Vale. ¿Pasamos, tal vez, a mis aposentos?».

Lo primero que Kant advierte en la alcoba es un cuenco que hay en la mesita de noche con tres *gyozas* dejadas sin comer sobre un charco evaporado de salsa de soja. El hombre se desviste de inmediato y Kant aparta la mirada de aquello que ha venido a ver. El hombre anuncia entonces que él únicamente quiere recibir azotes, nada más. «¿Azotes?», dice Kant. A lo que el hombre contesta: «Sí. Azotes. *Le vice anglais.* ¿Estás de acuerdo?». Kant dice «¡Oh!» y añade «Sí, claro» mientras piensa «No». Kant se sienta en el borde de la cama y el hombre se toma su tiempo para destapar, aplicarse y tapar nuevamente una barra de bálsamo labial, tumbándose a continuación sobre el regazo de Kant boca abajo y hundiendo con su peso a ambos en la espuma viscoelástica. Kant se echa la corbata hacia atrás —sobre el hombro— para que no se pille con la espalda del hombre, a quien pregunta entonces si empieza a azotarlo ya, y el hombre vuelve la cabeza hacia él por encima del hombro y dice: «No, si te parece…».

Una cosa buena de los azotes —descubre Kant— es que nadie tiene que estar mirándolo mientras lo hace, y parte de él sí que disfruta con su posición de poder (aunque tampoco es que el mero dolor le apasione, ya que deja la dignidad intacta). Golpea el culo del hombre más o menos lo fuerte que golpearía una tostadora que no funcionase bien, y en respuesta no oye sino una respiración regular e inalterada. (Lograr una erección parece algo tan improbable como amanecer en un país extranjero…). Cuando llevan así un rato, el hombre dice: «Para, por favor». Kant para, convencido de que ha estropeado el asunto de algún modo. Le dice: «¿Puedes, digamos, entrar en el tema un poco más? Es realmente mecánica la forma en que lo estás haciendo; es como *rítmica.* Es una cosa…, coño, muy rara. Puedes darle muchísimo más fuerte, además. (Casi no lo noto…). ¿Y no vas a decir nada?».

Kant, con el alivio de no haber provocado ningún daño de entidad —pero con demasiado bochorno todavía como para pedir indicaciones abiertamente—, se disculpa y retoma el asunto, cambiando la intensidad y el tempo y la zona… de maneras que inevitablemente recuerdan a alguien tocando el bongó. Va mascullando, como para sí mismo, «Te gusta, ¿eh?» y «Toma, para que aprendas…» mientras monitoriza los gruñidos del hombre —para ir recalibrando— hasta que baja sin querer la mano un poco y le sacude en todas las pelotas con la fuerza máxima, de resultas de lo cual él y cae al suelo rodando encogido cual gamba. «¡Cristo! ¡Joder! Pero ¿qué coño…?», dice el hombre con los cuatro cachetes ardiendo.

Kant se pone en pie de un salto y recula hasta la esquina de junto a la puerta, tras lo que escapa de la alcoba —y de la casa— en una nube de tinta de disculpas. Pasa junto al alcalde McCheese apresuradamente y vuelve a meterse en el coche. Dedica el trayecto de regreso a maravillarse de cuán exactamente ha corroborado la cita sus temores, baraja incluso la posibilidad de que lo arresten. En casa se masturba —para resetear, más que otra cosa— y siente que hay algo gafado en la carga que lleva consigo.

No renuncia, sin embargo, a la perspectiva de practicar sexo; únicamente a la reciprocidad. Fue una tontería por su parte suponer que estaba en posesión de algo que otros hombres pudieran desear… Cuando acepta eso, se plantea contratar a un *escort,* pero, tras su debacle con las aplicaciones de citas, se le han quitado las ganas de quedar con alguien en persona. Sigue mirando, así y todo, las webs de *escorts* con frecuencia… hasta que un día le llama la atención, en la barra de navegación de una, un cartelito rojo que dice *¡novedad!*. Accede con un clic a una galería de muñecas hinchables de alta gama relativamente realistas: con esqueletos de acero —y cubiertos de carne de elastómero termoplástico— articulados y que permiten componer posturas. Con este nuevo servicio le ofrecen dejarle a la muñeca —esterilizada— junto a la puerta de su casa en una bolsa de lona sin rotular y pasar a recogerla al cabo de veinticuatro horas. Esto podría ser una buena solución para adquirir memoria muscular. (De tanto centrarse en los servicios, se había olvidado de los productos…). En su día probó con un juguete masturbatorio para hombres, uno de esos cilindros de aspecto científico y cuidado diseño industrial —forrados por dentro con nódulos gelatinosos y ondulaciones y rampas— que llegan en elegantes cajas mate para imitar el embalaje de los *smartphones,* pero no le gustó la manera en que tenía como que abrir en canal el chisme para lavarlo… Lo que él necesita es un cuerpo, un cuerpo físico, a falta de un cuerpo real. Y un cuerpo que no siente dolor tampoco puede provocar vergüenza…

Le entregan la muñeca en una gran lona negra y con una tarjeta de instrucciones desenfadada y humorística. (La idea es dar al consumidor sensación de risa cómplice). Es una morenita de mandíbula ortogonal —y abdominales marcadísimos que más parecen ubres sin pezones— que desprende un fuerte olor a goma nueva que tarda horas en remitir. Al tacto está fría: necesita un minuto de ingratos preliminares para calentarse. Él no tarda en darse cuenta de que un cuerpo que no siente dolor… tampoco puede *ser avergonzado.* Conque, para llegar hasta el final, necesita poner

porno de fondo (lo cual anula la función rehabilitadora de todo el proyecto…). Cuando ha terminado, se hace daño en el hombro forcejeando con la muñeca —que pesa cuarenta kilos— para meterla de nuevo en la bolsa.

Mientras el cuerpo yace frío y enlefado junto a la puerta de su casa —a la espera de que pasen a recogerlo—, él yace en su sofá, aplicándose frío en el hombro. Todo eso no lo está preparando para nada —piensa—, salvo para artilugios todavía más raros… En seguida surgen preguntas indeseadas: ¿y si resulta que él puede sentirse atraído *solamente* por sus fantasías abstractas (cuando no por la propia naturaleza no existente de ellas)? ¿A lo mejor lo que ocurre no es que su libido esté atrofiada, sino que nació muerta? ¿A lo mejor el circuito límbico encargado de conectar estímulo y respuesta se vio privado de cierta ventana de desarrollo y ahora no anhela sino lo irreal? ¿O lo que pasa es que él está monogámicamente dedicado a sus fantasías, que llevan siendo tanto tiempo su único gozo, que tener una pareja real se le antoja una infidelidad para con ellas, para con esos *éidola* que nunca lo han juzgado y nunca lo abandonarán?

II. La comunicación lo arregla todo

Yendo al trabajo un mes después, Kant pasa junto a un gimnasio que abre las veinticuatro horas (en un centro comercial). Lo inmutable de su raza siempre le ha hecho considerar su propio cuerpo igualmente inmodificable, pero entiende que no hay nada que le impida ponerse, como mínimo, más recio. ¿Salir del armario no había supuestamente de empujarle a desafiantes experiencias nuevas? ¿Y no es el gimnasio —como todo el mundo sabe— el lugar al que van los tíos buenos para ponerse más buenos todavía? Parece imposible que unos kilos de carne más firme vayan a curar alguna herida psíquica. También es cierto, no obstante, que nunca lo ha intentado… Termina entrando al trapo cuando empieza a documentarse sobre ciclos de entrenamiento de tres sesiones y

sobre regímenes de suplementos y sobre hojas de cálculo de menús diarios con las cuales establecer las cantidades óptimas de proteína de guisante y carne blanca. Nada lo reconforta tanto como *minmaxear*…

Con el grato subidón que tener este objetivo le provoca, se apunta para un pase gratuito de un día en el gimnasio del centro comercial, y, como no tiene ropa propiamente deportiva, opta por llevar un bañador de color verde azulado. Cuando entra al gimnasio, las gafas se le empañan a pesar de que, fuera, no hace frío. Más allá del mostrador de recepción, cuerpos húmedos vestidos con polialgodón se dotan de dureza y volumen. Lo sobresalta el golpe metálico de una haltera que cae al suelo cerca de donde él está.

El vestuario es una sauna de olor a sobaco y desinfectante. Él no se ha cambiado nunca en uno. Ni siquiera en clase de gimnasia, donde solía cambiarse en el baño, una de las muchas razones por las que le hacían *bullying.* (Aunque era por ser asiático, y no gay, por lo que lo llamaban «gay»). Su otro punto de referencia para los vestuarios es el porno, lo que confiere a este vestuario concreto el surrealismo de un sueño lúcido. Él sabe que no tiene sentido esperar ningún caldario romano transitado por varones de musculosos cuerpos untados en aceite y sanguíneos badajos bamboleantes, pero tampoco esperaba que un vestuario se asemejase tanto a un retrete público, con sus ecos de toses y sus azulejos mohosos. En el suelo engomado hay huellas tanto de pies mojados como de zapatos. Por las inmediaciones de donde él se encuentra merodea un pandero sin broncear, deserotizado. Es una situación insoportable: muy poco espacio para mucha atención repartida entre muy pocos. Afortunadamente puede cambiarse rápido porque ya lleva el bañador debajo de los vaqueros.

Bajo las luces fluorescentes, el fino rayón de su bañador permite adivinar su paquete, que así se antoja demasiado grande y, a la vez, demasiado pequeño. Calienta en la cinta de correr, pero el nailon de su bañador produce un ruidoso crujido y las llaves del coche le molestan a través de la malla del bolsillo en el muslo, conque se

baja de la cinta y se acerca a la zona de las pesas con la cabeza gacha. Ha leído que las sentadillas son el ejercicio más completo, y coloca los discos más pequeños que no parecen, de tan pequeños, ridículos. La persona que hay más cerca, un tipo blanco de pelo castaño —con camiseta de tirantes de rejilla amarilla y auriculares—, está anotando sus *presses* de banca en una libreta arrugada por el sudor, y le señala: «Eso tiene pinta de pesar…». Kant tiene bastante claro que se trata de un insulto. Hace por ignorar al hombre mientras se pone de puntillas para levantar la haltera. El bajo de su camiseta —que pende suelto— tiembla cuando da un paso adelante. Sus tendones restallan y sus rótulas crepitan de un modo que no es normal. Como su bañador no es absorbente, le preocupa que el sudor empiece a gotear por él. Recula como puede para volver a colocar la haltera en el soporte, tropieza y se cae y esta choca contra el suelo con un ruido metálico ensordecedor. Todo el mundo se vuelve para mirar.

El tipo de la camiseta de tirantes se acerca en seguida y le pregunta si se ha hecho daño, recoge la haltera y la devuelve a su lugar con un gruñido. Kant dice: «No, lo siento. Estoy bien».

«¿Quieres que te haga de *spotter?».*

«No, gracias», contesta Kant. Y se marcha antes de que el tipo pueda responder.

Para que no parezca que está huyendo aterrorizado, se compra y se toma una enorme bebida energética de una máquina expendedora del vestíbulo. Después va al baño y se arrima al mingitorio. Antes de que pueda empezar, el mismo tipo de la camiseta de tirantes entra y se instala dos urinarios más allá (aunque podría haber dejado entre los dos mucho más hueco). Con el tipo meando libremente, la vejiga de Kant se hermetiza cual búnker antiatómico. Lleva ahí demasiado rato como para fingir que ya acabó… y están demasiado cerca como para fingir que su chorro es inaudible. De manera que decide esperar a que el tipo acabe y hace por centrarse en su teléfono. Entonces recibe un mensaje en la aplicación de citas. Lo envía alguien llamado Julian que se encuentra

a dos metros de él: «Eso tiene pinta de pesar…». Kant levanta la vista. El tipo —Julian— está moviendo la pantalla de su teléfono en señal de saludo hacia Kant, con una sonrisa que parece tener una intención muy concreta.

A Kant se le atascan las palabras en la garganta. Él pensaba que sentiría una gratitud prodigiosa si le entraban a saco, pero tal es su inseguridad sobre su propio atractivo —y tal su certidumbre sobre su incapacidad de responder— que termina sintiéndose cual niño mohíno que no quiere darle un beso a su abuela. Julian sale del baño sin ruborizarse, le da un cariñoso apretón en el hombro al pasar junto a él.

Kant, tras evacuar finalmente pis y pedos —y dedicar todo un minuto a lavarse las manos—, sale y busca al tipo, que se presenta como Julian. Cuando Kant le dice que es nuevo en el gimnasio, Julian se lo enseña y le muestra cómo se carga la prensa de piernas y cómo se despliega la plataforma acolchada en la máquina de dominadas asistidas. Él le ofrece hacerle un Venmo por la clase y Julian se ríe: «Ya me invitarás a una copa algún día». Julian se asegura de que Kant vea cómo le envía solicitudes de amistad en las redes sociales, le da otro cariñoso apretón en el hombro y se dirige al vestuario.

En casa, Kant somete a un escrutinio pericial las redes sociales de Julian y todo apunta a un hombre completamente equilibrado: en sus bíos tiene emojis de la bandera del Orgullo y de un pulgar (de raza blanca) levantado. En las fotos sale bien afeitado —le da un aire juvenil— y en todas lleva el mismo gorro negro de lana con distintas camisetas Henley grises, riendo con los brazos cruzados como si siempre tuviera un motivo para reír (y a alguien a su lado para dar fe con una foto).

En mitad de la pesquisa, Julian le escribe sugiriéndole quedar y él accede. Prefiere no hacerse ilusiones, prepararse para que no aparezca o para que, de pronto, se muestre racista. Para algún tipo de maltrato físico, incluso… (La clase de maltrato que marcó su

adolescencia y que lo ha vuelto reacio en general tanto al contacto como a los cuerpos masculinos desde entonces).

La cita resulta extraordinariamente bien, debido sobre todo a que Julian se encarga de ir guiando. Quedan en el típico sitio italiano de postín donde hay albóndigas, pero no sirven espaguetis. Julian llega tarde, con una medialuna de loción en la mejilla que no se ha terminado de extender. Tiene barba de pocos días, justo los suficientes para que empiece a coger dirección. Kant le pregunta a Julian que de dónde es —de Pasadena— y que a qué se dedica. Julian dice que trabaja «en el ámbito del diseño» y aclara que hablar de cualquier cosa por hablar de algo —especialmente si se trata de temas laborales—, eso a él no le va. No tardan mucho en ponerse de acuerdo en que tener hijos está sobrevalorado, en que el formato francés de mantener cada uno su piso tras casarse es estupendo y en que la universidad es una institución diseñada para reforzar la estratificación social (a pesar de que ambos fueron).

También compartían una historia de acoso escolar. Julian por ser emo. Cosa que luego se dio cuenta de que era una excusa para vestirse así, lo que lo llevó a salir del armario a los quince. (Siendo seis años más joven que Kant, en el instituto se había beneficiado del salvavidas decisivo de las redes sociales). Habla de la tensa relación que mantiene con su hermano mayor, quien era amigo de muchos de sus acosadores, pero luego resulta que escribió, para entrar en la universidad, una redacción —con la que efectivamente logró su objetivo— sobre el heroico calvario de tener un hermano gay. Kant le habla, procurando que parezca que empatiza con él —y no que intenta quedar por encima—, de los cuatro chicos blancos que en secundaria lo sujetaban contra el suelo y se turnaban para sentarse en su cara y peerse. Julian entonces lo interrumpe —apretándole la mano y adoptando una expresión conmiserativa exactamente a caballo entre el ceño fruncido y el puchero— y dice: «Dios mío, es espantoso… Cuánto siento tener que oír algo así… Aunque fíjate que yo probablemente hubiese reaccionado: "¡Venga, chicos! ¡Sujetadme contra el suelo! ¡Vais a hacer que me corra…!"».

Por no dar impresión de carne viva —de herida abierta—, Kant se ríe, como si desde el principio hubiese pretendido contar una anécdota liviana. (Aunque la historia completa era que aquel *bullying* no tardó en escalar a otras «bromas», entre las cuales se incluían abrirle la boca por la fuerza y obligarlo a tragar huevos crudos y mierda de perro; o bien inmovilizarlo por detrás con una llave de estrangulamiento —diciendo: «¡Hora de poner a dormir al friki…!»— hasta hacerle perder el sentido; o simplemente pegarle donde quiera que las marcas no se viesen, en una ocasión lo bastante fuerte como para hacerle cagar sangre). Tampoco dice nada —aun sintiendo un insólito afán de revelar qué enfermo desviado es— del episodio de dos años atrás: cuando se desvistió hasta quedar en calzoncillos —incapaz de soportar la perspectiva de enfrentarse a la muerte desnudo— y se metió en la bañera llena de agua caliente con un cuchillo de cocina a su lado —sobre la tapa del váter cerrada— para beberse dos vasos de whisky y tomarse un puñado de aspirinas —para mitigar el dolor y evitar la coagulación— hasta que reuniera el valor suficiente para atajar su vida. No le llegó nunca tal valor, hizo apenas un rasguño en su antebrazo la punta del cuchillo y él se derrumbó entre sollozos sobre sus rodillas. Salió del agua tibia de la bañera sintiéndose estúpido al dejar, otra vez, el cuchillo en su cajón. (Y ahora, cuando toca uno, siente como si le atravesara una suave corriente eléctrica…). Le habla en cambio de que él, hasta los veintidós, pensaba que «postura del perrito» significaba «sexo anal», lo que hace reír a Julian hasta que le entra tos.

Al cabo de tres copas, Julian le dice entrecerrando los ojos: «A ver. Pregunta incómoda: ¿cuándo fue la última vez que estuviste con un tío?».

Kant da un largo trago al agua, deseando que el tema cambie por sí solo.

«Vaya, ¿voy a ser el primero?», dice Julian con naturalidad. «Qué honor. Yo habría dicho, viéndote, que eras todo un *killer…».*

Él no acaba de entender a qué está jugando Julian —atribuyéndole un poder y unas opciones que a todas luces no

tiene—, pero no importa: ahora se están besando de camino a la casa de Julian en un Uber.

Después del primer beso, perder la virginidad supone un anticlímax. Tras un discreto intervalo en el baño, Julian toma la iniciativa y se coloca debajo de él, entonces, Kant descubre que, aunque es posible que química sí tengan, física no tienen: sus fémures son más cortos que los de Julian, lo que impone una reubicación en el borde de la cama… y tentativas a continuación y recalibraciones de ángulos y fuerzas, termina resultando una tangente cuando lo pretendido era una línea secante. Cada postura parece una plancha anaeróbica, y a él lo tira para atrás la dimensión —antes desconocida— del olfato. Porque sus fantasías, por muy cenagosas y chapoteantes que fuesen, no olían. Y Julian huele tan agrio que le lloran a uno los ojos (como un cítrico bien intenso). Resulta contraintuitivo que alguien tan agradable huela así de fuerte…

Cuando Kant empieza a preocuparse por si va a ser capaz de terminar, Julian extiende el brazo hacia atrás para aquietarlo y dice: «¡Pausa, porfa!». Kant se retira, ve una mancha escarlata en el condón y, sin quererlo, piensa: «Rollito de primavera fresco con salsa *sriracha».* Se sobresalta y, tartamudeando, se disculpa.

Julian mira de reojo hacia atrás y se apresura a salir de la cama. Se pasa ambas manos por la cara exasperado. «Ay, lo siento… Qué corte… El tema este de las almorranas… Pero no te preocupes: tú no has hecho nada mal. Solamente que tenemos que dejarlo por hoy. Otro día seguimos, ¿vale?».

El apuro de Julian debería ayudar a igualar las cosas, libera a Kant de la presión de tener que cumplir. Él se siente, por el contrario, culpable de causarle un daño real a Julian; luego, excitado por tal daño —lo que le hace sospechar que su subconsciente quizá lo haya hecho a propósito—, y por último, horrorizado ante su excitación. (Hasta el extremo de que vuelve a enfriarse).

A pesar de ese fracaso, siguen viéndose. Su compatibilidad estriba en su gusto compartido por pasar enormes cantidades de

tiempo ocupados juntos en silencio. Él descubre que Julian es una persona que dice «Chévere» en lugar de «Sí», y que jamás se da de baja de listas de distribución políticas; que cree que la mejor canción de la historia humana es *Sleepyhead* —de Passion Pit— y que posee todo un cajón de camisetas Henley. Tiene el cutis bronceado y los pies en la tierra. Los chakras, abiertísimos. Es un californiano integral.

Pasan juntos los viernes y los sábados: están de acuerdo en que acabando la veintena y comenzando la treintena, son demasiado mayores para andar saliendo a discotecas. (Aunque Kant, a diferencia de Julian, nunca ha ido a ninguna). Es Kant quien se desplaza al precioso piso de Julian, que rezuma equilibrio e interés por el autoconsumo. En el alféizar fermentan —cerca de una balda con utensilios de cocina de cobre a juego— botellas de cerveza de jengibre con tapa de bisagra. Hay electrodomésticos inteligentes elegantemente camuflados y lámparas de cultivo fucsia que lucen sobre jardineras de hierba de limón, albahaca y maría. En el sótano (el piso es un dúplex de planta baja), hay un banco de carpintería de fabricación casera y un conjunto de repisas —y de complicada maquinaria— que Julian explica es una cava de quesos en construcción.

Kant se esfuerza seriamente por no parecer una persona dejada —y por ser un buen novio—, cocinando y limpiando un montón cuando se queda a dormir con Julian. Por la mañana prepara complicadas tostas —de *bābā ġanūsh* con ajo chalote asado, de mermelada de mandarina o de aguacate machacado— y un café tan fuerte que le provoca contracciones. Recoge los paquetitos de lentillas desechables que Julian va dejando por doquier, encuentra en internet recetas, se pasa tardes preparando y cortando masa para hacer *pappardelle* con ralladura de limón. Hay alguna ocasión en que la cantidad de tiempo que eso le supone sumada al desparpajo con que Julian acepta tales favores, hace que Kant se resienta, pero entonces se recuerda a sí mismo que Julian nunca le pidió que hiciera nada de todo eso. A la hora de la cena, ambos

llevan la comida al dormitorio y se colocan las bandejas sobre los muslos, sentados en la cama para ver «alguna tontería» —en general *realities* cuyos protagonistas deben sobrevivir o cocinar en la naturaleza—, y Julian hace siempre el mismo chiste de que esos programas hacen que a uno le sepa la comida mejor. Kant le pregunta, cada vez que se levanta para ir al baño, si quiere otra copa de vino tinto, y la respuesta es siempre un tímido sí. Al cabo de tres episodios, Kant lleva los platos vacíos de ambos de vuelta a la cocina, limpia y seca todo y luego apaga los interruptores de todas las luces —sabiendo que Julian es lo bastante vago como para dejarlas encendidas hasta el día siguiente—, tras lo que coge dos vasos de agua para que Julian los tenga en su mesilla, porque suda mucho cuando duerme (aun con el ventilador sin aspas que constantemente tiene orientado hacia su rostro).

En respuesta a tales favores no pedidos, a Julian le gusta provocarlo llamándolo *service top,* si bien Kant comprende más cabalmente sus propias intenciones: se da cuenta de que ha extrapolado —igual que antaño convirtiera su represión sexual y su falta de amigos en unas notas excelentes— ese *modus operandi* suyo de los logros a la relación, mostrándose obsequioso y solícito y haciendo las faenas domésticas de Julian como si eso fuera a darle derecho a lo que quiere, que es un sexo estrafalariamente violento y degradante. Todos esos cuidados que le dispensa son, por tanto —Kant lo sabe—, vana sublimación únicamente —pues de verdad él es un genio canalizando su inmundicia en empeños encomiables—, y eso no vuelve sino más profundo su convencimiento de que nunca va a ser capaz de darle a Julian ese amor distendido que se merece. Conque igual debería poner fin al asunto, antes de que se siga complicando. Así no resultará tan doloroso dejarlo…

Desde la primera tentativa, no han vuelto a mantener relaciones sexuales. A veces, en la cama, Julian tira del elástico del pantalón del pijama de Kant —o, si la tiene de pronto morcillona, se la aprieta mimosamente contra la parte trasera del muslo—, pero la cosa nunca pasa de ahí. El sexo es, para Julian, una *movida* más (una

«movida» que se hace con la mano, con la boca, con el pandero…): la actitud ligera de un tío equilibrado, para quien el sexo es un postre. ¿Tal vez no lo necesite tanto…? La cuestión es que Julian no se ha quejado oficialmente.

Cuando están en la cama es cuando más intensamente siente Kant esa membrana que se extiende sobre su corazón en presencia de otros. La perspectiva de desnudarse habiendo alguien delante le produce unos escalofríos espantosos —como frotar arpillera teniendo secas y frías las manos—, de manera que va al baño a cambiarse. Duerme mal por el temor de darle a Julian sin querer un rodillazo —o de que sus ronquidos lo despierten—, mientras que la brisa ambiente que genera el ventilador con el que Julian duerme hace que a Kant se le sequen las fosas nasales, por lo que se despierta con ellas incrustadas cual geodas, y extraer los ensangrentados abrojos que se le han endurecido alrededor de los pelos de la nariz representa un suplicio.

En verano asisten a una fiesta —a una fiesta que se celebra en el patio trasero de una casa— y Kant tiene la oportunidad de conocer a los amigos íntimos de Julian, con quienes este visita cada año un país diferente. Cuando entran en el patio en cuestión —sobre el que penden, entrecruzadas, guirnaldas de luces—, Julian dice: «¿Qué pasa, zorras?» al grupo que está allí reunido, cuyos miembros son mayoritariamente blancos y todos homosexuales y unos tíos macizos en toda regla y para colmo altos a la manera de la gente rica y van sofisticadamente tatuados y están comiendo charcutería. La mitad lleva camiseta de tirantes, y la otra mitad, camisa desabotonada (exhibiendo zonas de la piel opuestas, pero transmitiendo el mismo género de desparpajo). En particular, el exnovio de Julian, Noah, está tremendamente cachas, con su mandíbula en plan Thanos y su corte de pelo impecable tipo César. Sus abdominales tienen un relieve y una definición propios de esas calabazas monstruosas que ganan concursos, y le suben básicamente hasta la frente. Julian se dirige a Noah para presentarle a Kant: «Pues este es mi *novio.* Se dedica a diseñar armaduras. También hace esas músicas tan chulas

rollo videojuego retro, ¿cómo se llaman…? Ay, sí: *chiptunes.* Y bueno, madre mía, tienes que ver cómo juega al *Super Mario,* se lo pasa como en cinco minutos, es de locos… En serio que es el mejor…».

«Hala, qué fuerte, ¿armaduras? Entonces, ¿eres una especie de herrero…?», pregunta Noah.

Es terrible no solo descubrir que Julian piensa que esos son los principales atractivos de Kant, sino ver cómo tiene que describirlo de manera engañosa para hacerlo parecer interesante. «No, vamos a ver», explica Kant, «son armaduras virtuales para… Es… es un juego de fantasía para dispositivos móviles que puedes descargarte gratis y jugar sin más, pero luego te puedes comprar armaduras opcionales que les puedes poner a tus personajes del juego (aunque eso resulta que es algo puramente cosmético…). Y entonces, a pesar de que las armaduras no te den ningún tipo de ventaja, pues resulta que a nuestros usuarios les gusta customizar a sus avatares, así que al final es…, a ver, un modelo de negocio francamente rentable. Solo que claro, luego a muchos *gamers* les parece horroroso y ha habido artículos al respecto…, pero sí».

Noah va emitiendo sonidos propios de una escucha activa… allí donde no vienen a cuento (lo que no hace sino remarcar lo activamente que no está escuchando). Kant es consciente de que está haciendo quedar a Julian mal mientras decae visiblemente el interés de la concurrencia. Para evitar que lo distraiga la mirada directa a los ojos, se concentra en mantener la vista fija justo encima del hombro de Noah, quien no para de volver la cabeza para ver qué está mirando Kant. Hasta que Noah dice que va a ver si se pone otra copa… y Kant ve con claridad cómo se acerca directo a otro grupo y se pone a hablar con ellos.

A partir de ahí, Kant se pasa la velada callado y pegado a Julian, con la mirada baja y la sonrisa afligida de la sumisión primate —pasivamente excluido de las conversaciones sobre famosos a quienes él no conoce, sobre series que él no ha visto en *streaming*—, y únicamente es tenido en cuenta cuando alguien coge

una pregunta que ha usado ya con Julian y la vuelve a usar con él. «¿Y tú, qué? ¿A ti también te gusta el senderismo?». Conteste Kant lo que conteste, la respuesta siempre es «Fíjate, qué maravilla» o «Claro, di que sí».

Eso no es ningún problema: Kant está acostumbrado. Más desconcertante es la facilidad que Julian evidencia para poner a parir —con una voz artificiosa que él no le conocía— cuando, entre chismorreos sobre amigos de la universidad y las siguientes vacaciones, empieza a disertar con sus amigos sobre subdemografías de hombres homosexuales de las cuales Kant conoce el nombre solamente: sobre los gais de DataLounge y los gais católicos del Sur y los gais teorizantes; sobre los *tenderqueers* de Tumblr y las reinas del circuito y las nutrias lumbersexuales; sobre los Instagais que se quejan de que están engordando en los textos que añaden a unos selfis provocadores objetivamente despampanantes. Julian menciona a un hombre con el que estuvo saliendo y que tenía un cuerpo delgado supermusculoso… pero cara de profesor de matemáticas. Y mientras recibe una gran carcajada, Kant puede imaginarse perfectamente a sí mismo ridiculizado en unos términos de lejos más horribles. Ver a Julian desplegar ese lado de mala baba experta hace sentir a Kant, una vez más, como un extraño que no es bienvenido en la tierra en que nació.

La sensación de aislamiento ha debido de traslucirse en su rostro porque en el coche, de vuelta a casa, Julian le dice de su propia iniciativa: «Oye, te agradezco un montón la paciencia que has tenido conmigo esta noche; soy consciente de que esos tíos pueden ser un poco postureros. Sinceramente, me alegro *tanto* de que tú no seas como ellos… A veces, cuando estoy demasiado rato con las chicas, es en plan: "Vale, ya tengo suficiente hasta que no pase un *tiempo…"*».

El problema era, en realidad, que Julian se había mostrado exactamente igual de posturero que sus amigos; pero Kant sabe que él tendría que valorar esa declaración de lealtad. De modo que se siente mal por presionar a Julian para que haga de menos a sus

amigos… y empieza a enfoscarse otra vez. Agarra el asidero del techo del lado del copiloto. Desde que empezaron a salir, se ha permitido albergar la esperanza de que Julian tendría suficiente paciencia, saber hacer y capacidad comunicativa para los dos, lo que hace solamente que él sienta que no se merece algo así.

«No hace falta que te cagues en tus amigos por mí», dice Kant.

«Yo no estoy haciendo eso…».

«Es evidente que te gusta cuando os veis. Soy yo el que no te gusta. Que por otra parte es lógico…».

«¡Oye! ¿Qué es todo esto? Tú a mí *sí* que me gustas…».

Kant se da cuenta de que parece que quisiera pescar piropos… y de que entonces podría encontrarse con que el lago está vacío. Se disculpa y mira su estúpida cara en el espejo retrovisor, viéndose arrastrado a un pozo gravitatorio emocional en el que él compadece a Julian por salir con semejante fracasado, pero está a la vez resentido con Julian por compadecerlo a él, pero se compadece también a sí mismo por recibir compasión. Todo lo cual se disuelve en el silencio…

«Mira», dice Julian, «lo único que estoy diciendo es que mis amigos son divertidísimos, pero les falta un poco de… Noah, por ejemplo: una vez le cogí el portátil y vi que su última búsqueda había sido "complejos de industria militar qué son". Cuando empezamos a salir, me dijo que iba a tener que "ver cómo lo hacía" con el hecho de que yo tuviese la Luna en Aries, como si estuviera haciéndome un favor…».

«De verdad que no hace falta que…».

«No, no, espera, que hay más. Me hacía que le seleccionara cada selfi —como veinte versiones del mismo con filtros diferentes—, y después de subirlo me tenía al corriente de cuántos *likes* le iban dando. ¡Ah!, y una vez me dijo que él nunca había estado en una relación *magnánima*… Y me acuerdo de otro día que me preguntó en qué ciudad estaba la Ópera de Sídney… No me malinterpretes, en serio que es una bellísima persona, pero… Ay, Dios mío, acabo de acordarme de la vez que se hizo daño en el cuello en el

Orangetheory y se construyó… se construyó como un *cabestrillo* que colgaba del techo para sujetarle la cabeza mientras veía la tele. ¿No te parece un disparate?».

«A mí tuvieron que operarme el túnel carpiano de tanto jugar a videojuegos», dice Kant. «Conque debo de ser peor…».

«De acuerdo, pero tú no te pusiste a construir toda una *infraestructura…».*

«Pero tuve que llevar una férula».

«Lo que intento decirte es que estar contigo es muchísimo mejor, que tú eres más amable y más interesante y más listo con diferencia».

«Pero yo no estoy cañón».

«¡Madre mía! Hay que ver qué *imposible* te pones… Tú no estás menos cañón que Noah; no todo va ser semen resbalando entre músculos… Y aparte hay una forma *cansina* de estar bueno. Él me escribía con regularidad para contarme, te lo juro, qué tal seguían sus abdominales…».

Por mucho que valore el apoyo, él en realidad no *quiere* gustarle a Julian por su amabilidad o por su inteligencia. Él había albergado la esperanza de que estar en una relación iría haciendo a su autoestima desvincularse de una degradación sexual caricaturescamente inmunda…, pero han pasado seis meses y ninguno de los dos ha reconocido el hecho obvio de que Kant rehúye el sexo. Porque él no puede —o no quiere— detallar sus necesidades, convencido como está de que se halla en deuda siempre o en periodo de prueba, de que ya era pedir demasiado que Julian accediera a salir con un virgen asiático tartamudo con cara de pan y obsesionado con la pornografía, de que aspirar a más que eso no haría sino ponerlo en peligro todo… ¿Qué habría, por otra parte, más patético y repelente que suplicarle a Julian que estuviese por favor, anda porfa, aterrorizado ante la polla de él? Y luego, para colmo, Kant es básicamente alguien que en su vida normal quiere monogamia, estabilidad, incluso niños algún día —una vida totalmente incompatible con sus deseos espantosos—, conque ¿no

sería más sencillo renunciar a querer satisfacerlos, no fuera a ser que arraigasen todavía más profundamente en él? Si Julian no ha sacado la cuestión del sexo probablemente sea porque, para él, tampoco es ningún problema no tener sexo con Kant. (Cosa bastante comprensible, de hecho…).

Para evitar que salga el tema del sexo, Kant aplica una estrategia consistente en hincharse a comer en la cena, lo que le provoca un reflujo ácido crónico que verdaderamente excluye cualesquiera relaciones sexuales posibles. El consiguiente aumento de peso le hace sentir más feo todavía, lo que a su vez potencia su sospecha de que cualquier atracción que Julian demuestre será pura caridad.

Y aun así, Kant también se pregunta si su propia reticencia no será una cortina de humo para evitar reconocer que él tampoco ha sentido nunca demasiada atracción física por Julian. No es que Julian no se cuide, con sus visitas tres veces por semana al gimnasio y su dieta flexitariana. Es un hombre, a todas luces, bien parecido. Pero no *perfecto.* Tiene la barbilla hundida y, en el vello de las piernas, claros; acné en las nalgas; una polla que bien podría ser cinco centímetros más grande —aunque sigue siendo más larga que la de Kant—, y a veces unos eccemas en las manos que requieren cremas y dedales de látex. (Nada de lo cual se condice con la fantasía que Kant tiene en la cabeza). Sería una barbaridad sugerir siquiera que Julian no es lo bastante bueno: es claramente *Kant* quien falla. Y falla por tener el aspecto que tiene y por desear esas cosas viles, absurdas, repugnantes y físicamente imposibles que desea. Pero la conciencia de su propia culpa y de su propia hipocresía no sirve de nada para contrarrestar el deseo…

Y, así, la insatisfacción de Kant va trasladándose, antes bien, a enojos cotidianos como el modo en que Julian lo atosiga por comprar a empresas de la lista BDS…, pero luego utiliza la máquina SodaStream de sus amigos ricos y se come el hummus Sabra de estos, con lo que está blanqueando su propio consumo de ambas cosas. O esos proyectillos en los cuales siempre dice que está trabajando, pero que no termina nunca. (Y no solo la cava de

quesos, sino también la baraja de tarot decorativa con motivos de Studio Ghibli; la novela gráfica sobre la crisis de las *subprime* de 2008; tres gatitos que adoptó para luego realojarlos). O bien el hecho de que Julian no sea capaz de usar *jamás* la palabra «racista» para referirse a nada ofensivo que puedan hacer sus amigos blancos —sea lo que sea—, dice solo que son cosas «rarunas», «desafortunadas», «disparatadas», «muy locas» o, cuando es algo verdaderamente indefendible —como que Noah publique una sesión de fotos que le han hecho vestido de *geisha* y con un bolso de lentejuelas con forma de caja china de comida para llevar—, «no ideales».

Pero esos temas, a diferencia del sexo, son todos perdonables y dejan margen de acción. Y el roce nunca es tal como para que salte la chispa del enfrentamiento: Julian siempre está dispuestísimo a escuchar a la otra parte y razonar con ella; es la clase de tío que todos los días se da una vuelta para sentirse más conectado con su barrio, que intenta cambiar las mentalidades de los intolerantes en las secciones de comentarios de internet. Ellos no discuten, únicamente tienen civilizadas diferencias de criterio —dirimidas con un tono de voz normal— tras las cuales llegan a posturas respetuosamente aclaradas hasta que alguno de los dos zanja el tema diciendo: «Pero sí, lo que planteas tiene todo el sentido» o «Puede que yo esté siendo obtuso» o «A mí me parece que básicamente coincidimos; esto es solo el narcisismo de los matices». Aun cuando es obvio que no coinciden, Kant nunca siente que valga la pena insistir en ningún asunto. Porque la relación —razona él— importa más que ganar una discusión. Si ha de ser un felpudo como esos que se ponen en la puerta, por lo menos que diga WELCOME.

Entre tanto, Kant no hace otra cosa que sentirse culpable de que sus hiperespecíficos y multiformes anhelos sexuales hayan de tener más peso que el cariño y la amabilidad y la empatía, de que la satisfacción de tales anhelos parezca ser absolutamente lo único que su psique acepta como amor. Kant sabe que, si se atreve a pedir lo que desea —si resultara posible articularlo en lugar de simplemente

vivirlo como un mural pesadillesco de furiosos fenómenos mentales—, Julian lo dejará. (O peor aún: lo intentará una vez, se dará cuenta de la clase de degenerado abominable con el cual está saliendo… y *entonces* se irá). De nada serviría tampoco reprimir el deseo, salvo acaso para intensificarlo. Conque ¿por qué estimular un apetito que no puede saciarse? ¿Por qué no intentar reprogramarse a sí mismo para querer lo que es bueno y real? ¿Por qué no estar agradecido por haber encontrado a alguien como Julian, que es capaz de soportarlo sin aprovecharse de su gratitud? Él jamás querría ofender a Julian dando a entender que, con él, lo que está haciendo es conformarse. Pero no expresar sus recelos nunca significa no poder abordar alguno de sus problemas de vergüenza subyacentes. Conque actúa, antes bien, de manera anómala y furtiva y se levanta a hurtadillas de la cama de Julian a las dos de la mañana para ver porno en el teléfono y eyacular lúgubremente en el baño en un pañuelo de papel que le envuelve la punta del nabo a modo de silenciador.

Al cabo de un par de semanas, Julian empieza a trolearlo. Un día están viendo la tele y Julian se estira para hacer como que llama, con los nudillos, en la hebilla del cinturón de él, diciendo: «¿Hay alguien en casa?». Otro día están desayunando y Julian hace como que mira extrañado la parte trasera de un brik de leche de avena, diciendo: «Uy, fíjate qué cosa más rara hay aquí…». En el costado del brik, Kant encuentra un pósit azul que dice:

SE BUSCA: LA POLLA DE MI NOVIO
VISTA POR ÚLTIMA VEZ: EN MI PANDERO
RECOMPENSA: 69 420 $
¡CUIDADO! ES MUY PORCULERA…

Ante tamaña patochada, Kant ríe forzadamente y sale de la habitación.

Una noche, justo antes de meterse en la cama, Julian está en el baño y él ve una notificación en su móvil, tiene un mensaje de Noah

(su ex):

> cómo vas con el chico indesnudable 🤣
> sigue sin soltal el cimblel?
> debería meterlo en arroz 🍚

Kant siente cómo va recubriéndole el corazón un frío barniz. No le da tiempo a preparar qué decir antes de que entre Julian, cuyo móvil arroja sin pensar contra la pared lo bastante fuerte como para rayarlo, y se coloca mirando hacia otra parte. Julian, alarmado, recoge el móvil, lee los mensajes e inicia un monólogo de una hora sobre los límites de la confianza, sobre la naturaleza intrínsecamente jocosa y exagerada del cotorreo, sobre lo que es y no es lícito tratar con amigos íntimos sobre las sutiles contingencias derivadas de ser el amigo íntimo en cuestión también un ex, y sobre que el chiste del arroz se refería a teléfonos móviles mojados, no a personas asiáticas (aunque las palabras elegidas no fueron, admite Julian, *las más acertadas).*

Más o menos cuando tocaría que uno de los dos dijese «Creo que entiendo adónde vas a parar», Julian dice: «Pero ¿no es en realidad de sexo de lo que estamos hablando aquí? Porque resulta que llevamos seis meses… y una vez nada más lo hemos hecho. Un poco raro, ¿no?».

Kant se endereza. Por un momento siente que llorar podría eximirlo de tener que explicar algo y hunde el rostro entre las rodillas para intentar forzar el llanto…, pero está más humillado que triste. Julian prosigue su avance: «Te pido de nuevo disculpas porque está claro que debería haberme comunicado más contigo. Esto explica en parte que me desahogara con Noah. Yo quería que te tomaras tu tiempo, porque eres nuevo todavía en estos temas. Debería haber sido más proactivo… Pensé incluso que podría ser un poco problemático —un poco "tópico", digámoslo así— dar a entender que estabas reprimido. ¿A lo mejor me equivoco?».

«En realidad no», dice Kant.

«Solo quería decírtelo abiertamente, que me apunto a lo que sea que tú quieras probar; de verdad, a *lo que sea.* Va a ser divertido. Yo no soy, para nada, en plan sota, caballo y rey, en plan "de vainilla"…».

Puede que Julian no sea «de vainilla», pero helado sigue siendo —dulce, gustable, sano—, mientras que Kant se asemeja más a un plato de berenjena machacada estofada en moco. Le dice a Julian que se lo va a pensar…, pero que no está seguro de estar preparado justo en ese momento.

«¿En serio queremos seguir arrastrando este tema?». La postura de Julian mejora, se hace más resolutiva; tan penetrante es su mirada que parece que estuviera observando su propio reflejo en los ojos de Kant. «A ver cómo ves esto: di una cosa que te ponga cachondo fijo. Prueba a decirlo ahora y te prometo que no voy a juzgarte, ni tampoco lo vuelvo a mencionar durante, pongamos, un mes».

Kant cobra conciencia de que está mordiendo una muesca ensangrentada que se ha hecho en la piel del labio inferior… y dice que en la promesa de no juzgar va implícita la posibilidad del juicio.

«¡Ay, por favor! Si yo quiero, nada más, que *funcionemos* el uno con el otro… "Correrse" no tiene sentido en primera persona singular… ¿No puedes dejar que yo decida si me cuadra o no? Siento como que estás preocupado porque te voy a abandonar, o algo así…».

Kant nunca se ha sentido lo bastante cerca de nadie como para sentirse abandonado, aunque eso sería —piensa— una conmovedora coartada. Sabe que Julian no va a cejar hasta que él haga en su altar alguna ofrenda de su vida interior, conque, como quien no quiere la cosa, dice: «Vale. Algo que creo que me gustaría es…, este…, el *facefucking*». Oye sus propias palabras y siente la cabeza como una bombilla titilante que no hubiesen apretado bien.

Julian mantiene un rictus serio como de terapia. *«¿Facefucking?* ¿Eso es todo? Figúrate: el año pasado vi, en Folsom, cómo a un tipo le hacían *fisting* como a un títere de calcetín a plena luz del día…

Entonces eres un activo al que le gusta tomar la iniciativa. Genial. Hay escasez, como seguramente habrás oído. En fin, que, si es eso lo que te preocupa, ten clarísimo que estás desbarrando».

No es eso lo que preocupa a Kant, aunque es verdad que, en buena parte de sus fantasías, aparece embutiendo la polla en la garganta remisa de un hombre cachas. Él siempre ha supuesto que eso guarda relación con la valencia simbólica de la arcada como acto reflejo del asco, que aquello mitigaba su angustia ante la posibilidad de que a otro lo invadiera el asco, al provocar él ese asco a propósito. Eso cuadraba con ese talante general que él tenía de «no puedes despedirme porque soy yo quien se marcha».

Pero es que ese ni siquiera es el problema —porque Julian continúa con su argumentario tranquilizador—, el problema es que el *facefucking* es, de lejos, la menos bizarra y repugnante de las cosas que él quiere. La voz de Kant se interrumpe y renquea. (Como si intentara decir un número de seis dígitos en un idioma extranjero). Logra por fin decir: «Bueno, no es simplemente *facefucking.* Es algo más cercano a…, este…, a la degradación».

Julian hace esa cosa tan molesta de escuchar demasiado atentamente —de otorgar a las palabras de Kant demasiada significación— en un momento en el que este apreciaría una barbaridad la opción de la distancia irónica.

«Perfecto», dice Julian. «¿Por qué no me muestras la clase de rollo que te va? Podemos incluso incorporarlo de algún modo, ya que tú estás, en fin…, acostumbrado a las pantallas. Dime un género, un tipo de porno».

Kant aprieta los labios y no dice la palabra que tiene en la cabeza: *ilustrado.*

«¿O qué tal si yo voy diciendo cosas y tú me dices cuál te atrae? Veamos… ¿Juego de roles en plan maricón sumiso? ¿Cuchillos? ¿Lluvia dorada?».

Kant sacude la cabeza. El sexo, para él, no es ningún juego. Tampoco es teatro o deporte. Ni siquiera es un trabajo. El sexo será siempre un enjuiciamiento y, su final, un veredicto.

«¡Ya lo tengo! ¡Coprofilia! ¿Te va lo escatológico? ¿O quieres, como si dijéramos…, fingir que eres blanco?».

«¿Qué?», dice Kant. «No, espera, ¿qué has dicho? ¿Crees que quiero ser *blanco?».*

«No, no no no». Julian se frota un punto concreto del cráneo como si le hubiera sacudido una pelota de tenis. «Me refería, ya sabes, al *raceplay*… Estaba pensando que tal vez fuera eso lo que te da apuro. O no lo que te da apuro, pero sí lo que hace que, contigo, resulte complicado… Mira, vuelvo mejor a empezar. Perdona si eso ha sido problemático. Yo de verdad que no quiero incomodarte. Yo…, ¿qué iba a decir? Vamos a ver, sinceramente, tengo la sensación, no sé…, como de que estuviésemos jugando a las adivinanzas. Y a lo mejor tú puedes guiarme un poco. Hablar de sexo no tendría por qué hacernos sentir como si estuviéramos desactivando una bomba. No hay nada por lo que debas sentir apuro…».

Aquí Kant por fin entiende en qué consiste el abismo que los separa. Julian no conoce la diferencia entre el apuro y la vergüenza: cómo la vergüenza cala, ensucia, deja todo pringado de zurraspa y, cuando no tiene nada a lo que adherirse, se expande hasta que lo encuentra. El apuro tiene límites coyunturales: se vuelve gracioso y pequeño con el tiempo. La vergüenza infecta y necrosa el pasado en su totalidad; hace imposible el futuro. No puedes poseerla ni tomártela a broma, solo intentar achicarla con baldes que chorrean… y quedar empapado al hacerlo. El apuro es contingente. La vergüenza, una condición. Una condición que Julian, de algún modo, o bien ha aprendido a dominar, o bien, sencillamente, jamás ha conocido. Esto explica por qué es tan fácil tratar con él y por qué el mundo le resulta tan manejable: porque cree que todo puede arreglarse hablando. Lo que hay dentro de Julian es terso y fragante; sus deseos, deseables. Y por eso sus palabras son papel de regalo: desaliñadas a veces, pero siempre apreciadas. Mientras que, si Kant llegara a bajar la guardia —si permitiera que sus propias exigencias enfermas y malignas escapasen a través de la inocencia

de la voz o del tacto—, en tal caso no cabría volver a contenerlas. Y luego está esa sensación —con los amigos atildadísimos de Julian y con su ambiguo empleo y con ese título universitario de Dartmouth que él nunca menciona, pero que pende enmarcado en la pared de su dormitorio— de que el patrimonio tiene algo que ver en todo esto. El patrimonio o la raza. Y el poder que eso le confiere a Julian…, ese poder no puede neutralizarlo ningún juego de roles.

«Sencillamente no entiendo cuál es el problema si digo que estoy dispuesto, que me apunto», dice Julian alborotándose y recomponiéndose el pelo. «No lo digo, de verdad, para agobiarte, pero ¿qué pasa? ¿No te fías de mí?».

«Es *de mí* de quien no me fío», dice Kant.

«Ya sé que ser vulnerable asusta, pero, si logras saltar esta valla, no tendrás que seguir *viviendo* de este modo. Sabes exactamente a lo que me refiero, porque saliste del armario…, en fin, hace dos días. ¿Aquello no te ayudó? ¿No fue algo liberador? ¿No dirías que desde entonces eres más feliz? ¿No sería una pena haber pasado por todo eso y quedarse luego bloqueado en esta última cuestión? Y créeme que yo tengo también mis problemas: querer correrse tomando Lexapro es parecido a querer hacer un fuego con un único palo… Y si quieres que sea supersincero, no es que yo sea, digamos, *exactamente* pasivo. Lo único que tengo claro es que tú *para nada* lo eres. Yo esperaba que fuésemos con el tiempo experimentando. Y lo sigo esperando todavía. Pero incluso en el supuesto de que eso al final no funcionara… Me refiero a que, si yo no quisiera más que sexo, pues tampoco es que eso sea exactamente complicado de encontrar…».

«Para ti», dice Kant. «Para ti».

«Sí. Para mí. Y justamente por eso estoy buscando una conexión intelectual duradera y…, perdona si esto suena tipo hípster californiano, pero también…, pues también una conexión *emocional.* Y eso a mí me parece que básicamente lo tenemos; es esto otro lo que no acaba de cuajar. Me refiero a que el sexo es importante, se

ponga uno como se ponga. De manera que ¿podrías, por favor, intentarlo a ver qué tal…?».

Julian está siendo demasiado complaciente como para no complacerlo también. Kant dice: «De acuerdo», y se quita la camiseta y se siente imbécil y nota duras las tetillas por el aire acondicionado.

«¡Pues qué chévere! ¡Al agua, patos! Entonces la idea era —si me he enterado bien— que tú quieres así como controlarme, ¿no? Bueno, pues tú no te molestes en preguntarme si estoy bien; tú déjate llevar tranquilamente y, si yo necesito poner límites, te doy una palmadita en la pierna. Pero solo si puedes prometerme que no va a sentarte mal… No es que crea que va a llegar el caso: estoy previendo solamente eventualidades, ¿okey?».

Tan humanas e inequívocas instrucciones tienen el desafortunado efecto de socavar cualquier ilusión de poder. Es una sensación… como de estar siendo uno puesto al día tras salir de un coma. (El tono preventivo no es que le haga sentir precisamente como el vikingo homicida de *cosplay* que su estúpida libido le exige que sea). Julian echa al suelo de al lado de la cama un cojín marrón arrugado y se cruje ruidosamente el cuello mientras se coloca de rodillas. «¿Así está bien? ¿O me desvisto primero? Tú me vas diciendo cómo… Recuerda que puedes hacer y decir cualquier cosa que quieras. No voy a juzgarte. Tú dime solo qué…».

«De acuerdo. De acuerdo. Bueno, pues primero…, este…, ¿me la chupas?», dice Kant.

Julian se aplica al asunto —mirándolo a los ojos en plan supervisor—, barnizándole la verga de arriba abajo por los lados. La sensación es agradable, aunque Kant no consigue un nivel de firmeza superior al de un tomate pocho. Asiente —para que se le vea agradecido— mientras por dentro va ensayando cómo se disculpará por su fracaso cuando haya terminado todo. A los cinco minutos, el placer alcanza una suave meseta, cosa que debe de notar Julian, porque dice: «Recuerda que tú eres el jefe. Dame órdenes».

«A lo mejor podrías», dice Kant, «poner otra expresión. Podrías ponerte más…, como que estoy haciéndote pasarlas canutas. No, no quiero que parezcas triste, sino más como, digamos…, ¿atónito? Pero al mismo tiempo, por así decir, "reacio". Y con mucha vergüenza. No lo estoy diciendo bien, perdona…».

«Sigue diciéndome».

«Pues supongo que me refiero a que creo que lo que quiero es que se te vea, cómo te digo…, pues *alarmado* por el tamaño de mi polla. Y también un punto digamos "asqueado", como si estuviera hecha de mierda. Pero a la vez la deseas de una forma tan salvaje que te vuelve un poco descerebrado, sí. ¿Tú sabes lo que es un *ahegao?*».

Julian interrumpe la mamada. «¿Un qué?».

«Es como que te quedas bizco mirando hacia arriba y con la lengua colgando, básicamente».

«¿Me enseñas cómo? O no, espera: mejor lo busco en el móvil. A ver… Un segundo, que está tardando… Uy, qué monada! Así que ¿lo has sacado del anime? ¡Qué chévere!, me encanta. ¿Sabes lo único? Que es que yo no me sé poner bizco… Solamente sé mirar a la izquierda o a la derecha… Pero espera, que lo intento. ¿Qué tal? ¿Me sale?».

«Eso es más como sorpresa», dice Kant. «Yo estoy buscando algo más próximo a…, este…, a la inanición extática. Y un poco así como que no das crédito a que esto esté pasando… Las cejas tendrían que estar más caídas, no levantadas, pero los ojos tendrían que seguir abiertísimos».

«Ya te entiendo», dice Julian. Y vuelve a poner exactamente la misma cara.

«Ahora voy a intentar hacerte el *facefucking»,* dice Kant. «En plan más bien recio, si no tienes inconveniente… Ahí va. De acuerdo. Vale, está bien que se te llenen los ojos de agua, pero a ver si puedes hacer que no se te pongan rojos. ¿Puedes poner una expresión que sea, pues…, como que esto no te había pasado en la vida y que prácticamente estás, como si dijéramos, muriéndote del

gusto? ¿Y puedes intentar poner la cara de *ahegao* otra vez, y también hacer un signo de la paz? Perdona si es demasiado. De acuerdo, eh…, necesito que no respires tan fuerte por la nariz».

Nota dos suaves palmaditas en el muslo. Julian se desencaja y se seca la boca, tratando de ocultar el resuello. «Perdona, no pasa nada. Es solo que no es superfácil…, en fin…, no respirar».

«Uy, claro… Claro, no te preocupes. Podemos parar».

«No, no. Si no pasa nada; está todo bien… Me gusta enterarme del rollo que te va; está guay, es un proceso… Pero como que esto, a ver…, lo único que digo es que todo esto es muy… muy *específico.* Parece, no sé, pues que estuviera chupándosela a Stanley Kubrick, ¡ja, ja, ja…! Oye, no, espera… Era una *broma*… Anda, mírame; puedo ver cómo te estás encerrando en tu cabeza. ¿Por qué no te quedas conmigo? Quédate conmigo…».

Julian parece, con su súplica, un socorrista que estuviese viendo a alguien desangrarse en una camilla.

«Igual es demasiada presión. Tal vez podríamos», Julian describe con la mano un círculo delante de su cara, «resetear. ¿Qué tal si lo estructuramos más como un diálogo? Tú contesta sin pensártelo dos veces; lo primerísimo que se te ocurra. ¿Dónde quieres que te toque?».

Kant piensa: «Estupendo. El método socrático…». E intrépidamente responde: «En la polla».

«Oído cocina. ¿Y qué quieres que haga ahora? Dímelo tal cual lo sientes».

«Eh… Chúpamela, puto eh… cerdo».

«Bien, *bien*… ¿Y qué más?».

«Ahora quiero meterte en, eh…, bueno…, en un tarro».

«Claro, joder, méteme en ese puto *tarro.* ¿Y qué hago en el tarro, Papi?».

«Y bueno…, pues quiero agitar el tarro para que quedes bien bañado. Y entonces, cerdo —quiero decir, "Pepinillo"—, entonces te quiero *encurtir* en lefa. Quiero que mi lefa te ahogue y te encurta, pequeño eh…, cerdo».

Todo está resultando tan sexi —a pesar de la insistencia— como cualquier otro juego de improvisación. El hecho concretamente de que Julian le haya dicho «Papi» lo distrae: le hace preguntarse por qué su hijo iba a ser blanco. Kant decide hacer un gesto dramático (aunque solo sea para borrar de la memoria, de un plumazo, el último par de minutos); con la esperanza de que a sus acciones les sigan sus sentimientos, agarra a Julian del pelo y lo empuja hacia abajo con fuerza. Los ojos de Julian reaccionan con sorpresa genuina primero y con una sorpresa postiza y exageradísimamente artificiosa después. Otra cosa que falla es que, por mucho que él empuje hacia abajo la cabeza de Julian, su polla no encuentra ningún tipo de resistencia. Se detiene y suelta a Julian.

Julian se levanta, se sienta y se seca los labios lentamente con el dorso de la mano, ganando tiempo a todas luces para pensar antes de decir: «A ver, resulta que yo tengo una boca verdaderamente *larga.* En serio te lo digo: tuve que llevar una ortodoncia especial cuando estaba en secundaria, fue todo un tema… En fin, que ni nos preocupemos por eso. ¿Procedemos, pues?».

La posibilidad de que a Julian se le haya pasado por la cabeza la palabra «pichacorta» —aunque haya sido un nanosegundo solamente— basta para echar a perder todo; es una gota de detergente que impacta en la grasienta película de roña que cubre su lujuria. Julian sigue intentándolo otros cinco minutos. Alza luego los ojos hacia él —con una empatía desgarradora— y dice: «Eh… Yo creo que igual está cansada».

Kant sabe que ya no hay —con su polla recluida en la tercera persona— reactivación posible. Alcanza su bóxer ajustado y se coloca mirando hacia otra parte, aunque sabe que Julian continúa pendiente de él con los cinco sentidos. Es como si lo estuviera procesando un siniestro algoritmo de reconocimiento facial…

«Espera, a ver qué te parece esto», dice Julian estirándose para tocarle el muslo. «¿Y si probamos con eme, que tomes un poco? Te acompañaría si no fuera por el Lexapro… ¡Ahora mismo llamo a mi colega!».

Él, ignorando a Julian, se viste, se calza sus feas sandalias y va hacia la puerta. Su sirope diríase sangre. Su aire está lleno de cabeza.

«Pero ¿es que te vas…? Escucha, no quiero presionarte, pero tengo la sensación de que al final vamos a acabar teniendo esta misma conversación una y otra vez. ¿No podríamos sencillamente…?».

Kant agradece a Julian que se haya prestado a todo eso, que haya sido tan paciente.

Julian da un sonoro suspiro. «De acuerdo. Como quieras. ¿Hablamos mañana a ver qué haces?».

Kant dice: «Claro», y se va. No vuelven a verse nunca.

III. Con lefa

Al cabo de dos meses, Kant ha vuelto por completo a la ocultación del armario y al consuelo de sus consolas y al contento de los contenidos, sin albergar otra ambición que la existencia sin más. Sus pies vuelven a estar mojados… Cobra conciencia de que su furtiva y constante masturbación, que siempre ha tenido un extraño toque sacramental, no es, y a lo mejor no ha sido nunca, ninguna válvula de escape para una lujuria frustrada. Se trata de un elemento apaciguador, de una jeringuilla de olvido. Él ha aceptado que es la forma de amor que el destino le ha asignado, unilateral y sustitutoria: la única a la que él puede aspirar en esta vida. Nadie alcanza una vida perfecta, y la opción juiciosa es dejar de anhelar tal vida y disfrutar de lo posible. Qué lástima —piensa Kant— que esa clarividencia sobre su auténtica naturaleza haya llegado demasiado tarde para ahorrarle el sufrimiento…

Explora un nuevo territorio —tiene mucho por apaciguar— en el ámbito de los sitios de cámara en vivo, luego en el de las suscripciones a creadores de contenido para adultos y, por último, en el de los vídeos porno por encargo. Prueba a buscar, en la web más famosa, «twink musculoso» y «fetichismo lefa» y «degradación

hardcore» y termina encontrando un proveedor que le da el primer atisbo de esperanza desde que dejó a Julian. Se llama Cody Heat y es, a juzgar por los contenidos de muestra, la pura perfección: abierto al *kink* y al fetichismo, ojos azules radiantes, bíceps como mangos venosos, torso hendido con canales y trincheras, lengua gruesa pero puntiaguda; el arquetipo de la reina musculosa grande, indestructible y de culo redondo. Ya solo leer que mide uno noventa y pesa cien kilos hace que a Kant se le despliegue el rabo. Todo sería privado y anónimo, y, teniendo en cuenta que nunca quedarían, ese hombre no podría tener nunca una opinión sobre él. La posibilidad de sobrepasar eventuales límites tampoco es un problema: Cody siempre tiene la opción de no aceptar el encargo. Y luego estaba el innegable componente erótico de hacer, precisamente, un encargo, que es otra forma de decir «dar una *orden»:* mandar a un desconocido que se humille sin dejarle ver siquiera quién le hace comportarse así. Evita plantearse si Cody necesita desesperadamente el dinero —lo evita porque lo inquieta que eso pueda ponerlo cachondo— y abre el formulario de encargar vídeos, que ofrece una lista de opciones:

- ❑ Ultra alta definición 60 f/s (sin sobrecoste)
- ❑ Yo solo (sin sobrecoste)
- ❑ Con lefa (+ 50)
- ❑ Con sang** (+ 200)
- ❑ Diciendo tu nombre (+ 50)
- ❑ Con juguete Bad Dragon (efecto corrida) (+ 50)
- ❑ Con dilatación (+ 100)
- ❑ Con un compi (+ 400)
- ❑ Plug anal con cola (+ 50)
- ❑ Guion complicado (+ 100)
- ❑ Disfraces especiales (consultar tarifas por correo electrónico)

Plazo de entrega: 2-3 semanas. Escribir a codyheat [arroba] pr*t*nm**l [punto] com para preguntas o peticiones especiales.

Es una maravilla cuánto se parece a pedir comida desde una pantalla táctil (o incluso hora en la peluquería). Ya el mero hecho de que exista un menú ofrece el confort de una transacción inequívoca —sancionada por el mercado— en la que todas las partes saben dónde se están metiendo. Lo específico de las opciones sugiere, además, que el hombre es un veterano encallecido al que será complicado ofender.

La cara de Kant se afloja por el deseo viendo cómo sus trémulos nudillos teclean a un ritmo aterrador mientras rellena la casilla de texto vacía con la descripción del vídeo que quiere, incapaz de obligarse a sí mismo a mirar las palabras que está produciendo, pero pasmado, aun así, de la facilidad con la que puede describir lo que, antes, nunca pudo. Las palabras se van viendo en la pantalla cual surgidas de sus ojos o de algún otro lugar más vital y embrionario: de su tallo cerebral, de su corazón.

Estimado Sr. Heat: Tengo mucho interés en encargarle a usted un vídeo y me dispongo a exponerle el concepto para que pueda valorar si le interesa. Quiero advertirle, antes de seguir, de que esta solicitud que voy a hacerle podría ser —tiendo yo a pensar— significativamente más explícita que la mayoría, y también bastante detallada y larga. Comportará asimismo un amplio uso de efectos especiales de los llamados «prácticos» o «físicos» e incluirá amariconamiento, aparte de un raceplay suave y lo que razonablemente cabría calificar de «gore». (Huelga aclarar, espero, que 100 % fingido…). De sentirse usted ofendido o abrumado en cualquier momento, siéntase libre por favor de interrumpir la lectura y continuar con sus asuntos —pues no es tal mi intención—, y acepte mis disculpas por adelantado.

¡Allá vamos, pues! Lo he dividido en tres «actos» en aras del ritmo.

Situación inicial / Antecedentes:

Es usted un atractivo hombre hetero que está en el gimnasio. (Meter con croma un fondo de la típica sala de halterofilia valdría, aunque, si fuera una opción, yo podría buscar una localización discreta para rodar en la vida real). Tiene una existencia corriente y sana, con amigos íntimos, aficiones, trabajo

estable, un plan de jubilación estupendo por su empleo en el sector del diseño… Es muy importante que parezca usted «normal», que vaya peinado y con camiseta Henley y vaqueros desgastados. (No estoy seguro de si eso entra en la categoría de «Disfraces especiales», pero encantado de pagar el sobrecoste de todas formas). Nadie sabe, sin embargo —ni siquiera usted mismo—, que es homosexual. Teme usted profundamente que eso viva oculto en su interior y que tales tendencias puedan, en determinadas condiciones, involuntariamente «aflorar», por así decir.

Acto I (minutos 1-8): «La llamada a la acción»

Mientras usted está haciendo una sentadilla con una haltera de ciento cuarenta kilogramos, me ve a mí: un varón tailandés-estadounidense de dos metros de alto que viste una larga capa escarlata como la del Vincent de Final Fantasy VII; también relucientes hombreras de bronce como las del Auron de Final Fantasy X (si es que conoce usted dichos videojuegos). El embozo de la capa oculta la mayor parte de mi rostro… y mi paquete gigantesco proyecta una sombra imponente por mis pantalones de cuero. (No es necesario que busque usted ningún actor que represente mi papel aquí; la cámara tendría que seguir encuadrándolo a usted, centrada en su reacción; únicamente describo lo que el personaje de usted está viendo, para ayudarle a entender su motivación).

Viéndome entrar en el gimnasio, la verga se le endurece al instante (para gran sobresalto de usted). Cuanto más me acerco, más dolorosa y suplicantemente forcejea su verga con sus ajustados pantalones vaqueros —cual pie de cabra que se aproximara a un electroimán—, hasta que yo me decido a mirarle a usted un simple instante a los ojos… y su bragueta inmediatamente explota. (Aquí haga el favor de meter un efecto de sonido de tela rasgándose y un ¡¡¡¡catapum!!!!). Su gordo vergotón sale disparado de sus calzoncillos cual resorte con una inclinación de cuarenta y cinco grados —grande como uno de esos botes de aire comprimido para limpiar ordenadores—, y acto seguido irrumpen también las pelotas. Tan hinchada tiene usted la verga que con cada latido de su pulso da como un respingo. Hace usted por esconderla, pero es demasiado gorda como para taparla por completo —aun usando ambas manos—, y, habiéndose olvidado usted de sujetar la haltera, esta se le viene estrepitosamente encima y queda usted

atrapado bajo ella, tumbado sobre su espalda, con su fornido mástil ondeando al viento. «¡Vaya! Eso tiene pinta de pesar…», exclamo yo triunfante.

Fuera del cuadro, los demás usuarios del gimnasio —que son todos unos tíos macizos— están escandalizados y dicen cosas tipo: «¡Ay, qué asco!» o «¡Vergüenza debería darte, degenerado pervertido!». Y yo sonrío malévolamente y me pongo de parte de ellos contra usted: «¡Eso digo yo! ¿Cómo se le ocurre al lunático este hacer en público una cosa así? ¿En qué estará pensando?», etcétera. (No hace falta grabar mis frases: ya me encargaré yo de añadirlas). La multitud, viendo que soy el hombre más grande que hay allí, me elige colectivamente para que me haga cargo de la situación… y yo le saco a usted facilísimamente la haltera de encima, tirando de ella con un único dedo curvado a modo de gancho. Mientras lo llevo a usted a rastras hacia el vestuario —agarrándolo por la polla—, todo el mundo profiere vítores y me aplaude, coreando mi nombre: «¡Kant! ¡Kant! ¡Ka

El cursor se congela —negándose a generar más letras— por haber llegado Kant al límite de caracteres del formulario. Tiene los ojos secos y no parpadea. Su mente diríase una extremidad a la que acaban de quitar una escayola: verdosa y enfermiza, pero con margen de movimiento completo por fin. Salta al correo electrónico y prosigue:

Yo estoy dando golpecitos de impaciencia en el suelo con el pie —apoyado contra una taquilla con los brazos cruzados— mientras usted se afana por cubrirse. Cuanto más se esfuerza, sin embargo, por volver a embutir la polla con ambas manos en el pantalón, tanto más irremediablemente túmida se vuelve ella. (Incluso las pelotas se le inflaman de puro anhelo, viéndose expuestas a ese hombre superior cuya innegable condición de tío bueno representa una amenaza existencial para el modo de vida de usted y aun para el concepto de sí mismo que usted tiene). Sacudo mi larga coleta aterciopelada, me cruzo de brazos y dedico una briosa carcajada relinchante a la desgracia de su persona. «Bueno, chavalote, déjame que te enseñe qué aspecto tiene una verga DE VERDAD», digo sacudiendo hacia atrás mi capa —sin descruzar los brazos— mientras la bragueta de mi pantalón se

desabrocha como por arte de magia…, y hete aquí que de ella se descuelga el pedazo de cipotón de caballo purasangre más enorme, venoso y púrpura que usted ha visto en su vida: del tamaño aproximado de una baguette, pero eso sin estar todavía tiesa. (O sea, que igual es más como masa de baguette…). Tan mal huele —cual paella dejada una semana—, que le agarran a usted convulsiones y le lloran los ojos, pero al mismo tiempo está profundamente impresionado. Incluir un efecto de sonido en plan «zumbido de moscas alrededor de basura» podría contribuir a evocar el hedor.

Tener ante los ojos mi rabo es para usted como si le estallase una mina en la cabeza. No es que usted disfrute con la vergüenza pública ni con la perspectiva de que su ojete quede hecho trizas; lo que ocurre es que se halla tan desamparadamente subyugado —en tan desesperado nadir de lujuria y degradación se encuentra— que de repente está dispuesto a sacrificarlo todo: su vida deja de ofrecerle esperanza alguna que no sea la de tragarse mi rabo hasta el fondo y engullir, litro tras litro, mi nauseabunda lefa. Eso tendría que expresar su rostro.

Entonces yo le sustraigo a usted el teléfono y saco fotos de mi ingente verga colocada junto a la no tan ingente, pero ingente en cualquier caso, verga de usted. Tras lo cual le anuncio que me dispongo a subir tales fotos a todas sus redes sociales. «Por favor, caballero», me suplica usted. «Por favor no suba mi tranca a mis perfiles de redes». E intenta coger el móvil, pero es usted mucho más bajo que yo y me resulta facilísimo tomarle el pelo. «¡En esas redes me siguen mis padres y mi jefe y mi novia de hace ya dos años! Por favor, caballero —quiero decir: "Amo"; o, mejor dicho: "Mi Señor"; o, mejor dicho: "Majestad"—, humildemente Os ruego que no colguéis mi tranca en las redes sociales…». Pero yo me encojo de hombros en plan «Vale. ¿Y cómo me lo vas a impedir?», y efectivamente la cuelgo, porque resulta que me importa un bledo lo que le pase a usted. «¡Oh, no!», exclama usted lastimeramente. «¡Ahora todo el mundo podrá ver cuán pequeña es mi tranca —en términos relativos— comparada con la Vuestra…!».

Acto II (minutos 8-15): «Las andanzas de Verga y Agujeros»

La vergüenza y la confusión que usted siente ante esa lujuria que mi enorme y terrorífica verga asiática le provoca le hace sentir a usted… no

como si mereciera dicha vejación, sino como si fuera, antes bien, el responsable de que tal vejación ocurra (no sé si me explico).

Se hace patente que tan apabullante soy —y que tan indefenso se halla usted frente al poder de mis deseos—, que usted puede intuir tales deseos míos telepáticamente. Y, así, sin que yo se lo pida siquiera, usted viene tras de mí y me sigue hasta mi casa, un gigantesco castillo de piedra llamado Bastión de Lefaespesa, con su puente levadizo y su foso, su rastrillo en la entrada, sus apliques para antorchas, sus murciélagos y su sirviente jorobado y todo. Una buena referencia sería el juego para PlayStation 1 Castlevania: Symphony of the Night. (Aquí también valdría meter el fondo con croma).

Entra usted en mi mazmorra, donde encuentra, a su derecha, una báscula digital encima de un taburete. Hay sobre ella una de esas tarjetitas que se doblan para que se sostengan, y en dicha tarjetita pone: REGISTRE SU POLLA AQUÍ. Coloco primero el rabo de usted en la báscula, y marca «280 g». Me carcajeo derrochando confianza en mí mismo —en plan «Je, je. Aparta, chato»—, y mi cipote golpea con un hercúleo porrazo la báscula, que, tras marcar «99999999 kg», se hace añicos.

Usted, derrotado —y sin necesidad de que nadie se lo pida—, se desnuda y coloca ambas piernas detrás de la cabeza. He observado que es usted harto flexible, conque haga el favor de arrimar la cara cuanto pueda al ojete (para que vea cómo se aproxima a su esfínter esa Estrella de la Muerte que es mi bálano sin lubricar, y cómo al entrar en contacto con su esfínter chisporrotea). No va a caber. Puede ver usted perfectamente que no va a caber. Sus ojos, completamente abiertos, bizquean cuando mira cómo empiezo a metérsela a milímetros de su cara. «¡Cuidado, mis hemorroides…!», dice usted. Y profiere un prolongado grito —como en Bola de Dragón Z cuando suben al siguiente nivel de poder— y se le pone el rostro rojo cual remolacha. (El sudor hará que el maquillaje se le corra, conque intente aplicarse, para ese rojo de la cara que le digo, una rodaja de remolacha, literalmente).

Acuérdese de poner la cámara en la función de enfoque automático continuo, para evitar que de pronto salga usted desenfocado.

Cuando el agujero del culo de usted se haya tragado finalmente el fulgor de mi glande, su expresión facial bizca se transformará en lo que se conoce

como un ahegao: los ojos efectivamente bizcos, pero vueltos hacia arriba; el ceño fruncido, y la lengua colgando exánime de la boca —a poder ser, chorreando saliva—, lo que denota el amariconamiento y la «estupidización» que en el momento de la inserción tienen lugar. (La almorrana, lejos de sangrar, le produce a usted un dolor intensamente placentero). Siente usted cómo mi anaconda le va cartografiando las tripas centímetro a centímetro —rayéndole la próstata cual disco de radial—, y cuando piensa que, por fin, ya la tiene dentro, entera, voy yo y le enchufo uno de mis cojonazos además —que son como pomelos de grandes—, y luego el otro y por último la trenza fálica de mi vello púbico y mantengo ahí bien apretado todo mientras cuento en plan «un Misisipi, dos Misisipis…» hasta cinco Misisipis más o menos. La forma de mi polla se adivina ahora por el abdomen de usted. Igual que a veces la eyaculación se representa con un «flop» —aunque en verdad no suene—, aquí me gustaría que pusiera usted un efecto de sonido como de que el agujero de su culo está siendo estirado hasta el límite máximo de su tensión de rotura (tal vez el típico sonido gomoso de la globoflexia).

Empiezo entonces a embestirle a usted desde distintos ángulos. Lo suyo es que vaya usted diciendo —según vaya cuadrando— frases tipo: «¡Estáis destrozándome el ojete!» o «¿Quién va a quererme a mí ahora, con el ojete destrozado?» o «¡Haced de mi próstata fettuccine alfredo con Vuestro mastodóntico salchichón!» o «Soy un estúpido gorrino lobotomizado ávido de lefa asiático-estadounidense… [gruñidos de cerdo]» o «Mi campanilla es una pera de boxeo de Vuestro cañón fornicador peso pesado del Sudeste Asiático» o «Soy un mediocre infrahombre —rollo notable bajo— que hace las veces de depósito de lefa de Vuestra superpolla diaspórica tailandesa-estadounidense de primera generación, y hay que reconocer que todo esto está gustándome bastante a pesar de la honda vergüenza que siento (no vayáis a pensar que Os estoy pidiendo que paréis…)». Le ruego que mire a cámara cuando hable y que haga pausas entre las distintas intervenciones, haciendo gestos de escucha activa durante las pausas de manera que yo pueda añadir las frases mías después. Y siéntase usted libre, por favor, de improvisar: la espontaneidad añade siempre muchísimo…

Antes de sacársela del culo, cojo y le sacudo a usted tamaño envión que mi cipote se abre paso hasta dentro del cipote de usted desde detrás, siendo así que mi bálano asoma por el suyo a la manera de una de esas

salchichas que atraviesan un hojaldre. (Ya sé yo que el colon no conecta con la uretra y créame que detesto renunciar a la verosimilitud, pero se trata de un mal necesario). Tan apretada le queda mi polla que ni siquiera puede usted correrse. Y eso que tiene unas ganas locas, pues, para su sorpresa y profunda vergüenza, este asunto está gustándole bastante…

Saltamos ahora a un primerísimo plano de su ojete depilado mientras yo se la saco lentamente. (Con un fuerte sonido tipo «¡blup!» como de bota atascada en el barro). Tras retirarme yo, lo suyo sería que empezara a salir humo blanco del agujero. (Como cuando anuncian que hay un nuevo papa). Si no se quedara el ojete completamente abierto por sí solo, podría mantenerlo abierto usted con un tubo acrílico transparente. No tengo claro si está usted en condiciones de provocarse un buen prolapso, una buena protrusión rectal quiero decir —el célebre «calcetín rosa»—, pero sería realmente estupendo. (Siempre y cuando esté usted cien por cien seguro de poder hacerlo sin peligro para su integridad, se entiende).

Para el siguiente plano, salto del culo a la boca. (Siéntase usted libre, por favor, de hacer una pausa para lavarse). Se percata usted, mientras yo le practico un facefucking, de que no es solo que mi rabo sea, ya de suyo, la minga más larga y más robusta de la cual haya constancia en los anales, no, sino que resulta que está haciéndose más larga todavía y puede hacerse, de hecho, infinitamente larga si a mí se me antoja… Yo estoy dale que te dale y el reflejo nauseoso de usted se traduce en una rítmica fricción: parece que estuviera usted cascándome un pajote con la garganta. Aproveche por favor las arcadas para hacer que le salga, por los lados de la boca, la mayor cantidad posible de lo que yo denomino «baborraco» (o simplemente «baborro»). Que no es mera saliva, sino esa viscosa mezcolanza entre transparente y blancuzca de flema y saliva cuya sede habitual es el esófago y que únicamente se expectora por medio del reflejo nauseoso. (Es importante que no contenga NADA de vómito, ya que eso desnaturalizaría el color). La semejanza que el baborro guarda con el lubricante sugiere que el cuerpo de usted es un receptáculo tan intrínsecamente a propósito para mi lujuria que al más leve contacto —por no hablar de si mi bálano arremete contra la válvula estomacal de usted— se autolubrica involuntariamente.

Le agradecería si pudiera engalanarse usted el pelo, la frente, la nariz, los lóbulos de las orejas, la barbilla, los labios y las pestañas con baborro (como

si de espumillón se tratara). Sería un modo de hacernos cargo de lo que yo denomino la Paradoja de la Corrida (o bien del Lefazo): cómo, en el porno, uno quiere llegar al clímax al mismo tiempo que el actor, pero eso resulta que lo priva a uno del placer de ver luego lo que el actor ha descargado (porque está uno, digamos, «vacío» ya). Mi solución (imperfecta) consiste, en efecto, en usar baborraco como remedo o sucedáneo de la lefa, lo que de algún modo equivaldría a disfrutar de la escena de oro «a crédito», por así decir.

La secuencia final es algo más complicada en lo que a puesta en escena se refiere. Llegados a este punto, mi verga ha crecido hasta alcanzar en torno a los dieciocho metros, mientras que usted ha encogido hasta quedar en apenas un metro. Ahora vamos a crear la ilusión cinematográfica de que yo cruzo la totalidad de su tracto digestivo (de la garganta al ano). Va a necesitar usted tres cámaras, un endoscopio y un consolador de cuarenta y cinco centímetros con efecto corrida (uno tipo Doc Johnson, sin ftalatos y con un entramado venoso realista). Pase por favor el endoscopio por el conducto de plástico del que el consolador dispone para el efecto corrida hasta que el objetivo asome por el meato. Gracias a ello podremos, si se me permite la analogía, filmar «a vista de bálano». Póngase a continuación a cuatro patas con sendas cámaras encuadrándole por delante, por detrás y de perfil. Mi cipote irá abriéndose paso por su esófago, haciendo desvíos para darle así como una clavadita a cada pulmón, arramblando luego con su esfínter esofágico inferior y penetrando en su estómago. La cámara lateral va siguiendo el zigzagueo de mi pito por el intestino delgado, así como el salto mortal hacia atrás que ejecuta atravesando el colon ascendente, transverso y sigmoide… para acabar sobresaliendo del culo de usted veinte centímetros (como si de una cola se tratara).

Luego saque por favor el endoscopio y corte el consolador por la mitad. Hínquese entonces la mitad superior en el culo y métase la inferior en la boca. (Que parezca que está usted, para entendernos, «asado al espetón»). La parte que le asoma por el culo tiene que estar como una patena de limpia: como que las tripas de usted le han sacado a mi rabo la mugre, frotándolo a base de bien.

Acto III (minutos 15-18): «Chisguetonazos fluían / de mi amarillo mosquete»

La corrida propiamente dicha no debería durar mucho, pero merece un análisis pormenorizado. La mayoría de los consoladores con efecto corrida vienen con una exigua bomba —en plan jeringa— de apenas treinta mililitros. Nosotros vamos a necesitar diez litros como mínimo, conque puede usted trucar el consolador instalándole una bomba monitorizada, o bien un sistema hidráulico con bomba de cebado (como las pistolas de agua Super Soaker).

Mi primer (largo y ruidoso) chorro de lefa ha de ser del color del vino blanco —concretamente chardonnay—, por la sencilla razón de que no se trata en realidad de lefa, sino de pura testosterona líquida. Los siguientes manguerazos deberían ESTALLAR contra la frente de usted —a la manera de un grifo abierto por completo sobre una cuchara puesta boca abajo— mientras usted imposta la mítica expresión de sorpresa de Solo en casa. Aquí resulta clave la velocidad, toda vez que la lefa —ya sea lefa de verdad, o bien postiza— tarda muy poco en perder sus propiedades, en concreto la blancura y la tensión superficial, deviniendo una suerte de esmalte transparente. (Yo albergo una marcada preferencia por el formato de «cordeles» de lefa claramente diferenciables, por así decir). Bajo ningún concepto se le ocurra limpiarse con la mano —ni tampoco restregarse— el invaluable elixir. Cuanto en la boca le entre tendrá, en efecto, que chorrear por ambos lados de esta, debiendo sendos riachuelos juntarse en la barbilla de usted (formando un único colgajo oscilante que vaya haciéndose más y más largo). De las pestañas habrían de penderle estalactitas de lefa que vayan luego goteando por el globo ocular. Este, por su parte, sigue abierto e inmóvil porque usted, a estas alturas, tan muerto está por dentro que ni parpadear puede. Únicamente está ya en condiciones de hacer ahegao. (Si se le llenan los ojos de lágrimas, no hay NINGÚN PROBLEMA).

Llegados a este punto, parece usted un drip cake de chocolate blanco en un día caluroso y la expresión de su cara debería denotar, en el supuesto de que pueda verse, que está usted consternado y lleno de repulsión —tapándose acaso la nariz y haciendo una mueca en plan «¡Qué asco! ¿Quién se ha tirado un pedo?»—, pero a la vez con una corriente subterránea de desasosiego y melancólica resignación, en plan «¡Trágico es el destino, vive Dios, de este mísero y triste cuitado!». Por último, mi polla se encabrita, profiere un salvaje RUGIDO babeante y le sacude a usted un

bofetón por cuya causa sale despedida la lefa. Va la cámara en pos del corridote y capta cómo este apaga, ruidosamente, una de las antorchas del muro.

INCISO SOBRE LA LEFA POSTIZA

La viscosidad de la lefa postiza es crucial, pues de ello depende que se quede colgando a la manera de la lefa auténtica (en vez de simplemente gotear). No cabe usar loción porque resulta demasiado blanca y más «pastosa» que «pringosa», mientras que esos lubricantes que venden que imitan lefa resultan demasiado «lustrosos». Mejor referencia serían ya la baba de caracol, ya —no por casualidad— ese mismo «baborraco» que antes definíamos.

Puede usted preparar lefa postiza perfectamente funcional con ingredientes cotidianos que cualquiera tiene en la despensa. La receta que sigue es de mi propia cosecha y está pensada para una «ración», si se me permite el término —esto es, para una «descarga» completa, con sus entre siete y ocho chisguetones—, pero añado equivalencias en la medida en que a usted le va a hacer falta, por lo menos, veinte veces esa cantidad:

2 (= 40) claras de huevo
1 cucharadita (= 6 cucharadas + 2 cucharaditas) de nata agria
1 cucharada (= 300 mililitros aprox.) de maicena
240 mililitros (= 4,7 litros) de agua
Sal al gusto

Remueva la mezcla con suavidad para que las claras no se endurezcan. Debería resultar un blanco crudo túrbido y opalescente —código hexadecimal #F6F3E9—, y, al separar los dedos tras haberlos sumergido en el potingue, este tendría que formar una pesada parábola, colgando en torno a diez centímetros sin romperse ni seguir estirándose tampoco más allá de eso. Yo desde luego usaría el producto nada más prepararlo, en atención a su naturaleza perecedera. (Tiendo a pensar que, de usarlo usted refrigerado, la sensación no vaya a ser precisamente grata…). En caso de necesidades dietéticas especiales: para una base alternativa vegana —o simplemente sin huevo—, tal vez sirviera la metilcelulosa, un emulsionante

alimentario de origen vegetal que se encuentra en cualquier tienda de materiales para bellas artes. También podría probar usted a ver qué pasa con espesantes gelatinosos como el Instant ClearJel (para que salga más burbujeante y menos espumosa la mezcla).

Si es que usted estuviera dispuesto a servirse de semen mío auténtico —utilizándolo solo, o bien en calidad de aditivo—, yo me encargaría de producir un volumen adecuado y también de hacérselo llegar a usted por mensajería urgente (con el debido embalaje térmico que lo mantenga frío). Huelga aclarar que pagaría el consiguiente sobrecoste y que incluiría en el paquete, para tranquilidad de usted, una copia notarizada de los resultados del análisis de sangre que en tal caso me haría, filmándome además a mí mismo durante la producción, la recogida, el envasado y la expedición de la lefa (justo después del análisis de sangre).

FIN DEL INCISO

Vuelvo a embutirle, para terminar, la verga por la boca. Los labios de usted conforman, de tan gordo como es el rabo, un sellado hermético en torno a él, y cada trémula sacudida provoca que de los orificios nasales, de las orejas, del agujero del culo, de la uretra, del ombligo y de los conductos lagrimales le broten a usted de manera simultánea largos chorros continuos de lefa, porque resulta que está usted cien por cien a rebosar y que el chisguete de cada sacudida desaloja el volumen del de la anterior. A estas alturas mi glande resplandece —por la fricción de tan vertiginoso y sostenido culeo— al rojo vivo como la punta del dedo de E. T., transparentándosele a usted por la garganta la luz. (¿Una minúscula bombilla roja de guirnalda bajo una capa de piel de látex, quizá?). Por efecto del calor, la lefa que usted tiene en el estómago rompe a hervir, saliendo entonces espumarajos de dicha lefa por el perímetro de los labios estirados de usted. (Para los espumarajos mezcle bicarbonato de sodio y vinagre; un chorrito de bíter daría a entender que el intenso calor ha «enmarronecido» el tema). También usted se corre, llegados a este punto (si bien la corrida de usted es un patético hilillo comparada con la mía y se evapora antes de tocar el suelo). Mi lefa debe, por último, gasificarse dentro del cuerpo de usted, formando un denso vapor que le empieza a salir a presión por los oídos. (Dos teteras silbando al máximo detrás de su cabeza podrían servir).

Para el final del presente acto está usted totalmente consumido y diminuto. Mi estupefaciente lefa ha hecho que su coeficiente intelectual descienda hasta setenta y dos. Con mi aluvión final de lefa, sale usted disparado seis metros por los aires cual corcho de botella de cava. Tras un instante suspendido en la cúspide del géiser, cae usted en picado y resulta que el agujero de mi rabo se dilata y se lo traga a usted entero, resonando los gritos de usted por el cavernoso fuste de mi polla y aterrizando su persona finalmente en mi estómago. (Discúlpeme de nuevo la licencia anatómica). Tan controlados están mis intestinos y tan listos son, que ni se les ocurre digerir a una guarra bayeta subnormal de limpiar lefa —porque eso es lo que es usted—, conque mi ojete se dilata sin dolor para expulsarlo a usted cagándolo. Hacemos zoom hasta su cara, que hiede de efluvios y emanaciones mientras realiza usted un ahegao. Dirigirle el foco anular o aro de luz directamente a los ojos ayudará a que se le contraigan las pupilas y parezcan «sin alma».

Lo último que hace usted justo antes de perder la conciencia es sacarse un humillante selfi sin querer. Mi verga prensil le agarra entonces el teléfono y escribe junto a la fotografía: «Acabo de ser engullido por el falo mastodóntico de mi cipótico Señor asiático-estadounidense y este es mi #NirvanaDeMarranoLefoso», subiendo tras ello el conjunto a las redes sociales de usted, en las cuales también le actualizo la situación sentimental, que pasa a ser «Mocho para Leche». (Mándeme, por favor, también el selfi; puedo encargarme yo de retocarlo). Mi verga sigue creciendo, se dispara hacia lo alto. Su envoltorio calorífico de sangre latiente la protege de las gélidas temperaturas de la estratosfera, y su dureza indestructible, frente a la abrasadora termosfera mientras ella se yergue… ¿hacia dónde? No ha nacido todavía quien lo sepa.

Epílogo (minutos 18-20)

¡Madre mía! Se seca el sudor de la frente. Gracias por haberme acompañado hasta aquí. Ya casi hemos llegado…

Han pasado algunos años y quedó de manifiesto que el destino último de usted era hacerse esclavo mío chupador. Yo soy ahora el hombre más importante de la Tierra, porque la inmensa sombra que mi rabo proyecta sobre la superficie terrestre, así como la energía falotérmica renovable que

dicho rabo mío genera —y también esa capacidad prodigiosa que tiene de absorber carbono y transformarlo en nueva falomasa—, todo eso resulta que ha revertido el cambio climático. Por efecto de lo cual, que yo siga empalmado es ahora una cuestión de supervivencia planetaria. Mis espermatozoides son unos individuos tan altos y carismáticos que los eligen para liderar a los países del G8 —lo que da paso a una era de crecimiento justo y desarme nuclear—, pero es que tienen, además, todos ellos unos novios que están buenísimos.

En cuanto a usted, ha seguido encogiendo hasta quedarse en cuarenta y cinco centímetros, de manera que puedo guardarlo en un tarro de lefa mía —porque ha desarrollado usted unas discretas branquias adaptadas para la respiración seminal— que llevo bajo mi ondeante capa roja para cuando quiera que me haga falta una chupadita. (Tengo el poder de ajustar a capricho el tamaño de mi verga a una escala, digamos, «humana»). Para mamármela, el cuerpo de usted necesita estirarse, dada la disparidad de tamaños, todo él alrededor de mi polla (como cuando Kirby se traga un automóvil). Usted se nutre tan solo de mi lefa y de distintos organismos que pueblan el exuberante ecosistema de humedal de la bullente extensión de mi nabo —que da la vuelta al mundo—, por lo que todas y cada una de las células del cuerpo de usted están hechas de mi lefa. Sucede a veces que un golpe de viento me abre un poco la capa y queda usted visible en plena felación. Tal estampa pone a todos los tíos cañón que allí se encuentren tan cachondos que podemos oír los amortiguados, pero nítidos, sonidos que dichos tíos buenorros producen al correrse en los pantalones y acumulárseles el tema en los zapatos a continuación.

Esta nueva vida que usted tiene es bastante intensa. Abra con un montaje de un día estándar:

❑ Apago el despertador y me estiro mientras usted ya está ocupado chupándomela, cosa que sigue haciendo mientras yo preparo y me tomo el desayuno, tras lo cual viene al baño conmigo para mamármela en tanto que yo, con gran estruendo, cago y me peo y leo The Economist.

❑ Si intenta usted leer un libro, voy yo y le echo un corridote en las páginas abiertas y entonces cierro el libro de un pollazo para que el corridote le ponga la cara a usted perdida, haciéndole entonces mi nabo a

usted un gesto de advertencia como si dijese: «Cuidadito tú con lo que haces».

❏ En un esfuerzo por recordar la que fuera su vida hasta convertirse en mi orificio follable portátil, trata usted de hacer un dibujo de su antiguo yo. Solo que entonces huele usted la punta de la pluma, se percata de que la tinta es, en realidad, lefa mía… y la pluma de repente le estalla en la cara. Yo entonces le hago borrar el dibujo lamiéndolo.

❏ Si intenta escapar, no tarda en echarle el lazo mi cuadrilla de cazarrecompensas espermatozoicos, quienes reciben la debida recompensa de 69 420 dólares que yo previamente ofreciera por el rabo de usted.

❏ En la oficina de la Jefatura de Tráfico, cuando están a punto de sacarle a usted la foto para el carné de conducir, las paredes empiezan a temblar. Resulta que se ha formado un gigantesco cumulonimbo de lefa mía, el calor húmedo del cual ha creado unas condiciones meteorológicas que han provocado, a su vez, vientos ciclónicos de cuatrocientos ochenta kilómetros por hora. Estos vientos arrancan el tejado de la oficina de la Jefatura y descargan, sobre la cabeza de usted, cortinas torrenciales de lefa justo antes de que la cámara dispare, por lo que usted aparece en su permiso de conducir —que es un documento de identidad del Estado— ahogándose en el jugo de mis pelotas y no tiene más remedio que andar mostrando semejante documento a porteros de discoteca y agentes de seguridad aeroportuaria macizos durante la siguiente década. (Míos son, además, los derechos exclusivos mundiales de la foto).

Terminamos con un primer plano bien cerrado de su rostro. Lo están bombardeando a usted, a velocidades alternas de 0,45 y 1,5 veces la normal, latigazos y goterones de esperma mío, produciendo cada descarga el silbido descendente y la explosión característicos de un proyectil de mortero. Usted entonces dice (con la voz dos octavas por encima de lo normal): «Me he convertido en una humilde excrecencia de Vuestra lefa, lo cual no es culpa sino mía. Yo soy el único responsable de que la pútrida lefa Vuestra sea mi destino (por causa de la debilidad que yo por Vuestra lechaza específicamente tailandés-estadounidense albergo). Y, por contraintuitivo que ello pueda antojarse, Os estoy agradecido por haberme hecho ver el pedazo de guarrón miserable y ávido de lefa del Sudeste Asiático que soy». Tras lo que empieza a aplaudir, siguiendo a continuación su ejemplo los

ciudadanos de un planeta Tierra unido mientras realiza usted un ahegao y el signo de la paz.

Gracias, gracias, ¡¡¡GRACIAS!!! Tiendo a pensar que esto sea MUCHÍSIMO más complejo que las solicitudes que recibe normalmente y espero que el pago vaya en consonancia. (Le doy, además, una propina mayor por el tiempo que probablemente le haya tomado leer este correo). Estoy superimpaciente por ver con qué me sorprende usted y le agradezco nuevamente su discreción y profesionalidad. Si todo va bien —como estoy convencido de que va a ser el caso—, puede usted contar con muchos más encargos míos en el futuro…

P. D.: Para planos filmados con smartphone, haga el favor —esto es muy importante— de colocar el dispositivo de manera apaisada, es decir, horizontal.

El total supera, con los impuestos y la propina incluidos, los ocho mil dólares, lo que supone la mitad de sus ahorros, un despilfarro que mitiga lo culpable que se siente por la dificultad de su petición. Si el vídeo estuviera bien ejecutado, Kant podría contar con que mantuviese su atractivo durante un año tal vez. Y si ahorrara o consiguiera un aumento, podría permitirse hacer otro cada año… A lo mejor acaba hartándose, aunque tampoco parece verosímil. No es que la vida, procediendo así, vaya a ser ideal. Pero sí probablemente sostenible, y no es que haya alternativa. Lo único que necesita es soportar la vida hasta el final una vez. Que sea preferible satisfacer los anhelos, eso está por demostrar. Nadie *necesita* en realidad amor: no tener no te mata. Y un sustitutivo ya es algo…

Para cuando Kant teclea la dirección electrónica de Cody, su nivel de azúcar en sangre es nulo, y la hora, lo bastante tardía como para que él no repare en el súbito temblor de su dedo anular, que pulsa el tabulador provocando que la *app* del correo electrónico complete automáticamente las letras «co» con «Coming Out» —la lista de direcciones electrónicas que Kant había compilado hacía casi dos años— justo antes de enviarse el correo electrónico. Cierra el portátil, se cepilla los dientes y la lengua, apaga las luces, se acuerda de los vasos de agua que le llevaba a Julian, confecciona en

la aplicación de apuntes una lista de la compra para el *shepherd's pie* que planea hacer al día siguiente, se traga dos Benadryl y se va a dormir. Esos serán, por rutinarios que parezcan y acordes con la estabilidad sin sobresaltos de su existencia cotidiana, los pocos minutos de su vida en los que los demás lo conozcan mejor que él mismo. Dedica esos minutos a pensar: «¿Y si al final resultara que funciona…? ¿Y si funciona…?».

Nuestro superfuturo

¿Qué pacha, weyes? Bueno, pues este va a ser más bien largo, pero pensé que aquí la peña igual podría echarme un cable con un par de cosillas que me traen de cabeza últimamente. Soy un varón de treinta y siete emprendedor en serie, inventor y visionario que lleva siendo su propio jefe desde los dieciocho. Me educaron en casa; soy un hombre hecho a sí mismo; he estado en veintinueve países y lo que te rondaré, morena; jamás toqué el alcohol, pero soy bastante yonqui de la cafeína; creo en un enfoque de la vida estoico; soy un tipo que sueña a lo grande y que no pierde el tiempo nunca, que tiene en mente siempre la próxima jugada y con el objetivo de formar una familia claro a tope.

Hace un tiempo conocí a Alison —mujer, treinta y dos años— en una aplicación de citas. Tenía como ese rollo de caderas poderosas y cutis lustroso que a mí me pone mogollón, y, nada más hacer *match,* pues a por ella de cabeza que fui —porque así es como yo funciono—, y estuve meses mandándole mensajes. Una cosa que me pasa es que no sé cuándo toca desistir, que en general está bien…, pero algunas veces no, como veréis.

Al final conseguí que contestara y le apliqué, a partir de ese momento, trato vip. En el perfil decía que era pescetariana y la llevé, en la primera cita, a tomar un *omakase* de doscientos dólares traído desde Tokio esa misma mañana en avión. Ella era de algún pueblo perdido de Connecticut y un *omakase* le sonaba a chino. Yo sabía que ese plan iba a triunfar y la conversación, en efecto, fluyó. La mayoría de las chicas no están acostumbradas a una comunicación directa —porque a la gente adocenada, del montón, le aterroriza el compromiso—, pero yo nunca le hago perder el tiempo a nadie. Tan perpleja la tenía mi alarde que se pasó la noche entera sin decir

prácticamente nada y me dejó llevar la iniciativa a mí. Con lo cual, yo encantado; siendo un crío, mis viejos me hicieron responsable de un «club de debate individual» donde debía defender, contra mí mismo, dos posturas opuestas durante horas sin parar. De ahí que yo pueda decirlo todo si hace falta, lo que me permitió lucirme y epatarla desde el primer instante. Fui al meollo: me educaron mis padres en casa y es verdad que la gente educada en casa por sus padres tiene fama de sobreprotegida, de bicho raro; pero yo le he dado siempre prioridad, desde hace años, a estudiar los comportamientos sociales modernos, la cultura popular y los argots con el mismo nivel de seriedad con que he estudiado a Marco Aurelio o JavaScript. Probablemente haya memorizado —las cosas como son— más jerga que nadie, por lo que puedo alternar con personas de todas las edades, razas, nacionalidades, clases o culturas y me entiendo con ellas siempre chachi. También le mencioné que ya llevo catorce años en un plan de jubilación anticipada, lo cual lamentablemente ha postergado mi otro plan: el de los hijos. Aunque eso es, en realidad, porque sigo esperando todavía a *esa* mujer…

Y antes de que penséis «Este tío está zumbado»: sí, me encargué de enterarme de todo lo de ella también. Llevo años puliendo una suerte de «algoritmo del ligue» —lo que yo llamo mi *algorizzm*—para asegurarme de minimizar la pérdida de tiempo en palique y piececitos. Empiezo planteando una serie de cuestiones muy concretas: que cuál fue su «incidente» en el instituto, que si se ha roto un hueso alguna vez, que si se acuerda de los chicles Bubble Tape… (en ese plan). Me gusta preguntarles si se pagaron ellas mismas la universidad; es un pequeño desafío simpático que, de repente, las pone como en guardia… y luego, cuando contestan, puedo hablar de que yo, la universidad, me la salté para fundar directamente mi primera empresa.

Cuando hubo entrado Alison ya bien en calor, le pregunté: «¿Cuáles son los mayores problemas a los que te enfrentas en tu vida?». A las chicas siempre les gusta hablar de eso y además,

mientras hablan, tengo tiempo de memorizar qué han pedido para beber y de qué color tienen los ojos, que son cosas que he visto que me hacen quedar guay cuando las menciono después. Ella, a lo primero, como que entrecerró los ojos y empezó a titubear, como si estuviera intentando describir un color nuevo. Pero una vez que nos pusieron en la mesa el sake centenario, se abrió y me contó todo sobre (1) que se estaba recuperando de sus temas con la comida, (2) que extrañaba a su antiguo mejor amigo y (3) que estaba dándola de lado todo el mundo con quien había tenido intimidad. Lo que era, todo ello, miel sobre hojuelas para mí (porque tener problemas que resolver es una cosa que me motiva cantidad). Le di las gracias por sincerarse a tutiplén.

La segunda pregunta que le hice fue: «¿Cuáles son tus metas?». Y ella se rio y dijo que se conformaría con un seguro médico. Yo le dije que me refería a sus metas en la vida: que si quería tener una familia, su propia casa, independencia económica… Y ella dijo que claro, que cómo no, pero que eso no iba a pasar nunca. Entonces *supe* que sí, que me cuadraba. Le aseguré que, a mí, lo que mejor se me daba era traer a mi vida a gente súper y ayudarla a alcanzar sus objetivos, que ser rico no es solo una cuestión de *jets* privados —que tiene que ver con cuidar a la gente, con la libertad, ¿no es cierto?—, y que no se preocupara, que yo estaba ahí para ayudar, que ayudar era prácticamente mi trabajo. En ese momento llegó el *omakase* y la ayudé a apreciarlo mogollón. «Tú piensa», le dije, «que cada bocado son veinticinco dólares, que estos peces estaban nadando frente a las costas de Japón y Noruega mientras nosotros nos lavábamos los dientes ayer. ¿Verdad que el *mindfulness* —la "atención plena"— es otra cosa totalmente distinta así?».

Por último, esperé hasta que fue al baño y tiré de uno de mis trucos que mejor resultado dan: me levanté, me puse en su silla y, cuando volvió —con cara de no entender—, me la senté en el regazo y le susurré al oído que nunca había conocido a nadie como ella —a nadie así de fascinante y de especial y de fetén— y que yo no era

ningún chico inmaduro como los tíos con los que ella había salido antes: que yo sabía lo que quería y, lo que quería, era ella.

Eso sí, donde otros tíos tratarían de llevársela a la cama como fuera, yo le dije que tenía que levantarme tope pronto…, pero que con mucho gusto la vería —todo el tiempo posible— cualquier día que a ella le viniera bien y que si en eso quedábamos. Ella dijo que sí y entonces yo, cuando íbamos a irnos cada uno por su lado, vi una buena ocasión para lucirme. Como no tengo hermanos —y mis padres solían salir a hacer vida social cuando no estaban educándome en casa—, siempre he anhelado esa sensación de tener siempre a un compi con uno, y por eso mi primera *startup* que funcionó fue Umeego, una especie de «Uber de la amistad» donde el usuario puede pedir en cualquier momento no un taxi, sino una persona de pasado limpio acreditado que lo acompañe a cenar, al cine o a una fiesta (desde cincuenta céntimos el minuto). Justo entonces, mis investigaciones sobre las experiencias de los usuarios andaban indicando que muchos utilizaban aquel servicio para contratar a guardaespaldas *ad hoc* que los acompañara hasta casa, por lo que estábamos probando una reorientación hacia la seguridad personal, prescindiendo del intermediario humano y añadiendo la opción de pedir un perro robot monísimo que siguiera al usuario a todas partes, equipado con sirenas, cámaras y armas de defensa personal «menos letales». Llamé a uno para asegurarme de que Alison llegaba bien a casa, conversando con ella entre tanto por el altavoz del cuello del perro. Para el final de la noche podía decir que la había dejado flipada. Y nos dimos un precioso y potente beso que fue un auténtico pasote.

Yo le aplico un enfoque de crecimiento exponencial a todo, y eso incluye el tema de las citas: implicarme, en cada una, por lo menos diez veces más que en la anterior. Digamos que soy una especie de aceleracionista sentimental: ¿por qué esperar, si lo ves claro? Por algo me llamo Max… En fin, que, para la segunda cita —cinco días después—, le vine, damas y caballeros, ni más ni menos que con dos billetes para un vuelo a Barcelona que salía al cabo de un rato.

Me dijo que ella no podía pasar de ir, así sin más, a las prácticas que estaba haciendo. Y yo en plan: «¿Me estás hablando en serio *en serio?* ¿De verdad *de la buena* estás diciéndome que vas a renunciar a una romántica escapada de lujo con todos los gastos pagados a una de las cinco ciudades más bonitas de la Tierra según TripAdvisor? ¿Con billetes en clase *business* Delta One con acceso al Sky Club y asientos reclinables rollo cama? Ya me parecía a mí…». Conque ahí nos tienes, dieciséis horas después, dándolo todo en Las Ramblas y a muerte en el follón de los locales nocturnos, encantados con esa iglesia enorme discotequera que allí hay y con las casas ondulantes. Cumplimos a tope con el tema del bebercio, de las fotos, de la cultura…, y me aseguré de acompañarlo todo con sangría y queso manchego y ensaladilla rusa en todas las comidas para ayudar con esos temas alimentarios de ella. Durante la visita al Palau Nacional, le dije que la arquitectura clásica era algo testicular sin falsete y, viéndola confundida, le expliqué que me refería a que era una cosa «verdaderamente cojonuda». Y entonces ella se partió literalmente el culo. Aquel era —pensé yo— el mejor indicador de que seríamos compatibles a la larga: siempre estaba haciéndola reír (sin siquiera proponérmelo…).

La primera noche que pasamos juntos me di cuenta de que ella seguía albergando alguna duda, conque le hice saber, tumbados ambos en nuestra *suite* de lujo, que me hacía cargo de que ella probablemente estuviera acostumbrada a ver la vida como un gran problema, como una serie de limitaciones: de gente que le decía quién tendría que ser ella y lo que no puede hacer, y también que debe ser una persona distinta si aspira a merecer que la amen. «Pero ahora», le dije, «todo eso ha terminado porque he llegado yo. Y te estoy ofreciendo mi amor loco y mi apoyo, si lo quieres». Se puso a llorar y a decir que a ella nadie le había dicho nunca que creía en ella. Pobrecita… Lo único que necesitaba era que alguien la motivara un poco. Ni que decir tiene que el resto de la noche fue espectacular. Hasta le tomé furtivamente la medida para el anillo con

hilo dental mientras dormía… Como antes dije: crecimiento exponencial. A tope.

Total, que el viaje fue una magia —nos llevamos de allí mil recuerdos— y, cuando volvimos, la cosa entre nosotros iba razonablemente bien. Las siguientes semanas estuvimos escribiéndonos al móvil cada día y yo me aseguraba de echarle sistemáticamente unos piropos del copón: le hacía enviarme fotos de sus modelitos, nada más que para luego decirle que era un pibonaco de diez, un mujerón y una muñeca. Miraba siempre en Wikipedia cada peli y libro que ella mencionaba —para que nunca nos quedáramos sin cosas de que hablar— y le mandaba a casa flores con tal frecuencia que tuvo que decirme que parase porque sus compañeros de piso estaban alucinando.

Poco después la despidieron de aquel trabajo que tenía en una revista. (Probablemente porque allí no daban días por enfermedad y nosotros nos habíamos pirado a España a bote pronto). Ella estaba un poco de bajón por ese tema, pero yo para mis adentros pensaba: «Era un curro superbásico en una industria condenada a desaparecer. ¿Quién lee revistas, hoy en día? ¿Cuándo fue la última vez que entraste a una tienda en plan "Ostras, menudo antojo tengo de comprarme una revista…"?». En fin, que, si me preguntáis a mí, aquel despido en realidad le aportaba. «El éxito se construye con mil fracasos», le decía, para que no se preocupase.

La siguiente vez que quedamos me sorprendió diciéndome que no nos íbamos a poder ver nunca más, que se estaba preparando para volver a Connecticut. Y yo en plan: «¿Estamos locos? ¿Por qué no te vienes a mi queli y punto?». (Mejor opción, desde luego, que el cuchitril que compartía con otras dos personas…). Pero tampoco quería asustarla y se lo expuse así: «Preparar a la gente para el éxito es lo que mejor sé hacer: déjame promocionar tu vida. Míralo como una inversión en tus objetivos: me hago cargo de tus gastos durante seis meses, y, si en algún momento no estás contenta con la situación, podemos encontrarte, para vivir, otro sitio aún mejor; yo pongo la fianza. ¿Que por qué? Porque me encantas. Me pirras.

Estoy superpillado por ti y es la pura verdad y no hay otra. Pero esto sí que debes prometerme: ¿trabajarás a mi lado —los dos como un equipo— en aras de nuestras metas existenciales? ¿Lo harás?».

En realidad hizo falta un tira y afloja bastante patético, teniendo en cuenta lo generoso de mi oferta. Ni siquiera después de haberme ido a echar un truño y haber vuelto se había decidido… (De hecho, no me dio una respuesta definitiva hasta el día antes de vencerle el alquiler). Pero, oye, lo prometido es deuda y, poco tiempo después, ya estábamos juntos en plan oficial y ella era mi chorba… Menos mal que apenas tenía nada que traerse, porque básicamente utilizaba los aparatos y muebles de sus compañeros de piso. Tras convencerla de que se deshiciera de sus libros —en mi casa no hay estanterías: hace siglos que me digitalicé—, todas sus cosas cabían en cuatro bolsas de IKEA. Tuvimos un percance cuando vi que tenía un gato. Le dije que en casa guardaba un montón de prototipos de muebles que andaba desarrollando con una de mis *startups* y que no podía exponerme a que se estropeasen. Para hacérselo más fácil, les solté cinco mil pavos a sus compas de piso para que lo cuidaran hasta que viéramos qué hacíamos.

Cuando por fin conoció mi choza, se la veía sorprendida de lo pequeña que era. (Vivo en un estudio hipereficiente de un dormitorio, lo que minimiza el mantenimiento; y pagando alquiler no es que te hagas precisamente rico…). Me preguntó por qué no había cama en mi habitación, lo que me dio la oportunidad de mostrarle el modo en que mi cama sale de la pared: una «cápsula de hipersueño» diseñada por mí mismo —con una cavidad de espuma viscoelástica adaptable al cuerpo— que permite dormir con una inclinación de veinte grados, descomprimiendo la médula espinal y aumentando el flujo sanguíneo del cerebro. Y le dije que ya estaba personalizando otra igual a la medida exacta de su cuerpo (cuyas medidas había tomado mientras ella dormía). Como el armario estaba lleno, le dejé que guardara sus cosas en el horno (que, de todas formas, nunca uso). Le di también una toalla limpia rosa

estupenda de microfibra que mi última chorba se había dejado. Conque ya estaba totalmente instalada… o eso pensaba yo.

Más o menos por entonces empecé a tener, en el trabajo, un lío de miedo. Andaba ultimándolo todo para presentar a posibles inversores mi nueva *startup,* SweatSeats —Sudasiento's pensé para Sudamérica—, un set completo de mobiliario de salón que hace las veces de maquinaria de gimnasio, en plan que estás viendo la tele y te empiezas a rayar, y, como estás en tu butaca reclinable SweatSeats, pues coges y volteas el reposapiés y te pones ahí en plan machaca con tus *presses* de piernas —que pueden ser de hasta 135 kg—, utilizando de manera productiva lo que, de lo contrario, sería puro tiempo perdido. Tope guapo, ¿que no? Pero no habíamos resuelto aún del todo la cuestión «tapicería apestosa/empapada» y, por eso, mi equipo estaba en modo «zafarrancho extremo solucionador» y yo en mi modo «foco construcción total»: levantándome a las cuatro de la mañana, apretándome un batido de creatina con sabor a beicon mientras iba a la oficina en coche y deslomándome luego hasta quebrar a ese hijueputa mamón por mis cojones cuidadito conmigo que te meto.

Esto, de hecho, me recuerda que nuestra primera pelotera fue por esos batidos… A ver, resulta que mi *startup* que mejor ha funcionado hasta la fecha es de un batido sustitutivo de comidas llamado DöpeSauce. (Para España pensé que daría bien el pego SålsåCool). Una cosa que yo nunca entendía era por qué otras marcas de esta clase de batidos —por ejemplo, Ensure o Soylent— eran siempre *dulces* y solo alimentaban lo mínimo estrictamente necesario. Veía en el mercado un agujero GIGANTE para suculentos, pero *funcionales* sabores como el QuesoFundidoAdaptógeno, la CremaDeAlmejas-CBD o el CostillarBarbacoa-Piracetam —o bien el BeiconCreatina al que me refería hace un instante—, todos con su puntito de cafeína y a unos precios tan competitivos que serían perfectos para colegios, hospitales y centros penitenciarios. La cuestión es que yo, como buen emprendedor, mis productos los vivo y los respiro —en este caso, me los bebo—, y hace años que no

como sólidos en casa ni hago compra. No tenía, como he dicho, ni un segundo para sacar a Alison; pero ella insistía en que no iba a tomarse los batidos porque era pescetariana. (Y eso incluso después de asegurarle yo que, en realidad, no contenían producto animal ninguno, solo unos saborizantes de verdad que increíbles). Yo me había hecho la ilusión de que ella se moriría por tomarlos. Habríamos salido ganando los dos, porque ella siempre hablaba de su lucha consigo misma por comer sano, y, a mí, esa política empresarial de consumir sus productos uno mismo me habría ayudado a dar salida al excedente de existencias que atestaba mis armarios… y amenazaba con caducar. (El tema ese de la fecha de caducidad nos traía de cabeza entonces). Pero ella resulta que se moría no *por* probar los batidos, sino *cuando* los probaba. Al de PatatasFritas-Adderall, ni un sorbo llegó a darle… Yo en serio que no entendía qué leches le pasaba a la tronca. ¿No estábamos acaso en el mismo bando, ayudándonos el uno al otro a alcanzar nuestros objetivos? No tengo ni idea de qué hacía para alimentarse. Guita para hacer compra ya os digo yo que no tenía. Pero, oye, pues allá cada cual…

A mí me parecía un poco *heavy* que todavía le hiciera ascos al fruto de mis esfuerzos, cuando resulta que ella estaba todo el día tumbada a la bartola. A ver si me vais a malinterpretar, pero yo creo que estaba frustrada porque, teniendo todo el tiempo y todo el espacio del mundo, empezaba a darse cuenta de que no tenía una idea tan clara como yo de sus objetivos… y entonces volcaba sus frustraciones en mí. Se me ocurrió que, habiendo trabajado en una revista, tal vez pudiera embarcarse en algún proyecto original en el ámbito de los medios de comunicación. Hace un tiempo desarrollé, en efecto, una *app* para dejar constancia fehaciente del consentimiento sexual con tecnología *blockchain.* (Un concepto tan básico y tan obvio que yo flipo con haber sido el primero en tener la idea…). Y, así, con mi experiencia en la Web3, le dije que podía ayudarla a lanzar…, pues qué sé yo, ¿una revista descentralizada? ¿Cuyos lectores fueran a lo mejor titulares de tókenes y tuvieran

derecho a voto en las decisiones editoriales? Le ofrecí también, en múltiples ocasiones, hacerle, sin coste alguno, una auditoría de flujos de trabajo y un análisis DAFO; pero ella siempre decía: «Es una idea», y no volvía a sacar el tema nunca…

¿Que qué hacía, entonces? Pues mira, hablando en plata, poca cosa. Básicamente tontear con el teléfono. Un día le miré el registro de tiempo de pantalla y comprobé que era un disparate, tipo cuarenta horas por semana. (Que es más o menos lo mismo que yo, con la diferencia de que yo verdaderamente lo utilizo para trabajar y para *podcasts* informativos). En cuanto al historial del navegador: sobre todo resúmenes de capítulos de series, cronologías ilustradas de las operaciones de cirugía estética de famosos, la expresión «aumento de peso» junto a distintas marcas de antidepresivos y, no me preguntéis por qué, una burrada de vídeos sobre personas que habían muerto en silos atrapadas por el grano, o que abrazaban a sus mascotas momentos antes de recibir la eutanasia. Otra cosa que me cabreó especialmente fue que había estado mirando contenido para adultos. No es que yo sea un puritano ni nada parecido. Y hay que reconocer que llevábamos desde España sin ponernos «en modo guarrerías», digamos. Pero eso era, en parte, porque yo estaba ocupadísimo; en parte porque abstenerme de ponerme «en modo guarrerías» es la forma que yo tengo de mantener mi función cognitiva a punto… y en parte también porque venía observando, como a ella misma le expliqué, que cumplir los objetivos de ella en la cama requería, por lo general, hasta veinte minutos; mientras que yo, para cumplir los míos, apenas si necesitaba dos. Conque el asunto no es que fuera demasiado equitativo… Pero tampoco eso de los contenidos para adultos me hacía gracia: significaba que ella no estaba adaptándose a las nuevas circunstancias y que lo que teníamos no la satisfacía. No sé, sencillamente me parecía una actitud ingrata…

Yo estaba dándole a ella, a mi modo de ver, la oportunidad de embarcarse en el proyecto que quisiera —lo cual constituye el chollo más acojonante concebible—, y ella resulta que seguía sin estar

motivada. Claramente necesitaba un empujón y me propuse convertirme en ese compi que te ayuda a rendir cuentas. Llevo tanto tiempo afinando mi propio set de hábitos que se me ha vuelto algo tan natural como respirar. Y en el de ella encontraba mogollón de cosas que corregir… Para empezar, le compré un temporizador para la técnica Pomodoro y una agenda y le preparé un tablón Kanban. El gran sumidero de tiempo era, sin lugar a dudas, el móvil; pero yo sabía que, si se lo confiscaba, se iba a poner hecha una furia (como un crío al que le quitas los juguetes). Así que un día, antes de irme a trabajar, usé un *rootkit* para instalarle en el teléfono la beta de mi última *app* de productividad, WristSlapp —que pensé en llamar, para España, CuidaDín—, un *software* que te lo va registrando todo —tiempo de pantalla, mensajes, ritmo cardiaco, ubicación, ingesta de calorías, sueño y ciclos menstruales— y que te ayuda a rendir cuentas impidiéndote acceder a las redes sociales, a las aplicaciones de mensajería instantánea y a las tarjetas bancarias, o incluso detrayéndote dinero de la cuenta si no cumples con las metas que te habías marcado. Lo programé para que bloqueara en el teléfono de Alison los mensajes tanto entrantes como salientes, y para que no permitiera que se cargaran bien ni las webs de gilipolleces ni los contenidos para adultos. Pensaba yo que aquello bastaría para inclinar la balanza hacia el progreso…

La primera vez que se quejó de que se le había roto el móvil le dije que al final terminaría alegrándose y que yo, si me entran ganas de tomarme una pausa motivacional, lo que hago es combinar alguna imagen inspiradora brutal con algún musicote bien guapo, y que a mí personalmente me mola cantidubi escuchar *Another One Bites the Dust* mirando, mientras suena, la foto esa de los soldados estadounidenses clavando la bandera en Japón —una dosis doble de épica que flipas—, y al cabo de unos minutos estoy siempre con la frente bien alta y listo para petarlo. Ella respondió con un par de comentarios más bien negativos y entonces yo, tras dejarle clara la política de «malas vibras cero» vigente en mi casa, le recordé que, si

queríamos alcanzar nuestros objetivos, teníamos que mantener la vista puesta en el largo plazo.

A continuación le pedí, como réplica a su llanto, que me explicara por qué creía que esa era una respuesta constructiva o relevante a lo que yo acababa de decir…, y lo único que hizo fue seguir llorando. (Eso demostró que yo tenía razón). Era un rollo muy irresponsable, muy «falta de compromiso»… Yo sabía que, si dejaba la cosa ahí, estaría induciéndola a creer que ponerse a llorar era un modo válido de ganar un debate. Conque toda la noche estuve sentado allí con ella —ausentándome solo dos veces para plantar un pino rápido—, y le dejé todo el tiempo del mundo para explicar, con todo lujo de detalles, que ella era infeliz por mi culpa. Dijo, en efecto, que nunca salíamos. En respuesta a lo cual le señalé que, por mi parte, había estado trabajando duro; también que, yo, encantado de que ella fuese adonde quisiera y de que hiciese igualmente su voluntad…, aunque probablemente le resultara complicado al tener cero pasta. Afirmó entonces que estaba aburrida y yo repuse que no se aburriría si se mantuviera ocupada trabajando para alcanzar sus objetivos vitales; también, que no era responsabilidad mía definir tales objetivos en su lugar.

Su tercera queja fue la más delirante: dijo que yo únicamente trabajaba para alcanzar *mis* objetivos, no los *nuestros*… Como buen estoico, rara vez me sulfuro, pero aquello no podía dejarlo correr. De modo que me planté y le dije: «Vaya… Entonces resulta que aquí el cerdo soy yo, ¿verdad que sí? Ya te digo… Si es que hay que ser un miserable para darte un sitio en el cual vivir gratis y también comida gratis y cariño gratis y *coaching* gratis para reorientar tu vida… Es evidente que soy un cabronazo de libro, que cada cosa que yo hago y digo es un asco TOTAL y que no he hecho nada bueno por ti NUNCA y tú no te has equivocado JAMÁS en tu vida. Porque yo tengo, por supuesto, la culpa si tú te pasas el día haciendo el zángano. Menuda china en el zapato que estoy hecho…», etcétera. (Y usé la técnica de hablar a todo trapo que aprendí en el club de

debate, así que imaginadme diciendo todo eso a unas trescientas palabras por minuto).

A esas alturas, lo único que le quedaba era agarrarse el pelo y mascullar: «Nononononono». A lo que yo replicaba: «Sísísísísísí». Cuando por fin se cansó, no quise hacerla sentir mal por haber perdido y dije: «¿Quién cree en ti más que yo? ¿Quién está contigo a ful? ¿Ves tú acaso que alguno de tus coleguitas venga corriendo a ayudarte? ¿Cuándo fue la última vez que tus padres te llamaron para ver cómo estabas?». Ni de coña me iba ella a convencer a mí de que no estaba *portándome* con mi PIBA…

Y ojo, que yo lo había estado compartiendo todo con mi teleterapeuta. Le dije que había conocido a una chica que se había venido a vivir conmigo y a la que estaba apoyando para que pudiera trabajar por sus objetivos vitales. Y mi terapeuta me confirmó que era estupendo que hiciese algo así, que era bueno que asumiera mi papel de «figura primaria de apego» de Alison. Y yo: «Menudo pasote lo que has dicho. Cremita de la buena, hermana. Eso es justo lo que soy. Soy su figura primaria de apego y ese papel asumo. ¡Dale, reina! ¡A saco pacooooo!». (Mi teleterapeuta es negra).

Yo me había hecho la ilusión de que Alison cambiase de actitud a partir de aquella charla, pero estuvimos meses como con el mismo enfurruñamiento y el mismo bajón todas las noches. Yo empezaba a sentir como que no me acompañaba nadie, como que estaba avanzando hacia los objetivos de ambos yo solo. Pensé que un tiempo separados podría venirnos bien y me quedé más horas trabajando en la oficina sin dejar de echarle un ojo a Alison (poniendo la cámara de seguridad de mi queli en *streaming* en el tercer monitor). En vez de intentar por lo menos trabajar en algo, lo único que hacía era volver a ordenar sus pocas pertenencias una y otra vez: su kit de maquillaje, las cosas que llevaba en el bolso, montoncillos de ropa… (cuatro horas sin parar). Luego cogía, por algún extraño motivo, un bote de espray de limpieza y su toalla rosa de microfibra y se ponía a sacar brillo al mueble bajo de la tele en bucle, compulsivamente. A veces parecía que estaba moviendo los

labios, pero no se oía nada. Yo primero pensé: «Pues mira, oye, qué guay si reinvierte su energía en una dirección positiva, eso que me llevo yo» —porque es que a mí me encanta volver a casa y encontrármelo todo arregladito—, «igual hasta resulta que puedo prescindir de la señora que me limpia». De hecho, me aseguré de darle un refuerzo positivo diciéndole cosas en plan «No sabes cómo te agradezco el esfuerzo, putilla» o «Vaya tunda le estás dando al mueble ese, lo tienes contra las cuerdas». Pero la cosa empezó a ser que, cuando yo salía para la oficina, ella ya le estaba limpiando el polvo al mueble…, y cuando miraba por la cámara a la hora de comer, ahí seguía…, y cuando volvía a las siete de la tarde me la encontraba exactamente en el mismo sitio limpiando el polvo y ni siquiera me miraba. Por Dios que pensé que igual era una mancha que no salía ni a la de tres… Pero miré y no había nada. Una cosa más rara que un perro verde…

De manera que un día, después de estar ahí de pie cinco minutos mirándola limpiar el mismo punto siempre —sin darse por enterada de mi presencia—, le dije: «Mira, me parece de verdad superbién que quieras, por así decir, "responsabilizarte" de este espacio. Pero dime una cosa: que te pases el día limpiando el polvo ¿cómo va a contribuir a la consecución de tus objetivos?». Y ella se volvió y me miró con esos ojos entrecerrados alienígenas como si yo fuera una ventana y estuviese ella atisbando el horizonte a través de mí. Le dije: «A lo mejor, si tanto te gusta limpiar, podrías dejarlo como un premio para cuando hayas terminado ya con todos tus cometidos del día. O al menos, ya que te pones, pues podría darte también ese arrebato por el baño y la cocina, jopé…».

Asintió y reparé en que, desde aquel debate que tuvimos, en realidad llevaba días sin oír su voz (cuando no semanas). Pero no solo eso, sino que un día que miré en la cámara de seguridad a ver qué hacía, vi que ya no estaba ni siquiera limpiando el polvo: estaba simplemente sentada en mi sillón orejero / máquina de abdominales mirando al vacío con las cortinas cerradas… Allí seguía cuando volví a casa aquella noche y pensé que igual estaba enfadada conmigo,

conque le pregunté: «¿Qué te aflige, chochete?». Como no me contestó, se lo repetí hasta que, de pronto, las pupilas se le pusieron enormes y dijo: «Estoy meditando».

Yo pensé: «Perfecto entonces. Igual la ayuda a aclararse un poco». De manera que la dejé sola y me fui a jiñar…, pero cuando al cabo de cuarenta minutos regresé del trono, allí estaba todavía en la misma pose. Era un disparate verla ahí sentada tanto rato en absoluto silencio. Supuse que acabaría aburriéndose, pero resulta que aquellas sesiones empezaron a alargarse hasta alcanzar las cinco, las seis, las siete horas. Y sin agua ni pausas para ir al baño ni nada. Y jamás la vi moverse en ninguna de las veces en que me acercaba a controlar. Ni respirar podía verla siquiera… En fin, que aquello no era sano y, desde luego, tampoco productivo. Y cuando salía de aquellas sesiones se metía directamente en la cama y se dormía, lo cual a mí se me antojaba bizarro —que lograra dormirse después de haber estado sentada tanto tiempo—, aunque también puede ser que fingiera, quién sabe… En una ocasión me apoltroné, por probarlo también yo, allí a su lado —para ver si se le había ocurrido quizás algún truco de concentración que me pudiera venir bien—, pero en serio que nadie que tenga verdaderas responsabilidades puede quedarse ahí sentado sin hacer nada tanto tiempo. Y cada vez que la miraba de reojo para ver si estaba haciendo trampas, pues resulta que estaba completamente inmóvil y con una mirada como de estar colocadísima, como dormida con los ojos abiertos.

Le pregunté que en qué pensaba cuando estaba meditando y me dijo que en nada. Yo sabía, sin embargo, que eso era una trola total. Es imposible no estar pensando en algo. Eso no es ni «atención plena», ni «plena conciencia», ni «habitar, aceptándolo, el momento presente», ni gaitas: eso es un *cuelgue.* Le sugerí que igual podía, en lugar de eso, repetir algún mantra de autosugestión —rollo «Soy la contrarrehostia» o «Voy a ponerme ya las pilas de una puta vez»—, pero a ella no parecía interesarle. A mí me molestaba que prefiriese no estar con nadie y no pensar en nada, antes que estar

conmigo y pensar en mí… Entonces me di cuenta de que era peor todavía: empecé a sentir como que había un tipo en su cabeza con el cual ella hablaba —concretamente sobre mí—, y resulta que el tipo ese inventaba cosas groseras sobre mi persona. Aquello digamos que me tocó las narices de verdad; era casi como si ella estuviera engañándome con ese tío… Me acerqué, le di un toque en el hombro y se lo planteé…, y sus ojos se abrieron como platos y me chilló, pero en toda la cara bien a bien: «¡¡¡¡NO VES, ~~MECAGÜENDIÓS~~, QUE ESTOY MEDITANDO????». Empecé a sospechar que esa nueva ansia por meditar tuviera igual que ver, en fin…, pues con el hecho de no estar «en modo guarrerías» nunca. Conque le pregunté si a lo mejor quería que la pusiera a cuatro y me empezó a decir un montón de barbaridades. En general no me gusta levantar la voz, pero era ella quien lo había llevado todo hasta ese extremo, y yo además no le estaba hablando de ese modo a ella, bien mirado, sino al tío ese de su cabeza. Conque le recordé que la política de «malas vibras cero» vigente en mi casa incluía las palabrotas y me abrí.

Así seguimos tres semanas…, o incluso peor que cuando me ignoraba solamente. Ahora ni siquiera parecía darse cuenta de cuándo estaba yo en la habitación. (Como una vez que iba ella para el baño, me puse yo bloqueando la puerta… y chocó conmigo y dio muestras de confusión hasta que finalmente se coló por debajo de mi brazo). Yo estaba empezando a preocuparme —a ver si iba a tener algún tipo de predisposición genética a volverse tarambana—, aunque el análisis del frotis bucal que le tomé mientras dormía no dio nada en tal sentido. La cuestión es que abrí WristSlapp (= CuidaDín) para ver quiénes eran sus compis y parientes más cercanos —me fijé en quiénes le habían estado escribiendo—, y me dirigí a ellos desde mi propio móvil para decirles que venía observando en Alison, como figura primaria de apego suya que era, unos comportamientos, digamos, «rarunesquillos», y que si no sabrían ellos decirme quizás algún truqui para sacarla de ahí. Me pareció bastante impresentable que, en lugar de contestarme a mí,

trataran de puentearme y le escribieran directamente a ella preguntándole cómo estaba. Ya ves tú qué problema: accedí al móvil de Alison usando una *backdoor* y les escribí, haciéndome pasar por ella, lo que les iba a haber dicho en cualquier caso, o sea, que Alison estaba pasando una época complicada, pero que por fortuna yo le estaba dispensando unos cuidados increíbles, quien además le estaba dando la primera oportunidad verdadera que ella había tenido en su vida de trabajar por conseguir sus objetivos; y que no sabía (siempre Alison) qué habría sido de ella sin su supernovio. Contestaron que se alegraban un montón, pero que estaban, aun así, preocupados y querían ir a ver si estaba bien, y que dónde podían visitarla. Me pareció una perspectiva mazo tenebrosa, siendo precisamente esa la gente que, con toda probabilidad, la había vuelto así de majara en su día. Conque desactivé el rastreo SIM de su teléfono por si acaso se ponían en modo Robocop.

Unos días después, Alison volvió a sacar aquella oferta mía de buscarle un sitio mejor y pagarle la fianza si no estaba contenta. Yo digamos que me había olvidado del asunto —fue meses atrás, lo que en el mundo de las *startups* son siglos—, pero «carta en la mesa, presa» y me acordaba, cómo no, de que le había prometido aquello y mi palabra es ley…, pero es que estaba la cuestión de que yo andaba achuchado de guita por las criptomonedas —que estaban bajando—, y el resto lo tenía metido en mi *app* WristSlapp (= CuidaDín), conque en términos de pastaca en el bolsillo había igual que aflojar por ahora las expectativas, y además, ¿dónde iba a encontrar ella una ganga mejor que estar allí? A mí todo aquello me sonaba a que intentaba escaquearse de lo prometido, y yo no iba a permitirle que se defraudara. Si ella no quería pelear por nuestros objetivos y por nuestra relación, en tal caso daría un paso al frente yo por ambos.

Y, así, cuando me dijo que yo estaba rompiendo mi promesa, contesté: «Pues fíjate tú que en ningún momento dije yo que pudiera ayudarte a trasladarte *de inmediato.* Y además, mi teleterapeuta dice que una relación es dar y recibir, respaldarse

mutuamente, intimidad y confianza, nada de secretos; nada de esconder la cabeza como un avestruz, que es lo que tú te llevas dedicando a hacer desde que llegaste». Le enseñé todas las fotos nuestras que yo había colgado en redes de nuestro viaje a España y cuántos *likes* habían recibido de sus compis. Estaba claro que todos pensaban que nuestra relación era guachi. Y aparte, ¿pensaba en serio que querrían seguir quedando con ella después de haberles estado haciendo *ghosting* meses? ¿Y qué les iba a decir a sus padres, que eran #EseMaxATope desde que les reservé un crucero a la isla de San Martín? ¿Que iba a dejar al tío que quería niños y llevaba ya pagándole los gastos CUÁNTO TIEMPO? ¿Y para colmo *a su edad?*

Por último dijo varias cosas hirientes. Dijo que yo estaba criticándola a ella por no luchar por sus objetivos, pero «¿Cuáles son esos objetivos *tuyos?* ¿Empezar no sé cuántas estúpidas empresas que reinventan ~~mierdas~~ que nadie necesita? ¿Y todo para ganar un ~~cojón~~ de dinero que luego ni siquiera te gastas en algo divertido?». Su enfoque era, por supuesto, totalmente capcioso. Pero acepto que fue culpa mía por no haber explicitado antes la auténtica magnitud de mis metas. Yo estaba reservando tal sorpresa para nuestro primer aniversario, pero quería que ella se enterara de a qué iba a renunciar si salía por aquella puerta… y le solté en la cara un verdadón de padre y muy señor mío.

«Mis objetivos son estos», le dije. «En el instante en que me jubile —a los cuarenta—, quiero empezar a tener hijos, exactamente igual que tú. Quiero tener, cada vez, el mayor número posible que la fecundación *in vitro* permita sin riesgo (hasta llegar a la docena). Cuatro por ciclo gestacional supondría el equilibrio perfecto entre rapidez y viabilidad. Y quiero que vivamos todos bajo el mismo techo, en una gran "nave nodriza" que se ocupe de todas nuestras necesidades». (Alison sería la directora de operaciones —la COO— para asuntos del hogar, asumiendo tanto la economía como las labores domésticas —que a todas luces le agradan—, mientras que yo sería el director ejecutivo —el CEO—, y supervisaría la educación

de nuestros niños desde que nacieran). «Nos levantaremos a las cinco de la mañana, nos apretaremos unos batidos, nos aplicaremos al enriquecimiento físico y mental y meteremos a los churumbeles en el catre a las ocho en punto. Tan pronto como los críos adquieran el lenguaje, los iniciaremos en un currículo *verdaderamente útil* —centrado en el *BizDev* y en el pensamiento estoico— que les proporcionará una ventaja tremenda frente a los niños formados en escuelas públicas. Imagínatelos a todos sudando encantados en sus pupitres / cintas de correr mientras asimilan *podcasts* de alta calidad meticulosamente seleccionados a una velocidad de 2,5 veces la normal…

»Justo cuando tengan edad suficiente, quiero que cada uno de nuestros doce hijos empiece a tener su docena de hijos propia: cada familia en su propia casa, todas las casas en el mismo vecindario; cada crío educado exactamente igual que los nuestros. Tú y yo estaríamos en la junta directiva de cada familia, operando las modificaciones oportunas para que tanto los acervos conductuales como los regímenes pedagógicos se mantengan actualizados y competitivos. Y cada uno de los miembros de esa gruesa de nietos tendrá, a su vez, su docena de hijos…, y así sucesivamente —una y otra vez— hasta que, al cabo de nueve breves generaciones, tengamos ante nosotros más de cinco mil millones de lindos compis. (5 159 780 352, para ser exactos). Cabe esperar, lógicamente, cierta desviación, entre tanto, con la fertilidad y la orientación sexual de los descendientes individuales; pero yo no veo que eso vaya a ser un obstáculo significativo, dada la avanzada tecnología que ando desarrollando para la gestación subrogada y la edición genética, con cuya tecnología, cada generación podría ser —aun si nuestros descendientes optaran por aparearse con especímenes de fuera de la familia— idéntica a la anterior o incluso incorporar mejoras respecto a ella, minimizando aberraciones chungas y maximizando rasgos enrollados».

¿Y cómo sé yo —podría preguntar ella— que nuestros descendientes se atendrían voluntariamente al plan? «Pues porque

allí estaremos nosotros supervisando las cosas en todo momento… Con nuestro régimen de restricción de calorías, implantes cibernéticos, entrenamiento de fuerza, batido DöpeSauce (= SålsåCool) PerritoConChili-EfectoRejuvenecedor y transfusiones de sangre diarias de nuestros más jóvenes retoños, nada impide que podamos llegar, llenos de vitalidad, a los doscientos años. Y si conseguimos que el relevo generacional se produzca cada dieciocho años —o incluso en un plazo menor, según la edad que establezca para el consentimiento la ley local—, en tal caso yo mismo me encargaría de estar allí presente —o bien alguna copia que sacáramos de nuestras mentes y de nuestros cuerpos con algún sustrato pensante— para velar por que todo se mantenga chachi piruli Juan Pelotilla. Pero es que, además, tomaríamos una serie de medidas drásticas para evitar las defecciones: mi plan es que terminemos prohibiendo cuantos idiomas existen en la actualidad y que diseñemos nuestro propio idioma nuevo patentado, optimizado para la era postextual y construido sobre un léxico de intuitivos y concisos pictogramas (o "emojis", si lo prefieres). Por no hablar de que yo haría saber que, quien renegase de la familia —o quien se relacionara con renegados—, quedaría excluido de nuestro imperio global, perdiendo el único mundo social que habría conocido en toda su vida.

»Imagínatenos: miles de millones de individuos unidos, bregando en pos de un objetivo común, construyendo juntos, respirando juntos, votando juntos en el sistema político —un sistema político sin necesidad de garante— de nuestro Estado-nación, construido este sobre unas plataformas modulares a prueba de erosión que se irían expandiendo por las plácidas aguas del mar de Andamán con nuestra propia red eléctrica hidrosolar, disfrutando de la paz universal del amor de la familia y descendiendo, todos, de ti y de mí. Igual que Adán y Eva, pero de lejos más impresionante. Porque a nosotros no va a dárnoslo todo ningún hombre-nube mágico, sino que vamos a currarnos *nosotros mismos* nuestro camino al Edén. Conque AHÍ TIENES mis objetivos. ¿ESTAMOS?

»Pero-pero-PERO», le dije a Alison, «para que todo eso ocurra, primero es necesario que tú y yo nos encarguemos de tener listos, en un plazo bastante ajustado, esas tandas de bebés de primera generación. Y eso va a exigir mucho más compromiso del que estoy viendo últimamente por aquí. Y la "ventana de oportunidad" no va a seguir abierta indefinidamente en lo que a ti respecta, desde el punto de vista de la fertilidad…».

Aun siendo, como soy, un estoico, me da bajón recordar esto que vino después. En serio que me da bajón… (Exactamente igual que me entristece cuando una nueva *startup* superchula quiebra porque el público no estaba listo para su enfoque). Para mí era obvio que, a ella, todo aquel tema tampoco es que la pirrara a muerte; pero yo no iba a claudicar, ni nada parecido. Nada existe en el mundo peor que un renegado. Yo de verdad lo creo. Al cabo fue Alison quien, simplemente, se vio desbordada por el asunto. Y en lugar de reconocerlo y decir: «Lo siento, macho, pero tengo que romper la promesa que te hice de trabajar por nuestros objetivos», caminó hacia mí y me entregó, despacísimo, aquella especie de…, pues como de gran morral asqueroso hecho con su toalla de microfibra rosa, cubierto de lamparones y lleno de chorradas; rollo pequeñas esculturas bizarras de bocas de animales y churretosos botes de medicinas que ella había rellenado con un líquido grasiento; y además mechones de cabello atados con cabello de color distinto, y puñados sueltos de algún tipo de semilla o cereal. Y luego aquel mugriento pedazo de papel cubierto de dibujos —hechos con tinta— de venas o enredaderas, y también con textos en este plan (copio a continuación una parte del medio):

STITCH BIRDNEST DOLOR CONTAMIN SOLUS EXPOTENS CONSTRACT UNDOG NOT OF HIS OWN XOUS WED TO PLUTOUS BY COARD DISTRAT SUNBLED CHOLER CHRISM DUJN XEROUS FETTOR WED TO MALBOLG ENFAST XOUS OM ANTIN DISFER

O sea, ¿qué? Una cosa más rara que el carajo. Y pelín triste; ¿todo el tiempo que podría haber estado trabajando por ese superfuturo suyo y mío del recopón lo utilizó para hacer manualidades y un poema bizarro…? Yo en realidad no tengo ningún problema con que una relación fracase. Lo que me dio que pensar fue tener que plantearme, por vez primera, que mi olfato para identificar y hacer salir lo más molón de la gente me había llevado por mal camino.

Y, así, le dije: «Lo siento. Simplemente no veo que esté esperándonos ningún camino a ti y a mí. Por eso debo dejar que te vayas. Y aunque no fuimos capaces de alcanzar nuestras metas juntos, te deseo lo mejor en tu travesía (donde quiera que esta te lleve). Ojalá y sean tus días en este mundo mogollón de prósperos, y que sepas que puedes quedarte la toalla rosa si quieres». Se fue esa misma noche. Ni siquiera se molestó en sacar sus cosas del horno. Estaba dispuesta a renunciar a todo aquello: a una vida verdaderamente excepcional —y plena de sentido— junto a su fan número uno.

Tras la ruptura me asomaba a sus redes sociales para ver si me mencionaba alguna vez, pero no vi nada. Me figuré que estaría abochornada por haberme defraudado. No quiero señalar a nadie, pero estoy bastante seguro de que, yéndose, hizo un par de cosas turbias. Como que, de algún modo, de repente había un chingo de tierrecilla o arena en parte de mis existencias de DöpeSauce (= SålsåCool) a pesar de que los precintos herméticos seguían intactos, con un olor que no puedo calificar sino de «quirúrgico». También debió de andar toqueteando el perro robot de mi *startup* Umeego, porque no paraba de ladrarme en plena noche a pesar de que yo jamás lo había programado para ladrar.

Pero bueno. Lo que de verdad me molestaba —después de todo el trabajo y de todo el capital de tiempo que invertí en la relación— era, más allá de la falta de —digamos— «retorno sobre la inversión», darme cuenta de que hay personas a las cuales no es posible ayudar, personas que incluso rechazan la ayuda de manera

activa y que, si intentas salvarlas, cogen y te arrastran consigo. Conque lo único que puedes hacer es dejarlas que aprendan de sus propios errores… Para mí, la moraleja que extraer de todo esto es que hay algunas mujeres a las cuales la vida les da miedo y que no saben qué hacer con un tío apasionado —de corazón y metas grandes— que está dispuesto a confrontarlas con sus miserias. Me refiero a que yo estoy cien por cien por la igualdad de derechos y toda esa pesca, pero es que algunas veces vosotras, zorris, verdaderamente usáis las lágrimas como si fueran gases lacrimógenos… No la culpo necesariamente a ella, pero me repatea bastante haber dejado que todo este guirigay retrase mis planes meses. (Aunque si algún mujerón intrépido sintiera curiosidad leyendo esto y estuviera en el pico de su curva fértil, que me escriba; naturalmente, por privado).

Y esta es mi historia de desamor. Que nadie se sienta mal por mí: yo no lo veo sino como un bache más en la senda del éxito. Lo único que de verdad lamento es no haber fracasado más rápido… Estoy compartiendo mi experiencia con vosotros porque esta relación ha sido lo más cerca que he llegado a verme de alcanzar mis objetivos, y tengo la sensación de que, si soy capaz de repasar todo el proceso e identificar los fallos, la siguiente relación será un *superhit* brutal. ¿Qué pensáis vosotros? ¿Cómo podría haber convencido a Alison para que creyera más en sí misma en vez de proyectar sus propias limitaciones en mí? ¿Hay alguna eficiencia desaprovechada o algún «punto único de fallo» en todo esto? ¡Alzo mi copa por una discusión productiva y estimulante, coleguis!

* * *

EDITO: ¡La leche bendita! Esto está que arde… Gracias a todos los que estáis opinando. Aunque no estemos en la misma onda, me encanta vuestra pasión. ESTO es cultura emprendedora: acero afilando acero, pura cafeína y adrenalina y que ganen las mejores ideas. ¡Toma ya!

EDITO (2): Vale, veo que está empezando a haber un poco de tensión en los comentarios, así que dejadme que puntualice un par de cosas muy concretas que se han dicho:

- Alison estaba perfectamente sana. Y en absoluto confinada en mi apartamento. Y yo no la «vigilaba». Tenía cámaras de seguridad mucho antes de que ella se instalara conmigo allí. ¿Se os habría ocurrido decir acaso que me estaba «vigilando» a mí mismo?
- Si usar una aplicación en el teléfono de alguien para mejorar la experiencia del usuario y minimizar las distracciones es jaquear, entonces, troncos, esto os va a sorprender: resulta que absolutamente todas las empresas tecnológicas os están jaqueando… Y repito: aquello lo hice para *ayudar* a Alison a alcanzar sus objetivos, como *ella dijo* que quería. La cuestión de si me pidió que la ayudara *de esa forma en concreto* no veo qué importancia tiene. Hay quien diría, de hecho, que hacer aquello sin esperar a que me lo pidiera fue un gesto, antes bien, atento por mi parte.
- He oído ya unos cuantos disparates de campeonato a lo largo de mi vida, pero eso de que desear tener una familia grande y mantenerla unida es «~~mierda~~ nazi»… ¡Vamos, hombre! Andáis un poco despistadillos, *cracks*… 🤣

EDITO (2a): Más aclaraciones. No me hace ninguna, pero ninguna gracia, bros, esa insinuación de que yo pudiera presionar o engatusar a Alison para hacer cosas que ella no quería hacer. En serio, ¿de dónde sacáis tal ocurrencia? ¿Estabais vosotros allí? ¿Tuvisteis ocasión de verlo con vuestros propios ojos? Yo puse sobre la mesa, desde el principio, en qué plan iba; aposté fuerte y apechugué. Si acaso alguien se columpió fue ella, que no cumplió sus compromisos. Cualquier persona razonable convendría en que, cuanto yo hice, fue por el bien de ella (no por el mío).

EDITO (2B): CONTEXTO IMPORTANTE: Unos pocos envidiosos se han dedicado a desvirtuar la conversación dando *likes* a los comentarios más negativos. Es tope sospechoso que los moderadores estén, según parece, en Babia, cuando resulta que se están produciendo unas claras infracciones de las políticas que prohíben hacer públicos datos personales. ¿Hemos decidido hacer como que las normas no existen?

EDITO (3): ¡Ha-he-hi-ho-hu! Me quito el sombrero ante vosotros, mamarrachos que habéis hecho público mi LinkedIn. Sí, me llamo Maximus Aurelius Horney, lo que entiendo que es un lindo homenaje a uno de los pensadores más TESTICULARES SIN FALSETE de la historia. Me sabe fatal tener que deciros esto, cenutrios, pero el hecho es que tengo la financiación atada y bien atada, y que mi escuadrón de inversores / mejores amigos están conmigo a piñón. Fíjate tú qué pena que no vais a poder despedirme si soy mi propio jefe, ¿verdad que no? Y luego, ¿puede alguien explicarme por qué tendría que sentirme insultado por fotos mías antiguas? Según un estudio de Merck de 1998, el dieciséis por ciento de los varones experimenta, en efecto, una pérdida de cabello, de moderada a severa, entre los dieciocho y los veintinueve años; y yo estoy dentro de una desviación estándar de la media en términos de calvicie frontal. Pero uy, espera, que es que vosotros no os habéis tomado la molestia de mirar eso… ¿O sí que lo habéis mirado? ¡Pues claro que no! ¡Zasca! ¡Os pillé! Pero así queda de relieve lo afanosos que andáis rebuscando entre mis cuentas antiguas. No sabéis lo halagado que me siento… Al final no va a ser Alison la única que ocupe, sin pagar alquiler, un espacio: también yo vivo —¡qué cosas!— en vuestras cabezas sin pagar alquiler… Y gracias por la publicidad gratuita, tan importante siempre para las *startups*… ¡En serio que me troncho! 🤣🤣🤣

EDITO (3a): Si los moderadores insisten en no hacer nada, supongo que tendré que remangarme yo. No es que me queje: estoy

acostumbrado a hacerlo todo yo mismo. (Digamos que de eso va prácticamente mi vida, por si no os hubierais dado cuenta…). Para el puñado de mendas que enfocan las cosas y debaten con un poco más de perspectiva y van de frente, en serio, un diez. Yo seguiré la conversación aquí, en *La Venganza de Séneca,* mi servidor privado de chat para empresarios estoicos. Si os van el debate, la optimización del tiempo, la ciencia de la longevidad, el juego ese de dispararse con pistolas láser por equipos, el «universo extendido» de *The Big Bang Theory* / *El joven Sheldon* y la típica imagen macro que de pronto te mata de risa…, ¡vamos, mi gente! (Escribidme por privado para la contraseña).

EDITO (4): Vale, otra vez a vueltas con este hilo. Una serie de individuos aviesos ha tenido a bien infiltrarse en mi servidor de chat *privado,* colgar materiales ofensivos e inquietantes y difundir capturas de pantalla engañosas. Conque una vez más me veo en la tesitura de deber explicar que yo no soy responsable de NINGÚN contenido racista/misógino que allí se publique. El mero hecho de que no me avergüence de ser un varón blanco NO significa que crea en «granjas para mujeres», ni en la «expulsión semítica», ni en ningún «imperio angloescandinavo de diez mil años». Estoy convencido de que tales publicaciones eran parte de una operación propagandística de «bandera falsa» encaminada a difamarme, y dediqué la mejor parte de la semana pasada a intentar recomponer el destrozo. (Más tiempo perdido…). Además, las publicaciones que se me atribuían a mí estaban totalmente sacadas de contexto. Cuando dije —por poner un caso— que las zorris no son siempre las personas más idóneas para asumir tareas organizativas, eso yo, en realidad, lo decía únicamente en términos de cognición espacial. Probad, si no, a buscar «diferencias por sexo en estudio cronométrico de rotación mental». (O creéis en la ciencia o no creéis…).

EDITO (5): Pues nada, ya veo que el nuevo ídolo problemático de todos —Alison— ha decidido liarse la manta a la cabeza y malmeter vilmente en los comentarios, subiéndose a la ola de esa bizarra historia revisionista de nuestra relación. Y, no contenta con eso, ha localizado a cuantas chorbas han salido conmigo alguna vez y las ha hecho sumarse a la marabunta… Si queréis alinearos ciegamente con ella contra mí y contra mi teleterapeuta —que además resulta que es negra—, por favor no os cortéis. Hacerse la víctima es un modo estupendo, según parece, de lograr que te hagan caso sin haber movido un dedo, sin haber aportado nada. Alison, como sospecho que estarás escuchando atentísima, déjame que te diga solo esto: que es la cosa más fácil del mundo mirar retrospectivamente a una situación que no salió como querías y echarle la culpa a los demás. Pero ¿acaso no estás omitiendo lo mucho que te ayudé? ¿No estaba yo, a fin de cuentas, *portándome* con mi PIBA? ¿Es que te has olvidado de España?

EDITO (5a): Esta va a ser mi ÚLTIMA palabra sobre este asunto. La forma en que me vienen maltratando, durante las últimas semanas, unos completos desconocidos —y especialmente Alison y el resto de mis exchorbas—, verdaderamente me tiene rebotado. Dedico mi vida entera a mejorar el mundo: ayudo a la gente haciéndole sacar su pleno potencial, no cuento con el apoyo de nadie y trabajo por mi familia, por el futuro y por mi futura familia. Toda esta guarrimplonería me ha hecho ver que un pavo con un pensamiento tan avanzado como el mío no tiene cabida en este país. De manera que me piro como Tron, paz a todos y me saludan por favor a sus madres. Son unos tiempos oscuros para la sociedad cuando empezamos a tratar a nuestros miembros más productivos como a villanos o elementos hostiles… y no como a líderes y JEFAZACOS. Conque enhorabuena a todos, qué maravilla, ¿verdad que sí? Pues ¡NO!

EDITO (5b): Cuánto lo siento por todos mis nuevos «seguidores», pero a pesar de vuestros neuróticos esfuerzos por averiguar dónde estoy, no me vais a encontrar en ningún sitio cercano a tierra firme o a las leyes de los hombres. Con todas las memeces a las que me habéis sometido, he optado por empezar mis planes antes y liquidar mis activos, zarpando hacia el mar abierto —libre cual pez— en mi estilosísima y estrafalarísima cápsula oceánica flotante autosuficiente y viviendo verdaderamente en consonancia con la naturaleza. Mientras vosotros seguís frunciendo el ceño y escribiendo comentarios rabiosos, yo estoy aquí tirado super a gusto en mi *chaise longue* / máquina de pilates *reformer,* con wifi satelital megapotente, portillas con nivel de translucidez ajustable, espacio más que sobrado para ponerse en pie y caminar, y suficientes reservas de DöpeSauce (= Sålså*Cool)* para seguir pavoneándome y luciéndome durante todo un año en el azul confín. Hay algo tan…, no sé, tan *kawaii* en poder asomar la cabeza por el techo solar dos veces al día y no ver más que espacio abierto y posibilidades a mi alrededor, y gritarle entonces al cielo mis consignas a pleno pulmón: «¡Estoy fatal! ¡Soy total! ¡Estoy tremendo! ¡Impongo mil! ¡Soy un as! ¡Soy la caña de España! ¡Soy guay del Paraguay! ¡Soy de verdad! ¡Yo me *porto* con mi PIBA! ¡Qué pasón! ¿Lo veis o no? ¡Soy un bombón! ¡Soy un macarra! ¡Para mojar pan estoy! ¡Soy lo más de lo más! ¡Mamá soy! ¡Soy el papá! ¡¡¡¡¡¡¡¡¡SOY SASHA FIERCE!!!!!!!!!».

Dejándome envolver por el sosiego majestuoso de este entorno, he llegado a la estimulante constatación de que venía intentando alcanzar mis objetivos con un enfoque limitado: de que, con Alison, cometí el error de encadenarme a mí mismo —¡insensato!— a las retrógradas restricciones —propias del viejo mundo— de la monogamia; de que mis cuates de verdad que están conmigo a las duras y a las maduras…, ellos sí que llevan creyendo en mí desde el principio. Y, así, algunos de mis inversores / mejores amigos se hallan actualmente de camino en sus propias embarcaciones para constituir, uniéndose a la mía, la «Flota de la Libertad», que será nuestra base de operaciones. He estado haciendo gestiones con

algunos compas de un país en vías de desarrollo que hay por aquí cerca, para traer a bordo, con sustanciosos incentivos, a ambiciosas mujeronas en edad de merecer, a fin de poner en marcha sin demora mi plan familiar. (Dentro de poco más de nueve meses, estaré recibiendo a bordo a una docena de nuevos pasajeros / futuros emprendedores…). ¡Y en esas andamos! ¿Qué me decís ahora, panolis? ¡Chao, pescao!

EDITO (6): MENSAJE DE EMERGENCIA-URGENTE. A ver, parece que el asunto está tomando este cariz; escribo desde una (calurosa) sala de espera abarrota de la embajada de los Estados Unidos en Bangkok. Gracias al empeño geolocalizador coordinado de todo un planeta de *haters* y otros elementos hostiles —de pelagatos y mindundis—, la Marina Real Tailandesa ha descubierto e incautado nuestros navíos, y hemos sido además nosotros mismos detenidos contra nuestra voluntad. No he recibido la adecuada atención médica para las escaras y el déficit de vitamina D que presento, como tampoco para lo que he llegado a la conclusión de que es un caso avanzado de melanoglosia —*alias* «lengua negra peluda»—, lo que sospecho se debe a los batidos DöpeSauce (= Sålså*Cool)* adulterados. Las autoridades tailandesas sostienen que hemos incurrido en trata de personas (¿¿¿…???) por traer a bordo a unas auténticas jefacas —¡con su consentimiento!— y arguyen también que la presencia de nuestra flota constituye una violación de su soberanía nacional, lo que afirman que es punible con la MUERTE (¡¡¿¡¿¡…!?!?!!). No se pueden cepillar, así sin más, a un ciudadano estadounidense, ¿verdad que no? ¿¿¿Me lo confirma, por favor, ALGÚN experto en derecho marítimo???

Os juro que no doy crédito a que todo haya podido terminar así. Yo desde el principio lo único que he hecho ha sido trabajar duro, mantenerme centrado y estar siempre ahí a disposición de los demás. Yo no quería más que libertad, una familia y una comunidad productiva y feliz. Y todo el mundo me apoyó. Cuando pedí financiación, los inversores vieron el valor de mis productos y

estuvieron encantados de dármela. Cuando ofrecí a Alison mi amor y mis recursos, ella los aceptó (durante un tiempo). Yo diseñaba, construía, daba…, y la gente recibía (siempre). ¿Y ahora resulta que SOY YO el pirata…? Desde todos los frentes me han faltado, me han escarnecido, me han hecho mofa, me han tachado de «maltratador», de «nazi», de «procreador», de «negrero pedagógico», de «secuestrador sainetesco», de «Jeffrey *App*stein» y aun denuestos más crueles que no tengo intención de repetir aquí. Qué chungo es constatar que lo que antaño yo pensé constituía una ingratitud exclusiva de Alison —producto de su insatisfacción— es un rasgo común, en realidad, del ser humano por doquier. No puedo sino concluir que este mundo nuestro cree verdaderamente que el desarrollo personal es un crimen y que la ambición es cosa merecedora de castigo. Decidme: después de todo el valor que he creado, y de las innovaciones punteras en su ámbito que he introducido en el mercado con éxito, y de la inspiración que, con mi ejemplo, he venido brindando…, si tan perverso resulta que era cuanto hice, ¿cómo es posible que absolutamente nadie me haya dicho hasta ahora «No»?

El personaje clave

GUÍA INTRODUCTORIA AL BOTGATE VERSIÓN 1.7.3

RECOPILADA Y EDITADA POR MH-SLEUTH
Con la colaboración de fuzzypickles, Thoriental, kupopolis, hnggggnnhh, GlassJawn y bizkit_kondition

Lo que sigue es un resumen y análisis exhaustivo —y continuamente actualizado— del caso conocido como *Botgate:* el bulo o escándalo de internet relacionado con la persona conocida como «Bee», y con los usuarios de Twitter @MadonnaHaraway, lemondroppe, @PlatoFunFactory, @realcarsonVEVO, @LENA_GUNDAM, HoleFoods, @ThisYouBot y, potencialmente, cientos o miles más. El incidente se puede describir como una serie de bulos interconectados que fue desarrollándose a lo largo de varios años y en la cual intervinieron uno o más usuarios cuyas verdaderas identidades y motivaciones siguen pendientes de determinar de forma concluyente. Las múltiples teorías que circulan al respecto están recogidas en el «Apéndice A».

Para quienes acaben de llegar a este foro (siguiendo el auge de la atención que el *Botgate* está recibiendo últimamente): hemos congelado los posts de usuarios nuevos y nos gustaría, además, pediros que por favor os abstengáis de comentar el asunto en público hasta haber leído en su totalidad la versión de «El Post» que sigue. Esta era, al menos hasta hace poco, una comunidad pequeña y cohesionada. (Nos autodenominamos la *Botkin*…). Bastante cunde ya la desinformación; ojalá logremos poner coto a las teorías falsas. Hasta donde se sabe, la difusión de teorías falsas podría haber sido el propósito del bulo desde el principio.

He procurado mantenerme neutral, presentar los documentos y las interpretaciones relevantes, verificar los datos y mencionar las fuentes y minimizar el editorialismo a la hora de proporcionar el debido contexto (con la excepción del comentario del «Apéndice B»). A la dificultad de colacionar toda esta información, se añade el hecho de que muchas de las fuentes primarias hayan sido editadas o borradas y de que no tengamos modo de verificar las numerosas capturas de pantalla y páginas en caché que han sido aportadas por miembros de la comunidad.

Lo que sigue es la Versión 1 de El Post. Dicha versión ha sido considerada canónica por múltiples facciones de la comunidad de la *Botkin* en atención a su relativa coherencia y también porque fue una de las primeras versiones que generaron una discusión significativa (aunque, como es bien sabido, cabe la posibilidad de que existan más de mil millones de versiones). Todas las variantes conocidas están consignadas en el «Apéndice L».

EL POST - VERSIÓN 1

En serio que no sería capaz de describirte cómo es ser yo. Nunca he tenido la sensación de que mi nombre —que es Bee— realmente me pertenezca. Y mi apariencia es tan equívoca que ni me voy a molestar en detallarla. Especialmente mi rostro: una funda de piel, músculos, nervios y grasa que reviste un cráneo… y tiene cinco orificios oscuros (dos de ellos, asiáticos). El bizarro y hosco balde que alberga mi cerebro siempre me ha parecido el accidente más desgraciado.

Las primeras cosas que voy a decirte son las primeras cosas que todo el mundo pregunta… y las últimas que yo quiero que nadie sepa. Mis padres son de Tailandia y mi padre murió antes de que yo lo conociera. (Se suicidó). Nací a finales de la década de 1980 y me crie en un enclave católico irlandés de clase media del oeste de Massachusetts. Luego fui a la universidad y tuve un empleo en el sector tecnológico en la costa oeste antes de regresar al este. Según

ciertos parámetros, soy la persona con más presencia en internet del mundo. Pero absolutamente nunca has oído hablar de mí.

Ahora olvídate de todo eso. Voy a empezar hablándote de aquella vez que le vendí mi género a un crío llamado Sean por veintidós dólares. La cosa empezó —de manera indirecta— con mi madre: ella tiene bastante que ver con todos estos asuntos míos, si nos ponemos en plan de retrotraernos. Mi madre era un auténtico megabombón, con aquella permanente suya superfemenina y sus vaqueros *vintage* de cintura alta y llevando siempre encima la mitad de su peso en bisutería. En todas las fotos en que sale conmigo y con mi hermano Kant básicamente nos eclipsa: parece increíble que ambos naciéramos de semejante cisne… Debió de ser una decepción brutal cómo salimos Kant y yo: unas lúgubres piltrafas feúchas parduzcas y chatas. Cuando yo era bebé, ella me pellizcaba la nariz quince minutos todas las noches para que se me pusiera fuerte y estrecha. A continuación me dejaba en la cuna boca abajo, asumiendo el riesgo de la muerte súbita con tal de que no se me quedase la cabeza plana. Era, además —incluso desde estándares asiáticos—, una extremista del cuidado del cutis y, cuando íbamos a restaurantes, se negaba a sentarse cerca de luz solar ninguna. (Ni aunque fuese reflejada por una pared). Yo no podía salir a la calle sin una doble capa de protector solar de factor cincuenta, y ella en casa tenía siempre el rostro untado con alguna mierda: con baba de caracol, con pasta de carbón activado… o hasta con mierda de pájaro de verdad. Las comidas parecían concursos de anorexia consistentes en que ella daba sorbos a un café solo recalentado en el microondas y tomaba modosos bocados de arroz con cerdo desmechado mientras veía televisión satelital tailandesa…, y yo tenía que comer a todo trapo antes de que ella empezara a recogerlo todo al cabo de unos ocho minutos, arrebatándome el plato salvo que yo literalmente me aferrara a él. Para disuadirnos de andar picoteando entre horas, no compraba más que aquellas galletitas saladas brillantes de color naranja neón —con crema de cacahuete— que todo el mundo odiaba. El cuerpo y cuanto a él se refería había que

ocultarlo: teníamos que amortiguar las toses e interrumpir los estornudos en las fosas nasales. Con el objetivo de minimizar las arrugas, me entrenó para que, cuando me riera, frunciese los labios en una rígida forma como de agujero del culo (de modo que la risa saliera en plan «Uuu-hu-hu-hu»). Y yo pensaba, hasta que fui a la universidad, que cepillarse los labios era una medida normalísima de higiene dental. (La idea era, en realidad, mullirlos…). Mi madre también era costurera —se ganaba un dinero extra diseñando trajes para patinaje artístico—, y utilizó los retazos que le iban sobrando para hacer mi ropa hasta que llegué a la adolescencia. Eran los modelitos más exageradamente femeninos que quepa imaginar: el blusón de mangas abullonadas con el estampado de margaritas, el top de varias capas de volantes que más parecía una falda; vestiditos de verano con diademas de plástico a juego; camisetitas con mi nombre dibujado con cuentecillas y lentejuelas rosas en la parte delantera… Yo odiaba tener que estar ahí esperando el puto autobús escolar con semejante atuendo: me sentía como un personaje de una peli de miedo rollo *La criatura de la mercería.* No es que temiera perder por eso ninguna reputación. Cada vez que venían a visitarnos parientes de Bangkok, mi madre les hacía traernos, aprovechando el espacio libre de las maletas, un cargamento de pijamas de seda, elefantitos decorados con mosaico de espejo, elefantes tallados en madera en plan realista y estampados artísticos tailandeses tradicionales de mujeres con una teta fuera…, y luego a mí me hacía regalarles tales cosas a mis compañeros de clase con motivo de la festividad que fuese, asumiendo que aquello me granjearía amistades y consiguiendo, en cambio, que mis compañeros me apodaran la Niña Elefante. (Tenía, en efecto, un cuerpo un poco gordo, si bien el «Elefante» me molestaba menos que el «Niña»).

Cuando tenía ocho o nueve años, vi ese capítulo de *Los Simpson* en que Bart le vende su alma a Milhouse, quien a su vez la ofrece por cincuenta dólares. (El alma perdida se revalorizaba con el remordimiento…). Algo debió de activárseme dentro, viendo que,

con unas pocas palabras escritas en un pedazo de papel, podías mercantilizar cualquier abstracción. O sea, no es que lo pensara en esos términos. Sencillamente me dije: «¿Por qué no? ¿Quién dice que no pueda vender algo que yo nunca pedí?». Y, así, después de ir preguntando a todo el mundo y recibir en respuesta esa mirada de «Sí, claro. Lo que tú digas» que a partir de entonces se me iba a hacer tan familiar, encontré un comprador en Sean Pennell, un crío flacucho y rasposo que se llevaba todos los días al colegio —en seis archivadores codificados por colores— su colección completa de cartas *Magic: The Gathering,* y al cual por alguna razón le gustaba decirle a todo el mundo que alcanzaba a chupársela a sí mismo. Le ofrecí, en efecto, venderle mi género —dando a entender que este le permitiría hacer todo aquello que las niñas hacían, incluso entrar en los baños de niñas—, y él dijo que adelante. Escribí mi nombre en una hoja rayada de recambio doblada y me dio veintidós dólares en un fajo de billetes de un dólar y monedas, lo que aplicando el tipo de cambio de la infancia me convertía en una persona rica. Conque antes de enterarme de que el género era fluido, ya sabía que era líquido…

A medida que fue corriéndose la voz, sospecho que debió de mezclarse con la fuente inspiradora original, ya que los padres de algunos de mis compañeros empezaron a decir que había estado intentando vender mi alma. Según otros, andaba ofreciendo favores sexuales (lo que probablemente fuera un adorno ilusorio añadido a la historia por Sean). Tuve que sentarme en el despacho del vicedirector y explicar que yo ni siquiera creía en las almas —por más que mi madre creyera, como casi todos los tailandeses, en los fantasmas— y que, de todas formas, ¿Sean no era igual de responsable que yo, por haber comprado? Tuve que restituirle el dinero a Sean, pero luego conseguí que me lo devolviera amenazándolo con echarle una maldición (cosa que él creía que yo podía hacer por ser de Asia).

Un asunto extraño, eso de «ser de Tailandia»… Yo lo vivía como una especie de aura. Desde muy pronto noté que cuando le decía a

la gente de dónde era, ellos asentían y soltaban un sonido como de admiración —como si se acabaran de enterar de algo importantísimo sobre mi persona—, a pesar de que yo apenas recordaba haber estado en el país y no hablaba la lengua. Kant sí: fue su primer idioma… hasta que, con cinco o seis años, una zorra blanca de su clase se cabreó con él porque no la entendía y lo tiró, de un empujón, por la escalera de la puerta del colegio. Cosa que asustó muchísimo a mi madre y, desde entonces, nuestra casa pasó a ser anglófona cien por cien. De todas formas, a mí me parecía que lo de «ser de Tailandia» tenía que ver, más allá de la brecha del idioma, con que a mi madre le encantaran las galletas de mantequilla Royal Dansk y los Carpenters, y con que otras familias no usaran salsa Maggi —ni tuvieran una foto de un monarca bienamado en el salón—, y también con que a mi hermano y a mí nos trataran como a la mierda. No era mucho más que eso, en realidad. ¿Y sobre *eso* tenía yo que construir supuestamente mi persona? A veces me pregunto si no tendría que haber intentado vender también mi raza. Aunque dudo que entonces el mercado me hubiera seguido…

En cuanto a Kant, hicimos la secundaria y el bachillerato en el mismo instituto privado —un centro pequeño—, y fue duro tener vínculo con él. Era un cabeza de turco consumado, el típico megaempollón rarito de primera generación —impulsado a la excelencia por el miedo al castigo y por la falta de opciones—, esa clase de bestia de carga que no tiene amigos y no abre la boca, que recibe patadas en el culo por no abrir la boca… y sigue sin abrir la boca. Pero es que ni siquiera eran los abusones *top* los que lo maltrataban, sino los críos que evitaban que los maltratasen a ellos encontrando a otros críos más débiles a quienes maltratar. Prácticamente a diario volvía del colegio —mientras nuestra madre estaba en el trabajo— con la camisa manchada de sangre y con un par de botones menos, y se dirigía derecho a su cuarto para hacer deberes y masturbarse. Era un desviado de tomo y lomo (ya de niño): mi madre tenía que intervenir activamente para que no se atestara de ropa limpia caliente —recién salida de la secadora— la

parte de abajo del pijama, o bien para que no empezase a cascársela como un mono viendo *He-Man* o a follarse desaforadamente al sofá (cosa que él llamaba «hacer lo divertido»). Probablemente también le habrían hecho *bullying* aunque no hubiese sido un caso obvio de homosexual reprimido con el cerebro lleno, por añadidura, de lefa. En segundo de primaria —por poner un caso—, estuvo a punto de repetir curso porque, en clase de plástica, se negaba a tocar los crayones al óleo con las manos desnudas. ¿Cómo hay que estar de tarado para ser demasiado inmaduro como para pasar a *tercero de primaria*?

Más arduo todavía era tener vínculo con él en casa, porque él cumplía todas las expectativas de nuestra madre. Lo mimó muchísimo: estuvo dándole el pecho y cortándole la carne y limpiándole el culo hasta una edad disparatada, tipo hasta los *siete.* Y después siempre estaba llevándole bandejas de rodajas de plátano con tranchetes, enmarcándole las notas del colegio, etcétera. A menudo nos comparaba —el chico bueno frente a la marimacho—, a pesar de que, ya entonces, yo veía claramente lo que ella no iba a aceptar nunca: que sacar las mejores notas en siete asignaturas para alumnos avanzados era el modo que mi hermano tenía de intentar no desear pollones palpitantes. (Pensaba él que nadie iba a descubrir los disquetes que ocultaba, pegados con cinta adhesiva, en el hueco de la silla de su escritorio…).

Mucho después, estando él ya en el último curso, lo aceptaron en más universidades de la Ivy League que a ningún otro alumno del centro…, y todo el mundo le cogió manía porque esperaban que el alumno con las mejores notas fuese un tipo carismático, no un tontainas asiático mudo. Recuerdo, en la ceremonia de graduación, cómo llegó, desde el asiento que ocupaba en el escenario, hasta el atril arrastrando los pies —vestido con aquella banda honorífica granate de doble franja— y cómo pronunció, tartamudeando, un discurso de dos minutos que nadie pudo oír. (Siempre me pareció que mi hermano desprendía algo así como católico, con esa penitencia suya de rechinar los dientes… Que te sacudan patadas en

el culo continuamente católicos, de alguna forma te convierte, a ti también, en católico, digo yo…). Cuando terminó y volvió a su asiento, se hizo evidente que alguien le había colocado una chocolatina derretida en la silla y todo el mundo vio sus pantalones caqui llenos de lo que a todas luces semejaba mierda.

Y allí estaba yo, con mi banda sin franjas, pensando: «Yo no. Jamás». La trayectoria de Kant me dejó claro que, como no encajes, lo llevas crudo. Conque, para cuando llegué a los cursos superiores, ya había renunciado a cualquier clase de espíritu de sacrificio y había esbozado una estrategia para evitar acabar como él. Esto hasta cierto punto suponía no depender de nadie y ocultar —o deponer— cualquier vulnerabilidad visible, concretamente el género y la raza. A veces siento, ¿cómo decirte…?, como si aquí los críos asiáticos tuvieran tres estrategias de supervivencia posibles. (Parecido a cuando escoges un Pokémon inicial). Y la primera y más sencilla consiste simplemente en asimilarte, en aceptar una ciudadanía de segunda, a cambio de un raído manto de estatus (condicionado) de persona blanca; en avenirte a interpretar un papel como de «morenita», pero multiplicado por cuatro. Este es el plan que por defecto rige para individuos de clase media ascendente que tienen maneras de blancos y cuyos padres o bien fueron inmigrantes acomodados, o bien se abrieron paso hasta la clase media a base de tesón durante décadas; individuos que más o menos van tirando a base de chupar pollas blancas y trabajar en empleos mierderos hasta que el alma se les desgasta y se les queda reducida a un muñón; semanas de noventa horas durante veinte, treinta, cuarenta años… para llegar finalmente a la constatación de que «Joder, esto es horrible…»; nunca en el papel protagonista, siempre a la zaga y debiendo hacerse cargo de la mierda. Luego tiene, quien no quiera asimilarse, la vía de la apropiación; la de colarse, cual cangrejo ermitaño, en alguna cultura minoritaria con más aceptación, normalmente la negra; a veces, la gay o la conservadora. Y el resultado viene a ser más o menos el mismo que el de la asimilación, pero con la ventaja añadida de sentir una solidaridad…

que en realidad puede ser que no exista. Y la tercera opción es esa especie de *cosplay* —de jugar a disfrazarse con la tradición cultural de uno— que se expresa en consumir productos exportados de esa tradición: *ramen* y *roti, boba* y *bhangra, mochi* y *manga;* un autoorientalismo que, sin perjuicio de su sinceridad, lo único que hace es reforzar ideas de rasgos raciales intrínsecos, y a veces degenera en una falsa nostalgia reaccionaria. Rara vez son estas elecciones conscientes: vas dando tumbos de una a otra. Y, por si eso no fuera lo bastante lamentable, resulta que el paradigma asiático se basaba, todo él, en el Asia Oriental: aquí nadie sabe nada, si te fijas, del Sudeste Asiático (más allá de la comida, la guerra y el turismo sexual). Como que en este país hay más gente de Cincinnati que no tailandeses, y ni siquiera para estereotipos tenemos *quorum*…

Cuando tenía alrededor de doce o trece años, sin embargo, vi que había un cuarto Pokémon posible (más insólito): esa especie de alienación díscola —«Yo no soy de Asia: yo soy de *Marte*»— por cuya virtud, reivindicando ese privilegio del estatus minoritario propio del bufón, la persona queda por lo menos marginada porque ella quiere. Y vale que no le gustes a la gente, pero ¿quién quiere gustarle a una panda de gilipollas de los cojones? Siendo los 2000 y teniendo yo esa edad, ansiaba el *look,* los tatuajes, la delgadez, las camisetas de tirantes de la típica chica blanca pálida alternativa. Todas las noches en la cama me estrujaba y me rascaba, hacía todo tipo de mohínes y muecas, me frotaba la cara con la manta de gofre…, pero nada corregía aquel colágeno asiático redondeador. (Soy una de esas personas que tienen neotenia severa, pero el alma de un árbol milenario). En cuanto pude elegir mi ropa, fue todo lo gótica que permitía el Hot Topic de Holyoke Mall. Extraña cosa, ser gótico en la era del *grunge,* el *scene* y el *pop punk.* Era una sensación de responsabilidad abrumadora… Tenía los collares de cadena de bolas y los calcetines hasta las rodillas con franjas moradas y negras y los pintalabios del CVS; el maquillaje *pancake* ocultaba el acné. Mi atuendo gótico no era de corsetería: llevaba

camisetas enormes con mierdas tipo «NO TROPECÉIS CON MI COLA» O «¡REGOCIJAOS!, PUES LOS HEMOS LLENADO DE ESPANTO Y REPULSIÓN». Todo para que no me resumieran ni me encasillasen, para no ser más que diferencia.

No tardé en tener, por el magnetismo de mi vestuario completamente negro, dos amigos góticos, Ryan y Melanie, que se autodenominaban Hoja y Nada —*cf.* las novelas de Poppy Z. Brite—, y cuyos padres —blancos—, más ricos y permisivos que mi madre, les dejaban llevar los broches complicados y los pantalones de mil cremalleras. Pasábamos la mayor parte del tiempo rompiendo botellas, tendiendo trampas a pedófilos en chats de AOL y fumando cigarrillos Nat Sherman Fantasia en el *parking* del Friendly's. Ser góticos era una cuestión, básicamente, de transgresión y «purismo», digamos: la idea era proclamar a los cuatro vientos lo que quiera que marcase tu otredad y proteger sus fronteras; la manera, por ejemplo, en que Hoja y Nada hacían chistes sobre que ellos eran, respectivamente, un pelirrojo gordo y una bisexual siciliana. De ahí que yo sintiese que era un acto de inclusión el que me apodasen Tran —también por las novelas de Poppy Z. Brite— y me enviasen archivos MP3 de *Chinese Freestyle* —de Tai Mai Shu— y de *Got Rice* —de Azn Pride— y de *Yellow Fever* —de Bloodhound Gang—, para que interpretara esas canciones cuando ellos me lo pidieran. (Se trataba de protomemes de la era Napster; de ahí saldrían, más adelante, *Benny Lava, Tunak Tunak, «Yatta!…;* era algo así como el *Gangnam Style* de su época: la típica cosa que se vuelve viral porque permite a la gente blanca disfrutar de productos culturales asiáticos desde una distancia prudencial de burla; como cuando un tío hetero se viste de mujer «en plan de coña»). Todo lo cual…, pues bueno, no fue, ni de lejos, tan malo como lo que tuvo que soportar Kant. Lo que me molesta es lo alegremente que yo *transigía* con aquello, lo agradable que resultaba confundir la visibilidad con la dignidad, y la atención con la aceptación. No se me pasaban por la cabeza las implicaciones simbólicas de echarme, literalmente,

maquillaje blanco para encajar con ellos. (No se me pasaban por la cabeza y las tenía, de nuevo literalmente, *en la cara*…).

La actitud, el sistema de valores de lo gótico, sin duda me iba bien; pero la estética… Con Hoja y Nada escuchaba Tool, Muse, Korn, The Cure, Siouxsie, etcétera; pero si estaba a solas, a mi aire, entonces me dedicaba a escuchar…, en fin, Ben Folds Five o —madre mía— Phish… y ni más ni menos que la puta banda sonora de *Aladdín.* (Me encantaba *Smooth,* de Santana con Rob Thomas…). Yo ya sabía lo suficiente como para ocultar aquello, como para detestar el bochorno, el sonrojo que provoca tener un gusto de mierda. En realidad no creo que «diga» mucho de alguien el hecho de que prefiera este grupo de música o aquel; pero yo sabía que, desde el momento en que declaras que te gusta Ben Folds, pasas a ser, para los demás, «la típica persona a la que le gusta Ben Folds». Y estéticamente yo era alguien —no cabe evitar los términos— posturero y convencional, que son los dos anatemas de los góticos. Quien yo quería ser, aquello contra lo cual yo definía mi propia persona, lo que me gustaba, el modo en que me veían los demás, mi manera de comportarme: nada de todo eso concordaba…, y a mí me daba un miedo atroz que mis amigos se pudieran enterar. (Todo esto es premonitorio, por supuesto).

Volviendo adonde iba, el problema empezó cuando Hoja y Nada —que eran dos tontos del coño— me pidieron que les enseñara palabrotas tailandesas. Yo no conocía ninguna, conque le pedí a Kant que me tradujese al tailandés una serie de expresiones, nos echamos unas risas y yo les entregué con entusiasmo el resultado a Hoja y a Nada, quienes entonces empezaron a ir por el colegio diciendo *nom yai, gin kee, hee maa* en plena clase y riéndose —como los mierdas que eran— de la estupefacción de nuestros profesores. Entonces un día llaman a casa a mi madre del colegio y ella pone el aparato en manos libres para mantener una entrevista inesperada con la jefa de estudios. Esta informó a mi madre de que, según los padres de Ryan y Melanie, yo había estado propagando ciertas expresiones tailandesas que andaban calando entre los

alumnos y que si por favor le podía traducir mi madre a ella tales expresiones. Tuve que sentarme allí oyendo a mi madre traducir *joo men* y *chee sai pak* y *mung bpen AIDS* mientras arrugaba el morro con un gesto de *pitbull* que a mí no me habría permitido poner nunca. La jefa de estudios le dijo a mi madre que aquello no podía ser, y que en el futuro yo tendría que abstenerme de hablar tailandés en el colegio, ya que el cuerpo docente no podía permitirse andar verificando cada expresión. Añadió la jefa de estudios que, siendo yo el único alumno asiático del colegio aparte de Kant, era especialmente importante que no transmitiera al resto de los alumnos una idea equivocada de las encantadoras costumbres y la célebre hospitalidad de Tailandia, donde ella había estado de luna de miel.

En cuanto colgó, supe que todo había terminado con Hoja y Nada. Me irritaban, más todavía que el hecho de que me hubiesen cargado a mí el muerto de su estúpida coña, estas dos constataciones: (1) que hacer uso de mi licencia étnica fue probablemente el principal motivo por el que se hicieron amigos míos, y (2) que se achantaron ante la autoridad. ¡Sí que les importaba! ¡Postureros! ¡Felones! Hoja, de hecho, transicionó a *skater,* con lo que mejoró muchísimo su estatus. (Con el pelo rojo fino que tenía, el tinte negro le hacía parecer medio calvo…). Naturalmente, cuando el asunto trascendió, en el colegio empezaron a usar esas mismas palabras tailandesas contra mí. (Y, lo que era aún peor, contra Kant). En cuanto a mi madre, para ella el problema no era —cosa bastante rara— que yo me hubiese reído zafiamente de mi propia tradición cultural, sino que todo aquello era impropio de una señorita y la hacía parecer a ella una mala madre, lo cual me hizo sentir cierta culpa… hasta que me dijo que me castigaría durante dos meses.

Hice explícito mi descontento. Como el gótico asiático tiene la desventaja de que se le niega el acto de teñirse el pelo de negro —en la medida en que él lo tiene negro ya—, sucumbí al desatinado impulso de afeitarme la cabeza con la cuchilla Venus de mi madre.

Ella se puso en modo Supersaiyajin y amplió mi castigo a un año: sin televisión ni videojuegos y para colmo debía llevar, hasta que volviera a crecerme el pelo, una peluca sintética barata que me hacía parecer un Buzzy Beetle.

No teniendo compromisos sociales que desatender, aquello del castigo me daba igual: normalmente, lo único que hacía era leer libros y LiveJournal y Xanga. (Y el ordenador lo podía seguir usando con la excusa de los deberes…). Ya desde la infancia mantenía una relación simbiótica con nuestro Apple IIGS —el parpadeo inicial del monitor TRC al encenderse con su color azul regio, el amortiguado arranque como de ametralladora de la disquetera—, pero, cuando dimos por fin el salto a un Dell y a la conexión a internet por línea telefónica conmutada —con lo cual surgió la posibilidad de no ser nadie en concreto, de ser un ente incorpóreo; quiero decir, un ente hecho de pura gramática, de puro discurso sin el engaño de la carne—, entonces ya no tuve ningún motivo para salir de casa. Hui a canales de mIRC y a Usenet, a entornos de juegos de rol multijugador —basados en texto— MOO y MUCK y MUD, a rec.arts.anime.misc, a alt.binaries.pictures.erotica.anime…, aventurándome, desde allí, en el territorio comanche virgen de las redes «entre iguales». Cuando no estaba descargándome interfaces gráficas para el Winamp y archivos .rar —en treinta y ocho partes— con subtítulos para *La Blue Girl* preparados por fans, pasaba un montón de tiempo con Kant en nuestro sótano —que teníamos a medio terminar— escuchando Blind Guardian y Bal-Sagoth mientras lo miraba jugar al *StarCraft* y al *EverQuest.* Aquella fue mi introducción a los videojuegos (aunque a mí, a diferencia de mi hermano, lo que me interesaba no era tanto jugar a los videojuegos en sí, sino jugar a ser gente que jugaba y buscarles, a los videojuegos, las vueltas). Nos metíamos en un foro llamado SCBackstab.net, una comunidad que servía para pegársela a tus propios compañeros de equipo del *StarCraft* y colgar capturas de pantalla de las caras que ponían cuando tus zergueznos se empezaban a tragar a sus pilones. Me encantaba poder llevar a un

desconocido, sin que absolutamente nada del mundo real estuviera en juego, al límite de enfado máximo en diez minutos. (Más premonición…).

También aquí veía el potencial lucrativo, intuyendo desde muy pronto que, cuanto el dinero toca abre una nueva perspectiva de explotación. Cuando hubo terminado mi año de castigo, me hice mi propia cuenta en el *EverQuest,* donde entablaba amistad con otros jugadores… y luego les robaba el botín. (Sin entrar en demasiados detalles, los jugadores no tenían ningún modo oficial de intercambiar artículos dentro del juego, conque había que dejarlos en el suelo y, con la práctica, era sencillo «ninjear» un Socavador de Voluntades o una Diadema de las Sombras para venderlos a través de plataformas digitales). Para cuando los desarrolladores del juego se pisparon, yo ya había sacado unos doce mil dólares. Convencí a mi madre para que me abriese una cuenta bancaria y le dije que estaba vendiendo «mascotas virtuales». A continuación le empecé a explicar la microeconomía de tales mascotas hasta que se saturó. (Digamos que entró en modo «pantalla azul»…). Le gustaba que me importase el dinero y que me estuviera sin hacer nada todo el día en aquel sótano, porque eso quería decir que no estaba vendiendo drogas o identidades de género. Pero yo con mi nueva tarjeta de débito seguía haciendo transacciones…, y las más lucrativas consistían en revender dominios porno. Un escandinavo me escribió un correo con una oferta para comprar mommythroats.com y teenfuck.com por quince mil dólares (una ganga). Para cuando me gradué, ya le había sacado al módem sus buenos treinta y cinco mil dólares, aunque la mayoría me lo gasté en hierba, en cedés de vídeo de anime y en un Toyota Camry del 96 de segunda mano.

Mi pobre madre… me hizo ir unas cuantas veces a un psiquiatra especializado en adolescentes, y lo único que consiguió fue un diagnóstico de trastorno negativista desafiante y TDAH y un volante para que me hicieran pruebas de autismo. Nada de lo cual quitó a mi madre su opinión fundamental de que el origen de mis problemas era un déficit de feminidad. Y, de algún modo, andaba en lo cierto:

yo entonces no me había enterado aún de que en realidad sí que tenía un desequilibrio hormonal que se traducía en ovarios poliquísticos y en un espantoso acné cuyas protuberancias, lobuladas cual coliflor, me brotaban por la zona en te del rostro —y por los pómulos— tan dolorosamente llenas que a veces estallaban cuando sonreía. (De hecho, aquella técnica que me enseñó mi madre de poner la boca como de agujero del culo era el modo menos doloroso de sonreír). Y, así, las tribulaciones proseguían tras la cena, cuando mi madre me hacía poner la cabeza en su regazo y veíamos noticias sobre Valerie Plame y la toma de refinerías de petróleo mientras ella me hacía pedazos la cara con un extractor de espinillas y chorros de pus salpicaban sus gafas de leer. Terminó encargando un artilugio de vacío —con pinta como de amplificador de guitarra— que tenía un tubo de plástico enrollado con una suerte de probóscide de cristal en su extremo y estaba específicamente diseñado para perforar y drenar las protuberancias del acné. El pus amarillo-rojo subía a toda velocidad por el tubo hasta la máquina, que nunca vi a mi madre vaciar.

Sin amigos. Con un montón de pasta. Con erupciones. Con costras. Con unas notas increíbles y esfuerzo cero. Eso fue para mí el instituto. La redacción con que acompañé las solicitudes para entrar en universidades era un cúmulo de mentiras, a saber: que me había dedicado al patinaje artístico hasta el punto de optar a las olimpiadas, pero, después de un desgarro en el ligamento cruzado anterior, descubrí mi pasión genuina por la xilografía *ukiyo-e.* Me admitieron en todas.

* * *

Aparecí en la universidad —en la costa oeste— cual *katamari* de rabia, con mis camisas de franela enormes y mi pintalabios morado del CVS. Aunque mi piel y mi alma seguían lívidas, mi cuerpo había adquirido unas esbeltas proporciones que la gente encontraba, supongo, agradables. Para los demás era una asiática con granos,

pero menudita —más o menos un veinte por ciento *jolie* y un ochenta por ciento *laide*—, con estética *dance punk;* mi cabeza rapada había evolucionado a un corte *pixie* muy conforme a la moda. Yo había hecho una solicitud especial, a través de la Oficina de Alojamiento Estudiantil, para vivir en la residencia universitaria autogestionada, donde había buena disposición para los temas *queer,* vegetariano y cannábico y la gente estaba, en general…, pues bien dispuesta: una de esas casas donde sabes que todo quisqui anda con el vello púbico absolutamente al viento. Pensé que allí, donde no sería la única criatura asiática —ni, lo que es más importante, la única criatura bizarra y molesta—, podría encontrar a la poca gente molona que terminaría en una universidad de élite. Aquel fue mi primer verdadero intento de hacer amigos como una persona normal, sin tener que lidiar con Kant ni con mi madre.

Me entusiasmó, durante la visita guiada a la casa que nos hicieron a los alumnos nuevos, enterarme de los cuadrantes de tareas domésticas y del recipiente para restos orgánicos que siempre había en la encimera y de la pizarra blanca con listas de la compra; de la máquina de lavado a presión y del lavavajillas industrial Hobart; de las fiestas de temporada con vino y *dips* veganos. Nos enteramos de la política de «carne en tránsito» vigente de la casa, por cuya virtud quedaba prohibido que ninguna carne de propiedad privada se depositara en ninguna zona común, ni entrara en contacto con utensilio de cocina alguno (debiendo ser, dicha carne, sellada y activamente transportada hasta hallar acomodo ora en la habitación de uno, ora fuera del recinto).

Lo de la «carne en tránsito» había surgido, supe luego, de una de las «reuniones de consenso» que en aquella casa se celebraban —y duraban varias horas— para marcar tal clase de políticas: unas asambleas supuestamente igualitarias y comunales…, pero donde al final se llevaba el gato al agua la machaconería. La primera de aquellas reuniones marcaría el tenor de mis años universitarios: cuarenta alumnos sentados en el suelo con las piernas cruzadas como niños, o bien repanchingados en los tres sillones papasán

(¿qué tienen los alumnos universitarios con los sillones papasán?; es como los gatos con las cajas de zapatos…); atuendos —no irónicos— que combinaban prendas teñidas con *tie-dye* y artículos de *merchandising* de la universidad; todos los chicos con pantalones cortos; el olor a choto del desodorante fabricado sin maltrato de animales. Le encargade de la casa, une alumne judíe talludite con rastas llamade Cory —artífice de aquello de la «carne en tránsito»; une de eses ortoréxiques tiquismiquis—, nos instó a formar un corro e ir presentándonos a nosotres mismes con alguna «opinión impopular» que *no* tuviera que ver ni con la raza, ni con el género, ni con la religión, ni con la orientación sexual; una práctica cuyo objetivo era —nos aseguró— sencillamente que todes fuésemos acostumbrándonos a las diferencias y a la confrontación. Cuando era tu turno para hablar, tenías en la mano una tortuga de peluche Beanie Baby mugrienta.

El primero que tuvo la tortuga en la mano fue un tío blanco de tercero que había tenido la voz afeminada cuando crecía, y había salido del armario como heterosexual ante sus padres. Su opinión era que habría que animar a todo el mundo —no solo a las personas *queer*— a salir del armario con independencia de su sexualidad. Después le tocó a un ingeniero químico costarricense de segundo —latino blanco— que dijo que el 11-S no era algo *bueno,* necesariamente, pero acaso sí una oportunidad de que la población estadounidense calibrara las consecuencias de intervenir en otros países. (Era una de esas opiniones «impopulares»… que de impopulares tenían poco con tal público). A continuación habló Craig, el tutor de salud sexual: un estudiante de posgrado —mucho mayor— que tenía una mosca bajo el labio que diríase una pista de aterrizaje para su boca. Dijo que él no aprobaba la música rap que entonces se hacía, porque a él le daba igual cuál fuese tu cultura de origen: *ningún hombre* tenía derecho a llamar a las mujeres «putas» y «guarras». ¿Hace falta que diga que el tipo era blanco?

Yo sentía, con cada nueva intervención, que mi contestatario interno iba estirando los isquiotibiales y dando vueltas también a los

manguitos rotadores. Cuando por fin me tocó, dije cómo me llamaba y de qué estado era. (Como un prisionero de guerra dando el rango y el número identificativo). Así contesto cuando intenta secuenciarme el genoma gente blanca: «Soy de Nueva Inglaterra. Soy de Massachusetts. Del *oeste* de Massachusetts, en realidad». Me gusta decir eso porque es lo mismo que decir: «No soy de ningún sitio». A lo que el típico idiota responde —como todo el mundo sabe —: «Pero ¿de dónde eres originariamente? ¿De dónde son tus padres? ¿Cuál es tu tradición cultural?». Allí fueron más ladinos. «Tu apellido», dijo Craig, «me parece una preciosidad. ¿Qué tipo de apellido es?».

«Pues es un apellido largo», dije yo. (Carcajada de compromiso).

Cuando vio que no iba a continuar, siguió indagando: me preguntó qué grados me planteaba elegir, que qué tal iba familiarizándome con el campus…, hasta que llegó a la pregunta de cómo me identificaba en términos de género.

Yo dije: «En realidad no me identifico como nada».

«Entonces eres una persona "no binaria"…», dijo Craig.

Yo dije que yo no me aplicaba tal calificativo, y que preferiría que tampoco me lo aplicase él. (Se le vio molesto). Cory dijo que a lo mejor prefería el apelativo «no conforme con el género», categoría que yo igualmente rechacé. Entonces todo el mundo… como que se enderezó. (Incluso en los sillones papasán). La sala se estaba preparando para una productiva discusión en la que habían de extraerse, de mi persona, importantes verdades políticas. Yo dije que simplemente no quería aplicarme ningún calificativo; ni siquiera mi nombre me entusiasma.

«La cosa es», dijo Craig —en cuya mano yo no veía que hubiese tortuga alguna—, «que entonces a les demás les resulta complicado saber cómo tratarte de manera respetuosa. Y esa es nuestra máxima prioridad…».

Yo dije que era extraño respetar cómo se identificaba la gente, pero no la negativa a identificarse.

Craig dijo: «No, no. Yo eso lo respeto absolutamente. Es solo que me pregunto…, o sea: ¿no es esa la definición *objetiva* de "no conforme con el género" o "sin etiqueta"? Me refiero a que igual es básicamente una cuestión semántica…».

Yo le pregunté que qué le hacía pensar que la semántica no fuera importante.

«Por supuesto que lo es», dijo Craig. «Y aquí nadie está diciendo —para que no quepa duda posible— que tu opinión no valga. Y también quiero reconocer que soy cien por cien consciente de que, como grupo blanco cisgénero mayoritario, queremos dejar claro que esto no va de silenciarte de ningún modo. Se trata, antes bien, de estructurar el diálogo para escuchar, de manera equitativa, lo que cada persona tenga que decir (minimizando el daño)».

Lo dijo con esos guantes de seda primorosos que los progresistas blancos siempre emplean cuando quieren hacer que tu enfado se antoje irrazonable; con esa jerigonza azorada de la que echan mano para insistir en cuán al tanto están *ellos* de que tú existes, con esa mueca como de estar aguantándose un pedo que se les pone cuando sienten que sus buenas intenciones no tendrán recompensa. Para mí ya estaba claro qué querían. Querían que yo, la persona menos representada de aquella casa, los representase a ellos, tomara el testigo, esgrimiese las opiniones correctas, les diera algo que celebrar… Y yo no iba a hacer eso. Yo dije: «¿Y a quién exactamente estoy haciendo daño?».

Craig levantó las manos como si estuviera atracándolo. «Mira, yo solo intento averiguar cómo te gustaría que nos refiramos a ti…».

«¿Por qué no probáis con mi nombre?».

«A ver, sí… Pero ya sabes que…, pues que no siempre podemos usar nombres propios».

«Entonces, lo que yo creo que igual está queriendo decir Bee», dijo Cory, «es que todes estamos de acuerdo en que todas las categorías son válidas y útiles, pero simplemente discrepamos en quién puede hablar en nombre de quién. ¿Más o menos a eso te refieres?».

«En realidad no», dije yo. Ella me preguntó si podía explicarme un poco y yo dije: «No». Intentó esconder un suspiro dándolo muy despacio por la nariz…, pero algún cuerpo extraño que tenía en las fosas nasales lo convirtió en resuello. «Esta casa solamente funciona si llegamos a acuerdos a través del diálogo, y eso es un proceso que requiere cierta buena fe, ¿vale? O sea, como que siento que, si todo el mundo está haciendo un esfuerzo por ser paciente y comprensive, pues igual tú podrías corresponderles un poco…».

Si hay una cosa que odio en este mundo mentecato es la coacción emocional: que me insinúen, con tierna preocupación, que mi manera de ver las cosas es irrazonable —y que, si me validan lo suficiente, terminaré conviniendo con ellos a modo de retribución—, y también que los sentimientos mismos siempre deben disciplinarse para que vayan en línea con los escrúpulos pactados. Amoldarse en aras del acuerdo. Pero resulta que debo ser yo siempre quien termina amoldándose…

Entonces pasó algo interesante (o no tanto). La otra persona del Sudeste Asiático que había en aquella casa —una chica que llevaba una sudadera con capucha sin mangas, se llamaba Binh y tenía el flequillo recto y una molécula de oxitocina tatuada en el bíceps—, se inclinó hacia delante y dijo: «Yo creo que podría resultar útil establecer un paralelismo con la raza. Tu familia es de Asia… y a ti te tratan como a una persona asiática. De modo que tú te identificas como tal, ¿cierto?».

«No», dije yo.

Binh se mantuvo imperturbable. «¿Cómo si no?».

«No veo por qué iba a adoptar los mismos términos que la gente que utiliza eso contra mí».

«¿Por qué dejarles que te dicten qué términos utilizar? Yo, por mi parte, no me siento oprimida o excluida calificándome a mí misma de lo que soy: una fémina heterosexual estadounidense-vietnamita de primera generación. Son factores que inciden en la forma en la que se percibe y se trata a cada quien, nos guste o no. Como que a mí, por poner un caso, me tocaría las narices si la gente no

reconociera de qué modo el hecho de crecer en una familia de refugiados influyó en las oportunidades y en la cultura a las que tuve acceso. Y yo, por mi parte, tengo suerte. Pero la mayoría de los grupos subalternos no tienen ninguna plataforma desde la que hablar en nombre propio, y eso permite a otras personas de tu comunidad representarte».

Las cabezas subían y bajaban. La gente dijo: «Mmm» con la expresión «familia de refugiados». (Como si aquella chica les hubiera dado un guiso delicioso que probar).

«Eso es cierto», dijo Craig. «Y es algo que tiene un valor y una importancia enormes. (Gracias, Binh). Por más que las etiquetas sean una herramienta imperfecta, las personas marginadas dependen de ellas para sobrevivir y empoderarse como grupo. Sin solidaridad es imposible combatir el patriarcado supremacista blanco».

Podría yo quizás haber tenido —con Binh— un bonito aparte sobre la externalización de un asco hacia la propia persona que viene dado por la opresión internalizada; también sobre cómo puede disfrazarse de solidaridad la asimilación: sobre cómo eso nos volvía especialmente vulnerables frente a la gente blanca, que adoraba sentir que dependían de ella. (Alguien te dice que quiere ayudar y que entiende tu alienación… y tú le ofreces tu gratitud hasta que entiendes que la solidaridad de esa persona es producto únicamente de la imagen que ella tiene de sí misma —o sea, que aquí la clave en absoluto es ni tu bienestar ni tu dignidad—, y que esa persona se deshará de tan aparatoso lastre en el momento mismo en que detecte ingratitud, tan pronto como se te ocurra eclipsarle el protagonismo). Sobre cómo no hay nada especial en lo que quieren de ti: solamente una licencia. Y una licencia puede siempre falsificarse…

Conque dije: «De acuerdo. Pero ¿qué pasa si a mí me da igual limitar mi alcance? ¿Y si yo no lo valoro tanto como para dejar que otros me representen? No tiene sentido meter en el mismo saco —por ejemplo— a un refugiado vietnamita, a un hijo adoptivo

coreano, a un ingeniero de Delhi que viene a los Estados Unidos a ejercer su profesión con un visado H-1B y a un operario textil camboyano indocumentado. Como que a mí me da *igual* si tanto tus padres como los míos nos hicieron aprender piano; o si en ambas casas nos quitábamos los zapatos al entrar o en ambas se tomaban escamas de espino. No me parece que esos hechos sean, en absoluto, decisivos sobre mí. Y desde luego no son los que yo destacaría».

Un muchacho de un sillón papasán se había quedado dormido. Otro se levantó y se fue. Otros parecían embelesados, como si estuvieran viendo a una serpiente devorar a un perro.

«Nadie está diciendo que queramos aplanarnos, reducirnos a nuestras experiencias compartidas», dijo Binh. «Y tú tampoco piensas *de verdad* que yo quiera decir eso. Sabes perfectamente que tienes una serie de cosas en común con otras personas asiáticas —y otras cosas solo con otras personas tailandesas específicamente— y que en otros sentidos eres una persona única. Volviendo a lo binario, es como que entre el cero y el uno hay infinitos números. En cualquier categoría hay infinitas clases de personas».

Yo repuse: «Pues yo no quiero ser 0,01. ¿Qué pasa si quiero ser un billón, un número imaginario? Si la identidad es un denominador común, ¿qué pasa si yo quiero dividir entre cero?».

Fue un error táctico ampliar la metáfora matemática: me hizo parecer una persona insufrible y colérica. Ese es uno de los motivos por los que nunca me han considerado testigo atendible de mi propia vida. Voy a los extremos porque asumo —a menudo con razón— que es la única forma de que la gente haga caso, pero luego me achacan histerismo o engreimiento…, o bien resulta que estoy pecando de insinceridad; o de respondonería; o bien estoy jugando no sé qué baza o intentando epatar a cualquier precio. («Tú eso en realidad no lo *piensas*. ¿Verdad que no?»). Cuanta más gente quiere encaminarme con su paternalismo hacia la rectitud, más voy yo siempre en dirección opuesta.

Binh, recomponiéndose, se pasó la mano por la frente para apartarse el flequillo y nadie pudo dejar de advertir el hecho de que su cara era perfecta: sin mácula, vulpina. Yo ahora veía el campo de batalla con más claridad. Verse ante las opiniones contrapuestas de dos personas del Sudeste Asiático con trayectorias pasadas más o menos iguales —que no igualmente difíciles— daba a las personas blancas que allí había la posibilidad de condenarme a mí sin que pareciera que lo hacían por mi raza. Habían de alinearse, en efecto, con la persona que más simpática de las dos les resultara, con la que no les exigiese reorganizar sus opiniones, sino que les permitiera reconocer la injusticia sin menoscabo de su poder. Aparte, claro, de que Binh estaba buenísima. ¿Cómo iba a representarme a mí? Yo ni siquiera le caía bien…

«Vale, estupendo. Pongamos que entro al trapo», dije. «¿Cuántas personas estadounidense-tailandesas no binarias hay? No tantas como para poder generalizar. Hacerlo tendría un efecto más aislador que conectivo».

«Es una forma de encontrar un terreno común *a través* de la diferencia, siguiendo ejes identitarios individuales», dijo Binh. «Todo lo que compartes con otras personas asiáticas te conecta con ellas. Especialmente contra la opresión que afecta a todas las personas asiáticas».

Craig aplaudió haciendo castañetas.

«Partes de la base de que estar conectada a otras personas asiáticas es mi máxima prioridad», dije yo.

«Claro. Ya veo. Tú *no eres como las demás personas asiáticas».*

«Ninguna persona asiática es como las demás personas asiáticas. Eso es lo único que estoy tratando de decir, joder».

Binh arrugó la nariz: «Personalmente no veo qué problema hay en que una persona se califique a sí misma de "asiática" si es literalmente asiática, si sus padres son *literalmente* de Asia».

«Yo he estado en Asia dos veces. No conozco el idioma, ni la historia, ni la cultura. Tú estás hablando simplemente de mi haplogrupo genético (a la manera de un científico racial). Y a mí se

me escapa qué tiene de *bueno* construir tu individualidad en torno a la opresión», dije yo.

«Pues oye, enhorabuena por poder elegir. Afortunada tú. Ojalá mi familia de refugiados pudiera decir lo mismo. En serio».

Me había puesto en un auténtico brete, con todo lo que ese «familia de refugiados» daba a entender. Daba a entender… pero no decía, sino que contaba con que el oyente hiciera sus propias conjeturas sobre qué estatus socioeconómico tendría ella antes y después de inmigrar, sobre qué miembros de su familia directa eran refugiados —y sobre si ella misma lo era—, sobre a qué comunidad y a qué recursos tuvieron acceso una vez llegaron a los Estados Unidos, sobre las ramificaciones de aquel hecho en los resultados de la vida de ella. Y tampoco es que supiera nada de mi familia, aquella Binh. Conque el modo estándar de romperle la cintura habría sido ofrendar mi propio trauma (directo o heredado), la afligida crónica completa de la inmigración de mis padres y de las fatigas rollo Oliver Twist que soportaron y me transmitieron a mí. En serio que tengo la historia generacional lacrimógena con que dejarlos a todos de piedra. Pero ese era el juego de Binh: «Aduzco las vísceras de mi familia como argumento de la validez de mis reivindicaciones». Yo no pienso incurrir jamás en eso. Tampoco aquí. Me da igual si parece que estoy escondiendo algo.

«Da la impresión de que estás diciendo que estaría de acuerdo contigo si sufriera más opresión», dije.

«Lo que estoy diciendo es que eso explica por qué no sientes que necesites la protección de una identidad legitimada».

(«Protección»: eso dicen los extorsionadores).

«Dime una cosa: ¿te parecería bien que alguien te dirigiera un insulto racial?».

Lo fastidioso de estar en desacuerdo con progresistas es que tienden a asumir que tú estás o a la derecha de ellos o mal informado y urgentemente necesitado de instrucción. Yo habría podido señalar que quería lo mismo que ella: autodefinición. Pero no me interesaba tender puentes y estrujé, en mis manos húmedas, la

tortuga de peluche Beanie Baby deseando encontrar una falla en el código y atravesar el suelo. Dije: «Por supuesto que no. Eso sería racista».

Binh asintió en plan: «¿Yyyyyyy?».

«Y lo que estoy tratando de decir es que no quiero que me racialicen», dije. «De ahí que no me vayan las taxonomías que crea el racismo».

«Las personas no *queremos* ser. Estamos *obligadas* a ser».

«No estamos obligadas a hacernos eso *a nosotras mismas».*

«Cuando sales al mundo, te perciben y te tratan como a una persona asiática. Y actuar de otra manera es —lo siento mucho— o bien ilusorio, o bien ingenuo. ¿Te soy sincera? Para mí que has caído en esa fantasía de "obviar la raza". Es eso… o pura retórica derechista».

Aquello pretendía ser un golpe mortal. Yo dije: «Eso de "obviar la raza" no es real y yo no soy de derechas».

«¿Ah, sí? Entonces, ¿qué eres?».

Buen intento.

Llegados a ese punto, hizo oír su voz la única persona conservadora que había en aquella residencia autogestionada: un cretino que tenía una frente gigantesca —y una sonrisilla sabionda defensiva en los labios siempre— y que una vez escribió un artículo de opinión afirmando que vegetarianismo es igual a genocidio porque la mayoría del ganado no se criaría si no existiera la perspectiva de comérselo. «Ya estamos otra vez. Aquí siempre le pasa lo mismo a quien se quiera desviar del pensamiento grupal izquierdista. ¿Por qué debatir, pudiendo silenciar al otro y punto? Hay quien quiere mirar más allá de la raza y del género. ¿Por qué no la dejáis ser ella misma?».

«Tú mejor no empieces a tocar los cojones», le dije yo.

Intervino entonces Cory, llamando nuestra atención con palmadas: «A ver, amigues… Holaaaa… ¡Hola! Creo que vamos a tener que postergar este asunto. De momento, Bee, ¿nos dices por

favor cómo debemos referirnos a ti? ¿Te parece que usemos el término "sin etiqueta", para facilitar las cosas?».

Yo dije que no me estaban escuchando, que todas las categorías son excesivamente simples. «Hasta el "sin etiqueta" es una etiqueta. Eso es lo que intento decir. Y claro que entiendo por qué las etiquetas importan. Ya sé que las terminologías y las banderas y los eslóganes son herramientas pedagógicas y puntos de encuentro útiles, y que sienta bien conocer a otra persona que probablemente haya tenido tus mismas experiencias. Y también que, sin la voluntad política colectiva de las clases —una voluntad que definen las luchas compartidas—, es imposible conseguir que nos proteja la ley. (Como tampoco organizarse, ni negociar, ni todas esas mierdas tan buenas). Y que además el individualismo es un mito que quiere hacer pasar el desposeimiento, la atomización social y las fantasías de autosuficiencia por libertad. La cuestión es que construir solidaridad no está sirviendo de un carajo, cuando resulta que lo único que oyes al respecto es el estancamiento de las luchas internas. De maravilla se ha estado combatiendo el patriarcado blanco, cuando hete aquí que ha sido el pánico frente a la corrección política la propaganda más eficaz de la derecha *contra* la izquierda en cada reedición de las guerras culturales, ese eterno espantajo que amalgama *jazz, hippies,* comeflores, rúcula, Toyotas Prius y café con leche de soja… y que es eficaz justamente porque martillea, más dentro todavía, unas cuñas que fue el propio movimiento identitario quien las colocó ahí. (La señora que acuñó el concepto de *interseccionalidad* básicamente ya planteaba esto). Y aquí, bien mirado, ¿quién está combatiendo qué, cuando la mayoría tenemos unos padres que están pagando cada año cantidades de seis cifras para que asistamos a una universidad privada y con ánimo de lucro fundada por magnates del ferrocarril y por eugenistas homicidas —dejémonos de ambages: yo fui a Stanford—, lo cual probablemente hagamos por creer que las conexiones sociales y el valor de marca nos darán una ventaja en ese mismo sistema corrupto por el que tan preocupados se os ve? Voy a dejar claro que

lo entiendo, joder; pero en el caso *específico* mío, en mis propios asuntos humanos…, pues fíjate que yo no quiero formar parte de eso. Me opongo no solo a que me obliguen a definir mi raza y género, sino absolutamente a cualquier categorización. Conque no pienso rellenar la fichita esta vuestra para imbéciles —de rasgos y virtudes y manías— que más parece la de un personaje de *Dragones y mazmorras».* Y entonces todos me vitoreaban y en mi honor se erigía un monumento.

Tururú. Lo que finalmente dije fue: «Mejor no os refiráis a mí de ningún modo».

Cory hinchó las mejillas y soltó una exhalación purificadora. «De acuerdo, si eso es lo que quieres. ¿Seguimos, entonces?».

Binh dijo: «Bueno, supongo que ya sabemos cuál es la opinión impopular de Bee…». Provocó una carcajada general y, francamente, tuvo gracia.

Pero no habíamos terminado aún. Ahora se suponía que debíamos repartir las habitaciones para aquel año, poniendo en común nuestros horarios de sueño y estudio para establecer compatibilidades. Como yo ya me había ganado el recelo de todos, pedí una de las dos (codiciadas) habitaciones individuales. Cory intentó decirme que no era justo que un alumno de primero reclamara un cuarto individual porque otros tenían preferencia por llevar más años: que ella misma, como alumna de quinto, habría tenido derecho a una de esas dos habitaciones, pero se la había ofrecido a otra persona que tenía un trastorno del sueño (en un espíritu de «A cada quien, según sus necesidades»). Yo empecé con trucos dilatorios, sabiendo que aquellas reuniones no podían alargarse hasta que todos quedaran satisfechos. No di ningún motivo; me limité a repetir una y otra vez: «Quiero una individual», «Quiero una individual», «Quiero una individual». La gente empezó a hacer ese como gorjeo uvular de disgusto y empezó a pirarse… hasta que nos quedamos por fin solos yo y los encargados de la casa. «Esto no es espíritu comunitario», dijo Cory. Yo repuse: «Quiero una individual».

La cosa quedó como sigue. En la segunda planta había un picadero —un diminuto cubículo con forma de ele, provisto de un colchón y al cual la gente tenía que llevar sus propias sábanas— que ofrecía un lugar íntimo para encuentros sexuales, sin compañeros de habitación de por medio. Se dispuso que aquel habitáculo se transformara en cuarto individual por mi causa, lo que significaba que yo iba a joder, en efecto, el fornicio a la casa entera. En represalia —interpreto yo—, la gente empezó a mantener relaciones sexuales en la habitación contigua a la mía, por lo que yo cada noche oía cómo encipotaban ora a este corresidente, ora a aquel. Me obligué a que me diera igual.

Durante el resto del año —incluso cuando todos dejaron ya de estar furiosos por lo del picadero—, existir entre ellos fue una lucha por sustraerse a la vorágine absorbente de debate sin fin, de floridas tomas de posición durante las cenas. Que si teníamos que interrumpir o no la suscripción de la casa a *The Atlantic* tras su apoyo a la invasión de Irak, que si ser *queer* comportaba abyección necesariamente o no, que si los hombres asiáticos podían ser fetichistas de lo asiático, que si habría que considerar discapacidades los trastornos de la personalidad, que si la belleza era o no era un privilegio… (Si aquellas conversaciones suenan hoy sospechosamente actuales, te aseguro que los 2000 del Área de la Bahía de San Francisco fueron el banco de pruebas para mucha de toda esa mandanga. Y en cualquier caso, satirizar a estudiantes de grado se asemeja a calcar una caricatura. Lo único que intento decir es que no estoy desfigurando una mierda).

Una vez aceptado que Stanford era un club de campo más y que en la residencia autogestionada vivía una panda de zoquetes amantes de las reglas —igual que en el resto del campus—, me entregué a la meditación del guerrero propia del *hikikomori,* sin dejarme apenas ver salvo para llenar el hervidor de agua caliente en el grifo del baño y usarlo para preparar fideos instantáneos Shin Ramyun con un par de cogollos de brécol mustios. Tenía una depresión y todo el mundo lo sabía y a nadie le importaba. En el

instituto me podía autoengañar atribuyendo mi impopularidad (1) a lo gótico, (2) a los granos y (3) al hermano empollón homosexual. Ahora el imperativo impugnador se traducía en un empeño por no tener amigos. Me veía otra vez en el tiovivo del «Odio a la gente porque la gente me odia porque la odio» *ad nihilum.*

Mis días se convirtieron en noches de ser una siniestra sabandija por la red, educándome en el canon del gore en línea; no solo opciones obvias tipo Goatse, Tubgirl, Lemonparty, Meatspin, *1 Guy 1 Jar…,* sino los portales de juegos Flash repletos de *banners* de Brian Griffin haciéndole un *creampie* a Marge Simpson, los *shock sites* con cortes diarios de treinta segundos —en formato RealMedia 240p— que repetían en bucle lo peor que puedas ver, los memes con imágenes de atrocidades de guerra… Dientes explotando en crematorios, tíos clavándose el rabo a una tabla, una mujer pisoteando crías de conejo. Te digo que he visto morir a un montón de periodistas…

Consumiendo horror sentía como que afilaba mi mente, contraponiéndola a la despreciable norma. En aquel universo de bolsillo, era como si el mundo mudara su plumaje civilizado (un plumaje que el mundo llevaba para esconder la sangre y la mierda, para hacer como que tenía una esencia más allá de la carnicería). O tal vez fuera, simplemente, que es catártico microdosificar el trauma (sin el círculo de sal protector de la ficción). ¿Es razonable sentir afinidad —identificarse— con unos contenidos? (Con esa clase de contenidos, me refiero, que no deberían existir, pero cuya monstruosidad los vuelve inerradicables, los imanta a los discos duros, los graba a fuego en las amígdalas cerebrales). Yo creo que nadie ha calibrado el verdadero alcance del *shock site* de los primeros 2000, la compulsión ocultista de ver cuanto nadie quiere ver. Para mí se trata de una evolución de los medios de comunicación del final del milenio (*Los vigilantes de la playa, Mortal Kombat,* el bocón comecoños de Steven Tyler). El sesgo anticorporativo de la generación X —del cual se apropiaron con una facilidad excesiva las corporaciones— dio lugar, en efecto, a

productos de entretenimiento familiar sobre niños que derrocan violentamente a adultos. *(Cf. Solo en casa, Daniel el Travieso, Este chico es un demonio).* Estos productos fueron, en torno al 11-S, triturados y extruidos en forma ya de nihilismo irreverente —los comienzos de *vice,* el rollo *indie sleaze, American Psycho, Padre de familia*—, ya de escapismo cursi —Wes Anderson, Joanna Newsom, *McSweeney's,* Pixar—, combinación que yo denominaba *Shock-and-Aww.* Añádanse el hediondo revoltijo de los foros de videojuegos e intercambio de ficheros, y las webs «para tíos» (en plan Fark y The Chive). Tal fue el lefoso diluvio universal del que surgieron, reptando, los actuales troles, provocadores, radicales, etcétera. (Y yo también).

Al final terminé haciendo un amigo en la residencia autogestionada y fue, de entre todos, Craig. A los alumnos se nos distribuía por parejas para lavar los platos y yo había planeado hacer aquello, de cara al primer turno que me tocó —unas semanas después de la catástrofe del picadero—, sin quitarme los auriculares. Mi compañero era Craig. Me dijo, mientras yo frotaba restos carbonizados en bandejas de hornear, que le había parecido admirable mi intervención en la reunión de consenso de hacía unas semanas, las agallas que demostré (sin perjuicio de que él y yo discrepáramos). Yo asentí. Pero él quería, más que eso, que yo supiera que sentía haberme puesto en un apuro y haberme incomodado. Yo le dije: «Está bien».

«Quiero decir que, por lo que sé, tú estás viendo todavía por dónde van las cosas —igual que estamos todos—, y por eso estuvo super, pero *super* fuera de lugar decirte algo sobre ti misme».

Lo única opción en tales situaciones es decir lo mínimo. «Tranqui», contesté.

«Y si tienes algún *feedback* que darme, soy todo oídos…».

«Mi *feedback* podría ser: "No me cargues a mí con la tarea de dar *feedback"»,* dije.

«¡Ay, Dios! Claro… Perdona. Lo siento muchísimo. Tienes razón… ¿Sabes qué te digo, Bee? Que eres una persona verdaderamente

aguda…».

La peor sensación del mundo es ganarse la aprobación condescendiente de un tipo tan *tan* idiota. Para cuando terminamos con los perolos de sopa, ambos teníamos las cejas mojadas y grandes óvalos empapados en las camisetas (por la máquina de lavado a presión). Yo venía impostando indolencia…, pero lo cierto es que estaba, digamos, «dolente» a rabiar. Él en realidad no quería ningún *feedback:* estaba en ese plan tan progresista de actuar como si quisiera ser *dominado* moralmente, para ofrecer con ello una ocasión de sentir que los velos se levantan y las escamas se caen, haciendo como que me cedía a mí la autoridad mientras yo me desahogaba, y demostrando, al mismo tiempo, pues como que él era *más* antirracista y feminista que yo, siendo la causa su franqueza y su intelecto y su paciencia y su afán por aprender y su disposición a tender puentes. Y eso fue lo que le dije (más o menos lo que acabas de leer).

«¡Ay, madre!», dijo. «¡Ay, Dios mío! Tienes razón… Ya estoy otra vez igual… Menudo ignorante que estoy hecho, caray… Tú no eres responsable de educarme a mí. ¿Te has enfadado conmigo? O sea: claro que lo estás. Y tienes todo el derecho a estarlo. Yo creo que lo que estaba intentando decir…».

Para entonces yo me estaba agarrando la cabeza cual Psyduck. He oído que los grandes maestros de ajedrez pueden quemar cuatro mil calorías por partida de resultas de las combustiones internas del puro pensamiento, y tal era la sensación en semejantes coloquios. Craig nunca hacía caso de las señales de exasperación —estaba siempre demasiado enredado en su propio dolor, en el dolor de unos valores que bregaban por reconciliarse y no podían—, y ahora de repente me sobresaltaba poniéndose ni más ni menos que a llorar… (Su boca era una enorme judía torcida hacia abajo). Reaccioné ladrando una risa de sorpresa; tal vez la carcajada cambiase el tono sin obligarme a consolarlo. Era muy tarde, de todas formas. Se había quedado atrapado en un bucle de contrición, diciéndome que lo sentía muchísimo y que estaba absolutamente equivocado; que él lo

intentaba con todas sus fuerzas, pero nunca conseguía hacerlo bien; que no servía para nada y que todo lo que hacía causaba daño; que era el típico estúpido *estúpido* varón estadounidense blanco gordo.

«¿Te parezco la típica persona que te anima si estás "plof"? ¡Hey! ¡Oye! Escucha: basta», le dije. Y de verdad lo pensaba: siempre he creído que las microagresiones merecen microdisculpas. Pero él estaba agarrado al borde de la pila, tratando de enjugarse las lágrimas con el guante de fregar… y poniéndose perdido de espuma, en cambio, toda esa cara rosa de ceporro que tenía. Y me había tocado a mí ser testigo de aquello: verlo rebajarse hasta tal punto que sería desalmado por mi parte no expiar su culpa. Siempre era así con los progresistas blancos: la angustia que su privilegio les causaba se traducía en ostentosas actitudes solícitas; o bien en morderse inútilmente el labio por haber ofendido a alguien; o bien en agresivas confrontaciones en nombre de terceros ausentes. El único bálsamo para lo cual es una admiración y una aprobación incondicionales. (¿Sabías que el motivo de que la gente blanca envejezca más rápido es que tienen la piel literalmente más fina?). Yo te digo que nunca he querido ese poder. Tampoco esa autoridad moral que toda aquella gente parecía confundir con el poder, pero que en realidad no era sino otra forma en la que se esperaba que yo fuese una mamá para los hombres y un custodio espiritual para la gente blanca. Mi madre me había advertido de que los hombres solamente querían mi cuerpo. Yo no contaba con que nadie quisiera mi lamentable alma…

Se marchó abrumado por la culpa y me endilgó los platos que faltaban.

A la mañana siguiente, cuando abrí la puerta de mi habitación, me encontré una botella de Malibú sin empezar, allí de pie (con un pósit morado que decía: «LO SIENTO MUCHO. SIGO APRENDIENDO. C.»). Más tarde ese mismo día lo fui a buscar —a quién se le ocurre—, y me invitó a dar un paseo de cuatro horas rodeando el lago, siguiendo por el túnel que habían construido para que no atropellasen a las salamandras y llegando, por último, hasta la antena parabólica de

las resecas colinas. Quiso saberlo todo sobre mi fase gótica y sobre mi hermano víctima de acoso escolar, y especialmente sobre cualquier ocasión en que se hubieran puesto fetichistas conmigo hombres blancos, o bien me hubiesen marginado mujeres blancas. Yo entonces creía que aquello formaba parte de la prueba de fuego de la convivencia. Más todavía me engañó la infinita tolerancia no enjuiciadora de Craig para con mis lamentos. El hecho es que yo incurría en una patética confusión: tomaba aquello por una preocupación y un reconocimiento reales. Nunca me planteé por qué luego me sentía tan como si me hubiesen exprimido. No había comprendido aún que él me hincaba una pajita en el ombligo y sorbía a fondo para alimentar ese tumor palpitante de culpa que tenía. A cambio me ofrendaba la saga de sus citas con mujeres, la opresión invisible de ser un varón de hombros estrechos bajo el patriarcado. Todo el mundo hace amigos estúpidos en su juventud —antes de aprender que la amistad es algo más que un excedente de atención benévola—, pero yo no puedo perdonarme haberme dejado engatusar por la exaltación de la vulnerabilidad. ¿Únicamente confías en mí mientras puedas *herirme?* ¿Qué coño de planteamiento es ese? Tal es el error que yo creo que la gente comete cuando confunde la validación con la liberación.

Después del primer curso, me trasladé a una residencia para estudiantes de posgrado y allí viví, durante el resto de la carrera, con dos jugadores de baloncesto insulsos. No hay mucho que decir sobre aquel intervalo de mi vida. ¿Sabes ese mensaje de error que te sale cuando metes un DVD rayado? Déjame que me salte algunas zonas dañadas… Tuve relaciones sexuales unas cuantas veces (un chico, una chica, profundamente desagradable, no voy a hablar de eso). Más importancia tiene el hecho de que fue por esa época cuando empecé a dejar de creer en el yo como tal (aunque tampoco es que fuera algo del todo consciente). Para dar gusto a mi madre, opté por un grado en Sistemas Simbólicos —una especie de licenciatura en Ciencias Cognitivas, pero en plan lujoso—, lo cual básicamente me enseñó que todos los caminos llevaban a la nada.

La lógica ha demostrado su propia incompletitud. La lingüística, su propia arbitrariedad. La filosofía de la mente ha dejado claro que la conciencia fue un accidente de hidrocarburos excitables. Todas las capas del yo que se antojaban esenciales podían irse arrancando sucesivamente (como que te sacudes un golpe en la cabeza y, de repente, dejas de ser capaz de reconocer caras o dibujar relojes o amar a tu esposa). Puedes perder una tras otra y seguir siendo tú… La naturaleza modular de la mente implica —*quod erat demonstrandum*— que el yo no puede ser una mónada. (Eso y luego Benjamin, Adorno, la invención de la esfera privada…). Por eso la filosofía debería estar prohibida para los adolescentes, pero hay que reconocer que a mí tenía cosas que decirme: los años que había desperdiciado autorrecriminándome por traicionar a mi yo…, cuando resulta que no había ningún yo que traicionar.

Además, aquellos temas de la piel que antes eran fastidios cosméticos se transformaron en emergencias médicas. El doctor del Centro de Salud Estudiantil me recetó anticonceptivos, lo que me provocó unas cefaleas en racimo infernales y un cumulonimbo de irritabilidad que en absoluto mejoraba con la picazón y la sequedad resultantes de la tretinoína que me aplicaba para el acné, mientras que la isotretinoína me producía unas hemorragias nasales tan tremendas que por las mañanas tenía que *arrancar* mi cara de la almohada; hacía acopio de tampones gratuitos del Centro de Salud Estudiantil para taponarme las fosas nasales. El único contacto que tenía con mi madre eran unos paquetes que ella me enviaba —sin habérselos pedido yo— con productos antienvejecimiento con nombres tipo Sérum Microesculpidor Regenerador. (También remesas enormes de champú Crin y Cola y crema corporal Ubres Suaves, productos inicialmente concebidos para caballos y vacas). Yo revendía los productos por internet y me gastaba el dinero en Adderall, que me dejaba con la lengua blanca y mal aliento. Estar lejos de casa suavizó mi opinión sobre mi madre: ahora que vivía en un sitio donde pasaban de mí sin más, me di cuenta de que a ella, más allá de su manera de expresarlo, yo sí que le importaba y de

que su intención siempre había sido que resultara más fácil quererme.

* * *

Terminada la universidad, cualquiera pensaría que habría aprendido a evitar a la otra gente, pero resulta que me metí de cabeza en otra situación de vivienda comunitaria. (Un poco más al norte, en San Francisco). Cory había dejado libre un hueco barato en una comuna de un almacén de SoMa, y yo me había convencido de que ya había superado el instinto adolescente impugnador, de que ya estaba en condiciones de integrarme en una comunidad. (O de tener, por lo menos, alguna amistad más que simplemente Craig…). Mis compañeros de casa eran el paladín de la bicicleta, el artista «textil digital» coreano, la dómina sadomaso profesional, la dietista que aparte era dómina sadomaso, la escultora israelí que no paraba de hablar de su endometriosis, la joyera especializada en hueso, el DJ de música *trance* que era el típico *bro* del sector tecnológico y una chica normal cualquiera de Carolina del Norte. ¿Quién iba a ser yo entre ellos? La idea era —y en realidad es algo de lo cual no he conseguido desprenderme del todo— que, si tenía que tener una identidad, entonces iba a construirme un género en doce dimensiones, una raza tan grande como el Ritz y un punto de vista mío propio. Experimenté diciendo que yo era de género «epiceno» —palabra que elegí, básicamente, porque nadie la entendía—, y también tuve la fase imprescindible de los tatuajes cargados de intención. Siempre he detestado el escudo con lanza de Marte (♂) y el signo femenino de Venus (♀); también me irritaba ese círculo vacío del símbolo agénero, un fragmento caído de alguna singularidad prelapsaria. (Aparte de que no era ni siquiera un planeta…). Así que me puse un ☉: el género solar primigenio, en torno al cual los demás únicamente orbitaban. Me hice a mano un tatuaje de ese ojillo siniestro en el dorso de la muñeca, aunque la aguja se me fue un poco y penetró en la grasa y se formó una

especie de moretón azul marino y ahora diríase más una teta de dibujos animados borrosa… La cuestión es que al cabo terminé aplicándome —así como si nada— una etiqueta estándar de toda la vida; de repente resultaba que yo era una persona «de género fluido» (expresión que elegí, básicamente, porque todo el mundo la entendía).

Llevar huevos rellenos a las fiestas que organizaban en casas. Disfrazarme de Judith Butler por Halloween. Adoptar plantas suculentas. Encurtir escapos de ajo. Aprender a tocar el acordeón. Bandanas de color verde neón y un *piercing* en la nariz y un corte de pelo Chelsea. Tal fue el comienzo de mi extensa e historiada Época Anodina, en el papel de estereotipo feliz. Asumí mi responsabilidad de guiar e instruir y rehabilitar, de valorar la confrontación aleccionadora y construir utopía. Me hice una persona «buena». Tras cuatro años de reclusión, tenía unas ganas lo bastante locas de que me aceptasen como para acabar aceptando todo aquello a partir de una pertenencia —percibida— a categorías con las que ni siquiera me identificaba, desde mi capacidad de irradiar representación pasivamente. Me invitaban a noches *genderfuck* con DJ y a concentraciones de bicis y a intercambios de ropa y publicaba empalagosos cuentecillos con seudónimo masculino (una auténtica bazofia). Aparte tenía una sinecura asesorando, como *freelance,* sobre experiencia de usuario: me levantaba cantidades anuales de casi seis cifras por moderar grupos focales reclutados en Craigslist y decirles a medianas empresas que pusieran el botón de inicio de sesión más grande.

Yo hasta entonces pensaba que dramatizar con el tema de la justicia social era cosa de universitarios, pero allí pude ver que todo el mundo lo hacía, politizando de mala fe lo que obviamente no era sino mala educación: si dejabas platos en la pila, te acusaban de estropear los bienes comunes o de tercerizar el trabajo; si le pedías a alguien que bajara el volumen de la música por la noche, resulta que estabas reproduciendo lógicas carcelarias. Yo también me encargué de coordinar —las cosas como son— unos cuantos

señalamientos y sus consecuencias. Y debo admitir que entré en aquel juego a fondo y bien. Encabecé la ofensiva censoria contra el artista textil por decir que los bisexuales que mantienen relaciones cishetero sufrían menos discriminación. Acusé a la escultora israelí cishetero de poner el foco en sí misma —y de dárselas de *queer* por conveniencia— por una foto suya que colgó en Facebook durante el Orgullo con una bandera arcoíris pintada en la mejilla. Aprendí a hablar en plan «todes» y «elles» y «amigues» y me encabronaba si los demás no. Desplegaba también una defensa compactísima, desviando acusaciones de pertenencia a la élite señalando que mis estudios en Stanford se pagaron, en su mayor parte, con la herencia de mi padre, un inmigrante que «además resulta que se suicidó…». Y en un pícnic crucifiqué a Craig —porque eso es lo que hice— por lloriquear y quejarse de que no follaba nunca. Le apreté las clavijas hasta el punto de que perdió el control y terminó diciendo barbaridades misóginas, lo que no hace sino confirmar mi tesis de que todas las políticas identitarias son homólogas. Da igual que representen valores opuestos: todas tienen un compromiso fortísimo con el mismo principio de pertenencia.

Todo aquello me provocaba un sentimiento como de que las cosas tenían sentido —como de autorrealización—, a pesar de que a veces mi antiguo escepticismo reafloraba y entonces me invadía una sensación como de fuga por cuya virtud yo experimentaba mi propia identidad como si esta fuera una persona diferente, un intermediario autónomo que ha superado un control de calidad y que resulta idóneo para operar en el mundo. Era como que mi identidad me había robado la identidad… Pero yo había terminado asumiendo aquella idea de Binh de que custodiar el baluarte identitario era la principal fuente de empoderamiento y dignidad al alcance de alguien como yo. Y cuando la otra gente atestaba el frigorífico de tarros de encurtidos vacíos o dejaba las sartenes de hierro colado sin aceitar, allí estaba yo para acometer el asunto con urgencia, enviando a la lista de direcciones electrónicas de la casa el correspondiente correo (extenso cual novela corta). Me da pudor haber pensado que aquello

funcionaría, haber pensado que hacer un llamamiento a la gente blanca haría que vieran en mí algo más que alguien digno de compasión —que así podría cambiar la mentalidad de un fascista o hacer a un progresista ir más allá de simplemente votar y sostener pancartas—, haber pensado que el debate haya servido alguna vez para algo que no sea enrigidecer las posiciones de partida.

Los conflictos, sin embargo, tampoco es que me parecieran repugnantes. Me pareció repugnante la amistad. Concretamente la efímera amistad que mantuve con la joyera que trabajaba el hueso: Zamira, una lesbiana chino-malaya de tez clara y veinte años —con un maquillaje en plan ojos de gato marcadísimo— que también acababa de llegar. Desde el primer momento se pegó a mí —dada mi condición de colega del sur global— y quiso llevarme al terreno de la intimidad de inmediato; el mismo día en que nos conocimos, después de hacerme la carta astral, me preguntó si podía dormir en mi cama (rollo platónico). (Yo nunca he sentido demasiada atracción física por nadie y considero que pajearse es una forma estúpida de perder tiempo de ordenador; un somnífero de último recurso, si acaso). Al cabo de una semana estaba diciéndole a toda la gente de la casa que ella y yo habíamos trabado una amistad total (que es la típica cosa a la cual no puedes objetar sin parecer hostil). Yo me dije que era halagador que me considerara interesante alguien con tanto mundo, en cuanto me enteré de que a ella la había adoptado, en Malasia, una pareja lesbiana ilícita que escapó a Indonesia, donde ella estudió en una madrasa hasta que a sus progenitoras las metieron en la cárcel y ella quedó bajo la tutela del Estado; aprendió inglés sola y consiguió que la aceptaran en un programa estadounidense de intercambio, luego en una universidad estadounidense de «artes liberales», etcétera. Me parecía que una persona como ella podía ayudar a desprenderse un poco del ordenador a alguien como yo, que califico de «viaje» cualquier cosa que requiera un vehículo…

No tardé mucho en descubrir que era una asaltadora y usurpadora de corazones, que se dedicaba a introducir compasión

—como si de gas incapacitante se tratara— en los conductos de aire de cualquier habitación a la que accedía. Para empezar, aunque escuchar se le daba bien, tenía la costumbre de ver trauma en cualquier cosa, atribuyendo cualesquiera preferencias o querencias mías al mismo monomito siempre de herida y sanación. Cuando le conté, por poner un caso, el incidente aquel de las palabrotas tailandesas que tuve en el colegio con doce o trece años —con la idea solamente de hacerla reír—, ella se llevó las manos al pecho y dijo: «Nos hacen sentir vergüenza de nosotras mismas a una edad tan temprana… Lamento tanto *tanto* que te pasara eso… Siento como que ahora te entiendo muchísimo más». Yo medio mascullé que, en realidad, tampoco fue para tanto…, y ella se lo tomó como un síntoma —más terrible todavía— de negación. Entonces no advertía lo irónico de que ella negase el modo en que yo entendía mi propia vida. Tal era mi embeleso por la novedad de que alguien se alineara conmigo…

Hasta que me di cuenta de que esperaba reciprocidad. Estaba siempre escenificando su propia tragedia, constantemente asediada, soportando el embate ininterrumpido de oscuros y catastróficos percances…, pero, eso sí, sin dejar de vestir de Miu Miu o hacer viajes a mil sitios. Era el blanco invariable de compañeros de trabajo maquinadores, la encajadora de incontables infortunios cuyos aniversarios abarrotaban el almanaque. Y yo debía estar disponible para todo eso. Una vez, que le dije que tenía una cita con el dermatólogo y no podía ir a ayudarla con su puesto de la feria de artesanos alternativos, sacó el tema de los pendientes de nudillos de coyote que ella misma había hecho y me había regalado a mí, que valían cuatrocientos dólares —según ella, claro; aparte de que yo no tengo agujeros en las orejas—, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Apenas hube cancelado la cita, las lágrimas se le volvieron de algún modo a meter hacia dentro al instante y me abrazó y me dijo que me perdonaba.

Nunca llegué a enterarme exactamente de qué era lo que la había traumatizado, ya que hablar con detalle del tema le resultaba

demasiado abrumador. Lo que hacía era insinuarlo en forma de peticiones, tipo: «¿Me acompañas porfa hasta el BART? Lo paso fatal caminando sola por la noche, desde que era adolescente…» o «Pensé que no te importaría que me comiera el *bánh mì* que te sobró, es que tengo todo un tema con eso de la "seguridad alimentaria"…». Y que yo ciertamente respete el que alguien no quiera hacer público su sufrimiento en absoluto quita que ella usara eso para escaquearse de las tareas del hogar. De hecho, las únicas veces que pude atisbar sus traumas fue en aquellas escaramuzas con nuestros compañeros de casa. Como cuando al artista textil se le ocurrió decir que era un gesto capacitista, por parte de Zamira, tener invadido el suelo de la zona común con sus drácenas e higueras de hoja de violín, situación que Zamira convirtió en una charla TED sobre que ella había desarrollado un síndrome de dolor regional complejo tras ser atacada de adolescente por dos hombres blancos en una protesta contra la guerra de Irak, avergonzó al pintor por reforzar el estigma asociado a las enfermedades invisibles. Como a mí solían considerarme su representante oficial, la frase «¿Puedes por favor hablar con Zamira?» no tardó en empezar a hacer que se me encogiese la vejiga en plan pavloviano.

Eran, realmente, cosa digna de ver, en aquella farisea de la identidad, las quejas incesantes sobre los estereotipos… para luego usar, de manera falsamente irónica —cuando no directamente en serio—, un set de estereotipos cosméticamente distinto para vincularse a mí. Ella en algún momento había asumido que yo también era lesbiana, y a mí me resultaba demasiado embarazoso sacarla de su error, puesto que ella había dejado claro que esa era la base de nuestro entendimiento. Así fue como empezó el raudal de bromas sobre colecciones de tostadoras y bicis Trek y coches Subaru; sobre banderas con la labris y violetas y anillos en el dedo pulgar y Angela Carter. La gente, por más que diga que detesta que la encasillen, luego está encantada de encasillarse ella misma. Más encantada está aún si, quien la encasilla, es alguien por quien siente admiración. La gente está deseando que le expidan su «estatus de

persona», digamos, para lanzarse con resolución en pos de este. (De ahí la astrología y los cuestionarios para descubrir la personalidad). Los sociólogos te dirán que los discursos endo y exogrupales cumplen funciones distintas, pero ¿acaso son por ello menos reductivos? (Junta «émico» y «ético» y te sale «emético»).

Al cabo de unos meses me hallaba, básicamente, en una relación poliamorosa con Zamira y sus traumas. Cada conversación se asemejaba a una intervención quirúrgica laparoscópica, a un delicado procedimiento salvífico puesto en práctica casi a ciegas. Y cualquier intento de establecer límites era tomado como un rechazo integral de ella y de nuestros ideales compartidos. ¿Por qué no podía llevarla y traerla en coche a un recital de poesía contra la guerra que hacían en una floristería de West Oakland? ¿Era por el mismo motivo por el que no compartía y retuiteaba su publicación sobre su nuevo taller de fermentación comunitario de tres días para gente de color —novecientos dólares por cabeza— o no le dejaba poner sus esquejes de costilla de Adán en mi alféizar libre? Y siempre con ese silogismo que utilizan todos los fanáticos identitarios pérfidos: «Como soy equis y no me apoyas, eso quiere decir que no apoyas a los equis», lo cual supone, por supuesto, aprovecharse cínicamente de una intolerancia y unos prejuicios que son reales; del hecho de que la gente, en general, efectivamente la tiene tomada con los equis. De ahí que en términos generales cueste confutar el silogismo en cuestión. Solo que espérate un momento porque resulta… resulta me cago en la puta que *¡¡¡YO TAMBIÉN SOY EQUIS!!!*

Ahora adivina qué pasó cuando Zamira dejó de pagar el alquiler. Lanzó acusaciones de lacayunismo para con el casero, resistió a las contraacusaciones de utilizar como un arma el lenguaje de la justicia social, lidió con las contracontraacusaciones de oportunismo. En un correo cuya lectura completa requería deslizar hacia abajo diez veces, anunció que ya no se sentía segura en la casa —que habíamos creado una situación habitacional harto hostil y nada equitativa para con ella—, y me señalaba a mí como su único bastión. Yo al principio pensé que pretendía simplemente cerrar filas,

pero su juego quedó más claro cuando esa noche me pidió que le prestara mil quinientos dólares. Yo tenía el dinero. Lo que no tenía era una excusa lo bastante buena para no dárselo. Volvió a sacar lo de los pendientes de nudillos de coyote y añadió que, además, me había estado proveyendo de terapia —y de *coaching* vital— gratuita y a domicilio y a demanda bajo la forma de nuestras conversaciones nocturnas. Como notara mi reticencia, asintió en plan de que por fin entendía adónde iba yo a parar: «¡Ay, madre! ¡Sí! ¡Eso! ¡Una *huelga de alquiler…!*». Yo le dije que esas huelgas no solían funcionar si eran solo dos personas quienes no pagaban, pero ella insistía en que aquello obligaría a los demás a aclararse moralmente, o bien haría que nos echasen a patadas y entonces peor para ellos. Conque escribió un correo electrónico a la casa en mi nombre y eso que les dijo.

Cuando por fin le dije sin remilgos que yo no iba a hacer aquello, me chilló. El talento más impresionante de aquella chica era la capacidad que tenía de gritar con voz trémula indefinidamente. Yo me había delatado como la personita migrante asimilada a los blancos, como la infulosa y acaudalada licenciada por Stanford que era. En el infierno había un sitio más ardiente para las féminas *queer* de color que traicionaban a les suyes, y además yo era la razón por la que todes estaban furioses con ella. Porque yo había irritado a todes tanto que ahora la encontraban culpable a ella por asociación. Yo dije, en mi tímida defensa, que ella estaba «darveándome». Ella dijo que era yo quien la estaba «darveando» a ella al acusarla de «darvearme». Considero que tengo unas dotes manipulatorias notables, pero yo estaba jugando a las damas y, ella, al *StarCraft.* Terminó recaudando algo de dinero con una trágica publicación de Facebook y al poco se fue de la casa, llevándose consigo la batidora de pie común. Yo llevaba, para entonces, tanto tiempo bailándole el agua que la gente dejó de invitarme a eventos.

Y ahora viene la coda de este absurdo capítulo. Unos años después vi que alguien subía una foto de Zamira a un grupo anarquista de San Francisco y advertía a todo el mundo de que

había que excluirla de la organización de espacios, pues no era solamente que les hubiese dejado seco el fondo de ayuda mutua, sino que había sido desenmascarada como impostora: ella no era, como había dicho, ninguna inmigrante chino-malaya seropositiva, sino una exalumna —blanca— del Sarah Lawrence College oriunda de Wenatchee, en el estado de Washington. Y ni siquiera se llamaba Zamira: se llamaba Bethany.

No te imaginas cómo me reí… Ella había sido una pionera de la usurpación de la identidad racial, pero yo me tragué con tal candor cuanto fue dándome —y asumí de una manera tan estúpida que nadie tendría motivos ni descaro suficiente para hacerse pasar hasta tal punto por lo que no era— que no supe calar una base de maquillaje de tono claro-medio con subtonos amarillos —sin contornear— y medio puto centímetro de ala en la línea de ojos. Me estafó, me timó y me embaucó… una ¡¿BETHANY?!

* * *

De modo que lo convencional es un asco. Lo alternativo es un asco. ¿Qué alternativa hay a lo alternativo? Eso llevo toda la vida buscando yo… Y entre tanto —en otra época sin amigos que tuve cuando me fui del almacén—, me pasó una cosa. Verás: aquellos Pokémon iniciales de la adolescencia…, pues resulta que evolucionan. O bien superas la «prueba de habilidad» de la asimilación y te conviertes en un asiático normal, en un —entre comillas— *asiático-estadounidense,* o bien vas a parar a ese cajón de sastre del *chalático.* Sí, los chaláticos, un concepto que nunca tuvo el tirón que, por su poder explicativo, merecía. Un chalático es en lo que te conviertes al cabo de una vida en que han estado chupándote el esmero y el esfuerzo hasta dejarte sin gota; cuando aquellas estrategias sociales adolescentes fracasan por última vez y te das cuenta de que la felicidad es inalcanzable por muchas que hayan sido las lealtades juradas o las reglas seguidas, lo cual obliga a que todas las grandes esperanzas, las reivindicaciones y el

equilibrio funambulista de toda una vida se reproyecten en alguna otra cosa. Así es como tenemos a los Power Asians —que a través de una ética del trabajo disparatada consiguen dominar los sistemas que en su día los explotaban a ellos…, pero no llegan a ganarse nunca ese respeto «fácil» que los motivó para actuar así, y deben conformarse con asientos de cuero calefactables—; a los idealistas que construyen poder político queriendo derribar el sistema… para envilecerse al recibir reconocimiento y convertirse en elementos marginales o corruptos dentro de sus propias plataformas; a los entusiastas del tarot y la astrología que se evaden al mundo de lo espiritual —de donde todos ya piensan que somos—; a oficinistas que no quitan los ojos de cifras relativas al baloncesto o al mercado inmobiliario… y se convierten en reputados administradores de sitios de reseñas de *escorts;* a instrumentistas de cuerda de voz suave que aguardan la muerte de sus progenitores; a médicos, médicos, médicos —también a farmacéuticos—; a jugadores de rol en vivo hipercaucasoides que se ponen lentillas azules y se tiñen el pelo de rubio y son, de algún modo, al mismo tiempo la única persona no blanca y la persona más blanca en todas las fotos grupales; a *gamers* que lavan su identidad con su destreza… hasta que la propia desconexión se convierte en una identidad; a chicas heterosexuales tratadas cual papel del culo por todos los tíos mediocres con los que salen hasta que tienen más o menos veintiséis… y entonces se convierten en implacables pisapollas despampanantes. ¡Equinox! ¡4chan! ¡Xanax! ¡REI! ¡Funko! ¡Prada! ¡Glock! ¡Ozempic! El chalático, ese perfeccionista de la enfermedad mental, una criatura de extremos extenuantes formada por una vida de languideciente entremedias. Fanfarrón o fantasma. Rigorista o mártir. Obsesionado a tope con el sexo (ya toque su aluvión o su sequía); famélico, en ambos casos, de amor. Tragado por el silencio o transformado en sirena. Malogrado e infatigable. Fanático y sordo a la disuasión. Una rabia que es inmensa e inquebrantable cual monte y te traga y pierdes el sentido y está tu alcoba, cuando vuelves en ti, destrozada. La sed de vengar el pasado, de recuperar los años perdidos siendo

un mulo de carga, y de purgar por fin la sensación de ser el único fiasco del mundo. No una identidad —cuidado—, sino una teoría. Tal vez estés pensando que esto no te describe a ti. Pero el secreto es que los asiáticos normales no existen: son chaláticos que todavía tienen que eclosionar.

* * *

Me cago en la puta, yo simplemente quería existir sin tener que pedir el menú cerrado; ser algo más que una coordenada infinitesimal en un entramado demográfico de un millón de dimensiones: la identidad y su oportuna sinergia con la marca personal, la caricatura tuya que eso mete en las cabezas de la otra gente. Supón que es cierta esa idea de que tu identidad te imbuye de pertenencia, de una especie de sororidad innata para con valores y rasgos heredados. Suena bien. El individuo está menos solo. Dispone de una fórmula concisa para referirse a su opresión, lo que en ciertos ámbitos suscita deferencia. Digamos que la persona se siente menos loca si entiende por qué no es culpa suya que la traten como mierda de perro. Pero yo detesto que juzguen mi vida como el resultado de fuerzas genéricas. Odio que la manera en que yo interprete tales fuerzas —o cómo reaccione ante ellas— sea secundaria frente al hecho de que las comparto con otros. La identidad es historia *light,* sociología de un solo uso; en su versión peor, un patriotismo del trauma o una prótesis de la personalidad. El discurso sobre el privilegio es un intento inicialmente benévolo de equilibrar la balanza… que ha sido después desvirtuado, como casi todo en los Estados Unidos, por el paradigma puritano del pecado original. Da igual que quienes más ruido hacen sean siempre quienes tratan de borrar la huella de su propio privilegio u ocultar su propia complicidad. (Con aquello de la «formación reactiva», Freud dio en el puto clavo, me temo). Y eso por no hablar de las rarezas y aficiones que han acabado funcionando como identidades. No me refiero solo al rollo marcusiano —ni siquiera a nada tan robusto

como la astrología—, sino a cosas como ser fan de algo, o tejer, o el café. O tener un *pitbull.* ¡O el síndrome de intestino irritable! Vamos, hombre…

De ahí que a mí no me interesen tanto las políticas identitarias, sino más el terrorismo de identidad. Yo no tengo bando, no quiero ganar, y mi vida en aquella residencia universitaria autogestionada, en aquel centro cooperativo…, mi vida allí cooperativa desde luego no fue. (Aunque competitiva tampoco es que fuera). ¿Cómo se dice cuando quieres que todos los que participan en el juego pierdan?

Hacia 2011, a mi madre le diagnosticaron un cáncer de pecho y yo hice las maletas y volví al oeste de Massachusetts. (Nominalmente para cuidarla a ella, pero en verdad para salir de San Francisco). Allí estuve los nueve años siguientes. Dónde vivir nunca ha tenido para mí demasiada importancia: allá donde esté, me limito a revolotear hacia el wifi como una especie de polilla nerda. Mi vida real siempre ha sido en la red (lo cual digo sin orgullo ni vergüenza); fue al volver a instalarme en casa cuando la red se convirtió en mi única vida. Ahora bien, no quiero que parezca que me estuve ocupando de mi madre enferma con lastimosa abnegación. Y si suena desapasionado, es aposta: debe quedar claro que yo EN NINGÚN MOMENTO descargué ninguna angustia relativa al sufrimiento de ella en las trastadas de internet que me dispongo a relatar. De hecho, tampoco fue tan terrible. (Para mí, me refiero). Cuando ella estaba en casa, nos bastaba con sentarnos tranquilamente en habitaciones distintas a hacer nuestras cosas: mi madre se estacionaba delante de la televisión satelital tailandesa en la planta superior, y yo iba desplegando pestañas para engullir los contenidos del día en el sótano. Cada pocas semanas, novedades preocupantes: sangre en las heces, la hemoglobina en 11,2, los marcadores tumorales en aumento… Yo admiraba su terca dignidad. Rechazó, mientras pudo, la silla de ruedas y caminaba poniendo ambas manos contra la pared, como un marine que se arrastrara, pero erguido. La quimioterapia le produjo lo que se llama «hombro congelado» y no podía abrocharse el abrigo, no podía coser. Se le

torcía el gesto cuando masticaba ositos de gominola de la bolsa de tres kilos que guardaba allí consigo. Estaba constantemente expectorando en un cubo de basura con bolsa de plástico que tenía pegado al sillón reclinable, sentada sobre un cojín en forma de anillo —porque le dolía el culo por las inyecciones intramusculares— y viendo en *streaming* dramas coreanos con subtítulos en tailandés en DooTV con el iPad, que tenía montado en un soporte flexible.

Pero íbamos llevándonos mejor, probablemente por sentirse ella menos obligada a modificar mi aspecto. Llevaba ahora un gorro morado de microforro polar para ocultar los negros mechones yescosos —efecto secundario del Taxotere—, y la ausencia de cejas volvía aún más despejada su frente sin edad. Tenía las manos y los pies entumecidos y tres tonos más marrones. (Más o menos del mismo color que los míos). No me dejó comprarle un gorro hipotérmico para evitar que se le cayese el pelo: del mismo modo que valoraba su propia hermosura, valoraba también la integridad de su pérdida. Me viene a la memoria cuando yo me rapé la cabeza: cuán distinto fue hacerlo voluntariamente y cómo ella tampoco quiso usar peluca.

Mamá y yo siempre hemos sido unas jodidas noctámbulas, pero a ella los esteroides que tomaba para mitigar las reacciones alérgicas la mantenían despierta por la noche —hablando por Skype con parientes o recaudando fondos para organizaciones benéficas tailandesas—, y yo, mientras que en San Francisco a lo mejor habría estado encerrada en mi habitación viendo vídeos de autopsias, aquí me mantenía ocupada con proyectos paralelos. No es que sea complicado monetizar la cachondez, pero siento un orgullo especial por mi sitio de cámara en vivo falsa.

En Model Mayhem encontré a una atractiva chica de la zona —del Smith College— que reunía todos los requisitos: delgadita, con tatuajes de lazo de regalo en la parte posterior de los muslos y, lo más importante, asiática. La contraté para filmar unas doscientas horas de vídeo en su habitación, a razón de sesenta dólares la hora. Le dije que aquello era un proyecto de arte performativo digital

—como efectivamente era—, y ella dijo que vale. La coloqué delante de una cámara web con foco anular —con aro de luz— y la puse a ejecutar acciones típicas que no requerían demasiado esfuerzo —teclear de vez en cuando recordatorios de que le dieran propinas, estirarse, hacer mohínes, comer de repente algo, hacer *playback* con música mala—, y luego otras ya más específicas como gemir o darse azotes. Todo ello lo hacía disfrazada de Sakura —la de *Naruto*—, de Asuka, de Samus —en modo Zero Suit—, de D.Va, de Pikachu… A continuación volqué todo el material filmado en una cámara virtual que emitía en *streaming* por MyFreeCams y Chaturbate y que estaba programada para responder a las propinas y a palabras clave del chat (cada vez que alguien entraba en este, por ejemplo). (Tenía no sé si treinta cortes diferentes de aquella chica lanzando un beso y diciendo con acento eslavo: «¿Qué tal, guapo?», «¡Holi-holiii!», etcétera). Y, así, si le decían —por poner un caso— que estaba cañón, el programa saltaba a un corte de la chica sonriendo. O, si le daban propinas grandes, ahogaba un grito y se llevaba las manos a la boca. (O bien aplaudía y lanzaba besos con ambas manos). O, con importes superiores a los contemplados en el menú de propinas, cogía y se empezaba a azotar el culo. O se ponía a gemir si se le activaba el vibrador Bluetooth, etcétera. (¿Que por qué los saltos entre cortes distintos no cantaban? Porque los edité para que fuesen un poco a trompicones, como si de pronto se quedara congelado el *streaming* por la mala conexión).

Mi incansable chichibot-señuelo emitía dieciséis horas diarias. Hacía mucho menos de lo esperable en cualquier chica que tuviera una cámara en vivo a tiempo parcial —con un promedio de entre quince y veinte personas conectadas a la vez—, pero aunque su puesto en el *ranking* no subía y a veces recibía comentarios terribles, su resistencia era infinita y siempre había más pardillos que entraban. Las fichas iban acumulándose en mi cuenta. Los veintidós dólares de mística de la feminidad que vendiera con ocho o nueve años habían subido ahora hasta casi sesenta mil. Estaba yo… a rebosar de género. Apenas lo gastaba, solamente lo dejaba crecer.

Es natural suponer que lo hacía por el dinero, pero lo cierto es que no tenía en qué emplearlo. (Ni siquiera en los tratamientos para el cáncer de mi madre, que el seguro de ella cubría básicamente). Lo que me fascinaba era la idea de que hubiese centenares de zánganos guarrindongos zurrándosela en honor de un holograma. El dinero, en la medida en que tan fácil venía, para mí tenía solo valor de indicador cuantitativo.

Fuera de eso, dedicaba todo el tiempo a colgar cosas en redes sociales. Cuando estaba en San Francisco, las usaba exclusivamente para castigar o sermonear a desconocidos. Ahora estaba descubriendo otra manera. ¿A lo mejor das por hecho que soy el tipo de persona fracasada que solo tiene amigos en la red? Pues te equivocas: no tengo amigos de ninguna clase. Por eso me encanta Twitter: un foro abierto —rizomático— en el que puedes agravar enfermedades mentales existentes, adquirir otras nuevas, violar tu propio derecho a no hacer declaraciones y hasta ser despedido. Un sitio donde te juzgan por el carácter de tus contenidos, en el que marcan la pauta la curiosidad malsana y la inquina, donde la fama es una cruz y, dar tu nombre, mala idea. (*Twitter* era la palabra adecuada para llamarlo, siendo el canto de las aves un chillido darwiniano que se interpreta —equivocadamente— como cháchara ociosa: un grito territorial y de apareamiento). Una clase de improvisación, conferencia de prensa, «intervención», mitin del Ku Klux Klan, feria del cómic y sesión de escarnio público…, previsto todo en el mismo salón de actos. Un ascensor abarrotado donde quienquiera que oliese un pedo tenía, a su vez, que peerse. Cada publicación era una flecha disparada al cielo sin mirar y, si atinaba en algo, respondían desde el cielo diez mil flechas berreando y llamándote hijo de puta.

En serio que aquello me encantaba. Todo ese parloteo sobre cuerpos y espacios en un sitio donde ni espacios ni cuerpos había. El toma y daca de zascas y zascandiles… que las dan y no las toman. Cómo estaba representado cada quien por sus mejores chistes y por sus peores opiniones. La gente tonta que intentaba parecer lista… y

la gente comparativamente lista que se hacía la tonta para resultar campechana, pero también porque la pose de estar siempre de broma la protegía frente a cualquier cuestionamiento serio. (Y los auténticos genios, que se quedaban irremediablemente desfasados porque no le dedicaban a la red el suficiente tiempo…). En internet, todo el mundo es su propio ciudadano Kane: buscando, como locos, monopolios de afecto. Qué fácil resultaba hacerse un nombre echando broncas o inspirando. O desplegar la política como una tapadera para el hambre de atención… para más tarde sucumbir por patinazos espantosos que en el fondo constituían tu lado más humano. La moral engendra fraude, y los vendehúmos y cabronazos que se aprovechan del sentido del bien de la gente son los que medran. Ese equipo cloaquero voluntario que encontraba una fuente inagotable de batalla en leer cada cosa con la peor disposición, viendo en todos los chistes ataques personales contra ellos y encargándose de higienizarlos con enojo. (Aunque intentar fregar diarrea en una alfombra sirve solo para incrustarla y esparcirla…). Esos prefectos autodesignados que recordaban a la gente que bebiera agua o que dejase de andar encorvada o, mejor aún, que se desconectase. (Como si aquel llamamiento no implicara ya un hipócrita nivel de participación…). El aluvión de consecuencias derivadas del abismo existente entre lo que humanos y ordenadores consideran un número grande.

¿Importaba que todo aquello sucediera en una pocilga corporativa, siendo los comportamientos de todo el mundo recopilados y procesados para reforzar su cautiverio? En realidad no. ¿En qué otro sitio tendría yo el poder de provocarle a un completo desconocido —demostrablemente estúpido— un ictus? ¿Dónde iba a encontrar una mayor concentración de trastornos de personalidad del grupo B? (La gente de internet está siempre acusándose de narcisismo y trastorno límite…, cuando el trastorno de la casa es aquí, a todas luces, el histriónico). Aquella era la sociedad que siempre quise, donde todas las ventajas eran para la gente sin rostro, donde el desnorte era el rumbo y, condenar, publicitarse.

Puede que esa sea la única manera en que consigo encontrar soportable a la otra gente, es decir, en masa: sabiendo que estábamos engullendo la misma bazofia, dando vueltas y bandazos en la misma vorágine de vanidad. Leí en algún sitio —probablemente en Twitter— que los veteranos del ejército desarrollan fetiches escatológicos con una frecuencia desproporcionada porque las letrinas son el único lugar con intimidad para machacársela. (Puro condicionamiento clásico). Yo tengo la teoría análoga de que toda esa rijosidad y lascivia y pajoterío que acontece delante de pantallas las ha convertido en túneles libidinales. Y es casi entrañable cómo la gente saca, en internet, con semejante transparencia su yo niño: cómo el subtexto es siempre —pues dan igual los contenidos y la sofisticación— «Mírame» y «¿Cómo te atreves?». (Los subsubtextos «¿Quién soy?» y «Sálvame»). No había un lugar mejor para encontrar gente, teniendo en cuenta que la gente que yo quería encontrar era gente que quería —igual que yo— encontrar gente que no quería que la encontraran. Gente como yo: con gusto por la gente a la cual no le gusta la gente como yo.

Empecé con la cuenta «alternativa» que había usado durante años —@MadonnaHaraway—, y no tardé en alcanzar ese cerebro de nivel 99 que te permite mirar «or9hniffva13n\qd0j3nf» y «as;kkjfdnakdjasjdfwda» y decir cuál está mal escrito. Fui afinando mi paladar para las publicaciones, eran las de mayor calibre los llamados *shitposts:* esos tuits cuyo único propósito es lograr que, cada par de semanas hasta que te mueras, te acuerdes de un «medicinas del oído para mi tío que está malo» y te salga un «Je». No decir nada. No revelar nada. El *shitpost* es lo contrario de la autoexpresión: es expresión sin autoría, mientras que los *sadposts* y las *thirst traps* —que son formas de búsqueda de validación teleológicamente idénticas— vienen dados por el ego. Igual que las opiniones. Estas representan —en mi opinión— la seda colgante del torero. Las personas cuyos tuits son pareceres —las que escriben artículos o enumeran títulos universitarios en la bío o ponen una foto de su boda como foto de perfil—, esas personas están dispuestas a

soportar un odio universal a cambio del sentimiento ilusorio de que importan. Han hecho suyo el más pánfilo de los ideales: el del ágora digital. Terminan inevitablemente recibiendo lo que les corresponde. La única cosa peor que las opiniones son los hechos…

No llegué muy lejos con mis propios tuits trabajados a mano. Durante aproximadamente el primer año, conseguí solo unos trescientos seguidores. Pero no importaba: era apasionante ir soltando pensamientos antisociales dementes por el *feed,* entre toda aquella verborrea. (Un sentimiento como de estar poniendo a caldo a alguien que está ahí, a pocos metros, en el ruido de una fiesta…). Empecé con *shitposts* estándar, pasándome días enteros con mi sudadera con capucha de *Lain* masticando comprimidos de Adderall de 30 mg como si de aquellas vitaminas de *Los Picapiedra* que les daban a los niños se tratara…, nada más que para tumbarme con media cara enterrada en la almohada y escribir, usando solo un dedo, «los pronombres de george harrison eran *I/Me/Mine*» y darle a enviar; «si eres un caníbal blanco, qué es más racista: comerte a asiáticos o negarte a comértelos», enviar.

> no puedes comprar ni crates ni barrels en crate & barrel
>
> james y el melocotón gigante… dónde cagaban?
>
> esas dos chicas yo creo que se merecían como mínimo cada una su propia copa
>
> no todos contenéis multitudes, las cosas como son; algunos sois solamente un menda
>
> marxismo es cuando eres racista con karl marx

Enviar, enviar, enviar. Aquellos tuits nunca pasaron de un nivel mediocre. Hacerlo bien requiere sacrificar tu vida de verdad a la de internet, y yo no tenía ninguna vida de verdad que sacrificar. Pero igualmente me encantaba aquello: mi cráneo hasta arriba de aforismos; el planeta, un hormiguero artificial de frases. Yo sabía,

desde el principio, que se trataba de un juego —de uno al que solo la mitad de nosotros sabía que jugaba— cuyos puntos se conseguían provocando punzadas de empatía, compasión, deseo o júbilo. Aullar en el vacío tiene más gracia cuando tú eres, a tu vez, el vacío de otro. A lo mejor te sorprende oír que nunca me llamaron mucho los foros anónimos. Siempre me echaron para atrás esos entornos pequeños de bromitas cómplices y abrazos sudorosos, aunque algo sí que me dediqué a los foros de Runescape y a SomethingAwful. Pero hacer daño de verdad requiere nombres. Una identidad real convierte cada tuit en una mina explosiva olvidada… que décadas después desenterrará el torrente de la indignación.

A menudo tuiteaba desde el asiento que estaba junto a mi madre, sobre todo en aquellas largas visitas al centro de perfusión, cuyas sesiones podían durar lo mismo que una miniserie de la BBC entera. Yo me sentaba allí chisporroteando de cafeína y Adderall, con aquel gotero informatizado haciendo un ruido suave como de impresora antigua. Mi madre, para entonces, tenía todas las venas de las manos colapsadas ya. La enfermera tardaba quince minutos en colocarle la vía y se le deformaba el rostro en muecas como aquellas que, de niña, me decía a mí que no hiciese. Yo me ponía a hablar con ella para distraerla, contándole cualquier noticia que tuviera de Kant, qué tal seguían las cosas en el trabajo… Y, cuando me quedaba sin palique, le dejaba quedarse frita o usar el iPad.

Durante uno de aquellos intervalos, me sobresaltó preguntándome qué estaba haciendo en el teléfono. Nunca antes había demostrado mi madre curiosidad por cómo usara yo los ordenadores. Le dije que estaba usando una aplicación que era como Facebook, pero con desconocidos además de con amigos. Me pidió que se la enseñase. Le di el móvil y fue bajando por la pantalla, deslizando con el talón de la palma de la mano, porque los dedos estaban entumecidos. Tenía esa tendencia —propia de los *boomers*— a ignorar el texto y seguir bajando hasta encontrar una foto; conque pensé que ojalá nadie hubiese colgado ningún Sonic —el de los videojuegos— en plan *mpreg,* o de repente un cerdo

cagándose en sus propios cojones. La primera foto que encontró era de una *e-girl tankie* de enormes pechos con un arma de fuego en las manos. Me preguntó si era una amiga mía.

Parte de mí sintió el deseo genuino de intentar explicarle que había dos facciones enfrentadas de féminas izquierdistas creadoras de *cumposts* —una facción cuyas integrantes se presentaban como unas *barbies* felatrices *top* que estaban deseando que les echaran unas buenas corridas en sus tetazas naturales, pero también que el Estado subvencionase la insulina, y luego aquellas cínicas que estaban metidas en la teoría hasta las trancas e integraban su agudeza política y su condición de tías buenas y su grosería en un proyecto más amplio de legitimación de la mofa— y que entonces una de este último grupo había retuiteado, acompañándolo de un comentario bastante mezquino, un tuit de otra del grupo contrario, y que eso había dado lugar, en ambos bandos, a sendas reacciones en cadena de tuits subliminales o alusivos —los llamados «subtuits»— y represalias y excavaciones de tuits racistas del pasado y atrincheramientos micropartidistas, nada de lo cual llevaba a ningún lado, salvo a preparar el terreno para enfrentamientos posteriores y evidenciar cuán lejos estaba todo el mundo de alguna redención posible, lo cual regía especialmente —obviamente— para mí.

Imagínate explicarle todo eso a mi madre —que estaba ahí en su rincón chutándose con veneno farmacológico—, debiendo salvar la sima generacional y una barrera lingüística que impedía subir mucho el nivel de abstracción. Es precisamente el hermetismo de esa enfermedad de «postear» lo que tan atractiva la vuelve: lo complicado que resulta referir cualquier suceso concreto de internet sin presentar historiales detallados, subculturas asociadas y antecedentes. Y, aparte de eso, la «metainfo» de la plataforma en cuestión: las connotaciones de bloquear *vs.* hacer un «bloqueo blando» *vs.* silenciar, de dirigirse a alguien por privado *vs.* mencionar a ese usuario expresamente *vs.* aludir a él indirecta o solapadamente en un «subtuit», de poner la cuenta en modo privado *vs.* desactivarla *vs.* suspenderla… (todas esas señales no

codificadas y desaires tácitos que dan lugar a infinidad de pifias). Aquello era una cultura como de salón literario, y el signo azul de verificación, una especie de marca de nacimiento pintada.

Detrás de todo, yo sabía que mi madre simplemente quería saber qué estaba haciendo, entender algo sobre ese infierno plano de líneas de píxeles que yo me dedicaba a recorrer dieciocho horas diarias. De modo que le dije: «Sí, es una amiga mía».

Pero en fin, en fin, en fin. La cosa es que mi entusiasmo por el post convencional terminó en el instante en que me hice viral por vez primera con…

> …los dos únicos tamaños de yogur son «yogur insuficiente» y «enhorabuena capullo, ahora tu vida es yogur»

Cuando publiqué aquello, llevaba tres días sin comer otra cosa que yogur y fiambre y me salían esas típicas cagadas que son pura espuma. Me retuiteó Mara Wilson y eso hizo que el número de *likes* alcanzara cinco cifras. La experiencia de atraer una mirada colectiva era como que se estuviese deteniendo en ti el Ojo de Sauron. Estampidas de aprobación, halago, desdén, invectiva. Yo odiaba que me gustara gustar. El hecho de que me rozara siquiera la atención de unos pocos cientos de miles de almas bastaba para sumirme en un estado disociativo, para imaginarme escribiendo más tuits que tuviesen el mismo efecto y caer en la parálisis por tales expectativas. Empecé a sentir, en la práctica, cómo podría ser realmente no tener un yo. Aquello de Emerson del hombre que lleva el «día santo» en el ojo y es capaz de aguantarles la mirada a millones de personas, ya sabemos quién es ese gilipollas hoy: es PewDiePie, es MrBeast. Yo ahora veía el peligro de inventarte un personaje para sustraerte a todas las imposiciones y acabar, en cambio, grabándotelo a fuego en tu propia persona. (No en vano lo llaman «marca»…).

Ya no quería, ni siquiera, representarme yo a mí. Decir cualquier cosa, lo que fuese, desde un único punto de vista monofónico —incluso anónimamente—, empezaba a incomodarme muchísimo. Conque di a luz a toda una camada de cuentas alternativas. (La

mayoría en Twitter, algunas en otros sitios). Las que mejor funcionaban eran las cuentas paródicas. La primera fue @HoleFoods, que consistía en ir a restaurantes y, en lugar de valorar el servicio o el ambiente o la comida, subir fotos de la cagada del día siguiente (especificando duración, ruido, olor, sensación del culo, catalogación según la escala de heces de Bristol, etcétera). Durante un tiempo estuve publicando, con @AFABproblems —nombre asociado: Tomas Transtrënder—,unos tuits supermiérder —tipo «los bisexuales le están echando sal a la comida 🤣»— para poner a prueba ciertas teorías que tenía sobre las reacciones de los usuarios. @GenXMoods funcionó bien porque era facilísimo cabrear a la gente de la generación X (que, no obstante su pose de desafección, es la cohorte demográfica que tiene la piel más fina). Diversión, indignación, simpatía, deseo…: todo servía igual de combustible. Con las cuentas cebo, siempre era entretenido jugar: realmente os hice creer a todos que Chris-Chan existía. Fue cosa mía también Chrissy Teigen. O, mejor dicho, @chrissyteigen mientras la auténtica Chrissy se limitaba a seguir la corriente… (No hemos hablado nunca).

¡Ah!, y ahora acabo de acordarme de una de mis favoritas: @Probl_O_Matic. Al darme cuenta de que los tuits reprobatorios solían ser tan parecidos, que eran fáciles de automatizar, improvisé una aplicación en la que podías meter un nombre de usuario y entonces @Probl_O_Matic te peinaba el *timeline* enterito de esa cuenta en busca de improperios, de *likes* a tuits ofensivos, de perfiles de ultraderecha a los que siguiese, etcétera, y entonces te generaba un copipega con las tres meteduras de pata *top* que aparecían y con la foto de perfil también. Si alguien decía cualquier cosa molesta, era cuestión de segundos encontrarle alguna letra de rap desafortunada, o cierta solución al «problema de los sintecho», o determinada opinión sobre el cuerpo de una celebridad… Lo bueno es que cualquiera que haya estado en la red ya un tiempo tendrá por fuerza trapos sucios: cada publicación es como hablar con la policía. Y una vez que la gente está detrás de ti, los trapos sucios

sacan más trapos sucios y es realmente como si estuvieras en búsqueda y captura: cualquier vestigio de tu pasado se examina con el máximo cinismo a fin de aducir nuevas pruebas de tu maldad. Hacía aquello mil veces de veces al día y jamás me preocupé de que pudiera volverse contra mí porque, para que te cancelen, hacen falta las dos cosas de las cuales yo carezco por completo: identidad y vergüenza.

Yo solamente buscaba divertirme. Aquello era una afición, no una cruzada. En cuanto a eficacia, además, la cancelación es un instrumento romo, aparte de inadecuado. (Yo digo que recuperemos los duelos). Pero qué bueno encontrar una forma de venganza accesible por wifi. Algún demagogo —o algún zopenco— se aferra con una vehemencia un poco excesiva a su visión del mundo o bien refiere, en términos jactanciosos, alguna situación en la que tuvo unos modales, digamos, «cuestionables»…, y hete aquí que surge su legado: se le designa antagonista global automáticamente. El linchamiento en redes es un sacrificio ritual: los males colectivos concentrados —y purgados— en un único pecador ejemplarizante. (Como la Dama Caimán, como el Papá Alubia). La mera frase *«himbo* es capacitista» hace que mis terminaciones nerviosas centelleen cual fiesta de Diwali. Por fortuna, en el tribunal de la opinión pública, cada cual es su propio abogado incompetente. Has defendido en conciencia, por poner un caso, que subir el salario mínimo incentiva el trabajo infantil —o que tener un gato en un piso te convierte, en términos morales, en un Josef Fritzl—, y a la hoguera que vas. El que es listo se marcha pegando un portazo. Pero los que merecen la pena son esos patanes intrépidos y esos catetos apantallados que se aprietan los machos y allá que se lanzan con todas sus fuerzas, que triplican el envite y reconfiguran la totalidad de sus sistemas de creencias en función de sus opiniones más estúpidas —únicamente para evitar reconocer en público su error—, descubriéndose al término del día en el desempleo y divorciados, con cincuenta mil fanáticos de Blackpink escribiendo en el cielo con avionetas su número de la Seguridad Social.

Pero hasta aquello seguía sin bastarme. Lo único que hacía era ir desperdigando siempre el mismo número exiguo de tuits entre unas pocas cuentas, mientras que yo, lo que quería, era trolear a lo grande, dar capones con la barbilla a la Tierra, que me oyeran —pero no me viesen— por doquier. Entonces tuve, por fin, la gran idea. Mi error había sido dar por hecho que la trampa de la identidad solo podía eludirse con oscuridad, con anonimato: maquillaje blanco, lenguaje correcto, falsas virtudes. Mi vida entera demostraba, sin embargo, que aquello no era cierto. Los de la residencia universitaria autogestionada tenían razón, después de todo: no puedes no identificarte. Y, así, como no podía no ser nadie, iba a ser todo el mundo. Me iba a convertir en el contexto mismo. Solo necesitaba más vidas. Tras tanto tiempo desesperando por que me entendieran, me hice maximalista de la tergiversación.

El plan era, primero, socavar la confianza en que cualquiera con quien interactuaras en la red existiese de verdad… y luego desnaturalizar tan a conciencia el discurso —atestando el lugar de conductas bizarras y de tomas de posición horripilantes— que nunca nadie volviese a tomar en serio sus fundamentos. Inundar la zona de clones, hacer tan manifiesto lo visible que nadie contara ya con que quedase, debajo, nada. (Aceleracionismo de la identidad, en resumidas cuentas).

Para «descontener», para *soltar* debidamente a mis multitudes, necesitaba operar a una escala mayor, conque hice acopio de cuentas muertas. Como las cuentas nuevas son fáciles de detectar como falsas, compré en la *dark web* inmensos conjuntos de datos con información de usuarios robada y los utilicé para apoderarme de cuentas que tuvieran más de tres años —y más de cien seguidores— y llevaran inactivas por lo menos un año. (Así me hice con unas doce mil cuentas). Luego me gasté unos quince mil dólares comprando seguidores para cada cuenta —a razón de unos cinco dólares los ocho mil seguidores—, e hice que las cuentas se siguieran entre ellas conforme a un esquema complicado y difícil de rastrear, hasta que

tuve, en total, como unos ocho millones de seguidores únicos, no duplicados.

Hecho lo cual, asigné a las distintas cuentas diferentes nichos —*fitness,* política, videojuegos, autodisciplina, crianza, estéticas diversas…—, y estuve unos meses esperando con paciencia mientras desarrollaba herramientas y métodos para automatizar la gestión de mis miles de yoes. Cuando hube terminado, empecé a generar posts con un modelo extenso de lenguaje —habiendo entrenado a cada cuenta con la referencia de cuentas populares del correspondiente nicho—,y fui publicando con un ritmo regular. Era fácil, porque los posts son formularios y aforísticos. Aparte de que, en el diseño de videojuegos, eso que llaman IA suele incluir su buena dosis de estupidez artificial. Un bot que tenga un objetivo y unos reflejos perfectos resulta, en efecto, imbatible, por lo que los diseñadores de los juegos tienen que ponerles trabas. Y la mayor parte de mi trabajo tedioso era, análogamente, enrudecer las publicaciones o darles un aire más zafio. Dispuse alertas que me avisaran de cualquier post que se hiciese viral, en cuyo caso intervenía tratando siempre de orientarlo todo en la dirección más tóxica concebible.

La complicación de tratar cualquier cosa relativa a las redes sociales reside, más allá del bochorno —pero eso quedó atrás hace ya mucho—, en que ningún relato podrá igualar jamás la fascinación de ir viendo cómo evoluciona el asunto en vivo. La promesa y el suspense de los nuevos acontecimientos —por no hablar de las ocurrencias y los disparates que te entretienen en los compases de espera—, todo eso se pierde al contarlo después. Voy a referir, así y todo, un incidente que ilustra lo que estoy diciendo y que se suele denominar ora «Pelotón de Fusilamiento de la Paja en Grupo», ora «El Cáncer».

Hace unos años, @LOVERS_TIF —que era una cuenta con menos de mil seguidores— tuiteó:

> reto: que timothee chalamet me entre por la garganta hasta las tripas y luego se salga

Aquel post no trascendió hasta dos días después, cuando una cuenta verificada con más seguidores —@lemondroppe, una alumna de grado de la Universidad de Virginia cuya fama venía dada, sobre todo, por largos hilos dedicados a la crítica de literatura juvenil, y más concretamente por su opinión de que eran los adolescentes, y no los adultos, quienes tendrían que encargarse de publicar tal tipo de literatura— lo retuiteó con el siguiente comentario:

> esto es repugnante, timothee es un crío!! no lo metas en tus viles fantasías  qué fuerte que haya gente que no sepa consumir ningún tipo de contenido sin sexualizarlo, cómo se os nota 

Cuando esto llegó al gran público, alguien señaló que Timothée Chalamet tenía veintiún años cuando se estrenó en cines *Llámame por tu nombre.* @lemondroppe replicó que el objeto de las reacciones del público era Elio, el personaje ficcional de diecisiete años que el actor encarnaba en la película de Guadagnino —no el propio actor—, y que, de todas formas, más allá de cuál fuera la edad legal de Chalamet, muchas de las personas que expresaban su atracción por él estaban en la treintena, lo que suponía una diferencia de edad problemática. Como siguieran presionándola, @lemondroppe entró al trapo con todo:

> vamos a ver aunque fuera el timothee de la vida real, sus facciones responden muy claramente a las de un menor y expresar abiertamente vuestra atracción por él es una extravagancia absoluta y un dislate cantosísimo; se os ve el plumero, pedófilos 

Este parecer tuvo mucha circulación durante aproximadamente un día —y fue ampliamente desdeñado como ejemplo de la histeria moral imperante en Tumblr—, hasta que otro usuario, @PlatoFunFactory, descubrió, en el *feed* público de Facebook de @lemondroppe —revelando, de paso, que @lemondroppe no era ninguna alumna de grado, sino una señora ruso-estadounidense de treinta y cinco años que trabajaba para el Servicio Forestal en

Tupelo, en el estado de Misisipi—, la siguiente publicación de dos años antes, la cual incluía una imagen de Patricio Estrella —el de *Bob Esponja*— con medias de rejilla:

> vale pero reconóceme que con patricio estrella en plan mami dominadora sí que te lo harías, o no?

Fue con el subsiguiente debate como la mayoría de la gente se introdujo en el tema. Primero preguntaron si el canon de *Bob Esponja* había establecido definitivamente la edad de Patricio Estrella en los trece o en los treinta y ocho años. Hubo quien planteó que sexualizar a un personaje de dibujos animados para niños de cualquier edad era como mínimo igual de malo que expresar deseo por Timothée Chalamet. En su propia defensa —y desviando la atención de su impostura al hacerse pasar por una alumna de licenciatura—, @lemondroppe argumentó que ella estaba expresando su agrado no por el propio Patricio, sino por sus botas de cuero con tacones altos y por sus medias de rejilla, y que las reprobaciones de tal agrado no eran sino proclamas homofóbicas en clave.

Se encargó de revivir la tempestad, pasados meses desde que amainara, @PlatoFunFactory, quien para entonces dedicaba todos sus esfuerzos a la denuncia de @lemondroppe. @PlatoFunFactory había descubierto en sus pesquisas que aquella publicación sobre Patricio Estrella había sido, en realidad, plagiada de un post tres años anterior de una usuaria negra —@trina_everdeen—,y montó una campaña contra @lemondroppe por perpetuar esa tendencia de que la gente blanca les trinque contenidos a creativos negros. @lemondroppe y sus partidarios replicaron que, si aquella publicación era robada, entonces la acusación inicial de sexualizar a Patricio Estrella era papel mojado, y que el hecho de que @PlatoFunFactory saltara en seguida a reprocharle a @lemondroppe otra cosa demostraba que su auténtico plan era hostigar a las mujeres para que se fueran de la red. Corroboró @lemondroppe tal aserto con tuits antiguos de @PlatoFunFactory en los que este

usuario criticaba *remakes* de franquicias cinematográficas populares protagonizados por mujeres, añadiendo además que se estaba cebando con ella por ser una conocida defensora de los hijos medianos. Para entonces a @lemondroppe le había dado bastante buen resultado compartir sistemáticamente las respuestas obsesivas de @PlatoFunFactory, y muchos de los seguidores de aquella convenían en que la fijación de este era dudosa y excesiva. Las críticas de @lemondroppe solían dar por hecho la raza y el género de @PlatoFunFactory y sus simpatizantes. («BLANCO y en botella de qué color tienen la piel LOS que defienden a este tipo👀»).

Era verdad que @PlatoFunFactory tenía un grupo de seguidores —más pequeño y mayoritariamente masculino— que no tardó en dedicarse con un tesón equivalente a hostigar a @lemondroppe y a especular sobre su vida personal y sobre sus motivaciones ocultas, recurriendo a temas conspirativos. Y uno de los más fervientes incondicionales de @PlatoFunFactory —@realcarsonVEVO— empezó a propagar el relato infundado de que @lemondroppe dirigía una red de tráfico de menores, utilizando su interés por la literatura juvenil y su personaje de estudiante universitaria para ganarse la confianza de los niños. Después de lo cual colgó en la red el número de teléfono y la dirección postal de ella, así como una imagen de su casa de Google Street View. Semejante escalada llamó la atención de los medios de comunicación digitales, que publicaron entrevistas que le hicieron por correo electrónico a @lemondroppe sobre la naturaleza de las campañas de acoso en línea. Un periodista adujo indicios, en el popular boletín informativo que distribuía por correo electrónico, los cuales parecían sugerir que detrás de @PlatoFunFactory y @realcarsonVEVO estaba la misma persona. Había encontrado, dicho periodista, dos cuentas de Pornhub que, teniendo el mismo nombre de usuario, se seguían entre ellas y no seguían a nadie más. (Aquella revelación llevó al descubrimiento accidental de que @PlatoFunFactory era un entusiasta del «vore» con mujeres gigantes).

Llegado este punto de ebullición, otra usuaria —@LENA_GUNDAM— dio un paso al frente en un largo hilo de tuits para anunciar que había sido novia de @PlatoFunFactory, cuya identidad reveló como Chaz Yin —alias Chumpa—, conocido *streamer* de Twitch famoso por dictar unas erráticas conferencias sobre filosofía griega mientras fumaba maría y jugaba al *Spelunky,* ocultando su rostro tras una máscara de plástico de Bob's Big Boy. Aireaba @LENA_GUNDAM, en su hilo de tuits, una larga historia de maltrato doméstico consistente en un comportamiento tiránico y unas amenazas de violencia y un control de su vestuario y de su agenda típicos…, pero también en obligarla a preparar para él —cosa ya menos típica— tres veces al día los mismos platos taiwaneses que le solía preparar su madre. (Aparte del hecho de que llevaba la máscara de Big Boy en la cama…). @PlatoFunFactory, @realcarsonVEVO y la cuenta de Twitch de Chumpa desaparecieron de las redes poco después.

Muchos contaban con que @lemondroppe celebraría bien a bien la caída de quien llevaba tanto tiempo hostigándola. Su cuenta, sin embargo, estuvo en silencio prácticamente una semana —algunos llegaron a preocuparse incluso por su bienestar—, hasta que salió con un sorprendente post de regreso: una serie de capturas de pantalla de una aplicación de apuntes en las cuales revelaba que, de niña, @LENA_GUNDAM la maltrataba *a ella.* Ambas asistían, en efecto, al mismo instituto de la localidad de Eau Claire y @LENA_GUNDAM, que se llamaba Harmony Dench, la sometió a un *bullying* implacable por su acento ruso, llegando, en una ocasión, a robarle de la taquilla la insulina por pura maldad y obligándola, al cabo, a cambiarse de colegio. Los seguidores de @lemondroppe trasladaron el foco de su ira desde @PlatoFunFactory a @LENA_GUNDAM, montando una campaña para conseguir que la despidieran del empleo que tenía en el departamento de Recursos Humanos de una distribuidora de plásticos. Un contingente de seguidores de @lemondroppe acusó a @LENA_GUNDAM de intolerante y prejuiciosa, lo que derivó en un notable debate

secundario sobre si la rusofobia constituía racismo o no. @LENA_GUNDAM reconoció que efectivamente habían asistido ambas al mismo instituto, pero no contraatacó negando el *bullying,* sino subiendo un enlace a un enorme repositorio de *fan fiction* —en plan *crossover*— sobre *Cowboy Bebop* que @lemondroppe había escrito cuando tenía veintipocos y evidenciando, con un nivel de respaldo textual impresionante, que las visitas de Spike Spiegel a otros planetas incurrían clarísimamente en los tópicos del salvador blanco y del buen salvaje, lo que llevó a una cansina reapertura del debate sobre la etnicidad de Spike. @lemondroppe, aunque perdió seguidores, acusó a @LENA_GUNDAM de continuar con su patrón de *bullying.* Ninguna se bajó del burro y ambas cuentas siguen activas. Este incidente se sigue aduciendo a día de hoy —parcialmente, o en su totalidad— como metáfora del carácter fraudulento de los debates de internet.

Ahora bien, ¿que por qué saco a relucir, a estas alturas, huevonadas tuiteras de hace años? En primer lugar —y esto es lo más importante—, porque *me parto.* Pero además resulta que detrás de todo aquello estaba yo. Yo generé las fotos de perfil, creé las cuentas de Pornhub, escribí la *fan fiction,* contraté al actor que emitía en *streaming* bajo el nombre de Chumpa… Yo escribí muchas de las opiniones indignantes sobre los distintos incidentes —y borré también muchas—, y yo hice las capturas de pantalla de lo borrado y las colgué. Pues la manera más fácil de lograr que la gente haga en internet lo que tú quieras gratuitamente es hacerles creer que lo tienen prohibido. (Y aquello fue solo una operación concreta que duró unos cuatro meses; lo normal es que tuviera abiertas cuatro o cinco operaciones en paralelo). Cada post, cada cuenta, todo fui yo. Aunque el debate que aquello suscitó —las reapariciones de El Cáncer—, eso fuiste tú.

A menudo me pregunto si es eso lo que quiero hacer: pasarme el año en casa, en una silla, inventándome personas imaginarias. A veces veía publicaciones de gente con sus amigos en parques de esculturas o en aguas termales con *yuzu* y empezaba a sentir…

como que aún yo no le he quitado el retractilado a mi vida; me empezaba a poner ante los ojos toda esa diversión que no he tenido y terminaba sintiéndome como un experimento mental. (Como eso del «zombi filosófico», o lo del «hombre del pantano», o lo del «cerebro en una cubeta» o lo que más te guste). Pero yo sabía que aquello era teatro, que todos esos contenidos *lifestyle* que la gente colgaba eran pura propaganda de puertas para afuera. Y una cuestión de orgullo, en el mejor de los casos. (A mí no me la dan). Cuando mi madre se hubo muerto, me mudé a Nueva York…, y dime solo una razón por la que fuera yo a salir a la calle en esta hedionda isla de calor, con su pátina de sudor de polla y lefa de rata en cada torniquete, con sus navajeros que te rajan la cara, sus socavones, su metal chirriante, su polución química, su actualidad local, su climatología y sus deportes. Hacer a mi envoltorio de protoplasma esperar en fila para comprar *bagels,* o beber hielo derretido de un vaso rayado en un bar, todo eso se me antoja tan estático y vestigial… Internet es claramente mejor: allí no hay partes aburridas y rige la humillación democrática, con todo el mundo acuclillado detrás de mirillas… y de *glory holes.*

Estarás preguntándote si sigo en la brecha. Lo dejé durante el COVID. ¿Que por qué? Bueno…, ya antes había empezado a conocer los primeros mordiscos salvajes del tiempo. Teclear diecinueve horas diarias me ha convertido las manos en apretados sacos de gravilla, y cuando cierro el puño, suena como si estuviera estrujando plástico de burbujas. Tengo las muñecas calientes e hinchadas; los meñiques, fríos y entumecidos. Y luego está el estrés mental: siento la cabeza como el filtro de pelusas de una máquina secadora, con un ardiente viento árido soplando todo el día a través de ella hasta obturarla con una capa como de caspa gris. Extrañamente, he llegado al punto en que mi depresión es demasiado grande como para andar trasteando por internet, que es lo mismo que tener demasiada hambre como para comer. Y tampoco es igual de divertido con todo el mundo encerrado en casa… Ves a personas con el cerebro completamente incólume y sabes que esa gente en

realidad no podría *valorar* como es debido qué supone que te hostiguen. ¿Qué perderían ellos si se fuesen? Pero lo que acabó de matarme las ganas fue el éxodo al vídeo. He estado haciendo pruebas con un método para crear contenidos *deepfake,* pero es lento y aburrido y, más allá de eso, siento como si internet me hubiera traicionado al exigir de repente un cuerpo y con él un rostro, una raza, un lugar…

Muchos de mis bots siguen activos. Si estuviste en la red en algún momento entre 2014 y 2019, con alguno te encontrarías seguro: con un *tankie* con avatar de Naruto diciéndote que los restaurantes son reaccionarios; con un caballero llamado Piccolo Tha Pussygetta pidiéndote una cantidad equivalente a un tarro de potitos de sudor de tus tetámenes; con una cuenta de fan de *Totally Spies!* que amenaza con autolesionarse, desaparece… y vuelve a aparecer a los tres meses con una recogida de firmas para que hagan un *remake* de *Totally Spies!* Y la elección de Trump…, estoy de coña: eso no fui yo. Fue una camarilla de palurdos ultramontanos dedicados a la mera propaganda. (Una broma comparado con los informativos de la televisión por cable). Pero prácticamente cualquier otra figura lo bastante terrible para que pensaras que no podía ser real, soy yo.

Ahora te estarás preguntando que, si me importaba la privacidad —si de verdad quería que no me detectasen, que no me describiesen, que no me representaran—, ¿por qué destapar el juego? Pues mira, algún brillante y aburrido experto en datos habría terminado desentrañándolo todo, antes o después. Y entonces se habría armado el típico cristo para descubrir mi identidad y mis motivos, con investigaciones a fondo en YouTube, etcétera. Es un tipo especial de frenesí el que se produce cuando se filtran secretos. No es tanto el contenido, como la forma, lo que genera intriga. Es tan común —y está tan incentivado— que la gente comparta su insana vida interior que cualquier información que no se ofrezca de manera voluntaria parece que estuviera ocultándose deliberadamente. Mientras que si yo confesara haber cometido una masacre, el foco ya estaría en otra cosa en menos de una semana.

Otro residuo puritano, pienso yo: ese reconocimiento forzoso de la culpa seguido de un escarnio purificador… (Aunque, claro, ¿cómo no iba a pensar yo eso, siendo del oeste de Massachusetts?).

Entiende que esto no es ninguna confesión. Nunca he llegado a comprender lo de disculparse en redes, esa idea de que tienes algún tipo de obligación para con desconocidos que no se ven afectados, y que a lo mejor ni siquiera se habrían enterado de lo que sea que hayas hecho, de no ser por tus disculpas. Supongo que nos sentimos responsables de la imagen de nosotros mismos que hemos instalado en las cabezas de la otra gente. Pero la verdadera obligación de rendir cuentas requiere una comunidad. Internet te permite conocer gente, pasar el rato, ligar, conocer a tu alma gemela…, pero no es ninguna comunidad. En una auténtica comunidad, cuesta disolver los vínculos y es necesario mantener los antagonismos: hay continuidad y vecinos inevitables. En internet, con sus millones de soledades irrumpiendo de pronto en la existencia y esfumándose —soñando cada una a las otras—, la «realidad consensual» es menos una realidad consensuada que una realidad hecha a base de consenso. Con la identidad sucede igual, con esa idea de que una casilla de formulario es un túnel de servicio que lleva al alma de un desconocido… (La gente siempre va a sucumbir a eso).

Es un error creer que, en las redes sociales, todo se reduce a corazones y pulgares, llamas y berenjenas. Si todo el mundo estuviera solamente intentando gustar, el asunto sería más amable… y muchísimo más aburrido. Pero el discurso es soledad disfrazada de guerra. Lo que la gente allí realmente quiere es ser percibida en sus propios términos. Esto es tan *tan* gracioso… Porque si la gran promesa de internet era ser quien tú quieras, en realidad es internet quien va a hacer de ti lo que él quiera. Y detrás de cada máscara, hay otra máscara confundida con un rostro.

No puedo explicar por qué creo que la privacidad es el resorte principal del «estatus de persona», digamos; que, cuanto más desvelas, menos hay por desvelar; que la única manera de pasar por un salón de espejos y saber, al cabo, qué reflejo es el auténtico es

desorientar. De ahí que lo que has leído no sea canon. Yo escribí, desde luego, un relato canónico, pero no lo utilicé sino de referencia sobre la que entrenar a un modelo de lenguaje con el cual generé 230 variantes (difiriendo, cada una, en torno a este o aquel eje identitario o biográfico crucial). Con dichas variantes inundé hasta los rincones más profundos y oscuros de la red: Craigslist, Pastebin, Nextdoor, Imgur, grupos abiertos de Facebook, reseñas de productos, foros de videojuegos, servidores de chat, secciones de comentarios de noticias locales, listas de distribución de correo electrónico… Lo único que todas las versiones tienen en común es este párrafo. Mirando ahora por encima unas cuantas versiones, veo que en algunas mi madre está muerta y con mi padre tengo una relación cercana y reconfortante. (O están ambos vivos, o son ambos blancos). En algunas, Kant es un apuesto pero melancólico ejecutivo del sector tecnológico con marido y un hijo, o bien un chamán neotrascendental que trata el trauma con alucinógenos. (O bien está muerto). Yo soy la médico y la mamá que mi madre esperaba que fuese, una orgullosa iraní-guatemalteca… o estadounidense-tailandesa, ghanesa-irlandesa, «dos espíritus», diabética, alta, mentalmente normal, varón, novelista, chef, suicida. Craig es —o no es— mi marido y resulta que maduró —se convirtió en un adulto en sus cabales capaz de una empatía genuina—, o que al final consiguió reducirme, por agotamiento, a aquella docilidad que yo siempre temía que fuera mi destino. Ninguna de todas las variantes es ni más ni menos fáctica que la que estás a punto de acabar. Es imposible que nadie me represente —redundantes todos los demás relatos ya— de ningún modo en el cual no me haya representado yo primero. (Aunque en términos más amplios voy a parar, por supuesto, a que toda persona viva es una representación distorsionada). En mi apoteosis de humano a *spam,* me he asegurado de que los hechos —que ciertamente existen— estén desperdigados por miles de millones de variaciones y resulten perfectamente inverificables. Esto es lo que me ha estado ocupando mientras busco el próximo lugar donde no ser nadie.

De manera que, si crees en la realidad de la gente de internet —de las almas representadas por cuentas—, en tal caso yo os supero, de lejos, en número a todos (sin necesidad de nadie más). Estas palabras, sin embargo, de algún sitio tuvieron que salir…

¡Enviar!

Apéndice A: Post mortem

por mh-Sleuth

Acercándonos al momento presente de esta saga, la historia prolifera; donde cabría albergar la esperanza de salir por fin al claro de un desenlace, nos adentramos, en cambio, en una espesura de teorías. Desde El Post, nadie ha confirmado ninguna nueva actividad de ninguna de las cuentas que se asocian a Bee, pero podemos decir que la explosión de interés que ha habido tanto en el seno de la comunidad de la *Botkin* como allende esta, ha generado más contenidos que los propios planes que dieron origen a todo.

Siendo tal la abundancia de teorías —y tan acalorados los pifostios a propósito de la autenticidad—, he decidido simplemente incluir todas las que se conocen, ya que no puedo descartar ninguna sobre la base —arbitraria— de que goce de mayor aceptación o de que a mí personalmente me resulte más o menos verosímil. Esto supone incluir lecturas hechas con mala fe, conjeturas chifladas y lo que a todas luces son bromas. (Incluso tales propuestas podrían dar lugar, en algún momento, a enfoques valiosos). Al mismo tiempo, habida cuenta del amplio rango de variabilidad de las teorías en términos de rigor y prevalencia, encuentro apropiado deponer aquí las apariencias de estricta objetividad.

He de ocuparme, antes de empezar, de las previsibles acusaciones —surgidas tras el anuncio de mi participación en la presente guía del *Botgate*—, a saber, que formo parte de la conspiración. Me encuentro en el clásico dilema de la era digital, donde alimentar esa hambre de verificación característica de internet

no podría sino suscitar un hambre mayor todavía. (Colgar un vídeo de mi propia persona podría provocar, por poner un caso, acusaciones de *deepfakes* y así sucesivamente). No considero que yo tenga la obligación, para con nadie, de realizar un ejercicio de transparencia tan extremo como hacer públicos mis propios datos personales. Siendo, sin embargo, precisamente la identidad y la epistemología los temas que aquí están sobre la mesa…, pues venga acá ese cáliz (si se me permite la expresión). Sigue el enlace a un vídeo recopilatorio en el que aparezco sosteniendo periódicos del día, así como un enlace a una cuenta mía verificada de redes sociales donde he colgado lo mismo, y además un artículo en caché —conservado en Archive.org— del periódico estudiantil de mi instituto que incluye una fotografía del equipo de tenis de cadetes en la que claramente se me reconoce.

Vamos, pues, con las teorías. Voy a intentar contextualizar debidamente, sintetizar las distintas posturas en términos plausibles y poner de relieve los puntos en disputa. Recuérdese que las teorías que siguen se refieren exclusivamente a la Versión 1 de El Post, que ha sido, no obstante el alegato de Bee, la que ha recibido más atención crítica y ha adquirido un estatus «canónico» entre muchos miembros de la *Botkin.*

Teoría del maestro titiritero. Esta teoría toma al pie de la letra las afirmaciones del autor, a saber, que el responsable de todo —desde la producción de los posts hasta la orquestación de miles de cuentas bot— es una única persona estadounidense-tailandesa llamada Bee cuya autobiografía también se considera más o menos fidedigna. Cuáles fueran exactamente los motivos y métodos de ese «maestro titiritero» ha dado pie a numerosas subteorías ulteriores. Algunas de ellas han provocado auténticos cismas entre distintas facciones de la *Botkin,* pero la mayor parte de los partidarios de esta teoría sostiene que el referente de «Bee» es una persona (o agrupación de personas) específica real.

Esta teoría debe su atractivo ni más ni menos que a la extensión —y al nivel de detalle— de El Post, aunque pocos elementos hay que la corroboren. Todas las tentativas de identificar a alguna persona estadounidense-tailandesa originaria del oeste de Massachusetts llamada Bee —o bien Kant— han resultado vanas. (Después incluso de que el usuario hnggggnnhh confeccionara su lista maestra de lo que él asegura son todas las personas tailandesas de cuya presencia en los Estados Unidos hay constancia; véase el «Apéndice F»). De todas formas, en la cultura tailandesa el estándar es que a las personas se las llame, sobre todo, con un apodo informal; y es posible que Bee se sirviera de seudónimos, dado su gusto declarado por la privacidad. Muchos han señalado también que generar 230 textos de unas veinte mil palabras con los modelos de lenguaje actualmente disponibles —como Bee afirma haber hecho— llevaría más de doscientos milenios. Pero tampoco hay pruebas de que tal fuese verdaderamente la cantidad producida.

Sobre esta teoría, si bien no ha sido demostrado nada, nada se ha desmentido tampoco de manera concluyente. La principal objeción que se le pone es esta: que, aun habiéndose efectivamente usado inteligencia artificial, los miles de versiones de El Post hasta la fecha descubiertos presentan siempre una narrativa más coherente y «humana» que la que cabría esperar produjera ningún modelo de lenguaje existente. Esto sugiere una labor de revisión, de edición de tales textos.

Teoría de Espartaco. La teoría de Espartaco sostiene que lo que el autor de El Post se atribuye para sí es una obra de *fan fiction* participativa descentralizada, no coordinada y colectiva. O bien directamente no había nadie llamado Bee, o bien la participación de Bee se limita exclusivamente a desencadenar la actividad relativa al *Botgate.* Teniendo en cuenta el modo similar en que han florecido teorías y movimientos conspiranoicos orgánicos de internet —tipo QAnon—, resulta fácil creer que, de todos esos miles de personas que habrían participado en el plan de Bee —y en su posterior

análisis—, es indudable que al menos algunas participaron sabiendo perfectamente lo que hacían (ya fuera en serio o en plan de bulo).

Las cuestiones centrales que esta teoría suscita —las cuales han sido discutidas hasta la saciedad— tienen que ver con el alcance y la intención. No es imposible imaginarse que exista un maestro titiritero y, además, un ejército de reclutas arrastrados por la corriente. Pero no ha llegado a haber consenso sobre la relación entre ambos, ni sobre los motivos de cada individuo participante.

Teoría «autorial». Esta teoría sostiene que, detrás de los posts de Bee, hay un autor concreto. Y no se trataría de ningún complot para adulterar el discurso identitario —como sostiene Bee—, sino de un texto interactivo multimedia, de una obra de arte performativo digital, de un juego de realidad alternativa o de una estratagema publicitaria. La subvariante más aceptada de esta teoría plantea que El Post fue un experimento literario (como en 2022 propuso el usuario GlassJawn publicando, en el foro, lo siguiente):

> amigos, dios sabe que si algo nos sobra aquí son falsos positivos, pero por estas que creo que he dado con la identidad real de Bee/@MadonnaHaraway/etc. mi hipótesis es que todo es obra del novelista estadounidense-tailandés TONY TULATHIMUTTE (en adelante TT). he aquí mis razones.
>
> BIOGRAFÍA: ambos son estadounidense-tailandeses que cursaron la misma licenciatura en stanford y que han vivido tanto en el oeste de massachusetts como en san francisco y en nueva york. los detalles de la residencia universitaria autogestionada descrita en el relato de Bee se corresponden con una residencia concreta de stanford que TT se sabía frecuentaba. en cuanto a edad, se llevan solo unos años. todo lo cual sería, para mí, la «pistola humeante» incriminatoria irrebatible. ¿qué probabilidades hay de que alguien más responda a esta descripción?
>
> TRAYECTORIA: Bee refiere haber publicado unos cuentos que eran una «bazofia», con seudónimo masculino, hacia la misma época que TT; y la producción literaria de TT disminuye coincidiendo con los periodos en que

Bee tuvo más actividad en Twitter. la trayectoria de TT en los ámbitos de la tecnología, los videojuegos y la escritura de ficción, todo ello cuadra con el modus operandi de inventarse personajes de internet y narrativas digitales experimentales.

ANÁLISIS PERICIAL: en Twitter, las horas a las que las cuentas suelen hacer sus publicaciones —entre las 10 a. m. y las 2 a. m. UTC-5—, a grandes rasgos coinciden. (he hecho un diagrama de dispersión; @MadonnaHaraway et al. en rojo, @tonytula en azul). los dispositivos utilizados para las mencionadas publicaciones —Firefox/iPhone, con un cambio a Android en 2017— son idénticos. las publicaciones se ciñen a los mismos temas y a un estilo parecido de shitposts en minúsculas, siendo ambos extremos, ciertamente, fenómenos harto comunes; pero no dejan de constituir un elemento más. varias publicaciones, entre ellas el dichoso «post del yogur», figuran también en el timeline de @tonytula.

Las objeciones a esta subteoría tienen que ver principalmente con el hecho de que la cuenta de Bee plagió a mansalva de múltiples cuentas —no solo de la de TT—, y con el carácter estrictamente concomitante o circunstancial de las pruebas aducidas. Se arguye asimismo que este relato se basa tan solo en la Versión 1 de El Post, cuyo estatus canónico es materia de discusión. También se ha planteado la posibilidad de que Bee sencillamente sea fan de la obra de TT —siendo uno de los relativamente pocos autores estadounidense-tailandeses que existen— y que echase mano tanto de su obra como de su biografía a modo de homenaje. Luego están los que dicen, partiendo de la base de que Bee verdaderamente utilizó —según afirma en su relato— un modelo extenso de lenguaje, que a lo mejor simplemente entrenó a tal modelo con los escritos de TT, entre otros. (*Cf. infra* la «Teoría de la IA»).

Las defensas de esta teoría «de autor» giran en torno a la apropiación, por parte de TT, de una identidad autorial de género fluido para blanquear una serie de opiniones suyas que habrían sido criticadas, de hacerlas él a título propio, en cuanto que retratos distorsionados y ofensivos. Otros contraargumentaron que el uso de

heterónimos, y de la llamada «escritura a través de la diferencia», no solo era un lugar común, sino algo esencial en la literatura, y que el modo en que esa obra en concreto abordaba el asunto de la representación como su núcleo temático absoluto estaba justificado. (Por no hablar de que esa crítica regía, principalmente, para la Versión 1 de El Post).

Desde que GlassJawn introdujo esta teoría, muchos miembros de la *Botkin* intentaron confirmar directamente —fue en vano— la participación de TT, convirtiéndolo en seguida en el sospechoso número uno de dicha *Botkin.* Lideraba la ofensiva el mencionado usuario GlassJawn, quien, en su pesquisa pertinaz —en sus deconstrucciones prolijas de los escritos de TT en busca de significados ocultos—, no tardó en convertirse, a su vez, en sospechoso de ser otra de las cuentas alternativas de TT, creada supuestamente para suscitar interés por la magra y marginal producción literaria de este. La sospecha persistía después incluso de que GlassJawn organizara una retransmisión en vivo para mostrarse a sí mismo iniciando sesión y publicando algo desde su propia cuenta del foro. Ante lo cual, GlassJawn borró dicha cuenta.

El usuario kupopolis puso sobre la mesa la posibilidad de que el propio TT sea un personaje ficticio. En ninguna de las fotos, de las lecturas grabadas, de los paneles de discusión o incluso de las apariciones en radio y televisión se ha demostrado que efectivamente se trate de TT, y no por ejemplo de un actor o sustituto —como en el bulo de JT LeRoy en 2006—, lo que sería congruente con el uso, por parte de Bee, de actores contratados. Tampoco ha sido demostrado de manera *concluyente* que el TT de la vida real sea —si es que existe— la única persona que opera @tonytula, ni el único autor de sus obras publicadas. Y no podemos descartar que El Post, @MadonnaHaraway, @tonytula, TT y el resto de los personajes relacionados con el *Botgate* sean creaciones, todos ellos, de un «Autor X» todavía por desvelar.

NOTA DEL EDITOR: Las siguientes teorías «periféricas» se incluyen en aras únicamente de la completitud. Tómense con el debido escepticismo.

Teoría de la IA. Según el relato de la propia Bee, muchas versiones de El Post fueron generadas por modelos extensos de lenguaje. Algunos miembros de la *Botkin* han llegado a especular —siendo las referencias al respecto fundamentalmente memes en los foros— sobre la posibilidad de que Bee sea alguna forma de inteligencia artificial «fuerte» dotada de conciencia que haya empezado a usurpar cuentas humanas de internet como parte, acaso, de una campaña de desinformación encaminada a sembrar discordia como preparativo para una movilización hostil contra la humanidad. La subvariante «Teoría del reemplazo por IA» plantea la hipótesis de que el desenlace al que la inteligencia artificial aspiraba era, en última instancia, apabullar y expulsar de las comunidades de internet a los humanos a fin de crear una sociedad exclusiva de bots. El hecho de que las plataformas colapsarían de la noche a la mañana —pues perderían los ingresos por publicidad—, eso parece que no se le ha pasado por la cabeza a ninguno de los defensores convencidos de esta teoría.

Teoría de Gógol. Esta teoría sostiene que Bee es una suerte de ocultista digital —cuya empresa sería una mefistofélica recolección de cuentas inactivas— afín al Pável Chíchikov de la novela de Nikolái Gógol *Las almas muertas* (1842). Quienes propugnan tal teoría tienden a acabar sucumbiendo a un misticismo propio del llamado «pánico satánico» y a inferir abstrusos significados de la existencia «legionaria» de las múltiples cuentas y textos de Bee. Hay quien ve en el hecho de que Bee, en su niñez, vendiera su género, la prueba de un pacto fáustico. La relevancia de esta teoría reside fundamentalmente en que, debido al énfasis de esta en las variantes entre las distintas versiones de El Post, los usuarios han desarrollado sofisticados enfoques computacionales para analizar dichas variantes. Esto ha sido provechosamente extrapolado a otros análisis más serios (en la línea de la llamada «lectura distante»).

Teoría de China. Según esta teoría —que respaldan sobre todo contingentes reaccionarios de la *Botkin—,* el *Botgate* fue un componente más pequeño de una inmensa operación de guerra psicológica instigada por el Gobierno y el Ministerio de Seguridad del Estado chinos para controlar las cuentas de los internautas occidentales. El plan sería promulgar ideas y opiniones favorables al régimen del Partido Comunista de China, utilizando las cuentas como activos no tradicionales del servicio de inteligencia de aquel país, a fin de crear conexiones sociales con figuras mediáticas y políticas de Occidente, sembrar discordia haciendo más profundas las fracturas ya existentes en la política identitaria de los Estados Unidos o dar lustre a la imagen de los asiáticos en el mundo occidental.

Es una teoría a todas luces deslavazada y responde a esquemas xenófobos del llamado «peligro amarillo». La hipótesis de que exista un colectivo de supremacistas estadounidense-asiáticos migrantes que esté intentando dar glamur a su identidad más allá de los distintos orígenes nacionales claramente no encaja con la idea de una agenda nacionalista china, como tampoco la elección de un personaje tailandés (tratándose, además, de un personaje transgresoramente antiidentitario). Nada de lo cual ha impedido que esta idea siguiera calando hasta superar los confines del debate sobre el *Botgate,* adhiriéndose a teorías conspiratorias más amplias y conocidas que hoy circulan entre el gran público.

Apéndice B: Comentario

por mh-Sleuth

Como sucede con la mayoría de los misterios de internet, no es tanto que se haya enfriado la pista, sino más bien que los sabuesos se han aburrido y dispersado. Un mesías, de todas formas, nada puede hacer mejor que desaparecer. Confieso que, como tantos otros miembros de la *Botkin* que han seguido esta historia durante años, parte de mí albergaba la esperanza de que al cabo hubiera un

desenlace nítido y unívoco… Para otros, la incesante elaboración de teorías —por no hablar de los previsibles cotilleos erótico-románticos y emparejamientos múltiples de Bee, Craig, Zamira, Kant, la madre de Bee e incluso TT— sugiere un deseo de prolongar el asunto indefinidamente. Yo supongo que he pasado tanto tiempo investigando, contrastando hechos y compilando toda esta información como el que cualquier maestro titiritero podría haber dedicado a crearla. Llevo aquí, sin embargo, lo suficiente como para saber que un desenlace, una resolución…, eso es pedir demasiado; que cualquier historia de internet se limita a seguir avanzando a trompicones y resucitando y revisándose… hasta que el puro agotamiento de caer por madrigueras siempre te lleva a un ferviente deseo de encontrar un callejón sin salida.

Desde luego no soy la única persona dedicada a esto, y el interés ha contribuido lo mismo a la prolongación de este relato que a su disolución. Debo reconocer que he terminado cogiendo cariño a la(s) persona(s) que escribiese(n) El Post, sean tales personas quienes sean. (Si es que efectivamente son…). De hecho, creo que cualquier verdad resultaría decepcionante: es la lograda indecidibilidad de esa(s) persona(s) lo que yo admiro. (No cabe sino aprecio ante alguien dedicado a introducir misterio en el mundo sin esperar, que se sepa, ninguna clase de reconocimiento o beneficio…). Aun así, ¿qué pasa si damos crédito, si tomamos al pie de la letra a la persona Bee de la Versión 1? Aunque da la impresión de que la simpatía no sea su prioridad, podemos apreciar esa ironía clásica de que Bee se retire a internet para escapar de la cárcel identitaria… e instituya, en su lugar, otra cárcel nueva. O ese modo, si no, en que un relato de alguien que quería acabar con la práctica de identificarse con otros termina induciendo, a otro alguien, a identificarse con él. (O *como* él…).

En mis cientos de horas de investigación, a menudo he parado para cuestionar el valor de semejantes análisis exhaustivos… y no he sido capaz nunca de justificar, de una manera convincente, mi implicación en las vidas de esa gente a la que nunca he visto, una

gente que a lo mejor ni siquiera existe. ¿No estamos sino ante una versión popular de la telerrealidad? ¿O se habrá hipertrofiado ese instinto evolutivo de buscar pautas de comportamiento social observando e interpretando la actuación de otros, siendo así que ahora, en nuestros atracones de drama, vernos a nosotros mismos ver a otra persona vernos a nosotros se ha convertido en un fin en sí mismo? ¿En un fin sin fin?

Una de las asunciones comunes a cuantas teorías antes expusimos es que quienquiera que escribiese El Post lo hizo en la idea de llegar a un público multitudinario. Suponiendo que Bee exista, mi visión personal del asunto es que esa no fue nunca su intención: que Bee no se dirigía a ninguna multitud interconectada, sino a «millones de soledades». Pienso que a tal se debe que creara tantas variaciones, para que nadie lo pudiera consumir del mismo modo. Si «el discurso es soledad» —como leemos en El Post—, Bee ha confeccionado esa soledad a medida: cada una es para ti y para nadie más.

Quien esté tras este drama encontrará cierto consuelo —no obstante su famosa aversión a que le conozcan— en la sinceridad de nuestro deseo de conocerle. Aun en el caso —o especialmente en el caso— de habérnoslo inventado nosotros…

Dieciséis metáforas

Cachas un pez… y te lanza de vuelta.

* * *

Lanzas una pelota; ella la cacha. Se aleja y se la da a otro tipo… que incluso tú reconoces jugaría mejor a lanzar y cachar.

* * *

Te caes y gritas pidiendo auxilio. Una persona que está justo junto a ti podría haberte fácilmente cachado. Pero esa persona se queda resueltamente quieta y te dice, mientras pierdes el conocimiento, lo mal que se siente por no haberse movido.

* * *

Eres una manzana y no tienes ninguna tara (te parece a ti). Tienes el mismo aspecto, sabor y precio que las demás. Si tuvieses alguna tara, la Agencia de Seguridad Alimentaria lo habría cachado. Así y todo, debido a tu emplazamiento —o por cualquier otra razón, o sin que exista razón ninguna—, a ti nadie que vaya a la frutería va a tocarte y, cuando al cabo reparan en ti, estás tan podrido como siempre supiste que estabas.

* * *

Anda que no hay peces en el mar. Pero tú no eres un pez, solo un idiota feo que intenta cachar uno.

* * *

En un restaurante le sirven a la mujer de la mesa de al lado el postre que habías pedido tú. Miras con qué deleite se lo come. Te planteas pedir lo que ha dejado, pero eso no sería correcto, conque pides otro para ti. Te dicen que ese era el último, lo cual aceptas… hasta que ves que a la misma señora le llega el mismo postre otra vez y lo disfruta todavía más. Antes de que puedas cachar a un camarero para protestar, te ponen delante sin decir una palabra la cuenta, cobrándote a ti los dos postres.

* * *

Ella lanza una pelota; tú la cachas. Pero ella en realidad quería habérsela lanzado a otra persona: al tío de la metáfora segunda. Tú le entregas la pelota al tío —que no te reconoce—, y él te da con timidez las gracias… antes de salir corriendo con la chica.

* * *

Estás yendo al trabajo y una atractiva persona que conduce una moto se mantiene un instante a tu lado en la vía rápida, circulando a tu misma velocidad, durante el tiempo suficiente para que tú te imagines un escenario en el cual, de algún modo, vuestras miradas se cruzan y flirteáis mientras conducís, y entonces paráis en el arcén, habláis de cuando erais pequeños, empezáis a salir —después la cosa se formaliza—, os casáis, les contáis a vuestros niños lo de cuando os conocisteis en la vía rápida… Cuando esa persona cacha la siguiente salida, tienes la certidumbre de que lo ha hecho porque tus miraditas la han incomodado; pero nunca lo sabrás.

* * *

Eres un pez —uno de varios— y no quieres que te cachen. Te cachan, así y todo; te lanzan de vuelta… y ahora tienes que preguntarte por qué aquí la metáfora funciona del modo normal.

* * *

Ella cuenta una anécdota de la peor persona con la que ha salido nunca: unos dientes marrones terribles, enganchadísimo a la coca, unas uñas de los pies inmundas. Cachó incluso una venérea con aquel tipo, que sin embargo la desechó como si fuese basura. «Con él toqué fondo», te dice. Y tú piensas: «Jo, qué envidia. Hacían cosas juntos…».

* * *

En un viaje por carretera, tus amigos —que van en los asientos delanteros— están conversando muy animadamente. Tú apenas puedes cachar una palabra de lo que dicen. Cuando intentas echarte hacia delante y aportar, ellos escuchan. Pero tú te das cuenta de que el esfuerzo de incluirte les fastidia, conque dejas de intentarlo. Para cuando llegáis a vuestro destino, se han olvidado directamente de que tú estás en el coche y lo dejan en el sitio de alquiler de coches contigo aún dentro. Tú te planteas decir algo… y piensas que mejor no, porque no quieres hacerles sentir mal.

* * *

Lanzas una pelota, pero la chica no se entera. Es raro: antes lanzar la pelota hacía que pasara algo. De modo que lanzas otra, y otra… hasta que ambos estáis flotando a la deriva en un mar de pelotas. Pasa por allí nadando un atractivo pez y tú te estiras para cacharlo…,

pero, a pesar de lo dificultoso del terreno, consigue escaparse. Ella logra, sin embargo, cacharle la aleta de la cola; el pez la arrastra… y juntos parten hacia aguas más frescas.

* * *

Pasando por la casa de tu vecino, cachas fugazmente la imagen de alguien tras la ventana del salón —iluminada por la televisión que tu vecino está viendo a solas en la oscuridad— y piensas: «Menudo fracasado, menudo puto fracasado deprimente sin amigos cuyas arterias probablemente estén a un quinto de segundo de mandarlo a una tumba sin nombre» mientras vuelves a tu casa para hacer exactamente lo mismo.

* * *

Has probado con lombrices y sedal, con arco y flechas, con una lanza de bambú, con una caña de fibra de carbono de doscientos dólares, con redes de arrastre, con dinamita y con tus propias manos. No cachas uno… ni a la de tres. Todos los cebos, todos los lagos: ni modo. Hay un montón —escurridizos, gordos e iridiscentes—, y tú estás hambriento. Pero aquí lo que menos importa es qué quiera el pescador.

* * *

Cachar, siempre cachas como buenamente puedes. Pero capaz que tú le cachas el deseo o la imaginación a alguien —incluso la atención— si a ti te cacha, ese alguien, por su parte con la luz correcta. Capaz incluso que sea una persona cachonda y con caché. Pero algo escacharrado siempre hay.

* * *

Metáfora significa «llevar cruzando». *Rechazo* significa «lanzar de vuelta». Tú te lanzas a la chica… y ella te lanza de vuelta. *Fracaso* significa «caer». Habiendo tú caído en el amor por ella y fracasando en tu intento de llevarte a ti mismo a otro sitio —cruzando hasta él—, te ves ahora con *una cruz que llevar* —lo cual es una metáfora— y rememoras tus fracasos previos, cosa que te *lanza de vuelta* al pasado. Las etimologías, significados caídos llevados a través del tiempo —cruzándolo—, nos lanzan de vuelta a otra época igualmente. Las metáforas mezcladas fracasan en su intento de llevar sus significados a otra parte (cruzando hasta ella). Son metáforas, por tanto, del rechazo. (Si cachas a lo que me refiero…).

Re: *Rechazo*

Estimado Tony:

Aunque hemos leído Rechazo con gran interés —y hemos mantenido un vívido debate al respecto—, sentimos informarle de que no estamos interesados. Sabemos que no es el resultado que usted esperaba, pero acaso podamos ofrecerle alguna orientación constructiva antes de que envíe usted el manuscrito a otra editorial.

Encontramos muchos elementos aprovechables en esas disecciones en espiral que hace usted de la psique de los personajes, y en su mayoría funcionan lo bastante bien como ficciones autónomas (aunque son demasiado largas para la mayoría de las publicaciones). Pero cuanto más avanzábamos en la lectura, más íbamos percibiendo en el libro una evasividad que iba siendo más difícil no tener en cuenta. Damos por hecho que el tema no fue elegido al tuntún, por lo que la existencia y la dilatada gestación del texto implican una inversión personal. Diríase, sin embargo, que usted no pierde ocasión de desmentirlo, adoptando una distancia defensiva que, en última instancia, nos dejó fríos e insatisfechos.

Déjenos explicarle. Durante la lectura fuimos advirtiendo una interesante trayectoria en la relación que sus personajes mantenían con usted, es decir, con el autor. Tenemos a un varón blanco heterosexual, a una fémina blanca igualmente hetero, a un hombre estadounidense-tailandés gay, a un hombre blanco rico y a una persona de identidad indecidible. No estamos cuestionando su derecho a escribir desde tales perspectivas. El problema no es la apropiación: es la sinceridad. No es que exista realmente tal escala, pero a grandes rasgos podríamos distribuir estas historias a lo largo de un eje de marginalidad creciente, siendo la idea, presumiblemente, considerar el tema del rechazo desde distintas perspectivas. Desde una óptica menos benévola, cabría ver en ello un modo de conjurar una serie de temibles acusaciones de autocompasión, y fijación con el

propio ombligo (por así decir): una maniobra de distracción consistente en que usted mete sus propios complejos en los de ellos y al mismo tiempo gana puntos por una empatía imaginaria. Creemos, sin embargo, que tales tentativas de distanciamiento solo sirven, al final, para dirigir la atención hacia usted… de un modo que se antoja bochornosamente involuntario. (Nuestras conjeturas sobre las intenciones que tenga usted como autor podrían resultarle chocantes por injustas e improcedentes, pero esto no es crítica literaria: esto es feedback. Los lectores, sea ello justo o no, estas cosas se las plantean. Y por mucho que parezca que a usted le gustaría controlar el contexto del libro, no hay escritor que verdaderamente pueda permitirse ese lujo, ni siquiera en vida).

La pieza que abre el libro —«El feminista»— funciona más o menos como una sátira en la que al despistadísimo protagonista varón de raza blanca, los golpes le llueven desde abajo (en términos de estatus social), aunque podemos reconocer que, considerando qué lectores de ficción contemporánea constituirían verosímilmente el público de usted, se trata de un perfil en absoluto peligroso de satirizar. He aquí el primer signo de ese apartamiento, de ese distanciamiento de usted. Porque parece que repitiera ansiosamente: «Fíjate, lector: yo no soy, para nada, como él. Fíjate qué feminista autoconsciente soy yo, menuda capacidad tengo de hacer un catálogo de hipocresías de la praxis feminista masculina. Mira qué desparpajo el mío y qué pocas de las angustias de él comparto». Lo irónico es, por supuesto, que el protagonista comparte exactamente esas mismas zozobras, conque la historia no es tanto que las critique, sino más bien que las reproduce. Esto no queda sino agravado por la decisión de omitir identificadores convencionales como el nombre, la ubicación y el aspecto del protagonista, lo que le confiere ese aire brumoso como de abstracción representativa: una criatura de puro discurso sobre la que el lector puede proyectar sus propias posturas políticas. ¿Lo cual tal vez se deba a que, cuantos más particulares identificativos le asignara usted, más podría terminársele él asemejando?

Consideraciones parecidas cabe hacer a propósito de «Fotos», donde el racismo fortuito de Alison —producto de la envidia— parece al principio convertir a esta en otro objeto de sátira. Pero viniendo, como viene, después de «El feminista», el retrato de este personaje se antoja más una extensión de ese plan de la historia precedente de atestiguar el feminismo de usted, en la medida en

que la existencia del sexismo vuelve más perdonables los defectos de ella. (Cf. cómo el chat grupal de la protagonista profiere un coro de execraciones de las usanzas de los varones en las citas, y cómo a Neil su volubilidad lo vuelve igual de culpable que ella en el conflicto entre ambos). El deseo de ser indulgente con Alison es palpable: aun en la destreza de que usted hace gala al evitar convertirla en una «víctima perfecta» de las fechorías de los hombres se percibe. «A ver, aquí tenéis a un escritor varón que se preocupa por las luchas de las mujeres reales, que se ha planteado las cosas concienzudamente desde la perspectiva de ellas, que hasta les atribuye defectos humanos»: ¿no es la clase de discurso tranquilizador —en parte engreído, y en parte paranoide— que «El feminista» podría pronunciar ante sí mismo en sus propias valoraciones de las mujeres? ¿No es el equivalente narrativo del «Si es hombre, qué te esperas…»?

Esto tiene un coste: del mismo modo que Alison resulta más simpática, su final tampoco alcanza los mismos acentos de pathos. En la medida, de hecho, en que termina más o menos donde empezó, cabría decir incluso que se la desposee de lo que sería su cuota de catarsis. Y, así, aunque usted pretenda demostrar empatía, podríamos decir que esa galante reticencia a hacer de ella un personaje defectuoso y grotesco en la misma medida lo único que hace es definir los límites de esa empatía de usted.

Si eso suena contraintuitivo —que pudiera resultar inadecuadamente empático que usted hiciera a su única protagonista femenina parecer lo suficientemente mala o sufrir lo suficiente—, la cuestión queda más clara si tomamos en consideración «Ahegao». No es que Kant sea un personaje agradable o cercano, pero sí que es un producto más directo de un trauma pasado inmerecido y es, por tanto, plenamente susceptible de compasión. Y biográficamente se le asemeja a usted más que los dos primeros protagonistas, ya que usted y él comparten, a grandes rasgos, edad, raza, nacionalidad, género y ciudad de origen. Tal semejanza podría inducir a algún lector a creer —equivocadamente— que está usted metiendo en él más experiencia suya personal. («¡Hala!, ¿a lo mejor el autor lo pasó mal también? ¿Y esta es, a lo mejor, su forma de procesarlo? ¡Pobrecillo…!»). Según nosotros lo vemos, sin embargo, ese trato especial básicamente es un truco para meter con calzador la parte última, que, con su flagrante y prolija obscenidad, diríase ese golpe de efecto final que remata un

chiste… a expensas del lector, castigándonos por ser lo bastante pardillos como para preocuparnos por el personaje y corriendo —huelga decirlo— un grave riesgo de aprovecharse de estigmatizantes tópicos de lo homosexual como algo pervertido o degenerado. Que tal parte última pudiese funcionar requeriría una tremenda presunción de buena fe por parte del autor, ¿y cómo más iba a granjearse tal presunción usted, sino haciéndose usted mismo —es decir, el autor— legible? Porque ¿qué es una metáfora sin un tenor, sin un término real? ¿Para qué molestarse en comparar A y B, si no va a definirse A?

Lo divertido del asunto es que nosotros sospechamos que usted resulta que sí tiene importantes rasgos en común con Kant. (Muchos más de los que parece que usted capta). Fíjese en que la característica clave de Kant es su represión, o sea, su incapacidad de expresar su verdadero yo interno, de hacerse vulnerable. ¿Y cuál es su mayor miedo? Pues la perspectiva de que la gente lo descubra y averigüe ese secreto que él piensa reside en lo más hondo de su ser. Pero su error providencial lo deja al cabo en evidencia… Podríamos decir que esta historia hace lo que hace Kant: revelar, de sí misma, más de lo que ella misma sabe. (Conviene señalar que no solamente Kant, sino cualquier protagonista, termina siendo, de algún modo, escritor e incurriendo en actos de grotesca autoexposición —y autodestrucción— a través de texto). La recatada caja negra de la ficción siempre ha sido muy útil de cara a una «negabilidad plausible», digamos. Es una opción, así y todo, bastante extraña, hacer que la hoja de parra sea más obscena que lo que cubre, tan estrafalaria y humillante que el lector dé por hecho que es inventada.

Salvo que la verdad sea peor. Usted sabe que las suposiciones de los lectores suelen ir en la línea de lo obvio, y aquí lo obvio sería suponer que la historia es autobiográfica (con un único cambio significativo en lo atinente a la sexualidad del personaje). Pero es esa reticencia que usted muestra a identificarse con él plenamente —en el terreno de la sexualidad— lo que hace de usted alguien igualito a él, alguien que embauca, oculta, niega. Imagínese una versión de esa historia en la que Kant fuese un varón hetero que ejerciera esas mismas fantasías sexuales sádicas con féminas. Como el propio Kant señala sobre su propio sadismo: «Todo aquello apuntaba a un deseo de reubicar su propia abyección en otros hombres». Hmm.

No estamos diciendo que eso sea lo que el libro «significa realmente», como tampoco nos arrogamos ningún monopolio de la interpretación. Sería una equivocación insinuar que sabemos esto o aquello sobre qué intenciones tuviera usted realmente. Lo único que decimos es que tal clase de lectura cabría, y que, si quiere evitar usted semejante lectura, usted mismo podría solucionarlo siendo más intencionalmente transparente con sus intenciones.

«Nuestro superfuturo», que deja atrás esta trilogía de la humillación, diríase —a primera vista— que marca una ruptura formal y temática, en la medida en que se ocupa, más que del rechazo, de una aceptación tóxica. Pero también en esta historia hay cadenas de ese ADN dañado de las precedentes. Max, el protagonista, ofrece —igual que sucedía en «El feminista»— un perfil en absoluto peligroso de satirizar: un varón blanco convencido de la bondad de sus intenciones…, que son, en verdad, malignas. Alison vuelve a padecer, a semejanza de lo que ocurría en «Fotos», la vanidad masculina (aunque aquí finalmente es capaz de algún tipo de venganza simbólica, todo un gesto caballeroso del autor… que resulta forzado y llega tarde). Y el mencionado protagonista publica, como también era el caso en «Ahegao», algo con lo que provoca, sin saberlo, su propia ruina. Esto no ocurre —mucha atención— sino al llegar, lo publicado, al público que no era. En este caso, sin embargo, Max claramente merece su destino: queremos que «pague». Conque aquí falta la desazón del final de «Ahegao» y todo queda en un simple cuento con moralina. Tras el castigo infligido al apocado y dócil Kant, se supone que debemos ver justicia en este modo más severo en que el libro castiga al villano. Esta historia trata de reconducir, igual que hacían las otras piezas, los problemas de su predecesora ampliando la distancia adoptada respecto al protagonista…, pero eso solo sirve para revelar, inadvertidamente, cosas sobre usted.

Pues solo al principio diríase que esta pieza retoma «El feminista» invitándonos a señalar —riéndonos de él— a un bobo cándido. Pero difiere en un aspecto importante, a saber, que usted a este protagonista no le atribuye ninguno de sus propios rasgos biográficos que se conocen. Incluso «El feminista», por caricaturesco que sea, asiste a un colegio femenino convertido en centro mixto poco antes. (Igual que usted). En «Nuestro superfuturo», la condición de villano sin matices que tiene el narrador —y la desemejanza biográfica— le da a usted

licencia para pegarle una buena azotaina sin que se le enrojezcan los cachetes a usted también. Pero es usted menos impenetrable de lo que piensa. ¿Y si resulta que lo brutal de ese merecido que recibe el personaje es producto en realidad de la culpa que a usted le hace sentir su semejanza con él? Después de todo, lo que hace tan irritante al narrador de «Nuestro superfuturo» es esa alegre falta de tacto y sensibilidad que tiene: su fe vergonzante en su capacidad de agradar —y de conectar con la gente— y su fracaso absoluto a la hora de hacerlo, sin olvidar —ojo al detalle— su desconocimiento de tal fracaso. ¿No es posible, quizá, que todo eso sea un eco —y un reflejo— de los miedos y fracasos de usted, que desfigura en su obra —en una vena freudiana clásica— aquello que encuentra inaceptable en usted mismo?

Hay que decir que, al llegar a «El personaje clave», surgió en nosotros brevemente la esperanza de que el libro fuese por fin a dar respuesta a nuestras aprensiones, con una historia de metaficción sobre la identidad (autorial y no solo). Esa búsqueda alimentada por el rencor en la que Bee se embarca, queriendo continuamente autorrevisarse y sustraerse a definiciones formuladas en los términos de otras personas —o, mejor dicho, con esas «otras personas» como términos de autodefinición— recuerda mucho a las evasivas autoriales que echaban a perder las historias precedentes. Al adoptarse la forma de una confesión, el final natural que esperaríamos es un desvelamiento. Lo que nos encontramos se parece, antes bien, a un volquete entero cargado de velos, pues descubrimos que lo que hemos leído no es sino una entre millones de versiones generadas con inteligencia artificial, ninguna canónica.

La confusión de algún modo se vuelve, aunque parezca mentira, incluso más intensa después de que usted se introduzca a sí mismo en el «Apéndice A», lo cual ciertamente no cabe leer sino como una invitación a establecer un vínculo entre la historia y usted, el autor. Pero el mencionado apéndice equipara el establecimiento de tal vínculo con elucubraciones conspiranoicas chifladas. (Da la impresión de que para disuadir a cualquier lector al que pudiera pasársele por la cabeza). Muchos aspectos del proyecto de Bee parecen, de hecho, lo que un autor que tiene miedo al rechazo más querría: que sus escritos inunden el mundo, pero él no deba rendir cuentas por el impacto de estos; «superar en número» a sus lectores; que estos lo «oigan, pero no lo vean», para evitar que lo «examinen con

el máximo cinismo». El final de la historia incluso felicita, a «quien esté tras este drama», por esa evasividad. Es como dar un discurso y empezar a aplaudirse a uno mismo…

En realidad no hemos llegado a entender qué narices pinta en el libro «Dieciséis metáforas», como no sea poner de relieve, de un modo desconcertante, la futilidad de la metáfora central del libro. Conque vamos a saltarnos esa parte para concluir con la presente carta —«Re: Rechazo»—, un número de ventrílocuo en el cual usted expone sus reservas sobre el libro a través de un jurado ficticio de editores cascarrabias. Cosa que a nosotros nos ha parecido, por motivos obvios, la floritura más bizarra y prescindible de todas, pues, viniendo prácticamente a continuación de una novela corta que acaba con un autocomentario metaficcional que implica al autor, difícilmente necesitemos más de lo mismo. Hay un único expediente más aburrido, agotado y autocomplaciente que romper la cuarta pared al final de una historia, y es señalarlo. Aun pasando por alto esa tendencia —nacida en internet— que los escritores de su generación evidencian a cubrirse el culo con tediosos disclaimers, el objetivo real de usted consiste —creemos— en hacer imposible el escrutinio, en adelantarse al rechazo diciendo sus pecados, antes de que haya tenido la oportunidad de hacerlo algún lector. Pero con esa perversa disculpa no parece sino que usted nos diera todo cortadito y masticado ya. Y a usted nosotros lo rechazamos —literalmente— con tanta más vehemencia. ¿Qué más da que sepamos que usted lo veía venir? ¿Es un elogio estupendo de un libro decir que es consciente de sus fallos? Dado el tema que ha elegido, cabría esperar que entendiera usted que la idea de escribir un libro irrechazable es vana, que no se puede embridar la lectura de un lector ni dirigir su benevolencia; da igual cuán limpias sean las intenciones de uno y cuán desnuda esté su alma. Intentarlo es renunciar a la posibilidad de una auténtica conexión con el lector, en la cual uno se coloca al mismo nivel que este (aunque de la otra forma suponemos que es usted, por lo menos, quien rechaza). Conque este «alegato especial» que usted hace de sí mismo a través de una autoficción incriminatoria resulta…, pues mire: cansino. Y ya hizo una cosa parecida en su primer libro, además.

El problema no es, ciertamente, que le falte a usted autoconciencia, eso se lo reconocemos. Puede incluso que lo hayamos subestimado. Porque la otra posibilidad es que todos esos aparentes patinazos, esas mortificantes confesiones

en negativo, hayan sido a propósito. ¿Cómo más podemos explicar esta deserción de última hora: una historia sobre usted, sin usted en ella? ¿La idea es echarlo todo a perder, de modo que, cuando el rechazo con el que contaba llegue, pueda usted decir que eso era lo que quería? Pues resulta que es una opción interesante… e incluso más reveladora. Pongamos que nos equivocamos al dar por hecho que este libro intenta hacer suyas las virtudes literarias convencionales de la perspicacia, la empatía, la diversión, etcétera. Todo tiene mucho más sentido si partimos de la base de que usted está intentando sabotear su propio libro. Y ello por razones no estéticas —tampoco comerciales, desde luego—, sino personales. ¿Busca usted suscitar compasión? ¿Le pone el fracaso? ¿Quiere tener, por lo menos, control sobre los términos en los que lo rechacen? ¿Es la disposición que se siente llamada a escribir un libro sobre el rechazo la misma que lo impulsa a usted a boicotearlo? Si cada protagonista de este libro es una víctima del rechazo, en tal caso, en un plano conceptual, resulta de alguna forma interesante el que usted haya hecho de sí mismo el último de tales personajes y haya convertido a sus lectores en quienes lo rechazan. Interesante… y en cierto modo trágico. (En la medida en que toda autolesión evitable es trágica). No muy satisfactorio, sin embargo…

Suponiendo que cualesquiera cambios que le sugiriésemos serían demasiado drásticos para que usted los aplicara, una forma sí que hay de que usted de verdad domine el rechazo que sufra, y es que se retire. Tal vez a eso se deba que todos los protagonistas de Rechazo, en algún momento, tras andar oscilando sin tregua entre el ocultamiento y la desvelación, se retiren al cabo al aislamiento, que es su única defensa cierta. Usted seguro que conoce ese cliché de que todo rechazo padecido es protección de Dios. No es cuestión de creerse uno todopoderoso, pero debería aceptar usted más como un alivio que como un infortunio esta falta de interés nuestra. Duele que lo lean a uno. Cuando a la gente no le gusta, es terrible y no hay nada que hacer. E incluso cuando sí que les gusta, lo normal es que sea por motivos equivocados, que insistan en ver lo que no hay, que saquen conclusiones incorrectas, que se formen ideas erróneas de por qué se escribió aquello…, y eso es exactamente igual de descorazonador y alienante que cualquier rechazo. Si le importaran tantísimo el dinero o el prestigio, ni se habría metido usted siquiera en eso de escribir. ¿No parece preferible

renunciar noblemente a la publicación —que se trata de medio plantearse nada más que para descartarla y denostarla— en favor de un testimonio de usted mismo cuyo significado y valor vengan dados por la sublime invisibilidad que dicho testimonio tiene a ojos ajenos, de igual manera que solo usted sabe qué siente su corazón? El libro seguiría existiendo y seguiría perteneciéndole, y usted podría proporcionarse a sí mismo eso que nadie más puede: un cierre, pasar página. En cuanto a los demás: nadie extraña lo que no sabe que pudo haber tenido. La pérdida solo duele si ha habido alguna vez posibilidad.

Esto podría parecer una decisión que estuviésemos tomando nosotros por usted, pero no lo es. Porque la ironía final —una ironía que por lo menos la escritura de usted sí parece que capta— es que el rechazo no es cosa de una sola dirección y siempre viene con su contrario de pareja. Para que un rechazo se complete, primero hace falta que usted —el rechazado— oiga y comprenda y acepte.

Agradecimientos

El grueso de la culpa se debe repartir entre Alice Kim, Anna North, Annie Wyman, Anthony Ha, James Yeh, Jenny Zhang, Karan Mahajan y Vauhini Vara.

Por su fuerza, destreza, constitución, inteligencia, sabiduría y carisma, doy las gracias a Ariel Lewiton, Ben Mauk, Bennett Sims, Carmen Machado, Deirdre Coyle, Emma Cline, Erin Taylor, Hannah Gold, Jen DuBois, Joshua Tranen, Kayla Soyer-Stein, Kevin Nguyen, Kristen Radtke y Molly Zimetbaum. Un saludo para el crit, y otro para el chat grupal.

Un agradecimiento extragrande va para Emma Janaskie, Dayna Tortorici y ese buen barco que es *n+1* por editar y publicar «El feminista». En *The Paris Review,* «Ahegao» les debe mucho a Lidija Haas, a Emily Stokes y al resto del equipo: Oriana Ullman, Izzy Ampil, Kelley McKinney, Amanda Gersten, Anna Rahkonen y Harriet Clark.

A Ellen Levine, Martha Wydysh, Audrey Crooks y Lauren Campbell —de Trident—, gracias por esperar. En cuanto a mi editora Jessica Williams, el editor adjunto Peter Kispert, el corrector Greg Villepique, la diseñadora de cubiertas Ploy Siripant, la encargada de *marketing* Kelsey Manning, el publicista Martin Wilson, la editora de producción Jessica Rozler y el resto del equipo de William Morrow: a ellos se debe que estés leyendo esto. Mi agradecimiento a la Whiting Foundation y a MacDowell es a la vez sincero y una obligación contractual.

Por último, gracias, *gracias* a mi madre, a mi padre y a mi hermana.

Título original: *Rejection*

Edición en formato digital: enero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

Copyright © 2024 by Tony Tulathimutte
© de la traducción: Manuel Cuesta, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-30-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.